

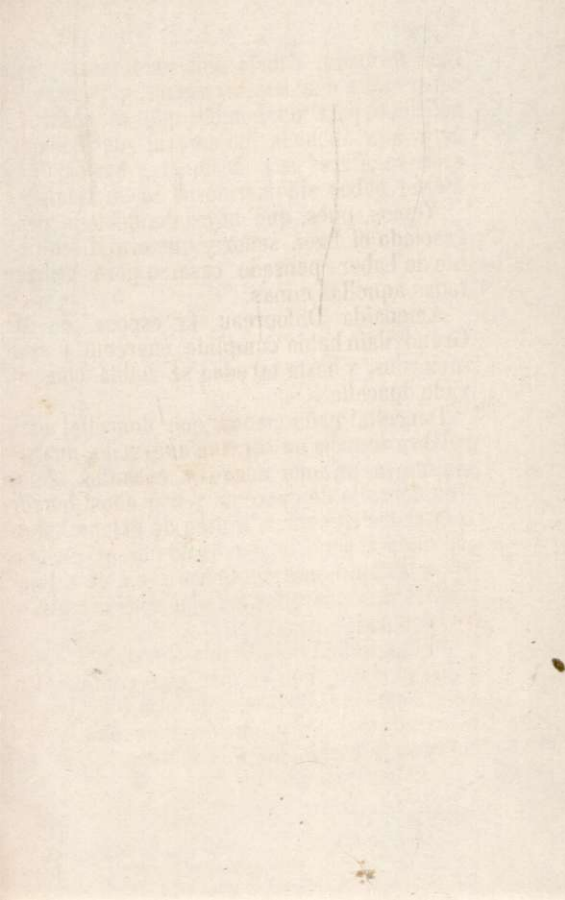


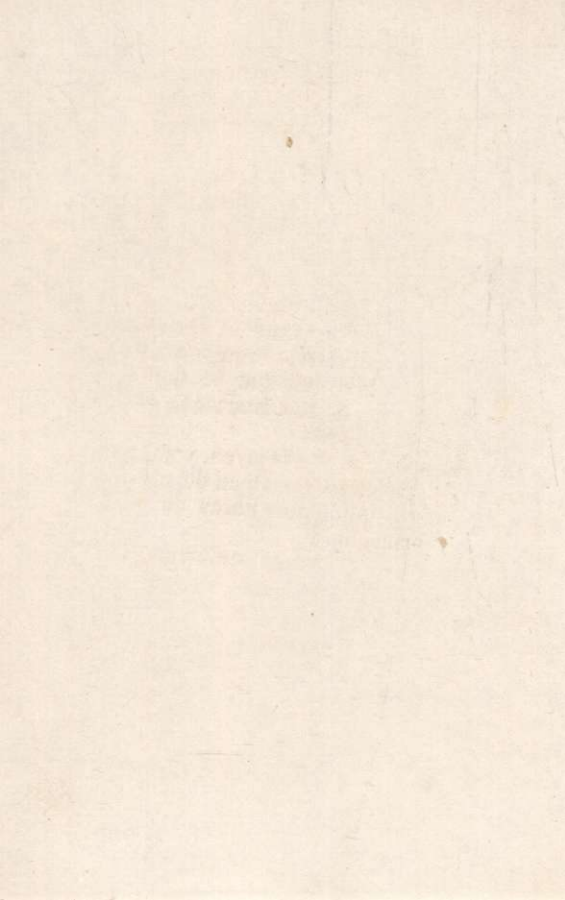




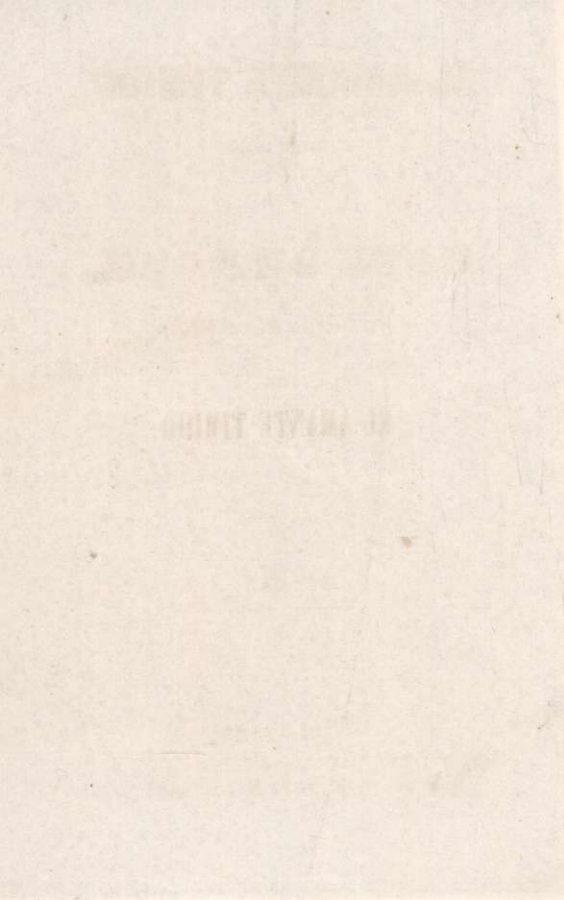


ANT
XIX
9





EL AMANTE TIMIDO.



14 cms.

R.43.554

EL AMANTE TIMIDO.

novela escrita

POR

PAUL DE KOCK,

y traducida al castellano

POR

D. A. R.

TOMO I.

SEVILLA: 1851.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.





EL AMARTE TIMIDO

POESIA DE BONA

Traducción de...

DE A. B.

TOMO I

SKYLIA 1881

Imprenta de Vionnet, 11 rue de la...
Paris, chez de la Mairie...

EL AMANTE TÍMIDO.

I.

Se casan los viejos.

Sucedía esto, no el que se casen los viejos que es cosa que sucede todos los días, sino la historia que comenzamos á referir, en el año de 1818, al cual no llamaremos feliz porque no recuerdo si aquel año fue mas feliz, que otro cualquiera; probablemente sería así para unos y no lo sería para otros, lo cual con corta diferencia ha sucedido siempre y continuará lo mismo hasta la consumacion de los siglos, si es que los siglos han de tener consumacion.

A la naturaleza le gustan los contrastes, no sé por qué, lo cual no impide creer que tiene razon, porque en la naturaleza, todo está siempre perfectamente hecho.

Era, pues, en el año 1818.

En un caseron del barrio de San German situado... (la calle importa poco) habia reunida una numerosa sociedad que danzaba, que se divertia, ó lo aparentaba por lo menos, que no es siempre lo mismo... en fin, se celebraba una boda. Era la del muy ilustre Marqués de Grandvilain con la señorita Amenaïda Dufoureau.

Habia una lucida orquesta á pesar de que faltaba el cornetin de piston, instrumento que no se habia colocado todavia en los bailes: la gente bailaba con aquella decencia, aquella gravedad, aquel buen tono que impide que sea divertido el baile francés, y que hace que el pueblo mas alegre del mundo sea el que baile mas tristemente.

Verdad es que despues acá hemos progresado mucho introduciendo cierta parte mimica en ciertos bailes que los anima no poco; pero esta parte mimica, ni este baile no tuvo emboque en el baile del marqués de Grandvilain.

Tampoco el novio azuzaba á las parejas, corriendo de una en otra y poniéndolas á todas

en movimiento: así que rompió el baile con su esposa, se arrellanó en un inmenso sillal desde donde se contentaba con mirar á los demas, sonriéndose y haciendo el compás con la cabeza.

Tal conducta en un novio os admirará sin duda, y querreis saber la causa; pues cesará vuestra estrañeza cuando sepais que el dia que se casó cumplia sesenta y ocho inviernos el señor marqués y esta edad las piernastrabajan poco. Me direis que el buen marqués era tan viejo para casarse como para bailar, que es una locura casarse con sesenta y ocho á la cola... pero qué sabeis? ha llegado á esta edad alguno de los que lo motejan? y qué importan las locuras que nos hacen felices? Los mas locos suelen ser los verdaderos sábios.

Casémonos siempre que se nos meta en la cabeza, y bailemos y retocemos mientras las fuerzas alcancen.

A los sesenta años aprendió Catoná bailar. Platon hizo el elogio de este ejercicio, y ya os acordareis de las cabriolas que hacia el rey David delante del Arca Santa... y á fe mia que era un poco raro el modo de manifestar su fé y su devocion.

Pero volvamos al novio.

M. de Grandvilain merecia otro nombre que el que tenia; no era muy alto. Pero sí

bien formado; habría sido buen mozo y aun conservaba una bonita pierna y pantorrilla suficiente para un hombre que se casa. La cara, algo abobada, no carecía de nobleza: eran regulares sus facciones, y sus ojos debieron haber sido hermosos en su tiempo.

Vemos, pues, que no estaba del todo desgraciado el buen señor y que era disculpable de haber pensado casarse para utilizar todas aquellas minas.

Amenaida Dufoureau, la esposa de M. Grandvilain había cumplido cuarenta y tres inviernos, y hasta tal edad se había conservado doncella!!

Doncella! nada menos que doncella! esta palabra anuncia un corazón nuevecito, una alma nueva, un amor nuevo y encantos idem! Una doncella de cuarenta y tres años! horror tres veces! que me la quiten de delante! pero sin duda el señor marqués no pensaría como yo, y las opiniones son libres que á no ser así quedábamos privados del placer de discutir y de disputar.

Mr. de Grandvilain había conocido á Amenaida en 1798, año en que ella cumplía los veinticuatro: es de presumir que su corazón estuviera tan nuevo por lo menos como á los cuarenta y cuatro; pero lo seguro es que su cara estaba mas tersa.

Por entonces era bastante linda Amenaída; delgada, esbelta, ligera con rasgados ojos y risa frecuente para lucir la dentadura, tenía su partido, y á pesar de ser algo abultada de nariz, morena y estrecha de frente, figuraba entre las buenas muchachas.

Por entonces también tenía cuarenta y nueve años M. de Grandvilain, y pasaba por buen mozo de locual solo conservaba las inclinaciones y el carácter: vió á Amenaída y la hizo la corte con la ligereza de un hombre avezado á las conquistas, con la seguridad del galanteador que no ha encontrado esquivaces, y con la prosopopeya de marqués que se figura que honra demasiado á una muchacha honrada flechándola una mirada.

De humilde cuna era la jóven, y sus padres comerciantes pobres, la habían dejado al morir unas mil y quinientas libras de renta y excelentes principios.

No dan mucho de sí mil y quinientas libras; pero acompañadas de virtud y de inocencia formaban un dote que ciertas damiselas muy acaudaladas no podrían ofrecer á su marido.

M. de Grandvilain mariposeó al rededor de la flor de veinte y cuatro años. Parecióle á Amenaída muy amable el marqués; lisonjeóse con ser la preferida, y aun mostró que no recibía los homenajes con indiferencia;

pero cuando echó de ver que el marqués no trataba de hacerla marquesa le rechazó con orgullo diciendo:

—Caballero, con quién me equivocais?

Picado el marqués de la resistencia, se largó tarareando la arieta de moda con la música á otra parte, y Aménaida concentró en el fondo de su alma su pesar, sus suspiros y su ardor.

Véase si son felices los hombres! se hace de pencas una muger y se dirijen á otra... ó á otra hasta que encuentran donde acomodar el amor que guardan para los palmitos, lo mismo que el que lleva el bolsillo bien provisto dice: compraré lo que se me antoje; lo mejor y lo mas bonito! pago al contado!

Las mugeres honradas por el contrario tienen que tomar fiado: porque bien quieren prometer su amor, pero de la promesa no pasan.

Se escurrieron como anguilas seis años en los cuales el coqueton del marqués, no volvió á ver á la pobre Aménaida que hacia una vida pacífica y modesta, lejos de la sociedad que frecuentaba M. de Grandvilain. Al cabo de este tiempo, halláronse en una fiesta campestre estas dos personas que no se buscaban, todavia le gustó Aménaida al viejo, y ella no pudo ahogar ciertos suspiros que re-

velaban que no estaba bien apagada la lumbré.

Echóla otra vez M. de Grandvilain de amable y de seductor, y se figuró que se le habrían caído á la flor de treinta años las espigas que tenia á veinticuatro. Se equivocaba de medio á medio y tropezó con la misma resistencia si bien oyó que era amado.

Vuelto á escapar el seductor como perro con maza viajó y anduvo seis años fuera de la Francia: cuando volvió, habia perdido mucha agilidad y aunque tieso todavía, los años cantaban por muchos tonos. Sesenta y un años tenia y aun conservaba pretensiones el marqués; hay personas que se empeñan en no envejecer, y hacen muy bien: lo peor es que al cabo el tiempo los deja mal.

Vió de nuevo M. de Grandvilain á Aménaida, que seguia soltera á pesar de sus treinta y seis primaveras (esto de contar por primaveras dá cierto aire de juventud que consuela) y no sabemos si en su auteneidad tendria parte el recuerdo del marqués ó la falta de galan, cuestion que no debemos resolver por delicadeza.

No estaba Aménaida tan lista, ni tan graciosa como á los veinticuatro años, pero aun se mantenía fresca y sus ojos, con perder viveza se habian puesto mas tiernos. M. de

Grandvilain, aficionado á la única muger de quien no se habia burlado, volvió á hacer la corte á la flor de treinta y seis años; pero ni por esas: ella estaba erre que erre, lo cual era cosa muy natural, pues la que se resistiera al buen mozo, no habia de ir á caer con el carcamal, y M. de Grandvilain que tenia tanto de presumido como de viejo, la dejó echando pestes y jurando no verla en los días de su vida.

Pobre galan! que despues de los sesenta, andaba todavia en tales pasos y se figuraba hallar á puntillazos ocasiones de olvidar á Aménaida! Pasaba el tiempo y no venian las distracciones: ibanse haciendo todas las damas tan crueles como la señorita Dufoureaux y nuestro veterano seductor decia para sí:

—Es particular lo cambiado que está el sexo! las mujeres no son ya sensibles de corazón!

Por último, se decidió el marqués por Aménaida que frisaba en las cuarenta y cuatro primaveras, diciendo:

—Si aguardo á que haya mas primaveras, van á parecer casi un invierno. Yo tambien voy estando en edad de hacer buena vida... Esa muchacha no es noble, pero sí virtuosa: veinte años hace que me ama y bien merece una recompensa... Casémonos.

Y como lo dijo lo hizo, y el galan de sesenta y nueve años ofreció por fin su mano á la mujer con quien hubiera podido casarse veinte años antes.

Cuando Amenaida oyó la oferta que el marqués la hacia de su mano, de su corazon y de sus sesenta y nueve del pico, tuvo ganas de contestar:

—No vale ya la pena de que nos casemos!

Pero mejor pensado, aceptó sin rodeos, y he aquí aquí porqué en el año de mil ochocientos diez y ocho se celebraba la boda de los vetustos amantes en el palacio de Grandvilain.



Un retoño de los Grandvilain.

Casándose á los sesenta y nueve años, hay esperanzas de tener herederos, de verse revivir en los hijos? A mí me parece que no debe haberlas... pero esto no quita para que alguien las conciba.

Si al fin ocurre este caso, si queda en cinta la esposa de un viejo, qué de chanzonetas llueven sobre el marido! y chanzonetas injustas, porque nadie impugna y critica con razones suficientes.

Cinco meses hacía que Amenaida Dufoureaux era marquesa de Grandvilain, cuando se pre-

sentó una mañana á su esposo, llena de rubor y con los ojos bajos á decirle que tenia esperanzas de darle una prenda de su amor.

Arrancó el viejo un grito de júbilo: se levantó, abrazó á su muger, corrió por la estancia, quiso hacer una pirueta y fue á parar al suelo; pero la señora le ayudó á levantarse y él tornó á repetir sus locuras, porque con el gozo se olvidaba de los años. Estaba envanecido de tener un hijo, y con razon; porque la fidelidad de su esposa era como la de la muger del Cesar: ni siquiera se podia sospechar de ella.

Desde entonces, no se trató de otra cosa que del niño, que aun no habia nacido. El marqués tenia la conviccion de que era niño, corroborando su opinion con decir: una dicha no viene nunca sola.

—Yo le daré de mamar! exclamaba Ameda sonriéndose.

—Sí, sí, le daremos de mamar! repetia el marqués, le criaremos mucho mejor que una nodriza! Qué diantre! personas como nosotros, deben ser mas aptas que patanes: verás que buen mozo! porque el hijo ha de salir pintiparado al padre.

Y al mismo tiempo estiraba la pierna el marqués y se ponía tieso como un ajo. Desde que tenia en cinta á la señora, se imagi-

naba un muchacho.

Compróse una envoltura magnífica para el mesías prometido: hiciéronse grandes preparativos para recibir bien el vástago de M. de Grandvilain: no es de estrañar aquella embriaguez: cuando los esposos jóvenes celebran tanto el nacimiento de un hijo, no es de estrañar que hagan mucho mas los que no tienen esperanza de ver reproducirse un suceso semejante.

A medida que se acercaba el momento de ser madre la marquesa, su esposo la colmaba de atenciones y de obsequios con tanto estremo que á veces perdía el apetito Mad. de Grandvilain. No consentía el marqués que saliese á pie, temia la menor fatiga y cuidaba de que no comiese cosa que pudiera hacerle daño, atencion cruel para la que era objeto de ella, porque en las cosas mas sencillas hallaba un peligro el marqués y la prohibia sin remision, de suerte que á fines del embarazo, hallábase reducida la pobre señora á mantenerse con sustancia de pan de flor, único alimento que en opinion del marqués, no era peligroso. Y sin embargo, el médico decabecera prescribia un régimen muy distinto, pero M. Grandvilain se fiaba mas en sí propio que en el médico y como era viejo no podia menos de ser testarudo.

Llegó por fin el gran día!... por fortuna de la pobre marquesa, mantenida con sustancia de pan; y no vino sola una dicha pues que vino en forma de niño.

M. de Grandvilain no había tenido fuerzas para presenciar la crisis, pero un criado que había sido lacayo, después cochero, luego ayuda de cámara del marqués, y que rayaba ya en los cincuenta años, corrió á participarle la fausta nueva.

Al ver á su buen Jazmin, con la cara mas abrutada que de costumbre, exclamó el marqués:

—Qué hay? salió del paso?

—Sí, señor marqués ya salió! Buen trabajo nos ha costado, pero al cabo salimos con bien.

Es sabido que los criados viejos de las casas grandes tienen generalizada la costumbre de decir *nosotros*, hablando de lo que concierne á sus amos, y M. de Grandvilain disimulaba á su fiel criado el uso de esta locucion familiar.

—Con que ha salido ya? pobre marquesal pero acaba, hombre, acaba, qué es?

—Es una cosa magnífica, señor, que os gustará muchísimo.

—Pero el sexo, condenado, el sexo! no lo sabes, hombre?

—Oh! vaya!... un sexo soberbio!... hemos dado á luz un muchacho, amo mio.

—Un muchacho, Jazmin, un muchacho! qué felicidad! Bien decia yo, no podia ser otra cosa! pues qué ¿no sé yo lo que me hago?

—Sois muy esperto, señor marqués...

—Un muchacho!... ya tengo un hijo.... un heredero de mi nombre, Jazmin, te regalo diez escudos por portador de ladiebosa noticia.

—Gracias, señor: vivan los Grandvilain.

—Tengo un hijo... oh! ooof, muf..... el placer... el... no puedo mas; Jazmin, dame ese frasquillo... no, no, mejor será que me traigas un vasito de vino de Madera... se me oprime el corazon.

—Vamos, valor, señor marqués, dijo Jazmin presentando el vaso. No es ocasion de caer malo.

—Es verdad... pero qué quieres? el entusiasmo, el regocijo... Es la primera vez que soy padre... digo... que yo sepa... y esto produce un efecto... Cuéntame, cuéntame algunos pormenores..... mientras me sereno..... porque no tengo fuerzas todavia para ir allá!

—Figuraos, señor marqués, que yo me habia colocado de centinela á la puerta de la alcoba de la señora, para venir á avisaros, luego que saliéramos del apuro, porque pen-

saba que estariáis impaciente por saber el resultado...

—Bien, Jazmin, acaba, aprisa.

—A poco rato, oigo gritos..... y estuve por escapar pero me tuve firme y para cobrar valor, sorbo un gran polvo. Abrese la puerta de pronto... era el comadron... Me ve y como buscaba á alguien, me hace señal de que entre y le obedezco.

—Bribon! te atreviste á penetrar en el aposento de la señora, mientras....

—No señor, me quedé en la antealcoba.... Todo el mundo estaba atolondrado, la asistente, la doncella, esa torpe de Nemesia habia tenido la debilidad de ponerse mala, en vez de ser útil...

—Esto prueba su cariño. Continúa.

—En fin me llamaban para socorrer á Nemesia, pero yo, que estaba mas inquieto por la señora, digo: Pero parimos ó no?—Toma, me responde el médico, ten esto, animal. Y me pone en la mano el comadron, un envoltorio... al pronto, señor, me pareció un queso porque era redondito... pero mirando bien, hallé que era una criatura recién salida del cascaron.

—Cómo es eso, Jazmin? Equivocaste mi hijo con un queso...

—Señor, ya se ve, como uno no ha visto

recien-nacidos... era la primera vez...

—Equivocar mi hijo con un queso!... habrá animal!... nocuentes con la gratificación...

—Pero, señor marqués... no es el dinero lo que yo siento, sino haber incurrido en vuestra cólera, y mas que contemplando el niño, que tenia en los brazos, ví regocijado que sacaba todas nuestras facciones, es otro nosotros clavado!

—Cómo! qué es eso de nosotros! tú has bebido, Jazmin...

—Perdonad, señor marqués, el contento me hace desvariar... Cuando digo nosotros, bien sabe mi querido amo que quiero decir él! Tiene vuestra noble presencia! esa hermosa nariz aguileña, esa barbita, y tendrá sin duda los bonitos dientes que vos teniais...

El marqués no pudo menos de sonreirse, y contestó mas aplacado:

—Pobrecillo! vaya, mi palabra es palabra y tendrás la gratificación; pero cuidado como hablas del hijo de tu señor. Vamos, llévame á abrazar á mi esposa idolatrada, á mi hijo... sostenme...

—Sí, señor, vamos á ver al niño.

El vetusto marqués, loco de verse reproducido á los 70 años, se levanta y apoyado en el brazo del criado quiere correr á la habitación de la parida, pero como ni amo ni

criado están muy listos, limitóse su carrera á una marcha acelerada.

Corrió el señor á abrazar á la señora deramando lágrimas de alegría, y enternecido, cayó sobre el lecho, de donde á duras penas pudieron arrancarle porque el gozo convertia en algodón sus brazos y sus piernas. Así que estuvo el marqués acomodado en un sillón, pidió un vaso de Madera para ponerse en estado de abrazar á su hijo, y Jazmin corrió á buscar el vino, del cual presentó una copa á su señor y reservó para sí más de una, retirándose á un rincón para reparar también sus fuerzas con el delicado vino.

—Dónde está mi hijo? dijo el marqués, conmovido y mirando en derredor.

—Van á traerle, respondió la rolliza Nemesis, lo están envolviendo...

—Yo no necesito que le vistan, dijo el marqués: al contrario, quiero juzgar de su fuerza, de su constitucion...

—Sí, sí, dijo Jazmin, es menester que veamos lo que hemos hecho.

—Oyes, Nemesis?

—Que nos le traigan... á lo salvaje...

—Jazmin, que no ha de parar un momento tu lengua?

—Perdon, señor marqués, la impaciencia me escusa.

Nemesia evacua su comision y entra la asistente con un gran lebrillo, en el cual el pimiento agitaba á su sabor sus miembrecitos frescos y sonrosados.

Al ver á su hijo exhala un grito el marqués y tiende los brazos para cogerle, pero con la conmocion le da una especie de congoja y cae sobre el sitio. Por su parte la asistente, creyendo que el papá iba á coger la ofrenda, habia soltado niño y lebrillo, y todo hubiera caido al suelo á no ser porque Nemesia pudo afortunadamente sujetar al recién-nacido por un sitio que presentaba una ligera prominencia.

El lebrillo se hizo pedazos, y la marquesa creyendo despachurrado á su hijo, grita:

—Hijo mio! qué ha sucedido?

—Nada, señora, nada, contesta Nemesia, enseñándola la criatura, no se ha caido... yo le he sostenido...

—Hijo del alma! que susto he llevado. Dios eterno!

—Cáspita! fortuna fue que yo encontrase de donde agarrar...

Durante esta escena, viendo á su amo pálido y temblon, le alargó otra copa de Madeira y fuese á hacer otra escursion detras de la cortina.

Cobradas fuerzas por tercera vez, coje M.

de Grandvilain al niño, le abraza enagenado y le levanta en el aire diciendo:

—Este es mi hijo..... mi heredero..... Bien sabia yo que podia tenerle.

Luego que el marqués hubo examinado su obra per fas et nefas, se lo presentó á su esposa, añadiendo:

—A propósito, querida mia, como le llamaremos?

—En eso estoy pensando desde que nació.

—Es menester que le pongamos un nombre bonito..... yo me llamo Ligirmundo, que no es mal nombre de pila, pero no me gusta que lleven los hijos el mismo nombre que su padre: suele producir cacofonías intolerables.

—El nombre que convenia á nuestro amor es el de Querubin. Qué tal? nó es nombre bonito?

—Querubin! dijo el marqués meneando la cabeza, muy afeminado me parecee..... Ese nombre no supone.

—Vaya, si querreis que le pongamos un nombre de guerrero? eso era bueno para los tiempos de Napoleon, pero ya no es de moda—... Andad, llamémosle Querubin!

—Sí, sí, murmuró Jazmin que se contoneaba en el respaldo de la silla de su señor, y que á fuerza de libaciones, empezaba á ale-

grarse un poco. Es bonito, Querubin! y viene bien con Jazmin!

Volvióse el marqués y tuvo impulsos de dar un bofeton á su criado, pero conociendo este que habia cometido una torpeza, puso una cara tan compunjida que el amo se contentó con decir:

—No hay quien te aguante hoy Jazmin!

—Perdonad, señor marqués, el gozo, la .. la... estoy tan contento, que me parece que bailan hasta los cuadros y las paredes!

A este tiempo, entró Nemesia á anunciar que se habian reunido todos los criados, y solicitaban el permiso de entrar á ofrecer un ramo á la señora y dar la enhorabuena.

Mandó el marqués que entrara la servidumbre y Jazmin, como decano, se puso á la cabeza y comenzó una felicitacion que no pudo concluir porque se le trababa la lengua. Al cabo tuvo que cortar por lo sano gritando:

—Viva el hijo del señor marqués y su augusta familia!

Los criados repitieron el grito echando al aire los sombreros y las gorras.

Sintióse el marqués otra vez enternecido, arrasáronse sus ojos de lágrimas y temiendo otra congoja hizo una seña á Jazmin, quien previendo lo que queria, le ofreció otro vasito.

El marqués bebió, dió gracias y dinero á los criados, y los envió á beber á la salud del recién-nacido.

Marchóse Jazmin con ellos, llevándose la botella del vino de Madera que acabó de desocupar antes de reunirse con sus camaradas.

Por la noche estaba como una cuba el ayuda de cámara, y el señor marqués había tratado tantas veces de tomar fuerza, que tuvo que acostarse así que se levantó de la mesa.

Sea todo por Dios! no es funcion de todos los dias tener un hijo, y mucho menos cuando se han cumplido los sesenta años!



III.

Una gracia de Jazmin.

Celebróse el bautizo de Querubineito, á los pocos dias despues de su nacimiento y fue otra gran fiesta para la familia.

El marqués era liberal, no de opiniones, generoso, que es virtud propia de los que han sido calaveras, y derramó el dinero con profusion y mandó á Jazmin que dejase entrar á saco la bodega con lo cual dió gran placer al criado que llevaba pintada en la granugienta nariz su pasion favorita y que ofreció obedecer puntualmente aquellas órdenes.

Reuniérase una sociedad elegante y escogida á celebrar el bautizo del niño en los lu-

josos salones del caseron, donde se bailaba, se charlaba, se jugaba, y se iba, no mas de dos de cada vez, á ver á la parida y admirar su pimpollo.

Pero el pimpollo que viniera al mundo tan robusto, tan fresco, tan sonrosado, empezaba á enflaquecer, á perder el color y aunque todavia se encomiaba su gracia, no era posible hacer otro tanto con su salud. La madre cuidaba constantemente del chiquillo, le acariciaba, le besaba, no queria perderle de vista un instante: pero no basta para criar un niño, ternura, caricias, besos, palabras amorosas; la naturaleza exige un alimento mas sustancial y el de la señora marquesa era sin duda de mala calidad y lejos de presentarse abundante apenas existia. Fuera porque el método de la sustancia de pan hubiese alterado la salud de Mad. de Grandvilain ó por otra causa oculta ú ostensible, ello es que la mamá de Querubincito contaba con un poco de leche mala para sustentar á su hijo que habia venido al mundo con escelente apetito.

Dice Rousseau que es deber de una madre criar á su hijo, porque es un crimen abandonar las criaturas á gentes mercenarias que no conocen la ternura materna y que especulan con su cuerpo, citando en apoyo de esta

opinión á los animales, todos los que sustentan á sus hijos y no van á buscar nadie que los sustituya.

Pero en primer lugar, pudiérase contestar al buen Rousseau que los animales hacen una vida arreglada á su naturaleza y á sus fuerzas físicas. Ha oído decir alguién que las leonas, las osas, ni las gatas pasan la noche en el baile, den suarés ni tengan comilonas? Creo que no.

Permítasenos sentar alguna diferencia entre los animales y los hombres, y á pesar del aprecio que nos merece el filósofo de Ginebra, le diremos que hay en nuestro mundo posiciones, estados, comercios que no consienten á una muger que cumpla ese deber de madre al que él quiere que se sometan todas. La muger que para vivir tiene que acomodarse detrás de un mostrador ó hacer labor todo el dia, como ha de cuidar á su hijo? Y con mucha menos razon debe hacerlo si su contestura es débil y enfermiza.

Decís que las nodrizas venden su leche y que no sienten hácia el niño la ternura de madre. Pero en primer lugar, no está probado, que una nodriza no ame tiernamente á su cria: antes al contrario, muy posible que se aficione al ser delicado cuya vida fomenta, y aun cuando solo fuera un comercio, qué im-

porta? idolatra el panadero á las personas á quienes vende pan? Y por eso dejamos de alimentarnos con ese pan?

Los filósofos, los genios, los grandes hombres sientan á veces proposiciones muy poco ortodoxas, y se equivocan como los demás hombres.

Sin embargo no falta quien mire como bellísimos pensamientos todo lo que sale de la pluma de un hombre que ha escrito grandes cosas, y por cierto que es mucha bondad; porque donde se hallara oro puro! Asimismo hay personas que paseando por un cementerio creen en la veracidad de todas las inscripciones grabadas en las tumbas y con arreglo á las cuales, los difuntos eran modelos de virtud, de bondad, de probidad! &c. &c. Respeto infinitamente á los muertos; pero no hallo la necesidad de engañar á los vivos. Los que dejaron de existir no valian mas que nosotros y nosotros no valemos mas que los que nos sucederán.

Decíamos, pues, que Querubincito no tenia de angel mas que el nombre; pero esto no quitaba que cuantos iban á saludar á la parida la felicitasen por su cria. Amenaída escuchaba con dulce sonrisa las lisonjas dirigidas á su hijo, y entretanto el marqués, arrellanado en un sitio, se acariciaba las pantorrillas y meneaba-

ba la cabeza mirando á las señoras como quien dice:

—Qué tal? no veis como me he lucido?

A las diez de la noche, á tiempo que el doctor aconsejaba que no se recibiese ya á nadie en la alcoba, sonó un gran estrépito en el patio, un vivo resplandor iluminó los aposentos y pasó por delante de los balcones un objeto brillante como una centella.

Era ocurrencia de Jazmin, que para celebrar el bautizo del hijo de su señor, habia dispuesto unos fuegos artificiales en el patio con objeto de causar una agradable sorpresa al marqués y á toda la reunion.

Habia disparado un morterete y un cohete en seguida cuyo ruido alborotára á los convidados: la parida dió un salto en la cama y lo mismo el niño en su cuna y los demás donde pudieron. Mirábanse todos atolondrados diciendo:

—Qué será! qué estruendo!

—Es un cañonazo! hay broma en París!

—Broma!—Dios mio! si habrá vuelto el usurpador!

Tengamos en cuenta que era el año de mil ochocientos diez y ocho, y que en una casa del barrio de S. German se designaba á Napoleon generalmente con el nombre de usurpador.

Hubo un momento de confusion: unos querian correr á las armas, otros se contentaban con buscar sus sombreros, las mugeres corrian tras de los hombres, amagaban congojitas y desmayos y algunas hablaban muy quedito en los rincones á jóvenes en quienes en toda la noche ni siquiera fijaran la atencion al parecer.

Hay personas que sacan partido de todas las ocasiones y aprovechan todas las circunstancias: necesariamente son estas las personas mejor organizadas.

En medio de este tumulto, oyóse en el patio una voz penetrante que gritaba:

—En celebridad del bautizo y del nacimiento del hijo de nuestros dignos amos, el señor Marqués de Grandvilain, y de su esposa, vamos á recrearos con unos fuegos artificiales.

Acabadas estas palabras, realizóse en las facciones de todos una mutacion á la vista: los hombres soltaron la carcajada, las damas tiraron los chales y los sombreros que se pusieran de cualquier modo y corrieron á mirarse en los espejos porque la coquetería es el primer sentimiento que se despierta en las damas cuando están embotados los demas: todo el mundo, en fin, corrió á los balcones diciendo:

—Fuegos artificiales! fuegos artificiales! es una sorpresa deliciosa!

—Si, decia el vetusto marqués, cuyo susto aventajára al de todos... sí... es una idea feliz de ese diantre de Jazmin... Solo que hubiera sido mejor que me avisase que queria sorprenderme, porque entonces no... no me habria chocado....

Sale la sociedad á los balcones, las damas se colocan delante, y los hombres, situados detrás, tienen que inclinarse un poco para ver algo; pero nadie se queja ni murmura.

Solamente el marqués ocupa la delantera del balcon de la ante alcoba de su esposa, á la cual dice:

—No verás las piezas de abajo, querida mia; pero yo te las explicaré, y ademas verás perfectamente los cohetes y culebrinas.

—Se asustará Querubin? decia la marquesa tirando de la cuna de su hijo.

—No temas nada: mi hijo será como yo, aficionado al ruido y al olor de la pólvora.

Jazmin, obedientísimo á las órdenes de su señor, no habia economizado los tragos para si ni para los camaradas, y veíasele pavonearse por el patio entre los preparativos de la fiesta como un general en medio de sus soldados.

En el rincon mas apartado estaban los

truenos, la artillería gruesa que no debía dispararse hasta el momento final: pero como podían caer por aquel lado algunas chispas y reventar los morteretes antes de tiempo, el cocinero del marqués, hombre precavido si los hay y que servía de ayudante á Jazmin, había traído de la cocina coberteras de cacerolas, tarteras y espumaderas para cubrir los petardos.

Miraba Jazmin á los balcones, aguardando, para comenzar, á que estuviese reunida toda la concurrencia.

El cocinero, no menos impaciente que el ayuda de cámara y tan achispado como él, estaba de centinela junto á las piezas, con una mecha en la mano y acomodándose bien el gorro blanco sobre la oreja izquierda.

Entretanto, la robusta Nemesia y otras dos criadas danzaban al rededor de un transparente que representaba una luna y que Jazmin aseguraba ser el retrato de Querubincito.

— Ya están! ya están todos! podemos empezar, dijo Jazmin dirigiendo la postrera mirada á los balcones.

— Sí, sí, empecemos, dijo Nemesia; qué bonito va á estar...

— Fuera de aquí las faldas! gritó el cocinero con ademan resuelto, lo echais todo á perder... arriba señoritas....

—Bahl me prometieron dejarme prender algo... no es verdad, M. Jazmin?

—Es verdad, exclamó este, es menester que hoy se divierta todo el mundo... Nemesia volará un cohete... luego... mas tarde... Atencion... cocinero... á las piezas...

Comienza el fuego con algunas culebrinas, llamas de Bengala, cohetes; la reunion miraba y cuando algunas chispas se dirigian á su balcon, retirábanse las damas chillando y riendo á un tiempo: los caballeros las tranquilizaban cogiéndolas de la mano y ellas en efecto se dejaban tranquilizar, volvian á sus puestos muy satisfechas y el marqués decia á su esposa:

—Querida mia, es precioso! admirable! Cuánto siento que estés tan lejos!

—Y si prenden fuego á la casa!...

—No tengas miedo, Jazmin es muy prudente! no habrá dejado de avisar las bombas y como el patio es muy grande...

No las tenia todas consigo la tierna Aménaida y hubiera preferido que no se celebrase con fuegos artificiales el bautizo de su hijo, pero como todo el mundo estaba alegre, no se atrevia á privar á la reunion de un espectáculo que la divertia.

Suenan aplausos generales al parecer, iluminando el trasparente con la luna y oir á Jaz-

min decir:

—Retrato de nuestro hijo Querubin de Grandvilain!

Todos aplaudieron de buena fé, y eso que se desojaban poratishar una cara en la luna pintada en el trasparente; pero esto se atribuia al humo, y muchas personas no vacilaban en esclamar:

—Está parecido á fél mucho! Qué bonita idea! Solo en casa del marqués de Grandvilain se ven estas cosas!

Mientras que la sociedad admiraba el trasparente, empeñada Nemesia en prender algo, se habia acercado á Jazmin diciéndole:

—Dadme la mecha... me toca á mi... Adónde doy fuego?

—Tomad, Nemesia, prended fuego á aquel sol; pero os atreveréis?

—Vaya! vaya, decidme donde he de arimar la lumbre.

Coge Nemesia la mecha y la acerca á la que salia del sol, con un miedo mas que regular porque en su vida habia hecho semejante cosa: asi que acerca la lumbre al sitio indicado y oye silbar y partir repentinamente el chisporreo, apodérase de Nemesia un terror pánico: creyéndose abrasada, escapa al otro extremo del patio, remangándose el vestido y sin soltar de la mano la mecha que tira luego sin

saber adonde.

El sol habia hecho maravillas y era aplaudido con entusiasmo; pero aun no habian cesado los aplausos cuando retumba un horrible estrépito que conmueve la casa entera: habian reventado á un tiempo todas las bombas, porque ciega con el miedo Nemesia habia echado la mecha en medio de las piezas principales reservadas para el final.

Si las bombas no hubieran hecho mas que reventar, todo se hubiera reducido á ruido; pero por desgracia al prender el fuego, estaban aun cubiertas con los diversos utensilios de cocina que el repostero colocara encima por precaucion, y al mismo tiempo que la detonacion atronaba los oidos, las cacerolas, tarteras y espumaderas iban por los aires disparadas como balas.

Una oreja le llevó á M. de Grandvilain el mango de una cacerola que penetró en el aposento y fue á caer á los pies de la cama. Muchas personas llevaron señales de la fiesta: una linda muchacha perdió cuatro dientes; á un elegante partiósele la nariz en dos mitades: todo se volvia gritos, lamentaciones y blasfemias, y los que estaban sanos gritaban mas fuerte aun que los demas, diciendo:

—Esto es lo que tiene permitir que los

criados se metan á polvoristas.

Y cada cual se dió prisa á tomar el portante, unos á curarse, otros á contar lo que acababa de suceder en casa de M. de Grandvilain.

Tambien á Jazmin le habia tocado parte del desastre con una espumadera que le cayó sobre la cabeza, y le dejó la cara llena de quemaduras, y señales negras; pero con todo presentóse dolorido á su señor que buscaba su perdida oreja.

—Señor, dijo el criado, perdon; no comprendo como ha sucedido esta desgracia... porque las precauciones... aun falta lo mejor... y si quereis...

Furioso el marqués levantó el baston, y Mad. de Grandvilain incorporándose sobre la cama, dijo con voz imponente al criado:

—En nombre de mi esposo, os prohibo que en lo sucesivo dispareis cosa ninguna en nuestra casa.

IV.

Nuevo método para criar niños.

Los fuegos artificiales del bautizo de Querubincito habian echado la llave á toda fiesta en la casa de los Grandvilain. El marqués llegó á encontrar su oreja, pero no á colocarla conforme estaba y no habia tenido mas recurso que decidirse á acabar su carrera con una oreja, cosa muy desagradable para el que tiene una costumbre de setenta años de gastar dos.

Amenaida cobró horror á los fuegos artificiales, á los petardos, á cualquier estallido: el ruido mas ligero la hacia daño con tal es-

tremo, que ni una botella se podía destapar á su lado.

Jazmin se quedó como una espumadera, pero tardó poco en consolarse, porque no conservaba pretensiones con el sexo bello, y como los agujeritos de su rostro no le impedían beber, lo demás le importaba un bledo.

Nemesia habia salido sana, y eso que nadie merecia mejor que ella un buen castigo, por autora de tan terribles percances; con todo, nadie adivinó el origen del suceso, y Nemesia, callando como una muerta, se contentó con profesar tambien el odio mas absoluto á los fuegos artificiales.

La paz se restableció por supuesto, pero las visitas escasearon considerablemente; temian los jóvenes de ambos sexos quedar señalados y no por Dios. De esta suerte pudo consagrarse sin estorbo la marquesa á los desvelos que reclamaba su hijo, que no eran pocos en verdad, porque se iba quedando débil, amarillo, enclenque, y á los tres meses estaba infinitamente mas pequeño que al venir al mundo. Nemesia que le habia pesado entonces, lo pudo comprobar de fijo, y un dia dijo muy quedito á Jazmin:

—Es particular, el nene de la señora se derrite: hoy pesa cinco onzas menos que el dia que nació.

—No fue flojo el salto que dió Jazmin al oír semejante noticia y dijo á Nemesia:

—A ese paso, dentro de poco no pesa nada. Es menester decir á la señora que el niño se disminuye.

—Eh! para afligirla! y que se quede sin leche para dar de mamar! No por cierto, ya me guardaré yo de ir con esa embajada.

—Pero si es por bien de la criatura.

—Pues yo no quiero entristecer á la señora.

El fiel criado tomó su determinacion y fue—se derecho en busca de su amo á quien encontró envuelto en su bata, tendido en una poltrona y cubierta la cabeza con una gorrita de terciopelo inclinada sobre el lado desorejado. Hacia tiempo que el marqués tenia vicio de menear la mandíbula como cuando se chupa ó se come algo y este movimiento continuo asemejaba su cara á un casca-nueces. Las personas que ignoraban esta manía, aguardaban antes de hablarle, á que concluyese de mascar, pero no concluia nunca por que el movimiento era incesante.

Desde la jarana del fuego artificial, trataba M. de Grandvilain á su criado con menoscordialidad, si bien eran tantas las cicatrices que á este le quedaran, que no podia el marqués guardarle rencor por un suceso del que habia

ido la segunda víctima.

—Qué se ofrece Jazmin? dijo, viendo que el criado se quedaba cortado mirándole.

—Señor... confío que me perdonareis lo que os voy á decir... pero mi cariño, mi lealtad me obligan...

—Ya sé, ya sé, Jazmin, y eso que no todas las pruebas han producido muy buen resultado.

Y al decir esto se rascaba Grandvilain el lugar que ocupárala oreja.

—Veamos: qué traes de nuevo?

Miró Jazmin al rededor, se acercó á su señor y le dijo en tono misterioso:

—Sabed, señor, que vuestro hijo se ha disminuido.....

—Cómo? que, qué dices? disminuido, cómo?

—Quiero decir que ha enflaquecido cinco onzas, mas bien mas que menos, desde el dia en que nació.

—Llévete el diablo, Jazmin, por el susto que me has dado... Que hayas de ser tan animal?

—He juzgado deber mio avisároslo. La Nemesia pesó al niño y ha comprobado mi aserto... no se atreve á decírselo á la señora, pero yo me he decidido á contároslo; porque al cabo, á poco que siga así la

criatura, dentro de pocos meses, no pesará nada.

M. de Grandvilain meneó la cabeza tristemente diciendo:

—En efecto, no prospera el niño... va tomando un color amarillento que me admira... porque su madre y yo somos muy blancos. Ay! Jazmin, me voy convenciendo de que los hijos se deben tener cuando es uno joven para que saquen todo nuestro vigor!

—Bah! bah! á vos no os faltan fuerzas y el niño vino al mundo como un ternero. El motivo será que no coma bastante y aunque la señora le mima y le arrulla, puede que al chico le viniera mejor un trago de vino y una chuleta.

—Bárbaro! chuletas á una criatura de tres meses!.....

—Quién sabe si le sentarian mejor que la leche? Si yo criara, habia de hacer ensayos.

—En verdad, Jazmin, que me acuerdas que el abuelo de nuestro buen Enrique IV dió vino á su hijo poco despues de nacer, lo cual no le sentó mal al infante, antes por el contrario salió un diablillo en forma humana. Acaso un sorbito de vino generoso...

—Por supuesto, señor: el vino no puede nunca hacer daño... y es tan rico el vuestro...

Nuestro Querubincito recobrará colores y será otro diablillo como el gran rey: si además se le diera á chupar una costillita...

—No, basta con el vino ó cuando mas un poco de caldo! digo, si la marquesa consiente en esta alteracion de alimentos...

—Toma! el chico es nuestro lo mismo que suyo, y podemos criarle del modo que nos parezca mejor... Qué diantre! no es cosa de desperdiciar los hijos que al fin y al cabo.....

—Calla, calla, Jazmin, no digas mas barbaridades: yo tendré el caracter suficiente tratándose de la salud de mi hijo.

El marqués se encamina al aposento de la señora, apoyado en el brazo de Jazmin, quien no cesa de repetirle por el tránsito.

—Dadle vino, señor, y buenos caldos, y yo respondo de que antes de un mes recobra las cinco onzas!

Mad. de Grandvilain no se habia atrevido á confesar su escasez de leche y con biberones mantenía al niño; pero así que asomaba el padre, jugaba á la nodriza y agarraba Querubincito un pezon estéril y arrugado.

Cuando entró el viejo repentinamente en el cuarto de su mujer, como esta no le esperaba á aquellas horas, no tuvo tiempo para ocultar el biberon del cual estaba todavia colgado el niño.

—Qué es eso? dijo el Marqués examinando lo que chupaba su hijo.

—Amigo mio, respondió la marquesa turbada... es... es un suplente.

—Un suplente, eh? y por qué te sirves de suplentes sin avisarme?

—Hay momentos en que la leche no se presenta con facilidad... y no es razón tener hambriento al pobrecito.

—Ya se ve que no, pero si me hubieras confesado antes que usabas suplentes, yo tambien te hubiera dicho que deseaba mudar el método de nuestro heredero. Mi hijo no prospera, marquesa, esto esta claro... y me parece que no le sienta bien la leche... ahora que sé que no es la tuya, me estraña menos. En fin, quiero ensayar otro método... Quiero darle á beber vino.

—Vino! es posible? á una criatura de tres meses!

—Que nació sano y rollizo... y que se va espiritando con ese biberon... le daré Burdeos que es un vino agradable y estomacal... Si pega bien, pasaremos despues al Borgoña.

—Pero mejor serán cosas ligeras... Leche de burra es lo que necesita Querubin!

—Como qué! leche de burra á mi hijo? no señor; nada de burros; beberá vino.

—Beberá leche.

Por la vez primera disputaron los esposos y ninguno cedió. M. de Grandvilain se apoderó de su hijo, le llevó á su habitacion, pidió una botella de Burdeos y encajó algunas cucharadas al heredero.

Tragóse el niño el vino sin hacer muchos gestos, y á los pocos minutos coloreáronse los carrillitos.

—Lo veis, señor marqués? decia Jazmin: ya va mejor, ya va cobrando fuerzas... si no hay cosa mejor que el vino! más, más, no veis que pide más?

Parecióle á M. de Grandvilain que bastaba para ser la primera vez, y devolvió á su esposa la criatura diciendo:

—Ya está mejor Querubincito: le hemos vuelto los colores y sus ojos brillan como diamantes.... continuarélo empezado, y ya vereis como le sienta bien al niño.

No contestó la señora; pero apenas marchó su esposo, llamó á Nemesis y la dijo:

—Mira, mira, en que estado han puesto á la pobre criatura, huele á vino que apesta, y aun sospecho que lo han emborrachado!

—Sin duda señora, exclamó Nemesis, y la causa de todo será ese bruto de Jazmin, porque el muy borracho quisiera hacer beber á todo el mundo, hasta á los niños de pecho. A mí me parece, señora, que convendría dar-

le un pocode jarabe de hipecacuana para que vuelva el vino... y para purgarse.

—No, Nemesia, eso no! y si le hace daño, y el marqués se enfada?...

Le daremos leche de burra para corregir el efecto pernicioso del vino.

Con el biberon chupó el niño leche de burra que bebia sin dificultad porque el marquesito era de excelente carácter; aceptaba todo cuanto se le ponía delante y no faltaba sino que fuera bueno lo que le presentaban.

Continuó algunos dias este sistema alimenticio: el marqués daba vino á su hijo y la señora le atracaba de leche de burra: volvía el niño muy colorado de los brazos de su padre; pero quedaba estremadamente pálido en los de su madre. Notóse que se desmejoraba cada vez mas, y Jazmin, empeñado en engordar al tierno infante, le daba á roer un pedazo de pastel ó una rueda de salchichon, asi que quedaba solo con él.

Antes del mes, se hallaba el niño en un estado alarmante. La marquesa lloraba como una Magdalena y M. de Grandvilain, enemigo acérrimo de los médicos, se decidió á llamar uno.

Despues de examinar al niño y de enterarse del régimen que llevaba, exclamó el médico con tono severo:

—Siguiendo así, os advierto que dentro de ocho días, no teneis hijo.

Sollozó la marquesa y el marqués se quedó lívido, gritando los dos á un tiempo:

—Qué se ha de hacer, señor doctor, para que nuestro hijo recobre la salud!

—Qué? darle una nodriza..... una buena nodriza: y enviarle con ella al campo..... que mame mucho tiempo.... mucho. Esto es lo que se ha de hacer al instante, hoy mismo si es posible porque ni un minuto debeis desperdiciar si quereis conservar la vida de vuestro hijo.

El tono del doctor no consentia réplicas y como el cariño tenido al niño era superior á todos los impulsos de amor propio, no tuvieron mas arbitrio que confesar su error y buscar el remedio.

Destacó el marqués á todos sus criados en busca de nodriza, y la marquesa en persona recorrió las casas de sus amigas, informándose y preguntando: pero volaba el tiempo, y no se podia tropezar con lo inquirido tanta instancia.

Al anocheecer no habia parecido nada, y la marquesa y su esposo abrazaban al niño sin saber que darle, no atreviéndose á sustentarle como hasta entonces.

De repente se presentó Jazmin con una

aldeana rolliza, frescachona y carrilluda, exclamando:

—Ya dí con lo que buscamos... Si la leche de esta no restablece al niño, digo que ninguna lo consigue...

Tan buena traza tenia la nodriza y de tan sana salud, que prevenia en su favor... Escapóse á Mad. de Grandvilain un grito de alegría, y puso á su hijo en brazos de la hija del campo, quien apenas ofreció el seno á la criatura, vióle agarrarse con avidez, como quien ha encontrado lo que necesita.

Dió el marqués á Jazmin un golpecito en el hombro diciendo:

—Vales mas que pesas, Jazmin; cómo te has compuesto para encontrar tan buena nodriza?

—Toma! no he tenido mas que ir á la agencia, pedir un ama de cria, y me las han enseñado de todas castas... elegí esta, pagué y punto redondo.

Jazmin habia tomado el camino mas sencillo; pero que ordinariamente es el que mas tarda en ocurrirse.

La nodriza de Querubincito era de Gagny, y como eran tan urgentes las órdenes del doctor, á la mañana siguiente partió para su pueblo con una envoltura soberbia, dinero, regalo, recomendaciones y su cria.

La aldea de Gagny.

Es una bonita aldea situada cerca de Ville-momble, del cual es una especie de apéndice, y poco antes de Montfermeil.

Con decir que es una aldea bonita, nose entiende que son las calles rectas y bien empedradas y que todas las casas tienen un aspecto uniforme, sencillo y elegante. Esto ya parecería á una ciudad de provincia y no sería el campo con su pintoresco desórden y su libertad.

Lo que me gusta en un pueblo es la mezcla de habitaciones, es esa irregularidad de

construcciones, que divierte de la monotonía de las calles de esta capital. Pláceme ver una granja con todas sus dependencias, el pantano en que los gansos se chapuzan, el estercolero donde picotean las aves: la casita del rústico acomodado que ha pintado de verde las persianas y deja enramarse la parra en derredor: el techo de paja de un labrador al lado de la hermosa casa de un ricacho de París: la habitación del señor cura, la escuela, la iglesia y el campanario; y en medio de todo esto árboles pompudos, senderos estrechos, gallos y gallinas paseándose descaramadamente por delante de las casas: muchachos sanos y rollizos que juegan al aire libre sin temor de los carruajes. Me agrada hasta el olor del establo cuando paso por delante de la casa de una lechera, porque todo esto recuerda que se halla uno en el campo y cuando este gusta de veras, se siente un bienestar, un contento que no se sabe explicar; pero que es debido al aire puro que se respira, á los campestres cuadros que ilusionan la vista, á la dulce libertad de que se goza.

Todo esto se halla en Gagny situado cerca de Rhainay, del bosque de Boudy, de las deliciosas florestas de Monfermeil, poco distante de las frescas orillas de Marne, á cualquiera parte que se vaya saliendo del pueblo, hay

paseos admirables, puntos de vista preciosos. Los alrededores están embellecidos con hermosas quintas y porque nada le falte tiene el lindo castillejo del reloj, flanqueado de torres y troneras, recordando en miniatura las moradas de los antiguos señores castellanos. Tal es la aldea de Gagny que vé surgir todos los dias alguna nueva habitacion elegante, cómoda y durante el verano, beldades de París, artistas, sabios ó negociantes acuden á descansar del ruido y del continuo movimiento de la capital.

Ahora advierto que he pintado á Gagny tal como está en el dia, siendo asi que fué en 1849 cuando entró el hijo del señor marqués de Grandvilain. Pero al fin y al cabo, la posicion del pueblo es idéntica escepto algunos buenos edificios que no existian entonces y que hoy admiramos.

Ante todas cosas trabaremos relaciones con los aldeanos de Gagny á cuya casa fuera trasladado nuestro héroe.

Sabeis ya que la nodriza de Querubin es una mozallona fresca y sanota, redonda y firme de espaldas y con aparato suficiente dentro del corsé para mantener tres ó cuatro marqueses y otros tantos plebeyos; pero lo que todavia no sabeis es que se llama Nicolasa Frimousset, que cuenta veinte y ocho años,

tres hijos y un marido que la trae á mal traer á pesar de que es un modelo de obediencia y sumision á sus mandatos.

Joaquinillo Frimousset tenia la edad de su esposa, era lo que se llama un excelente mozo, una figura arrogante y las aldeanas no son insensibles á las cualidades físicas... bien que tambien hay señoras... muy señoras... que se pagan de estas puerilidades.

Nicolasa, que tenia alguna hacienda y un buen dotecillo, no carecia de adoradores y prefirió á Joaquinillo, lo cual hizo decir á todas las mozas del pueblo que no tenia mal gusto la Nicolasa, lo cual significa que tampoco á ellas les hubiera pesado de casarse con Frimousset.

Pero dice un refran antiguo que suelen engañar las apariencias, y los refranes casi siempre tienen razon. Nicolasa se convenció con el tiempo de que no habia hecho un buen negocio con casarse con Joaquin, porque el tal era perezoso, holgazan, descuidado. A los tres dias de casada suspiraba Nico asacada vez que la daban la enhorabuena por su eleccion.

Tenia Frimousset esa malicia de la gente del campo que sabe disfrazar sus inclinaciones y sus defectos bajo una apariencia de hon-

radez y de franqueza que seduce á mucha gente. Su muger era lista, hacendosa, trabajadora y muy pronto la cojió por el flaco. Lejos de contrariarla en lo mas minimo, aparentaba Frimousset ser el mas dócil, el marido mas obediente del pueblo; pero llevaba su servilismo hasta un extremo que impacientaba á Nicolasa y esto era lo que él queria.

Cada mañana, mientras ella se ocupaba en las faenas domésticas, decia Joaquinillo, despues de llena la barriga.

—Nicolasa, qué quieres que haga ahora?

Y Nicolasa saltaba al punto:

—Me parece que no nos falta que hacer! El campo sin labrar, la tierra del huerto sin escardar... y la pradera que ya está para segarse y el jardin... No es bastante?

—Sí, sí, decia Frimousset meneando la cabeza: lo que es que hacer no falta.. pero por dónde empiezo? por el campo, por la pradera ó por el jardin? quiero que tú me lo digas, porque ya sabes como te obedezco.

—Miren qué salida! no sabes tú mejor lo que urge mas?...

—Toma! no: si yo quiero que tú me mandes y no quiero hacer mas que obedecerte, pichona.

—Haz lo que quieras y déjame en paz.

Esto es lo que queria Frimousset: cuando á

fuerza de dulzura, hartaba á su muger, no dejaba esta de decirle: haz lo que quieras y déjame en paz. Entonces tomaba el marido de la Nicolasa el camino de la taberna adonde pasaba el dia, y en vano le buscaba Nicolasa en la pradera ni en el jardin.

—Dónde has trabajado, le preguntaba por la noche, que no te he encontrado?

A lo cual replicaba Joaquin haciéndose el inocente:

—Bah! como no me quisiste decir por donde habia de empezar á trabajar... de miedo de hacer alguna tontería... no he querido hacer nada sin contar contigo.

Con un ente de esta calaña, los recursos duran poco en una casa y ni aun las casas mas acaudaladas resisten al desórden. A los cinco años de matrimonio, habia tenido Nicolasa que vender su heredad y su pradera, nada mas que porque Joaquinito no sabia por donde empezar á trabajar.

Esto no obstante, habíase aumentado la familia con tres rollizos muchachos, porque parece que la buena Nicolasa no decia siempre: «Déjame en paz ó haz lo que quieras;» y con tres hijos mas y algunos bienes de menos no era facil que anduviesen muy desahogados. Entonces ocurriósele á Nicolasa la idea de tomar niños á criar, y como era viva, su

proyecto fue al punto ejecutado.

Esta es la causa de que yendo Jazmin á la agencia en busca de nodriza, prefiriese á la de Gagny por su buena traza, y se la trajera en triunfo á casa de su señor el marqués de Grandvilain.

Era Nicolasa una buena muger, y se aficionaba de corazon al niño encomendado á sus desvelos: le cogia en brazos así que gritaba: no se cansaba de presentarle el pecho y de entretenerle con caricias: por último, cuidaba mucho de su limpieza y aseo; pero la pobre muger era madre tambien, tenia tres hijos, y á pesar de su cariño al hijo de leche, para sus chicos eran los dulces y bizcochos que Mad. de Grandvilain le diera en abundancia encargándola que no economizase que no negase nada á Querubin, y que enviase á pedir mas golosinas luego que se acabasen las primeras.

Per dicha del niño no obedecia puntualmente Nicolasa estas instrucciones, y como era madre antes que nodriza, naturalmente miraba con mas preferencia á sus hijos que á la cria. Daba el seno á esta, mientras que los otros se atracaban de azúcar y de confites, lo cual á la larga llegó á alterar su salud, al paso que el vástago de los Grandvilain se ponía fresco, colorado y sano.

La entrada de la criaturita proporcionára un cómodo bienestar á la familia Frimousset, y el marqués habia dicho á Nicolasa cuando esta le pidió 36 francos mensuales:

— Como mi hijo engorde y se ponga bueno, podeis contar con el duplo.

A lo cual añadió la marquesa:

— Pedidme cuanto necesiteis, cuanto pueda agradar á mi niño y lo tendreis en seguida.

Joaquinillo, que tenia mas tiempo que nunca para holgar y divertirse en la taberna, porque su muger, ocupada con el niño, no podia vigilarle, exclamaba todos los dias:

— Caramba! Nicolasa, y que buena fue tu idea de meterte á ama de cria! Como yo pudiera dar de mamar siquiera á tres ó cuatro, qué ricamente lo habíamos de pasar!

Y los hermanitos de leche de Querubin, que no hacian otra cosa que comer golosinas, estaban locos de gozo de que tuviese su madre una cria que les proporcionaba tan buenas cosas.

Seis semanas lo mas haria que estaba Querubin en ama, cuando una hermosa tarde de Otoño, paróse en la plaza de Gagny un elegante carruaje, lo cual en un pueblo siempre es un acontecimiento, y que por consiguiente atrajo en derredor á unos cuantos muchachos,

viejas y curiosos, quienes al ver asomar una estrambótica cabeza por la portezuela, exclamaron con sordos murmullos:

—Huy, qué fealdad! qué cara!—bien hace en tener coche...—Por fuerza no le han vacunado.

Y otras reflexiones de este género que bien podían llegar á oídos del que las promovía y que hubiera sido mas político hacer en voz baja; bien que la política no es la virtud favorita de los paletos.

Afortunadamente era algo corto de oído, el que se había asomado, ni tampoco era hombre que se enfadase por aquella bicoca: antes al contrario, con faz risueña y saludando á la reunion, preguntó quién podría encaminarle á casa de Nicolasa Frimousset.

—Nicolasa! dijo uno que no debía tener la cabeza muy despejada, es mi muger!—vaya! pues si yo soy Joaquinito Frimousset, marido de la Nicolasa que es mi muger... Y qué la quereis?

—Qué? ver la criatura que la encargamos y saber como sigue el angelito.

—Ah! es el señor marqués! exclamó Joaquín, quitándose el sombrero y apartando á puntapiés á media docena de muchachos para llegar mas pronto al coche... Perdonad, señor marqués... no os conocia... vamos á ca-

sa, es cerquita, en lo alto de aquella cuesta.

Y echa Joaquín á correr delante gritando y bailando:

—El papá de Querubincito, el marqués de Grandvilain viene á mi casa! echaremos un trago á su salud.

El del coche por su parte no habia dejado de responderle:

—No soy el marqués, soy Jazmin, su primer ayuda de cámara, y esta señora no es la marquesa, sino Nemesia su criada... Pero lo mismo da los amos ó nosotros.

—Habeis espetado una barbaridad, Jazmin, dijo Nemesia empujando á su compañero de viaje; cómo hemos de ser lo mismo que nuestros amos?

—Quiero decir relativamente al niño que venimos á ver, á registrar... no vemos nosotros lo mismo que los señores? y mejor si cabe porque tenemos mejores ojos.

—Hablais de los señores con poquisimo respeto, señor Jazmin.

—Yo los quiero y los respeto, señora Nemesia, pero esto no impide que uno vea que están achacosillos... Pobres viejos, me dan lástima!

—Silencio, Jazmin, que hemos llegado.

Paró el carruage á la puerta de la casa de Frimousset donde todo estaba en movimien-

to y no solo la casa, sino los vecinos.

—Son los padres de Querubin, decian; y los chicos miran el coche embobados, y Joaquín vá á buscar vino para obsequiar á la visita, mientras que Nicolasa, así que dá un limpión y lava la cara al angelito se lo presenta á Jazmin y Nemesia diciendo:

—Vedle, señores, qué guapo está! qué mejorado! oh! no estaba así cuando me le entregásteis!

—Caramba! es verdad! está hermosísimo! dijo Jazmin abrazando al niño.

—Sano está como una manzana! añadió Nemesia mirando y remirando á la criatura.

Pero en el interin habia podido Nicolasa reponerse y contemplando á Jazmin y Nemesia, esclama:

—Pero calle! estos señores no son los papás! Bah! este de las narices coloradas es el que me eligió en la agencia.

—En efecto, ama, replicó Jazmin, no soy yo el amo, y yo se lo decia á voces á vuestro marido que no quiso escucharme: Nemesia y yo venimos á enterarnos del estado del señorito para dar cuenta á los señores.

—De todos modos sois muy bien venidos...

—Y no os negareis á catar de nuestro vi-

no, añade Joaquinito acercándose con un jarro lleno hasta los bordes.

—Jamás me he negado yo á catar un vino, replica Jazmin; pero antes son las órdenes de mi amo... A ver, desenvolved al niño y dejadle desnudito para que veamos si está en buen estado de alto abajo... inclusive.

—Bah! bebed y dejadnos en paz! eso es incumbencia mia, dice Nemesis acariciando al niño.

—Señora mia, yo no os prohibo que examineis tambien la criatura, pero sé lo que ha mandado el amo y quiero obedecerle... Venga Querubin que voy á dejarle en pelota.

—No le soltaré...

—Pues yo le tomaré.

—Veremos!

—Lo veremos!

Y Jazmin tira del niño, y Nemesis no le suelta: llora la pobre criatura; pero la nodriza por poner término á aquella imitacion del juicio de Salomon, se apodera del angelito y en un volver de cabeza le desnuda y enseña á los oficiosos criados que le besan y acarician.

Restablecida la paz, toma Jazmin un gran polvo y va asentarse á una mesa diciendo:

—Está guapo! guapo! á ver, á ver ese vino, buen amigo.

Joaquin, que no necesita que se lo digan dos veces, bebe y trinca dejando á Jazmin tan satisfecho de la nodriza como del marido de esta.

—Cómo es que no han venido los señores? pregunta Nicolasa.

—Ay! responde Nemesia, no anda buena mi pobre señora; desde que se empeñó en dar de mamar está muy decaida y ahora que ya no lo hace, está peor!

—Y el señor marqués con su gota en los talones, añadió Jazmin, está imposibilitado de andar. Yo le indiqué un medio que era tenerse en puntillas y no apoyar nunca los talones en el suelo, quiso probar... pero á los pocos pasos... patapuf: cayó cuan largo era y no ha querido volver á repetir; pero viniendo nosotros es lo mismo! Sois una excelente mujer que habeis resucitado á nuestro hijo. A vuestra salud!... Cáspita! como araña este vino el paladar!

Mientras que Jazmin bebe y charla, sacó Nemesia del coche todo lo que su ama envia á la nodriza que consiste en regalos de todas clases, dulces, café, vestidos y hasta juguetes para los hermanos de leche de Querubin: apenas cabe en la sala la multitud de objetos que venia embutida en el coche: saltan de regocijo los muchachos y gritan y se pegan, y

Nicolasa repite á cada instante:

—Es mucha bondad! Y ya puede estar segura la señora de que todas estas cosas serán para su hijo: los míos no las probarán.

No se hallaba mal Jazmin con Joaquinillo y al cabo tiene que recordarle Nemesia que los señores estarán esperando impacientes su regreso. Despidense los criados, abrazan otra vez al niño, y suben al coche que los planta en París en breve espacio.

Aguardábalos la marquesa con esa ansiedad propia de una madre que teme por la existencia del único hijo que el cielo le ha concedido. Y á pesar de la gota, no dejaba M. de Grandvilain de hacer sus escursiones al balcon á ver si divisaba su coche.

Nemesia, que es mas jóven y mas lista, adelanta á Jazmin: acude enagenada de gozo y ya en la casa anunciaba que las noticias eran buenas.

—Magnífico, señora! una salud soberbia! un chico como un ternero! Qué! si no está conocido!

—De veras, Nemesia? esclama la marquesa, no nos engañas?

—Vaya, preguntádselo á Jazmin.

Llegaba este sofocado por querer subir tan aprisa como Nemesia: se adelanta, saluda gra-

vemente á sus señores y dice:

—Nuestro marquesito se halla en un estado muy floreciente. Oh! es un guapo chico, y qué robusto! la nodriza se ha portado.

Estas noticias colman de alegría á los padres: la mamá se propone ir á Gagny á abrazar á su hijo, así que se restablezca su salud, y el señor marqués de Grandvilain jura hacer otro tanto, luego que la gota haya tenido á bien dejar libres sus talones.



VI.

El tiempo y sus efectos.

Locos de gozo estaban el marqués y su mujer desde que sabían el restablecimiento de su hijo, y formaban grandes proyectos para el porvenir.

Hay una canción que viene á decir:

El día de hoy es nuestro,
el de mañana de nadie.

Lo cual es sumamente exacto y significa que nadie debe contar con mañana, lo cual no

quita que hagamos á veces proyectos, que abracen un crecido número de años... la mayor parte de estos bellos planes no debe realizarse... pero razon tenemos en concebirlos porque es la parte mas clara de nuestra felicidad: lo que poseemos no nos parece nunca tan grato como lo que nos prometemos. Sucede con esto lo que con los paisajes que nos parecen deliciosos, vistos de lejos, y cuando llegamos al sitio que admirábamos, nos parece comunísimo.

Un mes despues del fausto viaje al pueblo de Jazmin y de Nemesia, sintiéndose mejor Amenaída, quiso salir á tomar el aire, para ponerse en disposicion mas pronto de hacer la caminata á Gagny.

Pero bien fuera porque se precipitase, ó que estuviese próximo á manifestarse una nueva enfermedad, ello es que la marquesa se volvió indispueta, guardó cama, y á los quince dias salia otra vez de camino; para el cementerio.

Esta pérdida afligió al marqués bastante; pero á los sesenta años no se ama como á los treinta: conforme envejece se hace menos tierno el corazon, lo cual asi es efecto de los años como de la esperiencia; se han llevado tantos chascos en el curso de la vida, que el hombre acaba por hacerse egoísta y encontrar en

si mismo la ternura que se brindaba á los demás.

Ademas, no quedaba el marqués solo en la tierra; tenia un hijo que le consolase, y su fiel servidor le dijo un dia:

—Querido amo, acordaos de vuestro Querubincito que no tiene ya madre... lo natural era que hubiérais fenecido antes que ella, por que érais viejo... pero como las cosas no van siempre á derechas, ya que ha muerto la señora marquesa, conservaos, cuidaos mucho para ver crecer al muchacho... vereis como es un doncel gallardo como vos lo fuisteis; y calaverilla... como vos... Caramba! quien lo diria ahora!

—Cómo es eso, Jazmin? tan mudado estoy?

—Así, así; pero no me parece que podríais acudir á cinco ó seis citas en un dia, cosa que os sucedia entonces muy á menudo... Ay! señor que seductor mas campechano hacíais! Y vuestro hijo se os debe parecer y me encargará como vos, de llevar sus billetes amorosos... que yo sé entregar con tanta destreza.

—Sí, sí... buenas felpas me costaron tus torpezas... Parecia que de intento tropezabas siempre con rivales ó maridos...

—Qué! señor, por una vez que maté un perro... Ya no os acordais de mis buenos ser-

vicios.

—El caso es, repone M. de Grandvilain, que con llorar á la pobre marquesa, no he de resucitarla... y debo conservarme para mi hijo. Oh! véale yo siquiera de veinte años. No deseo mas.

—Caracoles! yo lo creo, dijo Jazmin, veinte sobre los setenta que ya teneis encima, componen la friolera de noventa!

—Toma! no es posible llegar á esa edad!

—No es muy frecuente, pero puede suceder.

—Qué edad tienes tú, bribon, para hablar de esa manera?

—Yo no paso de los cincuenta, responde Jazmin, poniéndose tieso y estirando la pierna.

—Hem! algunos te comes..... representas muchos mas. Pero qué importa? soy capaz de enterrar diez como tú.

—No diré que no.

—Y asi que me deje en paz la gota, iré á abrazar á mi heredero, porque no quiero que me lo traigan porque no mude de aires y sea peor.

—Yo iré á verle cuando dispongais... sin necesidad de llevar el apéndice de Nemesis, porque yo basto para saber si el niño está bueno. Si lo mandais, iré todos los dias á Gag-

ny, porque no me canso.

Gustábale mucho á Jazmin el ir á visitar el niño, porque ademas de su sincero cariño al hijo de su señor, echaba sendos tragos con el marido de la nodriza que se hiciera su amigote.

Cinco meses llevaba de sepultura la marquesa, cuando M. de Grandvilain, mitigados los dolores de la gota, se halló en disposicion de moverse de la poltrona. Su primera medida fué mandar enganchar los caballos al coche y marchar inmediatamente. Por esta vez ocupó Jazmin la trasera y de esta suerte llegaron á Gagny.

Querubincito seguia tan guapo, por que no probaba las golosinas que Nemesia continuaba enviando á Nicolasa. Uno de los hijos del ama habia muerto ya de una inflamacion de pecho: los otros dos, mayores y mas robustos, resistian aun á los bizcochos y confites, pero estaban pálidos y enfermizos, al paso que Querubin enamoraba de colorado y sano.

El dia que fué el marqués á Gagny habia hecho Joaquin, como de costumbre, su romería á las tabernas y se hallaba enteramente borracho, cuando le avisó un amigo que á su puerta estaba el carruaje del señor marqués de Grandvilain.

—Ola! dijo Joaquin, será mi amigo Jazmin

que viene á visitarnos, maldita la vanidad que tiene para estar en casa de un grande: echaremos unas copas juntos.

Trompicando llega el marido de la nodriza á su casa, entra en la sala donde M. de Grandvilain se divertía en acariciar y hacer saltar á su hijo, que tenía ya un año y se reía de ver la barbilla de su padre en continuo movimiento.

—Quien es ese vejete? esclama Frimousset con los ojos medio abiertos y apoyado en la pared.

—Es el señor marqués de Grandvilain! grita Nicolasa haciendo una seña á su marido para que guarde compostura; pero este suelta una bestial carcajada, diciendo:

—Bah! el padre de Querubin? no es posible... Si debe ser su tatarabuelo lo menos... Cómo ha de tener ese estantigua un pimpollo como aquel!

Morado de cólera se pone el marqués y al pronto le dan intenciones de llevarse su hijo y no volver á poner los pies en casa del grosero que le dice claridades tan amargas; pero Nicolasa ha conseguido ya echar fuera á su marido y Jazmin que estaba algo apartado con su jarro, y no de agua, se acerca diciendo:

—No hagais caso, señor, que está alum-

brado... y no vé; por eso ha dicho esas borricadas.

—Mi marido es un borrachon, añade Nicolasa, y os pido perdon por él, señormarqués: ir á creer que no sois el padre de vuestro hijo! se necesita no tener ojos en la cara, ó estar borracho como él para no conocer que se os parece en los ojos, en la nariz, en la boca, en todo!...

Ridiculamente exagerado era el elogio, y poco lisonjero para el pobre Querubin. Pero el marqués de Grandvilain, que estaba empeñado en no ser viejo, admitió la semejanza como moneda corriente y mirando á su hijo murmurando:

—Sí, se me parece... Será un arrogante mozo.

Regala por último un bolsillo al ama, y se despide diciendo:

—Estoy contento del estado del niño: seguid cuidándole bien y puesto que le prueban estos aires, mejor será que le tengais todo el tiempo posible... Tiempo tienen los niños para estudiar y la salud es antes que todo, verdad, Jazmin?

—Sí, señor... sí... la salud! teneis razon; porque de qué le sirve ser sábio al que se muere?

Sonrióse M. de Grandvilain de la ocur-

rencia de su ayuda de cámara, y despues de abrazar á Querubin, subió á su coche. Joaquínillo estaba arrinconado en el patio y se contentó con hacer una profunda reverencia al marqués, el cual por su parte hizo lo posible para que sus pasos tuviesen la firmeza y desembarazo de la juventud.

Pasan unos cuantos meses, en los cuales M. de Grandvilain decia á menudo:

—Voy á ir á Gagny.

Pero no iba: el miedo de encontrarse otra vez con el marido del ama y oir cumplimientos, por el estilo de los primeros, detenia al marqués y se contentaba con enviar á buscar á su hijo, bastante fuerte ya para arrostrar el peligro de tan breve viaje.

Pasaba Nicolasa largas horas en casa del marqués, pero Querubin no se divertia allí, lloraba y pedia volverse al pueblo, entonces abrazaba á su hijo el anciano, y decia á la nodriza:

—Idos pronto, es menester no contrariarle, no sea que caiga malo.

Pasaron otros dos años, y Querubin gozaba de envidiable salud, sin ser gordiflon como suelen los hijos de los campesinos: era alegre, le gustaba correr, jugar, pero en seguida que le llevaban á Paris, así que se veia al lado de su padre, el pobre muchacho seponia

de mal talante: verdad es que no prometia muchas diversiones la casa de Grandvilain, y que el marqués, siempre atormentado por la gota, no tenia muy bien humor.

Procurábase sin embargo aficionarle á la mansion de sus padres, encontraba un aposento lleno de juguetes, una mesa cubierta de golosinas, y Querubin tenia derecho para comer á su antojo, para romper á su sabor: era absolutamente dueño de hacer su santísima voluntad; pero se contentaba con mirar los juguetes, con probar alguna vagatela y se volvía en seguida el niño á buscar á su nodriza: la cogía del delantal, y mirándola con ternura, la decia con acento suplicante:

—Mamá Nicolasa... cuando nos vamos á casa?

Un dia se revistió el marqués de gravedad y llamando al niño, le dijo:

—Querubin, aquí estás en tu casa... Donde estás en el pueblo, es la casa de tu nodriza... Pero esta es la casa de tu padre, y por consiguiente la tuya.

El niño meneaba la cabeza y respondia:

—No señor, no es esta nuestra casa.

—Querubincito, eres algo terco: se te figura que no es aqui tu casa porque no estás acostumbrado á vivir en ella, pero con que te quedáras quince dias, olvidabas el pueblo,

porque dónde habias de estar mejor?

—No, señor, nuestra casa es mas bonita!

—Nuestra casa! nuestra casa! esto ya pasa de raya, Querubin, y te quedarás aquí, no volverás á casa de tu ama... vayal pues no faltaba otra cosa.

No se atreve el niño á responder, porque le paraliza la lengua el tono severo que por la primera vez observa; mas á poco rato, arrúganse sus facciones, brota el llanto y rompe á llorar desahogado.

Jazmin, que lo estaba oyendo todo desde una pieza inmediata, acude furibundo, y esclama:

—Qué es esto? hacer llorar al niño? me gusta: si querreis convertirlos en tirano?

—Calla, calla Jazmin...

—No, señor, no consentiré que se cause el mas minimo pesar al angelito... Me opongo á todo..... no veis como llora? Voto al chapiro! por fuerza se os ha subido la gota al corazón.

—Jazmin...

—Señor, podeis pegarme, despedirme; echarme á la cuadra á dormir con los caballos..... todo lo que querais, pero no hagais llorar á ese niño..... porque..... al cabo, vaya.....

Calla Jazmin, ahogada la voz por las lágrimas que de sus ojos brotaban.

Al ver M. de Grandvilain á su fiel criado cubrirse los ojos con el pañuelo, le alargó la mano en vez de reprenderle y le dijo:

—Vaya, no te enfades... he hecho mal, sí, mal en afligir á la pobre criatura: en realidad, no es muy divertido mi trato y la gota agriaría el genio de un santo. Qué ba de hacer el pobrecillo en este caseron? Aun es pequeño para estudiar, y pues que no tiene madre, dejémosle con su nodriza todo el tiempo posible. Lleváosle, ama; cuando tanto os quiere, es señal de que le quereis bien: y tú, Quercubin, ven á abrazarme y no llores, que ya vas á volver con tus amigos.

—Bravo! bravo! esclama Jazmin, mientras su señor abraza al niño. Eso se llama hablar con juicio y vereis como os quiere Quercubin... con el tiempo... Dejémosle que crezca un poco y si no os cobra cariño, veremos entonces!

Vuélvese la nodriza al pueblo con el niño, contentísima con conservar una criatura que habia hecho su suerte y prometiendo al marqués volvérselo á traer á la semana siguiente, porque el anciano está mas triste que otras veces al separarse de él.

Dícese que hay presentimientos, y avisos

secretos que nos hacen adivinar cuando nos amenaza una desgracia y que nuestro corazón late con mas violencia cuando nos apartamos de una persona querida que no debemos volver á ver; y por qué no hemos de creer en los presentimientos? los antiguos creian en los augures: las personas de talento suelen ser muy supersticiosas y vale infinito mas creer muchas cosas que no creer mas: y no todos los incrédulos son grandes talentos.

No sabia el marqués de Grandvilain siera presentimiento el no querer dejar marchar á su hijo: pero lo cierto es que no debia volver á verlo y á los tres dias de la escena que acabamos de referir, un ataque de gota acabó en pocas horas al noble anciano que apenas pudo articular en presencia de Jazmin el nombre de su notario, y suspirar el de su hijo.

El dolor del ayuda de cámara del marqués fue mas vivo, mas sentido, mas sincero que hubiera podido serlo el de una multitud de parientes y amigos. Cuando nos quieren nuestros criados, nos quieren mucho, porque conocen nuestros defectos y nuestras buenas prendas y nos perdonan los unos en favor de las otras cosas que no hacen nunca nuestros amigos y conocidos.

Lleno de pesar estaba Jazmin por haberse opuesto á que se quedara el niño y decia para sí:

— Soy causa de que no haya podido abrazarle antes de morir. Presajiaaba su próximo fin y por eso se obstinaba! Y yo que me propasé á reñirle... bárbaro de mí! Ojalá que me hubiera roto un hueso... pero mi buen amo... me dió la mano! qué amo he perdido! me moriría de sentimiento, si no tuviera que cuidar de Querubincito.

Acuérdase Jazmin de que antes de cerrar los ojos, habia murmurado su amo el nombre del notario y presumiendo que es este el encargado de ejecutar las postreras voluntades del marqués, se apresura á ir á noticiarle su muerte.

Era jóven todavía el notario del marqués, pero de aspecto grave y aun algo severo: en efecto era depositario del testamento del difunto y encargado de la ejecucion de sus últimas disposiciones: abre el pliego sellado y lee lo que sigue:

«Tengo treinta mil francos de renta. Toda mi fortuna corresponde á mi hijo que es mi único heredero. Quiero que á los quince años sea puesto en posesion de sus bienes, y hasta entonces mi notario se servirá administrarlos. En el interior de la casa no quiero que

se altere nada, ni que se despida á ninguno de los criados. Nombro mayordomo de la casa á Jazmin, á mi fiel ayuda de cámara y todos los meses pondrá á su disposicion mi notario la cantidad que le pida para gastos de la casa, y los necesarios para la educacion de mi hijo.»—Sigismundo Venceslao, Marqués de Grandvilain.

No pudo menos de sonreirse el notario al leer este testamento singular, y Jazmin que ha escuchado con la mayor atencion, le mira asombrado, balbuceando:

—Hasta ahora, señor notario, no dice abí, quien ha de ser el notario del niño?

—No está especificado, Jazmin: lo ha confiado á mí y á vos: á mi para la administracion de su hacienda, á vos para vigilar su conducta. Se conoce que M. de Grandvilain tenia gran confianza en vos, y no dudo que la merezcáis... pero es aconsejo que acrecentéis vuestro celo en favor del jóven marqués, por que debeis velar por él. En cuanto á sus bienes, quiere su padre que á los quince años pueda disponer de ellos... temprano es para ser rico! pero ya que tal es la voluntad del padre, haced de manera, Jazmin, que á los quince años sea el jóven marqués un hombre en energia, carácter é instruccion.

Quiere responder Jazmin á este discurso,

pero se aturrulla y se aturde en una frase que no sabe concluir, saliendo por fin de casa del notario una cantidad suficiente para comenzar á sostener la casa.

De vuelta á casa, venia Jazmin hinchado de vanidad, que es pasion que se alberga en todos los corazones y que todavía es mayor en los pequeños que no están acostumbrados á grandezas.

Todos los criados de la casa rodean al ayuda de cámara, curiosos por saber el contenido del testamento: Jazmin, dándose importancia, les respondió con voz gangosa:

—Tranquilizaos, amigos míos, aquí no se muda nada: os quedais todos á mi servicio.

—Vos, señor Jazmin? sois el heredero?

—No, no heredo... pero represento al heredero... en fin soy el mayordomo de la casa y me quedo con todo el mundo... el cocinero... el cochero... la costurera... porque así lo ha querido el señor marqués... á no ser por eso os iriais, porque de nada sirven criados sin amos... No, no, me engaño, ahora es nuestro amo el jóven marqués, y cuando quiera venir á su casa, es menester que la halle bien arreglada.

Humillanse los criados ante Jazmin quien despues de recibir las felicitaciones, se retira á su habitacion y reflexionando en lo que

le ha dicho el notario, dá mil vueltas á su cabeza, meditando que hará con Querubin, para cumplir dignamente las intenciones de su señor.

Despues de calentarse los cascos por largo rato, esclama Jazmin:

—Por Dios; que me parece que lo mas derecho es dejar á Querubin con su nodriza.



VII.

Luisita.

Querubin permanece en el pueblo, y sigue habitando en casa de su nodriza Nicolasa Frimousset, á pesar de que ya tiene diez años; aunque pequeñito, es bien hecho, y ya hace mucho tiempo que no necesita de los cuidados de una nodriza. Pero el heredero del marqués de Grandvi'ain ha cobrado mucha afición á la casa en que pasara sus primeros abriles, y no le acomoda el salir de ella.

Joaquín es mas borracho que nunca, y Nicolasa que va envejeciendo, y que á cada paso tiene riñas con su marido, no tiene el ma-

yor humor, sus dos hijos han salido del pueblo: uno es albañil en Orleans, y otro aprendiz de carpintero en Livry.

A pesar de todo, Querubin lo pasa alegremente en casa de su nodriza, en la que tiene por compañera á una niña que cuenta dos años menos que él.

Pocos dias antes de la muerte del marqués de Grandvilain, se presentó cierta mañana delante de la puerta de Nicolasa una jóven vestida con elegancia, y que manifestaba ser de una familia nada vulgar. Esta jóven estaba pálida, y se hallaba muy conmovida al parecer; bajó de un coche llevando en sus brazos una niña que tendria un año á lo mas, y dirigiéndose á la muger de Joaquin, la dijo con una voz que ahogaba los sollozos:

—Esta es hija mia... no tiene mas que un año, sin embargo, hace ya algunos meses que no ha podido mamar. Yo quisiera dejarla en una casa honrada en que la tratasen bien y la mirasen como á una hija. Os quereis encargar de ella?... porque me es imposible tenerla conmigo... y no sé si en mucho tiempo no podré volverla á ver... Tomad cien escudos que están en ese lio... eso es cuanto os puedo dar por ahora; pero antes de un año os enviaré otro tanto dinero, si es que antes no he podido venir á abrazar á mi niña.

Nicolasa estaba muy contenta con haber criado á Querubin, creyó que á sus puertas llamaba otra igual fortuna, y aceptó inmediatamente la proposicion que se le habia hecho. La jóven le entregó la niña, el dinero, un paquete voluminoso que contenia los vestidos necesarios, y despues de abrazar á su hija volvió á subir al coche y desapareció.

Acordóse entonces Nicolasa de que no habia preguntado el nombre de la jóven ni el de la niña ni tampoco sabia donde se la pudiera encontrar; pero ya era tarde, el coche se hallaba muy lejos y Nicolasa se consoló bien pronto con esta reflexion:

—Ella volverá, porque seguramente no ha de abandonar á su hija... me ha dado cien escudos!... y luego la niña es tan bonita que creo que me hubiera encargado de ella aunque fuese de balde. Y cómo la llamaré?... Luisa, puesto que hoy es día de San Luis. Cuando venga su madre, si no le gustare este nombre, me dirá como la he de llamar... He sido muy necia en no habérselo preguntado, pero venia tan deprisa... tan agitada... ea pues Luisa, está decidido que se ha de llamar Luisa; servirá de compañía á mi Querubin, y así estará mas contento y distraido.

Y así sucedió en efecto porque la niña era

la inseparable compañera de Querubin y participaba de todos sus juegos y placeres. Querubin no se hallaba como Luisa no estuviese á su lado: la ligereza de la niña se acomodaba perfectamente con la natural dulzura del pequeño marqués; y en fin, cuando este comenzaba á ser un gracioso jóven, Luisa prometia ser una lindísima niña. La jóven que habia llevado á Luisita á la casa de Nicolasa no habia vuelto á Gagny, y solamente un año despues de la visita se presentó un comisionado que venia de París entregando á Nicolasa tan solo 450 francos y diciéndola:

—Tomad este dinero que os envia la madre de la niña que os trajeron hace un año, la que me encarga cuideis mucho de ella.

Nicolasa entonces preguntó á aquel hombre donde vivia la madre y como se llamaba la señorita que le enviaba, pero aquel respondió que no le conocia y que le habian encargado en París de aquella comision.

Desde entonces Nicolasa no recibió mas dinero ni supo mas noticias relativas á la niña. Pero Luisa era tan linda que ni una sola vez se le pasó por la imaginacion el desprenderse de ella. Por otro lado la niña era un nuevo vínculo para Querubin que la queria entrañablemente, y le retendria en casa de su nodriza y cuando Joaquin queria hacerle algunas

reflexiones sobre la niña que educaban gratis su muger la respondia:

—Calla borrachon, á tí no te importa eso, si su madre no viene á buscarla, preciso es que haya muerto ó que sea una madre bien descastada; si ha muerto, Luisa merece que yo sea su segunda madre, y si es que no se acuerda de ella quiero guardarla yo puesto que con su madre seria desgraciada.

En tanto que Querubin se iba haciendo un hombre allado de su pequeña amiga, Jazmin continuaba gobernando la casa del marqués de Grandvilain. Habia arreglado los gastos: los erizados no podian escenderse en nada y él mismo no se emborrachaba sino una vez por semana, cosa muy módica para un aficionado que tenia las llaves de la cueva. Pero Jazmin pensaba sin cesar en su jóven amo: iba á verle muy amenudo pasando los dias enteros en Gagny; pereguntaba siempre á Querubin si queria venirse con él á su casa de París, él respondia siempre que no y Jazmin se volvia solo diciendo:

—Está bueno, y eso es lo principal.

Cuando Jazmin iba á casa del apoderado á pedir dinero, lo que nunca hacia sin presentar las cuentas de los gastos, este despues de alabar su fidelidad y su economía le preguntaba:

—Y qué tal, nuestro jóven marqués?

—Está hecho un muchachon, reponia Jazmin.

—Sí, ya debe estar muy crecido. Ya tendrá unos once años, no es verdad?

—Es muy bien formado... tiene una figura elegante... y será un Adonis.

—Bien está, pero como vá en sus estudios? le habeis puesto en algun buen colegio?

—Es uno escelente!.. oh! está en una buena casa...! come todo cuanto se le antoja.

—No dudo que sea asi; pero no basta eso y á su edad es necesario ante todo el alimento del espíritu. Están contentos de él?

—Contentísimos.. no quisieran que se marchase nunca... es tan guapo!

—Y tiene ya algunos premios?

—Premios!... tiene todo lo que quiere. No tiene mas que pedir y nada se le niega.

—No me entendeis: quiero decir que si ha ganado algunos premios por sus adelantos. Qué tal se encuentra en el latin, en el griego y en historia?

Siempre que estas ó semejantes preguntas se le hacian á Jazmin este se encontraba algo embarazado para responder y murmuraba algunas palabras que el notario nunca entendia. Pero atribuyendo su silencio á otro motivo, decia:

—Os hablo de cosas que no entendeis, no es verdad, mi buen Jazmin; el latin, el griego... estas cosas no son muy claras para vos. Cuando yo tenga algun tiempo desocupado iré á buscaros para que vayamos á ver al jóven marqués.

Jazmin se marchaba entonces diciendo entre sí:

—Oh! si va algun dia á ver á mi Querubinitillo no quedará seguramente muy satisfecho de sus estudios. Siempre me habla ese notario del alimento del espíritu... Me parece que cuando un niño despacha sus cuatro comidas con buen apetito, su espíritu no debe quedar mas en ayunas que su estómago.

Un dia, sin embargo, despues de la visita en casa del notario en la que le habia encargado recomendará al jóven marqués á sus profesores, Jazmin marchò á Gagny diciendo por el camino:

—Yo soy un viejo imbécil... dejen en la ignorancia al hijo de mis señores, porque al fin yo sé leer... y creo que mi Querubin ni aun sabe... Esto no puede seguir asi porque luego dirian:

«Jazmin no ha tenido cuidado del niño que se le ha confiado y no era digno del aprecio de el difunto M. de Grandvilain!...»

—No quiero que se diga tal cosa de mí...

tengo sesenta años, pero esta no es una razon para ser un tonto... Desde ahora voy á portarme como un hombre de carácter.

Llega Jazmin á casa de Nicolasa á la que halla trabajando en la sala baja mientras que su marido Joaquin estaba durmiendo en un carcomido sillón.

—Amigos míos, dijo entrando con un aire de hombre ocupado y mirando á todas partes, esto no puede seguir así, oh! es necesario que se mude enteramente!

Nicolasa miró con sorpresa al antiguo criado.

—Quereis cambiar nuestra casa?... Encontrais esta sala muy sombría.. Pero nosotros ya nos hemos acostumbrado á ella...

—Qué no echamos un trago? dijo Joaquin incorporándose y restregándose los ojos.

—Ahora, ahora voy: pero amiga mía, no me habeis entendido, se trata de mi Querubin al que solo dais el alimento... que vosotros tomáis...

—Qué, no está contento? mi pobre niño! exclamó Nicolasa, Dios mío!... yo le daré todo cuanto quiera, no tiene más que pedir, y yo le traeré tortas, flores, todo lo que apetezca.

—No es eso, Nicolasa, no es eso, ahora no se trata de ese alimento. Es el espíritu de

Querubin el que necesita de una infinidad de cosas.

—Su espíritu... querreis decir, alguna cosa ligera. Yo le haré natillas, crema ..

—Por Dios, señora Frimousset, dejadme hablar. Es necesario que mi jóven amo sea un sábio... ó poco menos: no se trata de comer, sino de estudiar... qué es lo que aprende en vuestra casa? sabe leer, sabe escribir!

—A fé mia que no, como nunca habíais hablado de eso creimos que no tenia necesidad de nada de esas cosas... y como sabíamos que era muy rico pensamos que no necesitaria saber una profesion.

—Si no es eso, solo quiero que sea sábio.

—Ah! ya sé; como el maestro de escuela que mete siempre en la conversacion unas palabrotas que ni él mismo sabe lo que quiere decir.

—Eso es... Oh! si Querubin supiera esas palabras... que no se pueden comprender, era yo dichoso! Con que decís que hay en este pueblo un hombre sábio?

—Si señor, M. Gerondif.

—Gerondif!..... el nombre solo revela ya un hombre profundo. Creo que querrá venir á dar lecciones á vuestra casa á mi jóven amo? porque no quiero que el marqués vaya á la escuela.

—Y por qué no ha de venir?... Ya ha educado á dos ó tres niños por el mismo estilo... y por otro lado no se halla muy á sus anchas y por ganar dinero...

—Que no se detenga por eso... yo le pagaré cuanto quiera... no podré ver ahora á ese M. Gerondif?

—Ahora mismo... Joaquin, anda á buscarle. Son las cinco dadas y ya habrá concluido la clase, de modo que le encontrarás en casa de la panadera donde va á asar patatas, cuando aun está caliente el horno.

—Andad mi querido Joaquin, traedme á ese sabio y despacharemos unas cuantas botellas.

Esta promesa acaba de despertar á Joaquin y sale corriendo en busca del mentor en tanto que Jazmin preguntaba por su jóven amo.

—Está en el jardin con su Luisa. No se separa nunca de ella.

—Con la niña que os entregaron, y cuyos padres no conoceis?

—Sí.

—Y teneis siempre el mismo cuidado de ella?

—Siempre lo mismo.... una boca mas!.... cuando hay para tres hay para cuatro.

—Lo mismo me decia mi padre cuando me ayudaba á despachar mi almuerzo, pero

en casa sucedia al contrario, cuando éramos cuatro habia apenas para dos. Pero es igual, señora Frimousset, sois una buena muger y cuando Querubin salga de vuestra casa os haré un buen regalo.

—Oh! no me habéis de regalo... lo que yo quisiera es que nunca saliese de mi casa.

—Bien lo creo.... pero no le hemos de tener nodriza hasta los treinta años, porque eso no se acostumbra. Voy á verle en tanto que llega M. Girondif y anunciarle que va á ser un sábio.

Querubin estaba sentado en lo último del jardin, que se terminaba en un frondoso vergel. Allí los árboles silvestres estendian libremente sus ramas cargadas de frutas, como enseñando al hombre que la naturaleza no tiene necesidad de su auxilio para engrandecerse y reproducirse.

El hijo del marqués de Grandvilain tenia unas facciones agradables y muy regulares; sus rasgados ojos azules tenian una singular belleza y por su dulce y lánguida espresion parecian mas bien pertenecer á una jóven que á un hombre, unas largas pestañas sombreaban aquellos hermosos ojos que algun dia, segun las predicciones de Jazmin, habian de trastornar mas de cuatro cabezas femeninas. Lo demas de su presencia no tenia nada de

notable, sino es una blancura estremada que no habia podido borrar su permanencia en el campo, gracias á Nicolasa que cuidaba de no dejarlo espuesto al sol.

Luisa, que entonces contaba nueve años, tenia una de aquellas cabezas bonitas con una cara en que se notaba un tinte de alegría melancólica, y que los pintores nos representan cuando quieren reproducir una jóven de la Suiza ó de las orillas del lago de Génova. Era una elegantísima figura del gusto de las vírgenes de Rafael en la que se hallaba sin embargo, la gracia y la melancolía francesa. Tenia Luisa los ojos y los cabellos de un hermoso negro de azabache, pero unas largas pestañas templaban su brillo y les daban un aire de voluptuosidad indefinible; una frente elevada y tersa, una boca pequeña, con unos dientes blanquísimos y engastados como menudas perlas, acababan de dar á su fisonomía toda la gracia y toda la belleza que puede imaginarse. Nicolasa la trataba como á una hija, y Querubin como á una hermana, y la inocente niña no se acordaba de indagar cual fuese su madre.

Cuando Jazmin dirigió sus pasos hácia donde se hallaba su amo, Querubin y Luisa estaban comiendo manzanas. La niña las cogia y se las daba á su amiguito que estaba al pie

del árbol. Jazmin se quitó el sombrero y saludó á su señor descubriendo al aire su calva cabeza apenas sombreada por unos cuantos cabellos que acomodaba con gran cuidado por encima de la frente.

—Presento mis humildes respetos al Sr. marqués, dijo Jazmin.

En aquel instante la niña sacudió una rama del árbol que se estendia por encima de la cabeza del viejo criado y un diluvio de manzanas fue á caer sobre el pobre Jazmin.

Oyerónse entonces estrepitosas carcajadas que partian detrás del árbol, á las que mezcló la suya Querubin: mientras que el viejo servidor que por todo el oro del mundo no se hubiera puesto el sombrero en presencia de su señor, recibió con angélica resignacion aquella granizada.

—La salud de mi jóven amo, sigue cada dia mas floreciente, repuso Jazmin desembarazado de algunas manzanas que habian quedado entre su corbata y el cuello de su levita.

—Sí, Jazmin, sí... pero mira que hermosas son... come, come, pues no tienes mas que cogerlas.

—Sois excelente; vengo á preguntaros si quereis volver á París conmigo, vuestra casa está dispuesta para recibirlos, y...

Jazmin no pudo acabar la frase porque otra lluvia de manzanas le cayó sobre la cabeza. Esta vez miró con aire de mal humor á su alrededor pero la picaruela se habia ocultado tras un árbol y Querubin le grita:

—No, Jazmin no quiero ir á París, me balle bien aqui y estoy seguro de que alli me fastidiaria... me divierto tanto con mi querida Nicolasa!...

—Corriente, señor marqués, no es mi intencion contrariar vuestra voluntad; pero se va pasando el tiempo de jugar, y es menester estudiar, hacerse un sábio... me parece que esto es indispensable, y...

Otra lluvia de manzanas mas espesa que las anteriores interrumpen á Jazmin, quien al sentir que se han espachurrado dos sobre el mechon de pelo, vuélvese encolerizado esclamando:

—Esto es ya demasiado, si querrán hacer compota sobre mi cabeza! Ola! es esa señorita la que se divierte: me gusta, me gusta! Otra risita... la cosa lo merece.

Luisa, sin dejar de reir se esconde tras de Querubin, y este mirando tambien con burlona sonrisa á su criado le dice:

—Tú te tienes la culpa, Jazmin, porque no nos dejas en paz, y no que nos vienes con esas majaderias! Que sea sábio! que estudie!

no me da la gana; anda, anda á beber con Joaquinillo que no te necesito ahora.

Jazmin se hallaba cortado y repuso al poco tiempo:

—Siento muchísimo el contrariar vuestra voluntad, pero sois ya muy crecido para no saber leer ni escribir... porque sois marqués ya... en fin el notario de vuestro difunto padre dice que debeis tener principios de latin, de griego... y para esto creo que es necesario estudiar... Ahora he mandado llamar al maestro de escuela del pueblo, M. Gerondif y va á venir; ese es el que os ha de instruir, porque Nicolasa me ha asegurado que era un sábio, aunque se ve obligado á cocer patatas en el borno de la panadera.

Querubin arrugó la frente haciendo un gesto de mal humor.

—Yo no quiero que venga aquí el maestro de escuela... no necesito ser sábio... y ya me apestan con ese M. Gerondif.

Jazmin sentia infinito causar el menor disgusto á su jóven amo, y no sabia que decir ni que hacer, y revolvía el sombrero entre sus manos; conocía que era necesario obligar á su señor á que no fuese un asno; pero no sabia qué medios emplear para esto, y en este momento una nueva lluvia de manzanas no le hubiera sacado de su estupefaccion.

Pero Nicolasa habia seguido de lejos al viejo criado; la nodriza creyó que si Querubin no queria aprender nada en su casa, le llevarian á París, y temiendo perder un niño a quien amaba y que hacia once años habia traído á su casa la abundancia, conoció que era menester buscar un medio para hacerle consentir en tomar las lecciones del maestro de escuela.

Las mugeres, aun aquellas que están criadas en el campo, adivinan bien pronto cuales es nuestro lado flaco; Nicolasa que poco á poco se habia ido acercando hasta colocarse detrás de Jazmin que estaba hecho una estatua, se adelantó hácia los niños y cogió á Luisa por el brazo, exclamando:

—Aguardad, señor Jazmin, yo conozco bien la causa por la que no quiere estudiar Querubin; es porque todo el dia lo pasa jugando con su jóven amiga y como yo quiero que sea un hombre de provecho, he creido que será conveniente llevar á Luisa á casa de un pariente, donde estará muy bien y no impedirá á Querubin que estudie.

No habia aun concluido de hablar Nicolasa, cuando corrió hácia ella el niño y cogiéndola del vestido dijo con voz suplicante y con lágrimas en los ojos:

—No, no... no os lleveis á Luisa... yo es-

tudiaré... yo aprenderé con M. Gerondif cuanto sea neeesario... Pero no os lleveis á Luisa, no os la lleveis por Dios!

La treta de Nicolasa habia producido su efecto: abrazó á su hijo de leche, y Luisa saltó de alegría al saber que no la sacarian de la casa, y Jazmin hubiera hecho otro tanto si su edad se lo hubiera permitido, pero en cambio tiró al alto su sombrero gritando:

—Viva el marqués de Grandvilain! Oh! yo bien sabia que al cabo habia de consentir en ser un sabio.

—En aquel momento apareció Joaquin á la entrada del jardin diciendo:

—Acabo de traer á M. de Gerondif.



VIII.

M. Gerondinf.

El nuevo personaje que acababa de entrar en casa de Nicolasa era un hombre como de unos 40 años, de mediana estatura, mas grueso que delgado, en cuyo semblante se traslucia un deseo de darse importancia, y la costumbre de adular servilmente á todas las personas que la fortuna habia colocado en posicion mas aventajada que la suya.

M. Gerondif tenia cabellos castaños espesos, largos y grasientos, unos ojos grises, cuyo tamaño no se podia calcular, pues siempre estaba mirando al suelo aunque hablase

con alguno, una disforme boca perfectamente guarnecida de dos filas de buenísimos dientes, y sea por enseñar esta cualidad ó por dar una idea aventajada de la bondad de su carácter, lo cierto es que siempre se estaba riendo. Una nariz demasiado gruesa, que se hallaba siempre cubierta de pequeños granos, dañaba horrorosamente á la fisonomía del profesor y la costumbre que habia tomado de rasarse y atestarla de tabaco daba á esta prominencia un color encarnado y negro que hubiera asustado si la melodiosa voz de M. Gerondif no hubiese dulcificado la desfavorable impresion producida por su nariz.

El traje del maestro de escuela era severo, porque tenia pretensiones de ser negro, la levita, el pantalon y el chaleco lo habian sido; pero el tiempo habia hecho en estas prendas tantos destrozos que en muchas ocasiones habia sido necesario acomodar nuevos retales sobre cada una de estas tres partes del traje; y bien sea inadvertencia de quien habia hecho estos reparos ó sea que el paño negro fuese en aquel pais mas escaso que los demas, se habia empleado de color azul, verde, gris, y aun de color de avellana, lo que daba á M. Gerondif una semejanza con un arlequin; añádanse á esto unos zapatones y unos chan-clos enormes, y un diluvio de manchas es-

parcidas por todas partes, y se tendrá una idea esacta del personage que habia sido llamado para educar al jóven marqués de Grandvilain.

En cuanto al sombrero no hemos dicho nada porque M. Gerondif jamás llevaba nada en la cabeza, y nadie se acordaba de haberle visto con él. Cuando llovía usaba de un viejo paraguas que no poseia mas que tres balle-
nas, y bajo el cual se agazapaba.

El maestro de escuela que sufría mucho de los pies con motivo de los callos, se habia venido apoyando por el camino en el brazo de Joaquin, lo que habia sin duda hecho anunciar á este que acababa de traer á M. Gerondif. Al darle la noticia de que se le llamaba de parte del marqués de Grandvilain, ni aun se habia esperado á retirar las patatas del horno, y ni aun habia creído necesario el lavarse las manos, cosa que no hacia mas que los domingos y dias festivos.

Jazmin encamina á Querubin hácia la casa. Este no deja la mano de Luisa como si temiera que aun quisieran separarle de su querida compañera. El viejo criado les sigue siempre con el sombrero en la mano y Nicolsa cierra la marcha; todos se encaminan á recibir al profesor que se habia detenido en el umbral de la puerta de la calle dudoso de si

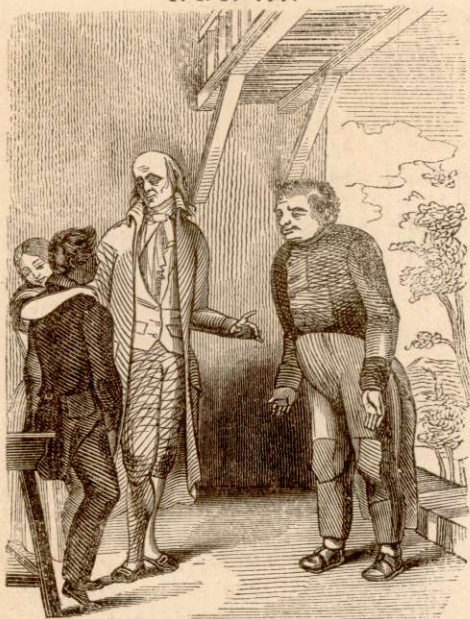
se quitaria ó no los chanclos para presentarse delante de las distinguidas personas que le enviaban á llamar; en fin, despues de una larga deliberacion se decide á presentarse sin ellos.

Cuando vió la calva cabeza de Jazmin, cuyo trage no anunciaba en modo alguno que fuese unmero criado, M. Gerondif se precipitó en su encuentro y sonriendo de la manera mas propia para dar á luz sus dientes morales é incisivos, saluda en estos términos:

—A tal señor, tal honor... Salutam vos... señor marqués, estoy sumamente contento de hallarme ahora... en este instante delante de vos.

En tanto que M. Gerondif hace su cumplido inclinándose casi hasta besar la tierra, Jazmin que conoce que el profesor se ha equivocado y que le toma por el marqués se apresura á poner á su señoren el sitio que él ocupaba, lo que hizo Querubin sin soltar la mano de Luisa, de modo que al levantar la nariz M. Gerondif se encuentra delante á los dos niños, cree haberse equivocado y apartando algo bruscamente hácia un lado á la linda pareja, se apresura á colocarse delante de Jazmin que está al extremo opuesto de la sala.

—Perdonad la equivocacion, le dice, Errare humanum est... Me pongo á vuestras órde-



Mr. Gerondif conoció su error y corre con una nueva sonisa á colocarse delante de Querubin.

nes, señor marqués... ni aun me he tomado el tiempo necesario para concluir mi ligerísima comida para estar lo mas pronto posible..... dispuesto á lo que tengais á bien mandarme.

Mientras hablaba el maestro de escuela, Jazmin habia vuelto á abandonar su sitio para colocarse detras de su amo, y Mr. Gerondif se disponia á atacarle en todos los rincones de la sala, cuando Nicolasa le dijo soltando una gran carcajada:

—Os equivocais M. Gerondif, el marqués es este niño, mi hijo de leche, esta hermosa criatura que teneis...

—Y yo no soy mas que su humilde criado, antiguo ayuda de cámara de su difunto padre que se dignó al morir hacerme el encargo de velar por la educacion de su heredero.

M. Gerondif conoció su error, y corre con una nueva sonrisa á colocarse delante de Querubin.

—Os pido mil perdones ut iterum; pero esto no me impedirá el repetirme el mas humilde servidor del ilustre marqués Junior.

—No es Junior!... sino de Grandvilain, dijo Jazmin con gravedad.

—No quita lo uno para lo otro, dijo M. Gerondif sonriendo con malignidad... permitidme que os lo diga, valiente Eumeo, porque

me traeis á la memoria aquel virtuoso y fiel servidor de Ulises rey de Itaca... aunque no me acuerdo si era calvo.... Homero no lo dice pero es probable que lo fuese. Estoy pues á vuestras órdenes, señor marqués de Grandvilain, y desde este instante podeis mandar-me todo cuanto gustéis.

Las frases del maestro de escuela y las citas con que sazónaba su discurso, produjeron un buen efecto en Jazmin, quien como la mayor parte de los tontos, encontraba muy bello todo lo que no podia comprender: hizo en efecto un gesto significativo á la nodriza diciéndola por lo bajo:

—Es un sábio!... muy sábio!... y he aquí lo que necesitábamos.

En cuanto á Querubin, que no participaba en modo alguno de las ideas de su viejo criado y que encontraba á Mr. Gerondif muy fastidioso le respondió:

—Yo no os necesito para nada... y Jazmin es quien ha querido absolutamente que viniérais para hacerme estudiar..... no sé qué!... yo quiero aprender, pero quiero tambien que Luisa esté á mi lado durante las lecciones.

Dichas estas palabras, Querubin le vuelve la espalda al maestro de escuela, Luisa hace lo mismo riendo á carcajadas de la nariz

de Mr. Gerondif, y los dos niños salen corriendo de la sala para continuar su comida en el jardín.

Se les deja marchar y Jazmin se acerca al preceptor, al que pregunta con un aire respetuoso si queria venir á dar lecciones á su señor que aun no sabe nada.

M. Gerondif recibió con extremo gozo esta proposicion; en el esceso de su alegría cogió la mano de Jazmin, y le dijo:

—Confiad en mí, que ya repararemos el tiempo perdido. Yo haré trabajar al jóven marqués como un caballo.

—Oh! eso no, exclamó el viejo criado, mi jóven amo es muy delicado; no está acostumbrado á estudiar y se pondria malo; es preciso por el contrario ir muy poco á poco.

—Eso por supuesto! respondió Gerondif rascándose la nariz: cuando digo como un caballo me valgo de una figura... esto es, de una metáfora: iremos piano et sano, ecce rem. Enseñaré al señor marqués ademas de la escritura y las matemáticas, á conocer su lengua á fondo, de modo que pueda hablar como yo, quiero decir, con elegancia... ademas le enseñaré el latin, el griego, el italiano, la filosofía, la historia asi antigua como moderna, la mitología, la retórica, la poética... la geografía, la astronomía, algo de física, química,

de mineralogía, de...

—Oh! basta, basta, señor profesor!... basta, dijo Jazmin que se quedaba admirado de lo que oía. Cuando mi jóven amo sepa todas esas cosas, será un sábio.

—Si quereis aun mas no teneis mas que abrir la boca... me atrevo á aseguraros que soy un pozo de ciencia... un verdadero pozo, á los cinco años gané un premio por mi memoria, y á los siete tenia tres coronas sobre mi cabeza.. de roble... como los Druidas, antiguos sacerdotes gaulas que veneraban á Teutates ó Mercurio y el muerdago, planta parásita que segun ellos curaba todas las enfermedades. Yo no soy de su opinion porque tengo unos callos que no me dejan andar y que han resistido á la virtud salutifera de esa planta.

Jazmin no se atrevia á desplegar sus lábios mientras hablaba el profesor, y la nodriza y su marido participaban de su admiracion, de modo que el maestro de escuela, muy pagado del efecto que producian sus palabras, se escuchaba á sí mismo con un aire de importancia, cuando el viejo criado le interrumpió diciéndole:

—Yo os pido mil perdones por interrumpiros; pero me parece necesario saber las bases con que enseñareis á vuestro discípulo,

y cuánto querreis cadames viniendo todos los días, escepto los domingos.

M. Gerondif reflexionó algunos momentos y respondió al fin con timidez:

—Por inculcar á M. de Grandvilain todo mi saber, me parece que quince francos por mes.

—Quince francos! Quince francos por todo eso!... pero señor, lo decís de veras?

Gerondif dejó su sonrisa por aquel momento, y bajó los ojos diciendo:

—Si os parece un precio escesivo, se rebajará algun tanto.

—Cómo que escesivo! repuso Jazmin, todo lo contrario, lo creo infinitamente barato!.... Gracias al cielo mi jóven amo es rico: tiene medios con que pagar á sus maestros. Cómo es eso? yo, su ayuda de cámara habia de ganar seiscientos francos de gages teniendo casa y comida, mientras que un hombre que va á enseñar tan sublimes cosas á mi señor habia de ganar menos?... Oh! no, no.... yo os ofrezco ciento cincuenta francos por mes, y encuentro que aun es muy poca cosa si se ha de pagar vuestra sabiduría.

—Ciento cincuenta francos... al mes! dijo Gerondif abriendo los ojos cuanto le era posible. Ciento cincuenta francos... los acepto, señor Jazmin... los acepto con el reconoci-

miento que... Pasaré todo el día al lado de mi discípulo... tengo un pasante á quien doy tres francos al mes y aumentándole el sueldo me sustituirá en la clase mientras yo dejaré todo si es necesario para dedicarme únicamente al niño que me confiais.

Y el profesor corrió á coger las manos de Jazmin, que apretó con efusion; despues las de Joaquin; luego las de Nicolasa, y no encontrando otras manos que apretar se puso á dar palmadas gritando:

—Hosanna! hosanna!..... aplaudite cives!.....

Y Jazmin dijo en voz baja á Joaquin:

—Creo que M. Gerondif pide algo; menester será desocupar unas botellas.

Nicolasa trae vino y vasos, M. Gerondif acepta el convite; pero pide un poco de pan, porque dice que no habiendo tenido tiempo para cocer sus patatas se encuentra con el estómago vacío. Nicolasa saca algunas provisiones, y entonces el maestro empieza por cortar un enorme pedazo de pan, y se arroja con la velocidad de un águila sobre su presa, sobre un plato de carne de buey y otro de albaricoques, comiendo con una ligereza que causaba espanto.

Sin embargo, sin dejar de comer, encontró ocasion para hablar y dijo á Jazmin:

—Hemos hablado de ciencia; pero hay otro artículo que aun no hemos tocado... las costumbres. En esta parte podeis descansar en mí. Soy en extremo severo en este punto, porque las costumbres, señor Jazmin, son el freno de la sociedad. Me atrevo á deciros que las mías son irreprochables... y quiero que mi discípulo se me parezca en este punto.

—Oh! en cuanto á eso, dijo sonriéndose el viejo ayuda de cámara, me parece que la edad de mi amo no dé motivo de temor alguno..... mas tarde... tal vez... ademas de que un joven no es como una señorita.

—Es mil veces peor, señor Jazmin, es mil veces mas peligroso, porque el hombre tiene mas libertad, puede cometer mas faltas... pero yo le inculcaré principios que la mantendrán en... yo seré el Mentor de este nuevo Telémaco... Pero perdonad si os hago una reflexión, y es que para dar principio á la enseñanza del marqués son indispensables libros elementales... gramáticas... diccionarios... los de mi clase están muy usados... y no me hallo en este momento con fondos suficientes para todo esto. Si el señor Jazmin quisiera adelantarme un mes, entonces...

—Con mucho gusto, M. Gerondif; cuando vengo aquí siempre traigo dinero por si me lo pide mi amo. Tomad, aquí teneis ciento

veinte francos en oro, y treinta en plata.

El maestro de escuela miró con ávidos ojos la suma que acababan de contar. La mira, la cuenta dos, tres, cuatro veces, la pone en su bolsillo, la vuelve á sacar para contarla de nuevo, y no se cansa de manosear aquel oro y aquella plata. Nunca se le habia pasado por la imaginacion una suma semejante. Le hablan y no oye, no responde; pero hace resonar su dinero, y despues de haber por fin vuelto á colocarle en su bolsillo, mete en él la mano y lo tiene cogido, temiendo que se le escape.

La tarde entre tanto estaba muy adelantada, y Jazmin habiéndose despedido del maestro y de los demas, vuelve á subir en el carruage y marcha á París muy contento de haber hallado un medio de hacer sábio á Querubin.

M. Gerondif despues de haber saludado á su futuro discípulo, anunciándole que vendria desde el dia siguiente, salió de casa de la nodriza sin haber dejado un solo momento de manosear el dinero que llevaba en el bolsillo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE .

EL AMANTE TÍMIDO.

SEGUNDA PARTE.

La timidez es un defecto que es peligroso reprender en las personas en que se quiere corregir.

Larochefoucaul, *Maximas.*

IX.

Una coalicion.

Pasemos rápidamente sobre los años que siguieron á aquel en que M. Gerondif se constituyó preceptor del jóven marqués: Querubin habia cumplido su promesa y habia consentido en estudiar; pero exigiendo que Lui-

sa estuviera presente mientras que le daban lección: al principio M. Gerondif había querido eximirse de ello, pero Querubin había gritado, llorado y rehusaba escuchar á su preceptor de modo que había sido preciso el ceder. Poco á poco la presencia de Luisa había parecido menos importuna á M. Gerondif y cuando no se hallaba presente, él era el primero en hacerla buscar.

Esto consentía en que Luisa iba creciendo en años y en bellezas. A los trece años representaba quince, era tan esbelta, tan bien formada como llena de gracia; no de esas gracias estudiadas que tienen tantas jóvenes en París, sino esa gracia festiva, sencilla que se reconoce al momento y que en vano se quiere imitar.

Gerondif no era un sábio; pero hubiera podido pasar por tal á los ojos de muchas personas. Sabia un poco de todo habiendo principiado en su juventud un sin número de profesiones y no fijándose en ninguna; quiso ser médico, boticario, químico, astrónomo, geómetra, comerciante y poeta; y despues de haber atestado su cabeza de las primeras nociones, y no sacando nada en limpio, había concluido por ser maestro de escuela. El que es profundo en una ciencia tiene mas mérito que el que sabe un poco de todas; y sin embargo

el mundo da siempre la preferencia á los segundos.

A los quince años, Querubin sabia algo; para el pueblo y para los Frimousset, el marqués era un fenómeno que habia hecho prodigiosos adelantos. Con respecto á Jazmin admirado cuando oia á su jóven maestro pronunciar alguna palabra latina ó citar algo de historia ó de mitología, se inclinaba ante M. de Gerondif exclamando:

—Es tan sábio como ves!... que no es poco decir.

M. Gerondif se llenaba de orgullo y de vanidad, y se habia comprado un traje enteramente nuevo: ya no parecia un arlequin, y se le veia con sombrero y paraguas en regla.

Con las comodidades habia venido la ambicion segun costumbre. Cuando nada se tiene, se acostumbra uno á no formar esperanzas y á no mirar mas allá del individuo y permaneciendo en la concha, se procura ser feliz. Empero cuando se tienen comodidades se entrega uno á una porcion de pequeñas felicidades de que se hallaba privado; pero aun no es bastante, cada dia se quiere un poco mas; se crean una infinidad de nuevos deseos, en fin se hace uno ambicioso y generalmente se está menos contento que cuando nada se poseia.

Tal era poco mas ó menos la historia de M. Gerondif, cuando no contaba con mas medios de subsistencia que el escaso producto de la escuela del pueblo, llevaba sus chanclas, no necesitaba sombrero, no comia muchas veces sino patatas asadas en el horno y sin embargo estaba muy satisfecho de su situacion.

Desde que es profesor del jóven Grandvilain y desde que gana mil ochocientos francos al año, sueldo que es imposible consumir en Gagny, el maestro de escuela se ha formado nuevas necesidades y tiene esperanzas de no permanecer siempre encerrado en un pueblo donde ni aun se puede gastar el dinero, lo que es muy fastidioso para el que se ha acostumbrado á tenerlo.

M. Gerondif habia tenido el talento suficiente para ganarse la confianza de su discípulo y para inspirarle amistad, porque Querubin tenia un corazon sencillo. Al mismo tiempo que recomendaba cada dia á su discípulo la sabiduría y las buenas costumbres no dejaba de notar que Luisa iba creciendo y se iba haciendo una muchacha encantadora, y mas de una vez mirándola exclamaba:

— Tiene unos ojos lindisimos! Un corte de cara perfecto... una barba enteramente griega!...

Y para asegurarse de si la barba era grie-

ga ó romana, ó bien por algun otro motivo, el profesor deslizaba suavemente su mano sobre aquel delicado contorno, y aun llegaba su atrevimiento hasta pellizcar su delicada mejilla; lo que en verdad no era muy del agrado de Luisa, en tanto que el marquesito de Grandvilain le dirigia alguna frase por el estilo:

—No es verdad, querido maestro, que Luisa es muy bonita!

—Seguramente que sí, es el tipo exacto de Gaël en toda su pureza.

Y Querubin se sonreia al mirar á Luisa; y M. Gerondif que pensaba en otra cosa que en Gaël, decia entre sí:

—Esta muchacha es un dige! y si mi discípulo permanece mucho tiempo á su lado... hum!... la carne es débil... el demonio fuerte... sobre todo cuando se presenta bajo la forma de una linda muchacha... Yo no estoy siempre á su lado, y Joaquin está siempre achispado; la buena Nicolasa deja solos á esos muchachos en medio del campo buscar amapolas entre los trigos... revolcarse sobre la yerba!... esto es sumamente peligroso! Es necesario que yo ponga enmienda. El medio mejor es hacer á mi discípulo que vaya á Paris; yo iré con él porque aun necesita de mi ciencia, tendré gran cuidado de que me necesite

por mucho tiempo, y si es posible, por siempre... Permaneceré en París en casa de mi discípulo, lo que me será mucho mas agradable que vivir en este miserable pueblo. Desde allí, velaré siempre sobre la pequeña Luisa... y la protegeré en cuanto esté á mi alcance. Querubin á los pocos meses de su residencia en París olvidará á su compañera del campo. Esto esto está perfectamente discursado y no se trata mas que de ponerlo por obra.

Hacia algun tiempo que para conseguir sus fines, intercalaba M. Gerondif en sus lecciones elogios de París, haciendo de esta corte una pintura deliciosa, poniendo en las nubes sus teatros, sus paseos, sus monumentos y los placeres sin cuento que allí se tropezaban.

Querubin empezaba á aficionarse á estas conversaciones; no le asustaba tanto la idea de ir á París y entonces le decia su profesor.

—Venid siquiera á dar una vuelta por la capital, venid á ver vuestra casa... Está todo tan cerca... volvemos en seguida.

Pero Luisa lloraba amargamente, cuando veia á Querubin dispuesto á ir á París; cogia la mano del amigo de su infancia, exclamando:

—Si vas á París, estoy cierta de que no vuelves... al momento olvidas á Gagny y á los que le habitan.

Lo mismo decia Nicolasa, abrazando tiernamente á su hijo de leche y Querubin no podia menos de reponer:

—Pues no iré... si lo habeis desentir... aqui soy dichoso... aqui viviré siempre.

El dómine se mordía los labios, aparentando una sonrisa y en el fondo de su corazon, echaba con cien mil diablos á todas las nodrizas y compañeras de la niñez.

Por su parte, Jazmin, cuando el profesor le echaba en cara que no le apoyaba para inducir á su señorito á pasar á París, respondia con aquel tono bonachon que le era peculiar:

—Qué le he de hacer? El señor marqués ha cumplido ya los quince años y es dueño de su persona... puede hacer lo que se le antoje... disponer de su fortuna... de sus treinta mil francos de renta. Si tiene capricho de permanecer en ama, no tengo derecho para oponerme.

—Pero, hombre, poseyendo tan pingüe patrimonio, es una necedad pasarse en ama los mas floridos años de la vida: de qué le sirve á mi discipulo hacerse sábio, aprender tantas cosas, para continuar viviendo con estos pa-

letos? Señor Jazmin, la historia no presenta un solo ejemplo de un hombre ilustre que haya tenido ama de cria hasta los quince años... Enhorabuena que se quiera á la que nos ha sustentado con su leche, pero... *medius est in rebus*...

—Yo no entiendo latinajos, señor dómine, pero soy criado humilde de mi amo y no puedo darle órdenes.

En Paris tenia tambien Jazmin frecuentes disputas por el mismo motivo con Nemesia. La ex-doncella habia pasado á ama de llaves y engordado de tal suerte con este nuevo empleo que á pesar de que frisaba en los cuarenta, con trabajo podia trasladarse de una estancia á otra y mucho menos ir á Gagny á ver á su señorito. La maciza individua preguntaba todos los dias á Jazmin cuándo tomaba Querubín posesion de la herencia de sus padres, lo cual promovia mas de cuatro altercados que terminaba siempre Jazmin diciendo en tono agrio:

—En resumidas cuentas, yo soy, y no vos, el encargado de cuidar el niño, y hasta tengo derecho para ponerlos de patitas en la calle, si se me antoja: con que puedo educar á mímó al señor marqués.

Nemesia callaba y eso que sabia que Jazmin no era capaz de despedirla, pero mur-

muraba entre dientes:

—A los diez y seis años con ama... vaya! vaya! si seguirá mamando el angelito!

Este era el estado de las cosas, cuando una mañana recibió Jazmin un recado del notario para que se avistase con él á la mayor brevedad. Estraña Jazmin la llamada, haciendo congeturas sobre lo que pueda quererle, pero recuerda que su señor pasa ya de los quince años, época en que el padre disponia que fuera puesto en posesion de su patrimonio. Todo esto alarmó á Jazmin que dice para sí:

—Treinta mil francos de renta... sin contar con los ahorros de catorce años!... suman muy buen dinerito. Pero si se le antoja comerse en casa de Nicolasa, yo no puedo traerle á París por fuerza, que al cabo es mi señor.

Para presentarse al notario, se pone su mejor casaca, saca por encima de la chupa un pedazo de chorrera, calza zapatos con bevilas, que ya nadie usaba, y en este traje, digno de un criado de confianza de una casa grande, se encamina á casa de M. d' Hurbain: asi se llamaba el notario.

Cuando Jazmin se presentó no estaba solo el notario en su gabinete: le acompañaban dos personas.

La una es Eduardo de Monfreville, que podrá tener 36 á 37 años; pero que tiene el

aire, los modales y la elegancia de un jóven. Es alto, gallardo, de pocas carnes, y viste con notable gracia. Sus facciones son agradables, y sus cabellos tan relucientes que los envidiarían las damas; pero en sus rasgados ojos, negros y penetrantes, traslúcese á veces una espresion irónica que concuerda bien con su ligera sonrisa; en su frente, fatigada como su rostro, hay líneas que indican que el fastidio y la tristeza habian pasado por allí.

El otro personaje es un hombre de veintiocho años, rubio, blanco, de ojos azules, muy abiertas las ventanas de la nariz y una boca desmesurada. Este conjunto no constituia á la verdad un buen mozo; pero la fisonomía de este caballero ofrece una série continua de formas que le anima extraordinariamente, es una mescolanza de buen humor, de zumba, de libertinage, de indiferencia y de astucia: á todo esto acompañan modales sumamente distinguidos y aunque el traje del tal no tenia nada de la elegancia del de Monfreville y ciertas prendas de su vestuario se hallaban en deplorable estado, viste con tal desembarazo su vestido raído, anuda con tanto cuidado la desfilachada corbata, que es imposible no reconocer en él á un hombre bien nacido.

Este último personaje es el conde Darena.

Cuando se presenta un portero anunciando que Jazmin solicita entrar, suelta Darena una carcajada, exclamando:

—Jazmin! ¿Quién diablos se llama Jazmin? Teneis clientes que se llamen Jazmin?... Oh! es un bonito nombre para un criado de comedia.

—Pues es un criado de una casa muy buena... es un tipo de aquellos antiguos y fieles servidores y cuya raza se ha perdido desgraciadamente.

—Ja! ja! debe ser una cosa digna de ver un viejo groom!... no es verdad, Monfreville?

El caballero á quien se dirigia aquella pregunta respondió con indiferencia.

—No veo en todo eso nada digno de risa.

—Teneis razon, no me acordaba de que vos nunca reís... cuando estais en vuestros dias de humour como dicen los ingleses... pero vamos al asunto, me quereis comprar mi casa del barrio de Saint-Antoine? os la doy por treinta mil francos.

—Seguramente que no, pues me avergonzaria de semejante compra: vuestra casa vale un doble y seria una accion villana el aprovecharse de vuestra falta de dinero para comprárosela á tan bajo precio.

—Señor filósofo, aqui no se trata de eso!...

à mí me conviene el venderla como à vos tal vez os convendria el comprarla... os hago la proposicion delante de un escribano: y me parece que vuestra conciencia debe estar tranquila... La casa no me gusta... siempre habitada por aguadores, mozos de cordel, y por toda la mas ruin canalla del pueblo. Qué diablos queréis que yo haga de ella?... Se marchan debiendo ó bien la habitan sin darme un cuarto; le abruman de injurias al pobre que va á pedirles dinero, y os amenazan con unos cuantos palos. Oh! es muy divertido tener inquilinos de este género!

—Pero para eso se tiene un administrador que se encarga de todo.

—No hay que darle vueltas, os digo que la quiero vender y asi concluyo de una vez... hay ademas otros mil inconvenientes: cuando entre mis inquilinos tengo algunas lindas modistillas, de aquellas que... ya veis que no es cosa de ir las á pedir el dinero... vaya, está decidido, yo no puedo ser propietario, tengo un corazon demasiado sensible y...

—Ya arreglareis demasiado bien la cosa para dejar de serlo, dijo el notario meneando la cabeza. No teneis un dedo de juicio, M. Darena..... hace seis años que os dejó vuestro padre una pingüe fortuna, y ya...

—No prosigais, y ya no me queda de ella

sino la miserable casa que trato de vender? esta es la suerte de toda la fortuna, se marcha una... pero viene otra en seguida... nunca me inquieto yo por semejantes vagatelas. En fin, ya que Monfreville no quiere comprar mica-sa, yo encargaré á M. Hurbain que me la venda. Ahora haced que entre vuestro viejo Jaz-min, porque debe ser un ente muy original, y ya tengo curiosidad de verle.

—A quien, ¿á ese modelo de fieles criados? preguntó Monfreville.

—Era ayuda de cámara del marqués de Grandvilain que murió hace diez ú once años.

—El marqués de Grandvilain! exclamó Darena arrojándose sobre un sillón y riendo hasta saltársele las lágrimas. Por cierto que son un par de nombres! ¡debe ser una familia muy extraña!

—Grandvilain! Grandvilain! dijo Monfreville; yo recuerdo haber conocido á ese viejo marqués, mi padre era uno de sus íntimos amigos... muchas veces me habló de una fiesta, de unos fuegos artificiales que se habian hecho en celebridad del nacimiento de un hijo suyo... donde hubo una infinidad de personas que salieron mal paradas de resultas de un descuido.

—El mismo, el mismo, me acuerdo muy bien

de todo eso. Pero el marqués y su muger han muerto, y no queda de la familia mas que ese hijo que tiene diez y seis años y medio y que goza en el dia de mas de treinta mil francos de renta; soy su administrador, pero su padre por una ridiculez quiso que su hijo pudiese disponer de su herencia á los quince años, dejándole por único mentor al viejo Jazmin, u ayuda de cámara.

Darena se incorporó en el sillón esclamando admirado:

—Treinta mil francos de renta á los quince años!

—El pobre marqués estaba loco por fuerza, dijo Monfreville.

—No lo creo yo así, respondió Darena, y qué tal giro da á su fortuna el heredero? se la come en bizcochos y caramelos?

—Está á lo que creo ocupado con la retórica y las humanidades, y no se acuerda de que tal fortuna tiene; pero con vuestro permiso voy á hacer entrar á Jazmin, y este me dará noticias del marqués.

—Sí, sí, tengo ganas de saber como se porta el tal Grandvilain... Ah! ah! es una alhaja el tal nombrecito...! Aunque bien mirado de buena gana le cambiaria con el mio, si cambiásemos igualmente de fortuna... Eh? que decís á eso Monfreville...? Pero no me acor-

daba de que sois filósofo... y además rico, oh! las riquezas hacen muy llevadera la filosofía!

La llegada de Jazmin puso término á esta conversacion.

Al entrar el viejo criado en casa de M. Hurbain, saludó respetuosamente y dijo al notario:

—El señor Hurbain tiene algo que mandarme?

—Tenia que pedir os, mi querido Jazmin, noticias de nuestro jóven marqués.

—Está á las mil maravillas; siempre con una salud!... oh! está hecho un muchachon.

—Y qué tal los estudios?

—Segun lo que dice todo el mundo es un sabio.

—Y sabeis que vuestro amo cumplió diez y seis años hace ya seis meses?

—Sí señor.

—Y enterado del testamento de su padre?

—Sí señor.

—Creo que ya se halle en disposicion de entrar en posesion de su fortuna, y yo debo verle para enterarle del empleo que he dado á su dinero y para preguntarle si quiere que siga con este encargo. Por otro lado, hace ya mucho tiempo que tengo deseos de verle

y no quiero retardarlo mas. En qué colegio se halla?

Jazmin abrió cuanto pudo sus pequeños ojos, y permaneció inmóvil.

—No me oís? repuso el notario, os pregunto que á qué colegio me dirijiré para ver á M. Querubin de Gradvilain.

—Me parece que el criado modelo es algo sordo, dijo Darena riéndose de la figura de Jazmin, mientras que M. de Monfreville que examinaba con atencion al estupefacto criado le dijo con un tono mitad sério y mitad burlon:

—Por ventura no sabeis que habeis hecho de vuestro amo?

—Sí señor, respondió Jazmin, el señor marqués está en Gagny.

—En Gagny! cerca de Villemomble! oh me acuerdo muy bien de ese pueblo, tiene bonitos alrededores, pero en todo el pais no hay ni una miserable fonda... Yo estuve alli con dos ninfas de la ópera... ni aun pudimos encontrar un guisado de conejos, plato de ene en el campo. Pero no recuerdo que haya alli colegio alguno... ni una miserable pension.

—Cómo es eso? señor Jazmin, repuso el notario con severidad, en dónde sigue sus estudios vuestro amo?

El antiguo ayuda de cámara, tomó su re-

solucion y dijo al fin con enfado y levantando la voz:

—El señor marqués de Grandvilain está en casa de su nodriza.

Al escuchar estas palabras, el notario se quedó estupefacto, Monfreville se echó á reir y Darena se volvió á arrojar sobre el sillón dando estrepitosas carcajadas.

—En casa de su nodriza! dijo al fin M. Hurbain. Es posible, Jazmin! el marqués está aun en casa de su nodriza á los diez y seis años y medio!

—Sí señor; pero tranquilizaos, que no por eso deja de ser un sabio, pues que tiene á su lado á M. Gerondif, maestro de escuela del pueblo, que le enseña cuanto un hombre puede saber.

Darena soltó una nueva carcajada y exclamó:

—Hacer los estudios en casa de su nodriza! Será una cosa digna de verse... Y puede ser que esto pruebe bien... Tentado estoy casi casi de tomar aun ama de cria.

—Señor Jazmin, dijo el notario, no comprendo cómo habeis dejado á vuestro amo entre aquellos paisanos. Encuentro muy reprehensible vuestra conducta... y deberíais al menos haberme consultado.

El fiel Jazmin, atacado por todos lados, se

puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

— Señor Hurbain, yo no soy mas que un criado, y no puedo obligar á mi señor á que deje de hacer lo que se le antoje; por lo tanto no es culpa mia si M. Querubin no quiere separarse de su nodriza... ni de su hermana de leche.

— Ah! eso es otra cosa: si hay una hermana de leche ya puede principiarse á sospechar la causa de su tenacidad, dijo Darena: y qué edad tiene la hermanita?

— Unos catorce años y medio.

— Y es bonita? por supuesto.

— Oh! en cuanto á eso, es una perla.

— Señor Jazmin, dijo el notario, esto no puede seguir asi y yo debo poner orden. Mi amistad con el difunto marqués me obliga á ello y bien debeis conocer que un hijo de tan buena casa no debe pasar sus mejores años confinado en un pueblo.

— Os aseguro, que asi se lo he dicho mil veces.

— Yo me ofrezco, dijo Darena, de decidirle á que se venga á Paris.

— Vos, Mr. Darena, y por qué medio?

— Eso no es vuestra cuenta; quereis uniros á mi?

— Os agradezco infinito que secundeis mis

esfuerzos, pero quiero ademas otras por mi lado. Mr. Monfreville espero que no me abandonareis en este asunto y que me acompañareis á Gagny como hijo de un amigo íntimo del difunto marqués.

—Contad conmigo, soy de los vuestros, y ya estoy ideando un medio para decidirle á que se venga con nosotros.... porque aqui no se trata de usar de violencia. Ademas de que si el jóven heredero permanece en sus trece de quedarse alli, está en su derecho y nosotros nos tendremos que volver con las manos en la cabeza.

—Señores, dijo Darena, el que traiga á Paris al marqués está convidado por los otros dos á una magnífica comida de fonda.

—Corriente.

—Y cuándo vamos á Gagny?

—Mañana por la mañana. Vendreis á buscarnos ó quereis que os espere?

—Lo mejor es, dijo Monfreville, que cada uno vaya por su lado; ya encontraremos á la nodriza.

—Nicolasa Frimousset, dijo Jazmin, que vive en una callejuela que va á salir á la plaza mayor... Cualquiera os dará razon.

—Muy bien, dijo Darena, conqué Nicolasa Frimousset, vaya un par de nombres divinos! Monfreville tiene razon, lo mejor es que cada

uno vaya por su lado.

Jazmin, que no estaba muy tranquilo por todo lo que oía dijo con alguna inquietud:

—Espero, señores, que en todo esto no habrá nada que pueda incomodar á mi jóven amo,...

—Ah! ah! ah! sois un buen hombre, señor Jazmin; pero no os inquieteis que no se empleará la mas mínima violencia. Lo que vos debéis hacer es procurar por cuantos medios estén en vuestra mano alejar á la hermana de leche mañana por la mañana de la casa de Nicolasa. Esto es indispensable para el buen éxito de nuestro plan.

—Ya lo oís, Jazmin; y ved que en todo esto va nada menos que todo el porvenir y la felicidad de vuestro señor, y que seriais culpable en no ayudarnos á conseguirlo.

El viejo criado les aseguró de sus buenos deseos y salió haciendo una profunda reverencia.

Monfreville y Darena se marcharon tambien diciendo al notario:

—Conque hasta mañana, eh?

Jazmin volvió á su casa atestada la cabeza de mil diferentes pensamientos; no sabia si se deberia ó no alegrar de todo cuanto pasaba: se alegraria infinito de que su amo viniese á París para estar á su lado y para servir-

le como servia al difunto marqués, pero temia que Querubin no se incomodase, y sobre todo temia que la vida de Paris no le fuera tan saludable como la que llevaba en Gagny.

Mientras hacia todas estas reflexiones, mandó reunir a su alrededor á todos los criados de la casa. Deben acordarse los lectores de que Jazmin habia conservado á todos los antiguos criados que habian servido á sus antiguos amos, de modo que la servidumbre de Querubin, se componia de personas de mas que mediana edad. El cocinero pasaba de sesenta años y el cochero contaba trece lustros; habia un pequeño jockey de cincuenta años, y la señora Nemesia que era una niña entre aquella decrepita servidumbre, tenia sin embargo treinta años.

—Hijos míos, dijo Jazmin cuando todos estuvieron reunidos, creo de mi deber el advertiros que nuestro jóven amo llegará mañana...

—Mañana! exclamó Nemesia dando un grito de alegría. Es cierto que viene mañana?

—Creo que sí. En fin, es necesario que todo se disponga para que M. Querubin esté contento de vosotros, limpiadlo todo bien... y, cocinero, preparad una esquisita comida, cochero, tened cuidado de que esté dispuesto el coche y los caballos, que pongan flores y

tiestos en la escalera como cuando nuestro di-
unto amo daba un baile.

—Y habrá fuegos artificiales? preguntó Ne-
mesia.

—No, Nemesia, no, bastantes fuegos artifi-
ciales tengo yo, respondió Jazmin pasándose
la mano por la cara, y á no ser que M. Que-
rubin lo mande, pues no se ha de tirar ni el
mas pequeño cohete; vendrán músicos que
tocarán las mejores piezas que sepan al en-
trar nuestro amo en casa, cosa que no puede
menos de agradarle.

Al dia siguiente Jazmin salió muy tempra-
no para Gagny, á donde llegó á cosa de las
diez. Su primer cuidado fue el preguntar por
Querubin, y Nicolasa le respondió que se
habia ido á pasear con Luisa hácia la Maison-
Bouge. Disponíase el viejo criado á ir á bus-
carlo, cuando se encontró de manos á boca
con M. Gerondif que se estaba paseando en la
plaza.

Principió este al verle á dar palmadas
estrepitosas, y arrojando al aire el sombrero,
esclamó:

Tamdem!... denique!

Ultimo cumæi jam carminis ætas.

Jam nova progenies cælo dimittitur alto.

Y Jazmin respondió:

—No señor, si no es nada de eso! es tan solo que el notario y dos de sus amigos van á llegar.

—Muy bien... perfectísimamente... Ahora es necesario buscar inmediatamente á mi discípulo.

—Ahora iba á hacerlo, pero sé que se está paseando con la niña Luisa hácia la Maison-Rouge.

—La niña! la niña! no es ya tan pequeña. Es una imprudencia el dejarlos así, y ya es tiempo de separar al hombre de la serpiente.

—Qué hay por aquí alguna serpiente?

—La serpiente, mi querido Jazmin, es la muger... la manzana... el pecado... Me parece que no me entendeis, y voy á esplicaros lo que quiero decir; pero no, ahora lo que importa es encontrar á Querubin.

—Tanto mas, cuanto que esos señores me han dicho que haga por alejar á Luisa entanto que ellos hablan á mi amo.

—Ya veis que esos caballeros piensan de mi mismo modo... Bien conocen que esa muchacha es peligrosa... Nosotros la entretendremos bajo cualquier pretesto... Vamos, corramos á buscarle.

—Correr! diablo!... eso es muy fácil de de-

cir... en fin vamos allá.

—La edad es lo de menos para correr, y vos estais muy bien dispuesto para la carrera.

Al decir estas palabras, el profesor cogió del brazo al viejo criado llevándole hacia el sitio donde esperaban encontrar á Querubin; sin dejar de caminar á paso redoblado, dijo Jazmin á M. Gerondif:

—Habeis encontrado ya un pretesto para alejar á Luisa?

—No, y vos?

—Yo tampoco.

Hacia ya tres cuartos de hora que caminaban de aquel modo y el pobre Jazmin ya no podia seguirle, pero el profesor continuaba llevándole á remolque y le decia:

—*Macte, puer! macte animo!*... va en ello la felicidad de nuestro querido Querubin... Cuidado Jazmin con tropezar... os meteis siempre en el lodo...

El buen Jazmin que ya no podia respirar de cansancio se dejó caer al fin cuan largo era sobre el camino esclamando:

—Me es imposible dar un paso mas... dejadme tomar aliento. Pero en el mismo instante, M. Gerondif le dice con aire de triunfo:

—Alli están! alli están!... Luisa está comiendo albaricoques... ahora presenta uno

á mi discípulo, que lo contempla con admiración... ahora es la ocasión oportuna para presentarnos.

Querubin aquel día había salido muy temprano con Luisa: habían llevado una cesta con pan y frutas para comer en el bosque. Esta frugal comida les parecía deliciosa... Y en efecto, qué mas podían desear? Estaban juntos y se amaban: cuando está contento el corazón, todos los manjares parecen gustosísimos.

El sentimiento que unía á Luisa y Querubin era tan dulce, tan puro, que eran dichosos con estar uno al lado del otro. El afecto de Luisa era tal vez mas enérgico, mas expansivo... y es que había en él algun tanto de tristeza. La pobre niña temía que se decidiese por último Querubin por ir á Paris y temía perderle; este temor la hacía amar aun mas, porque nuestros afectos se aumentan con las penas que nos causan.

Los dos niños se quedan sorprendidos cuando en lo mejor de su campestre comida vieron delante de ellos á Gerondif y Jazmin.

—Queridos adolescentes, dijo M. Gerondif, ahora íbamos á buscaros; estábamos inquietos, porque se me venia á la memoria la aventura de Pryamo y Tisbel tomaba por leonas todos los perros que he encontrado. Yo

bien sé que mi noble discípulo no hubiera huido como el jóven Asyrio con su Tisbe... pero en fin, puede tropezarse...

—Pero para qué veníais á buscarnos? dijo Querubin, me parece que tengo sobrado tiempo para estudiar... fuera de que ya sé demasiado... se ha puesto alguien malo? ha sucedido alguna desgracia?

Aquellas palabras fueron un rayo de luz para M. Gerondif, quien echando una ojeada de inteligencia á Jazmin respondió:

—Con efecto, mi querido discípulo, ha habido un accidente, poco grave segun creo; el hijo mayor de vuestra nodriza que se ha herido... acaba de escribir que está en Montfermeil y Nicolasa quisiera que Luisa fuera allá, que luego iria ella á buscarla.

—Vamos pues, dijo Querubin cojiendo á su amiga de la mano.

—No, mejor es ir á encontrar á la pobre Nicolasa que no sabe donde encontrar un médico; Luisa podrá ir sola hasta Montfermeil; desde aqui se ven las primeras casas del pueblo.

—Sí, sí, en un momento estoy allá, dijo Luisa, pero en qué casa está?

—En casa de Mad. Patineau... Calle grande, tomad, tomad las señas y una carta para ella.

M. Gerondif habia escrito algunas palabras con lápiz rogando á la señora Patineau que detuviese á Luisa en su casa sin dejarla venir hasta que fuesen á buscarla. La inocente niña toma el billete, se despide de Querubin y se pone á correr con direccion á Montfermeil; el maestro de escuela se frotaba las manos muy satisfecho de sí mismo, en tanto que Jazmin decia:

—Qué hombre!... Jamás se me hubiera á mí ocurrido otro tanto!

Vuelven por fin á Gagny y al acercarse á la plaza ven un coche que se para y del que desciende un caballero. Este era Mr. d' Hurbain.

—Señor, ese caballero, dijo Jazmin, es vuestro notario que viene á visitaros, y á quien vuestro padre habia encargado de su testamento.

—Y con el único fin de que no os distraigais y de que podais recibir como es debido á las personas que van á venir á visitaros de Paris, hemos enviado á Luisa á Montfermeil, dijo sonriendo Gerondif.

—Pues y la herida?...

—No ha sido mas que una ficcion.

Antes de que tuviese Querubin tiempo para responder, M. Hurbain se acercó á el haciéndole una profunda cortesía. El grave as-

pecto del notario desconcierta al jóven Grandvilain que apenas puede responder algunas palabras entrecortadas á los cumplimientos que le dirigen.

Se encaminan todos á casa de la nodriza y por la vez primera experimenta Querubin una especie de vergüenza cuando el notario le dijo:

—Cómo! señor marques: es aquí donde hacéis vuestros estudios?... Teneis diez y seis años y medio; sois de una distinguida familia, teneis riquezas y pasais una vida oscura en medio de estos aldeanos. Yo aprecio á los labradores y hago el aprecio que se merece de todas las personas honradas; pero es necesario, señor marqués, que cada uno ocupe el lugar que le corresponde, sin lo que la sociedad no seria mas que confusion y anarquia, y sin una loable ambicion no existiese en los hombres el deseo de engrandecerse, ambicion que le impele á nobles esfuerzos para llegar al deseado fin.

—Bravo! muy bien... recte decís! exclamó M. Gerondí; este caballero dice lo mismo que yo estoy diciendo á todas horas.

El semblante de Querubin se coloró de un vivísimo encarnado, y no podia responder una palabra. M. d'Hurbain prosigue su discurso dándole cuantas razones pudo encontrar

para convencerle, y concluye en fin con estas palabras:

—Estais convencido de todo lo que os digo no es verdad? Y no dudo que vendreis conmigo á Paris.

Querubin que habia escuchado con mucha atencion el discurso del notario, le responde con dulzura:

—Señor, estoy aqui mejor, y me gusta mucho Gagny.

—No es culpa mia! dijo Gerondif levantando las manos al cielo. Diariamente repito á mi discípulo las mismas razones que vos le habeis dado, con la diferencia de que añado á ellas algun ejemplo de la historia antigua ó moderna... y adelanto lo mismo que si enseñara dibujo á un ciego.

M. d'Hurbain empezó á temer por el éxito de su visita, cuando se oyó un ruido de caballos. Corren á la puerta para ver quien era, y ven llegar en un elegante tilbur y á un caballero con su jockey.

Era este M. de Monfreville; se detiene y baja rápidamente del carruaje y saludando á Querubin con toda la elegancia parisiense, se le acerca mientras que el notario dice al joven marqués:

—Permitidme os presente al hijo de un antiguo compañero de vuestro padre, á M. de

Monfreville, que viene á reunir sus instancias con las mias para sacaros de este pueblo.

Monfreville coje la mano de Querubin, y despues de haberla apretado entre las suyas y mirándole con atencion le dijo:

—Cuando con tan buena fortuna y tan noble cuna se tiene una figura tan graciosa, es imperdonable ocultarse en el fondo de un pueblo.

—Ciertisimo! dijo entre dientes Gerondif mirando á Monfreville con su acostumbrada sonrisa; si Helena se hubiera ocultado, no hubiéramos tenido el sitio de Troya.

Monfreville lanzó una irónica mirada al profesor y continuó diciendo á Querubin:

—Mi padre, M. Querubin, era amigo del vuestro y esto me ha hecho desear el conoçeros; solo en vos consiste que seamos amigos como lo eran ellos. Bien conozco que la diferencia de edades puede haceros aparecer ridicula mi proposicion; pero cuando conozcais el mundo, vereis como se posponen estas diferencias á la simpatia del gusto y del carácter, y estoy ya convencido de que nos entenderiamos perfectamente. Pero, qué trage es ese? una buena figura como vos, estar envuelta en esa inconmensurable levita!

—Mi jóven amo conserva aun el mismo sastre que vestia á su difunto padre.

—Muy mal hecho, un sastre no se debe guardar como una reliquia... ya veo que aquí no se conoce una palabra de modas... Hola!... Frank! traedme lo que he mandado colocar en el asiento del tilbury.

El criado de Monfreville volvió al momento cargado de diferentes efectos, y puso sobre una mesa un magnífico frac de última moda, un elegantísimo chaleco y una lindísima corbata, y haciéndoseles poner á Querubin le hizo que se mirase al espejo, diciéndole:

—No estais ahora mil veces mejor?

Querubin sentia un placer indecible viéndose tan bien apuesto, y en efecto el nuevo trage daba á su fisonomía una espresion mucho mas favorable. Estaba tan bien que Nicólase aunque triste de ver que procuraban llevarse á su Querubin, no pudo menos de esclamar:

—Ahora, ahora sí que está bien!... es que le sienta como á un príncipe!

—No se parece en nada á su difunto padre, decia entre dientes Jazmin.

—Me se figura estar viendo al hijo de Júpiter y Latona, hermano de Diana, llamado Apolo... ó Febo que es lo mismo, exclamó M. Gerondif sin dejar su sonrisa.

M. d'Hurbain mira á Monfreville con un aire satisfecho, como felicitándole por haber

hallado un medio tan propio para seducir á Querubin; este, en efecto, parecia encantado con su nuevo trage y no se cansaba de mirarse al espejo; para secundar su favorable disposicion M. de Monfreville se apresuró á decirle:

—Me aseguraron que vivíais en un pueblo, y casi no lo creí... el hijo del marqués de Granvilain que debe hacerse distinguir por su elegancia, por sus maneras, y que está destinado á brillar en la corte, no puede permanecer olvidado en una casa de un pueblo; eso fué un crimen, una anomalía, y sino el ligero cambio de vestido puede daros una idea de todo lo que en París podíais disfrutar. Vengo á buscaros en mi tilbury, y quiero que antes de ocho dias seais el jóven mas elegante de la capital; no hay duda que alli brillareis como puede brillar quien tiene tan buena figura como riquezas.

Parecia Querubin seducido por las palabras de Monfreville, y este que ya no dudaba de su victoria repuso:

—Partamos pues, mi querido amigo, el tilbury nos espera y París nos llama.

Pero en aquel momento Querubin, en lugar de seguir á M. de Monfreville y al notario, que se habian ya levantado, volviése á sentar diciendo:

—No, no quiero irme hasta que Luisa vea qué tal estoy.

Los dos habitantes de la ciudad que creían haber ya logrado su objeto, tienen el disgusto de ver que Querubín se les escapa de las manos.

El notario da nuevas razones, Monfreville despliega toda su elocuencia, haciendo descripciones sin cuento de los placeres de la vida de París; pero ni por esas: Querubín está decidido á quedarse en Gagny.

Gerondif está consternado, Nicolasa triunfa y Jazmin dice entre sí:

—Ya sabía yo que no conseguirían mas que lo que yo he conseguido.

Reinaba en la habitación un profundo silencio: no sabían qué partido tomar, cuando se deja oír de nuevo el ruido de un coche.

En aquel instante un rayo de esperanza brilló en los ojos de M. de Monfreville, y M. d' Hurbain dijo:

—Ese es M. Darena sin duda, y ya era tiempo de que llegase, aunque creo que no será mas feliz que nosotros en su comisión.

—Qué sé yo? Dijo Monfreville; Darena es uno de esos hombres que no se paran en barras.

El carruage se detiene delante de la casa de la nodriza y todos corren á la puerta para saber qué personas vienen.

El coche de alquiler, que no era otra cosa, parece contener mucha gente si se ha de juzgar por la bulla que sale de él. Escúchanse muchas voces que hablan á un tiempo, mezcladas con estrepitosas carcajadas. En fin, la puertecilla se abre y baja M. Darena cuyo trage se halla aun en peor estado que el del dia anterior, cosa que sin embargo no le impide el desplegar sus maneras distinguidas al dar la mano para que bajasen del carruage las demas personas que venian en él.

Eran estas, una jóven vestida á la española, en seguida otra de odalisca, una tercera de suiza y la última de napolitana, todas ellas jóvenes, bonitas, llenas de gracia, bien formadas, con ojos brillantes y seductores, y hay en el modo con que bajan del carruage una ligereza, una gracia que admira y en su modo de andar una coquetería, una desenvoltura no muy comun.

Los habitantes del pueblo se quedaron mirando con la boca abierta. M. Gerondif afecta bajar los ojos y el notario mira á Monfreville diciéndole en voz baja:

—Qué significa todo esto?

Monfreville suelta una gran carcajada y

responde:

—Seguramente creo que nos gana la apuesta.....

En tanto Darena toma dos de las jóvenes por la mano diciéndolas: Venid Rosina, Malvine... Seguidme vosotras Celina y Fedora!... venimos á presentar nuestros humildes respetos al jóven marqués de Grandvilain. Pero dónde está?... Ah! ya le veo, es ese jóven de tan buena figura que tiene unos ojos tan sentimentales!.... Diantre! hé aquí señoras unos ojos que han de hacer en vuestras filas una horrible carnicería.

Al mismo tiempo que decia esto, Darena entró en la casa con su compañera de viage; despues de haber presentado á las cuatro jóvenes que no parecian en modo alguno cortadas y que examinan con una burlona sonrisa la humilde habitacion del noble marqués, Darena va derecho á saludar á Querubin, como si fuese algun antiguo conocimiento y le dice:

—Mi querido marqués, M. d'Hurbain vuestro notario es tambien el mio; vuestro M. de Monfreville, está igualmente unido á mí por los vínculos de una estrecha amistad: con que ya veis por lo dicho que yo debo entrar tambien en el número de vuestros amigos; este titulo me llenaria de placer y seria dichoso en merecerlo Venga esa mano, marqués; los hom-

bres como nosotros, al momento nos entendemos... Sois demasiado jóven, pero ya procuraremos formaros.

Querubin se ha aturdido de todo cuanto ve, y de todo cuanto oye, y en tanto las cuatro ninfas despliegan todo el poder de su coquetería, lanzando sobre el jóven marqués miradas á las que no se halla acostumbrado.

—Marqués, volvió á decir Darena, me he tomado la libertad de traer en mi compañía cuatro jóvenes encantadoras de nuestra Gran Opera de Paris, que tenian el mas vivo deseo de conoceros y de beber leche en el campo... No habrá aquí unos vasos de leche para estas señoras?

Mientras que Darena dirige á Nicolasa estas palabras y esta se dirige al establo á buscar leche, la Suiza dice:

—Oh! la leche me gusta infinito y voy á beber hasta que no pueda mas.

Darena se acercó á ella, y dándola con el codo la dijo:

—Malvína, hazme el favor de callar porque no abrirás tu boca sino para decir alguna necedad.

Y Monfreville que por no reir se muerde los labios le dice por lo bajo:

—Y os atreveis á decir que estas ninfas son de la ópera?

—Tres solamente; os juro que tres son figurantas; la suiza es de un teatro inferior; pero tiene una pierna divina

—He traído á estas señoritas vestidas con sus trages de teatro, prosiguió Darena dirigiéndose á Querubin, porque me han ofrecido dar aqui una muestra de su habilidad. Vamos á ver, queridas, empezad por un bonito paso á cuatro... Yo bien conozco que no es lo mismo bailar aqui que en el teatro, porque lo que es el suelo no está muy liso... pero así tendrá mas mérito.

—Qué, si aun no está enladrillado! dijo la Suiza; esto está malísimo!

—Mira, Malvina, como no te calles vuelves al coche y no pruebas la leche ni vendrás á la comida. Ea, en baile.

Y sacando un violin se dispuso á tocar diciendo:

—Yo haré de orquesta; ya veis que nada he olvidado... vamos queridas... estad dispuestas.

M. d' Hurbain se acercó á Monfreville al que dijo á media voz:

—En verdad señor conde, que Darena ha empleado unos medios... Yo no sé si se debe esto consentir... porque me parece que no es muy buena escuela para un jóven...

--Y por qué no? respondió Monfreville.

Darena ha tenido mas talento que nosotros, y creo que los medios de seducción son muy á propósito... Además de que en París el marqués irá á la ópera, y qué mas tiene ver aquí lo que verá en un teatro?

—Sea! dijo el notario sentándose; el fin abona los medios.

Las cuatro bailarinas están ya dispuestas, cuando viene Nicolasa con tazas de leche, y entonces dejando el baile se dirigen á las tazas diciendo que antes era mejor el refrescar.

En tanto que bebían, Querubin no se cansaba de admirar á aquellas mugeres que no tenían punto alguno de contacto con las que habia visto hasta entonces, y M. Gerondif va á servir á las bailarinas diciéndolas:

—Seguramente, señoritas, que ahora me parezco á Ganimedes... él servia á Jupiter y yo sirvo á Terpsícore y á sus hermanas.

Malvina que no entendía una palabra de mitología pero que estaba deseando desocupar su taza, cogió la jarra de manos del profesor diciéndole:

—Quitaos de abí, yo quiero mejor beber en la jarra. Y el viejo Jazmin decia entre sí abriendo los ojos con admiracion:

—Para ser unas señoras, me parece que tienen demasiada sed.

Cuando ya habian acabado de beber, vuelven á sus puntos las cuatro bailarinas. La sociedad se sienta.

Darena vuelve á tomar su violin y toca la jota aragonesa, que ejecutan las figurantas con mucha gracia y ligereza.

La gente de la casa queda muda de admiracion.

Jazmin aplaude, M. Gerondif ya no baja los ojos, y tiene todo el rostro casi tan encendido como la nariz.

El notario y Monfreville no apartan la vista de Querubin; este parece extasiado, encantado del nuevo espectáculo que tiene delante de los ojos, y sus miradas no se cansaban de admirar á aquellas lindas sílfides, cuyos mas pequeños movimientos esprimian el placer y la voluptuosidad. Darena que conoce el efecto que produce el baile en el marqués, toca otra música aun mas animada. Las bailarinas siguen el compás, el baile es cada vez mas vivo, mas seductor. Parece que rivalizan en gracia, en ligereza, y sus ojos, animados por el ejercicio á que se entregan están mas brillantes aun. Jazmin aplaude sin tino, Gerondif se rasca la nariz como si se la quisiera arrancar; Querubin está sin poder hablar una palabra.

M. Gerondif cuyos ojos parece que quie-

ren saltársele de sus órbitas, esclama al fin:

—Oh! son bayaderas! esta es la danza mozambica!... esto es curiosísimo.

Pero M. d'Hurbain que temia que la danza mozambica no se prolongase demasiado, se levantó diciendo.

—Muy bien; perfectamente, pero ya debeis estar fatigadas.

Darena que no quiere que se disipe el efecto que ha producido el baile corrió hácia Querubin y le cogió del brazo diciéndole:

—Ahora vamos á París... comeremos en la Roca de Cancale con estas jóvenes, y esperan que no las desairareis y que sereis de los nuestros... porque no seria completa la fiesta sin vos.

Querubin está indeciso; Darena hace una señal á las bailarinas que corren á rodear al joven diciéndole con monada:

—Oh! sí, sí; venid con nosotras á París! Ireis esta noche á la ópera y nos vereis bailar alli que es mucho mejor que en esta pobre habitacion. Seria una crueldad el que no quiéseis venir.

—Y luego vamos á la Roca de Cancale donde se come muy bien...

—Vamos, vamos, sois de los nuestros, exclamó Darena. En aquel momento la española y la napolitana cogen cada una de su brazo á

Querubin; este se dejó llevar casi maquinalmente al carruage, al que subió con Darena y las cuatro bailarinas.

—Yo he traído otro coche; dijo el notario; ireis mal tantos en un carruage. Que algunas de estas señoras suban á mi coche.

—No, no, respondió Darena, mientras mas juntos mejor; oh! esto es muy bueno!... Vámonos, cochero, arrea esas sanguijuelas aunque las revientes. que yote ofrezco que te se pagarán... á la Roca de Cancale!...

El coche partió con Querubin que no le dió ni aun tiempo para despedirse de su nodriza.

—Darena ha ganado! Ya el ave deja su nido, exclamó Monfreville.

—Sí, dijo M. d' Hurbain; pero es necesario que esto no se prolongue demasiado... y esa comida... seguramente yo no puedo asistir... Un notario comiendo con unas bailarinas!

—Eh! qué importa? ireis de incógnito, además de que vuestra presencia contendrá á Darena y á sus amigos. Subamos en mi tilbury y les seguiremos de cerca.

—M. d' Hurbain sube al tilbury con Monfreville, y M. Gerondif se mete en el coche del notario con Jazmin.

—Se llevan á mi amo á la roca de Cauca-

le; dijo el buen Jazmin, cuando ya tenia yo en casa dispuesto un magnifico recibimiento y una suntuosa comida en su casa, con música, flores y...

—Consolaos, digno Jazmin, respondió el profesor, quedará todo eso para mas tarde, porque al cabo le dejarán en su casa. Encuanto á mí que soy el Mentor y no debo abandonar á Telémaco aun cuando vaya á comer á la roca de Caucale.



X.

Monfreville.--Darena.--Poterne.

El conde de Darena habia mandado disponer un bonito salon y una espléndida comida en la roca de Caucále, el que al tiempo de marchar á Gagny decia entre si:

—Sucedá lo que quiera ello es que hay que venir á comer, y á la verdad si yo soy del número de los que deben pagar me será muy difícil en este momento... pero esto no me inquieta y no dejaré por eso de comer con el mismo apetito.

No pensar sino en los placeres, no ocuparse del porvenir y ser muchas veces indiferen-

te á lo presente, tal era el carácter de Darena: descendiente de una ilustre casa habia recibido una esmerada educacion. Su padre, que era de un carácter altivo y severo, habiendo conocido que su hijo tenia una decidida inclinacion hácia los placeres y hácia la independencia, habia creido poderle corregir privándole de aquellas recreaciones y de aquella libertad que son el descanso del trabajo y del estudio. Darena habia llegado así á los diez y nueve años no teniendo jamás en su bolsillo un duro á su disposicion, ni una media bora de libertad. En esta época habia muerto su padre, su madre habia muerto mucho tiempo antes y se encontró de repente dueño absoluto de su persona y de una buena fortuna. Habíase entonces entregado á los placeres, y á la disipacion; queriendo compensar todas las horas de fastidio que su padre le habia hecho perder para el placer, habia ahorcado los libros dando un eterno adios al estudio.

El juego, las mugeres, los caballos, la mesa, habian llegado á ser sus ídolos. Lanzado repentinamente en la alta sociedad, en la que su clase y sus riquezas le daban entrada, habia sido el héroe de un sin número de aventuras galantes; pero Darena no era sentimental, no buscaba en las intrigas mas que el pla-

cer rompiendo por todo en cuanto entreveía la mas pequeña sujecion.

Como los jóvenes de la alta clase no se contentan muchas veces con unas relaciones pasajeras, y como la conducta del conde de Darena no era un misterio para él mismo, se vanagloriaba de ser independiente con el bello sexo, poco á poco fuera disminuyendo sus aventuras en el gran mundo habiéndose visto obligado Darena á hacer conquistas de una escala mas inferior, buscando señoritas de provincia, luego damas del teatro, modistas y en fin habia llegado á ser tan poco escrupuloso en este punto que habia descendido hasta la mas ínfima clase de la sociedad.

La fortuna de Darena habia seguido en un admirable paralelo con sus amores, de modo que á los veinte y ocho años habia disipado su caudal no quedándole sino la casa del barrio de Saint-Antoine que iba á vender y sobre la que ya debia el duplo de su valor.

Pero lejos de afligirse por su situacion y por el porvenir, Darena se burlaba de todo, con tal de que no le faltase para el dia una buena comida, una botella de Champagne, una bailarina, una modista y aun una criada si otra cosa no hubiese.

Habiale ayudado á consumir su patrimonio un tal Poterne. Era este un hombre cuya edad

era imposible colegir, á causa de su fealdad y de lo asqueroso de su fisonomía: sobre su cuerpo seco, escualido y anguloso, sostenido en dos descarnadas y vacilantes piernas, se veía una cabeza oval complanada por ambos lados, una nariz rota por la mitad, y abollada por la punta, una boca sin labios, una barba puntiaguda y dos pequeños ojos verdes, escondidos bajo unas encrespadas y mugrientas cejas, cuyas pupilas se movían continuamente de un lado á otro: añádase á esto un bosque de cabellos súcios, enmarañados y en separaciones como las puas de un herizo, tal era el retrato de M. Poterne.

Este hombre se habia unido al conde Darena cuando este era todavía rico, le habia ofrecido sus servicios, conociendo todos los lugares de París en que un jóven podia arruinarse mas fácilmente; si Darena veía en el teatro ó en paseo alguna muger que le gustaba, Poterne era quien se encargaba de seguirla, de entregarla billetes, de tomar noticias sobre su persona. Mas adelante, Poterne se habia encargado de buscar usureros, y de este modo se habia hecho indispensable al conde que á veces le trataba como un amigo y otras como á un criado, alguna vez le adulaba, e despreciaba siempre y nunca podia estar i n él.

Se creerá que el fin que se proponia Poterne era enriquecerse á espensas del mismo á quien ayudaba á arruinarse. En efecto, al principio lo habia pensado asi; pero sus propios vicios no le permitian aprovechar los de los demas; tan jugador y tan libertino como Darena, cuando este perdia su dinero en billetes de mil francos, en una brillante reunion, Poterne jugaba en una taberna el dinero que habia podido recoger de su íntimo amigo; cuando aquel comia espléndidamente al lado de una linda muchacha, Poterne se metia en un bodegon y alli repartia su dinero entre unas cuantas perdidas; en fin, cuando Darena no tenia un cuarto llegaba algunas veces hasta maltratar á Poterne, al que atribuia su ruina, y este que era tan libardo como bribon se dejaba despojar del dinero por su amigo intimo, aunque jurando entre sí tomar bien pronto el desquite.

Parecerá muy singular que el elegante Monfreville estuviese relacionado con un hombre cuyos gustos, cuya conducta, y cuyo trage revelaban un continuo desórden. Pero hay gente que despues de haber conocido á alguno rico, no se atreven á volverle la espalda cuando han venido á menos. Por otra parte, Darena tenia momentos muy felices de cuando en cuando: si el juego le habia sido favora-

ble ó si Poterne le revelaba algun nuevo recurso, se le veia al momento volver á aparecer en el gran mundo tan elegante como el primero, correr á los espectáculos, á los bailes y á las mejores fondas; á los pocos dias, casi siempre, el descuido de su corbata y demas, dejaban ver un cierto desórden que revelaba un cambio de situacion; empero con su miserable sombrero y una camisa no muy limpia, Darena sabia conservar las maneras de la gente de buen tono.

Hay otra razon para aquella amistad, y es que en París no se sabe la vida privada de la mayor parte de las personas que tratamos. Al encontrar alguna vez á Darena equipado como en sus mas felices dias de esplendor, al verle hacer gastos inmensos, nadie le preguntaba por qué medios habia logrado hacerse con dinero, y por la misma razon cuando se le veia con un frac raído y un sombrero no muy decente nadie se inquietaba de lo que pudiera haberle sucedido. En París nadie se mezcla en las interioridades de los demas, y en este punto la discrecion se asemeja mucho á la indiferencia.

Monfreville, que habia conocido á Darena rico, sabia que habia disipado su fortuna; pero no le creia enteramente exhausto de recursos y nunca le supuso capaz de emplear

medios que no fuesen honrosos, para procurarse dinero. Muchas veces el conde le habia pedido prestados algunos billetes de mil francos que jamas se le habian devuelto, pero Eduardo de Monfreville disfrutaba una gran fortuna y daba poca importancia á tales favores; ademas de esto, la sociedad de Darena le entretenia y su conversacion le hacia reir, disipando el humor melancólico que á veces se apoderaba de su espíritu.

Muchas personas preguntaban de qué podría provenir aquel aire pensativo y aquella sonrisa amarga, mas bien que burlona, que discurría muchas veces por los labios de Monfreville. El era rico y tenia cuantas cualidades puede un hombre desear para brillar en el gran mundo. Era buscado en la sociedad, teniendo mucho partido con el bello sexo, se habian sabido de él muchos lance amorosos, y aun estaba en edad de no volverles la cara. Sin embargo, su alegría rara vez parecia verdadera, y en sus discursos evitaba el hablar de un sexo, del que al parecer no tenia derecho alguno para quejarse. Algunas personas creian que Monfreville estaba fastidiado de todos los placeres, atribuyendo á esta causa las nubes que á veces oscurecian su frente; otros al oírle burlarse de algun amigo suyo que creyera en la cons-

tancia de su querida, juzgaban que habia sido víctima de alguna desgraciada pasión; en fin, viendo á este hombre pasar su mas florida juventud sin pensar en casarse, se hacian una porcion de conjeturas y decian á veces:

—Piensa muy mal de las mugeres, pues que no quiere igualarse con los demas doblando el cuello al yugo de himeneo.

Pero Eduardo de Monfreville no se ocupaba en modo alguno de lo que se pudiera hablar y decir sobre su conducta; continuaba viviendo á su antojo y obrando á su capricho; pasaba algun mes sumergido en el mundo elegante, entre ruidosos placeres, en medio de una juventud alegre y disipada y en cuyas locuras tomaba parte, y estaba en seguida semanas enteras sin frecuentar la sociedad, huyendo de los lugares concurridos. Habian todos concluido por acostumbrarse á las ridiculeces de su carácter, porque en el mundo un hombre rico tiene siempre derecho á ser raro, solo los pobres no pueden disfrutar impunemente de este derecho.

Ahora, que conocemos mas á fondo á las personas con las que vamos á encontrarnos, entremos en la roca de Caucale, en donde Querubin acaba de llegar con las sacerdotisas de Terpsicore.

XI.

Una comida en la Roca de Caucale.

Querubin se encontró en Paris y en la fonda sin haber tenido ni aun tiempo para volver en sí de su estupefaccion; durante el camino las jóvenes figurantas hicieron tantas locuras, ~~entretuvieron~~ tan variadas conversaciones ~~sazonadas de chistes~~ tan ingeniosos que el marqués parecia no tener suficientes oídos para escuchar y miraba una despues de otra á aquellas mujeres como para asegurarse de que no era todo un sueño.

Al subir en el carruaje se habian estas envuelto bajo unos largos albornoces que ocul-

taban su traje y de una especie de capucha que no permitia ver el peinado, en tanto que decia Querubin á media voz á Darena:

—Por qué se visten estas señoras de capuchinos?

—Mi querido marqués, dijo Darena, se visten asi para que no se les vea el traje de teatro cuando entren en la fonda, porque aun no estamos en Carnaval, y en París es necesario ir con un traje decente.

—Pues yo, dijo Malvina, no tendria inconveniente en pasearme á pie por París con mi traje de suiza... Toma! no pudiera yo ser una suiza?..

—Si estuviérais vestida de vendedora de pescado seria mas probable que no se os conociera que estuviérais disfrazada.

—Ah! habeis oido? un chiste!... qué malo sois!... Pues aun cuando os presenteis con el traje algo derrotado, en nada os pareceis á un conde.

Darena suelta una carcajada y da á Malvina un golpecito en la mejilla diciéndola:

—Vamos, á callar; pero donde sobre todo os habeis de comportar bien es en la fonda; en el campo es permitida una dulce libertad; pero en la Roca de Caucale poco, y entre las respetables personas con quienes vamos á comer, os guardareis muy bien de hacer de las

vuestras, porque si no sois prudente os plánto en medio del arroyo.

—Vaya! esa es una advertencia inútil, porque ya sabemos nosotras como nos hemos de conducir... Creeis acaso que nosotras no conocemos el gran mundo... Yo voy á comer muchas veces á casa de mi protector, que es uno de lo mas ricos carniceros de Paris.

—Muy bien, quedo plenamente convencido de que sois digna de ir entre buena gente, y que sabreis guardar el decoro, que es debido á las personas... Oh, si M. d' Hurbain no fuera de los nuestros... pero ya le veo bajarse del tilbury con Monfreville: ya estamos en la fonda. Marqués, dad la mano á esa señora.

El carruaje se detiene, abren la puertecilla pero de pronto se presenta en ella una cabeza de herizo unida á un cuerpo cubierto con un grasiento carrik de color de avellana.

Malvina que ya iba á bajar, retrocede espantada exclamando:

—Ah! Dios mio! qué es eso... Ay! es un puerco espin...

—Ese es mi... encargado de negocios, respondió Darena, que viene á ofreceros su brazo para que bajeis del carruaje... Es un hombre muy complaciente.

—Así será, pero es de un feo muy subido, no es verdad Rosina?

—Oh! seguramente que sí... y cuando antes se ha estado viendo al lindo Querubin...

—Vamos, señora, luego tendreis tiempo de hablar.

La compañía se halla en fin reunida; en la sala donde se habia mandado preparar la comida, M. d' Hurbain y Monfreville habian llegado al mismo tiempo que el coche donde venia Querubin. El notario se acercó á Darena y le dijo al oído:

—Supongo, mi querido conde, que vuestras bailarinas se portarán aqui con decencia, porque aunque hayan surtido buen efecto su baile y su chiste, y hayan tenido como encantado á Querubin, no è cosa sin embargo de que se roce con personas de ese género.

—Ah! tranquilo podeis estar!.. Pero es una cosa que admira el ver que en lugar de darme las gracias por haber sacado á ese caracol de su concha, me vengais á dar lecciones... Sed útiles á las gentes, tened inventiva, y en pago os darán una leccion de moral!

—Pero Darena, dijo Monfreville examinando á M. Poterne que entraba detras de las bailarinas dirigiéndolas tiernas miradas á las que aquellas respondian con burlonas sonrisas, ese horrible caballero es por ventura amigo vuestro?... vais á hacerle sentar á la mesa? os confieso ingénuamente que no me haria mal ditala

gracia.

—Ese es mi apoderado.

—Pues qué teneis aun apoderado?

—He guardado á este hombre porque él hace todos mis negocios, es una alhaja para hallar recursos.

—Pues bien lo podria hallar para encontrar otro carriki!

—Qué, no comemos? dijo Malvina ensayando un paso de baile en medio de la sala.

—Sí señora: vamos, señor Grandville, sentaos aqui.

Y M. d' Hurbain se dispone á colocar á todos, pero Monfreville le detiene diciéndole por lo bajo:

—Dejad á esas loquillas que se sienten al lado del jóven marqués, sin lo cual pudiéramos perder todo el fruto de nuestros cuidados... Yo miro á Querubin de cuando en cuando y le veo suspirar y si se le deja pensar en su pueblo no costaria muchísimo trabajo el retenerle en París.

M. d' Hurbain cede, y deja á Rosina y Celine que se sienten al lado de Querubin; Malvina que ha llegado tarde quiere arrojar [de su silla á la última á quien amenaza con un cachete, pero una mirada que la fulmina Darena la hace irse á sentar á otro lado.

Quedaba un cubierto vacante que Poterne

habia mandado aumentar, y el personage del carrik parecia muy dispuesto á ocuparle á pesar de los gestos que le hacia Darena cuando aparece en la puerta M. Gerondif acompañado de Jazmin.

El profesor hace una profunda reverencia diciendo:

—Yo os saludo caballeros y ofrezco humildemente mis respetos á los pies de estas señoritas.

—Qué es lo que va á hacer á nuestros pies? dijo Malvina á Darena que se hallaba á sulado, pero este no le respondió sino con un enorme pisoton.

Al ver á los reciénvenidos, Querubin mudó de semblante y dijo con alegría:

—Sois vos! mi querido maestro... Habeis hecho muy bien en venir conmigo á Paris. Ah! qué lástima que...

Querubin no acaba la frase... piensa en Luisa y penetra un remordimiento en su corazón. M. d' Hurbain que se alegra infinito de la llegada del profesor, porque ve en él un medio para detener á Querubin si necesario fuese, saludó á aquel diciéndole:

—Habeis hecho muy bien en seguir á vuestro discípulo: sentaos á la mesa: hé aquí un cubierto que os estaba esperando.

—Sí, sí, sentaos M. Gerondif, dijo Queru-

bin mostrándole el puesto que se hallaba vacante: y tú Jazmin: vente aquí á mi lado.

—Señor marqués, conozco mi deber y ocuparé el sitio que me corresponde.

Dichas estas palabras, el viejo criado desdobló una servilleta, la cuelga en su brazo y vá á colocarse detrás de la silla de Querubin. M. Gerondif, que no se hace de rogar, se apresura á despojar de su presa á M. Poterne, y sentándose á la mesa despacha en un abrir y cerrar de ojos el plato que le presentan, diciendo:

—Este es el festin de Baltasar... Las fiestas de Eleusis! Las bodas de Camacho! apuesto á que no se ha conocido una comida mejor!

—Habla en verso ese caballero, dijo Malvina acercándose á su compañero.

—Sí. Creo que él ha sido quien ha hecho la tragedia del Terremoto de Lisboa.

M. Gerondif dirige una espresiva mirada al conde, diciéndole con aire modesto:

—Yo hago versos regularmente... pero lo que es tragedias no he hecho ninguna en toda mi vida... No, no me acuerdo de haber hecho ninguna.

—Perdonad, me habré equivocado... Pero bebamos á la salud del marqués de Grandvillain y por el placer de tenerle ya en París.

La proposicion de Darena es aprobada por

unanimidad; los vasos se llenan de rico vino de Madera y se vacian á la salud de Querubin, las cuatro ninfas sorben el vino con tal velocidad que pudieran causar celos á mas de cuatro ingleses.

Durante este intervalo, M. Poterne que se veía despojado del puesto que ambicionaba, se decide por fin á permanecer de pie á imitacion de Jazmin. Va pues á colocarse detras de Darena al que se arrima continuamente, no pordarle plato sino para pedirle de todo cuanto habia sobre la mesa. Darena le alargaba los platos llenos de viandas, pero en lugar de hacerlos circular Poterne al dar media vuelta hacia desaparecer como por encanto lo que habia en ellos.

El principio de la comida se pasó alegremente y sin ningun azar; las figurantas á quienes Darena habia recomendado la composura, no se ocupan sino de hacer honor á los platos que les ponen y sin dejar de dirigir graciosas sonrisas á Querubin, conservan un continente irrepreensible; solamente Malvina deja escapar de tiempo en tiempo alguna reflexion ó algun chiste un poco exótico; pero Darena se apresuraba á disimularlo tomando la palabra; su conversacion siempre chistosa y variada, la de Monfreville que está en uno de sus dias de buen humor, y las citas de Ge-

rondif que sin dejar de comer como cuatro, encuentra medio de hacer lucir su erudicion, no dejan el menor intervalo é impedir á Que-rubin el reflexionar sobre su situacion; sorprendido de verse el héroe de aquella fiesta inesperada, está aturdido, encantado; las miradas que le dirigen, los chistes, los lisongeros cumplidos que le hacen, aquella comida espléndida que á la vez satisface su olfato, el gusto y su paladar, todas estas cosas reunidas le impiden acordarse del pueblo, porque cuando en su fisonomía se nota un rayo de tristeza, las personas que le rodean redoblan sus cuidados, sus miradas, sus chistes y sus cumplimientos.

—Calla! dijo Malvina volviéndose y viendo á Poterne que coge un plato que le daba Darena, vuestro hombre de negocios es tambien vuestro criado?...

—Me sirve para todo, respondió Darena; ya he dicho que es un tesoro... y que hago de él lo que quiero.

—Deberíais tenerle mas bonito y mejor compuesto.

—Sócrates, Horacio, Ciceron y Pelisson eran sumamente feos, dijo Gerondif echando de beber á la suiza, puede un hombre ser muy feo sin dejar de ser un sábio.

—Ah! vos teneis vuestras razones para de-

cir eso, respondió Malvina despachando el champagne. El profesor que no esperaba tal respuesta se rasca la nariz y pide un plato de trufas.

El ruido de un plato que se rompe interrumpe esta conversacion: era Jazmin, que queriendo seguir sirviendo á su amo, habia ya roto tres platos y dos botellas.

—Hé aqui un criado que deberá costar mucho, dijo Monfreville riendo.

—Perdonad, mi querido amo, dijo Jazmin, que se ponía como una amapola á cada nuevo accidente de aquel género. Como ya hace tantos años que no sirvo á la mesa... pero ya me haré á ello.

—Oh! pues si toma esta costumbre no estará malo! dijo Darena.

—Pero Jazmin por qué estás de pie y detras de mí? eso debe ser muy incómodo á tu edad... vete á sentar allí, yo te llamaré cuando te necesite...

—No señor, dijo Jazmin, qué no sé yo mi deber. Yo no dejaré el lugar que me corresponde... primero pereceré en él...

—Es decir, primero perecerá toda la vajilla del establecimiento, dijo Darena riendo y luego alzando su vaso; honor al valor desgraciado!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

EL AMANTE TIMIDO.

THE AMERICAN

EL AMANTE TIMIDO.

novela escrita

POR

PAUL DE KOCK,

y traducida al castellano

POR

D. A. R.

TOMO II.

SEVILLA: 1851.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

XI.

Una comida en la Roca de Caucale.

Monfreville continuó:

—El efecto de este antiguo criado hace su elogio y el de sus amos. Brindo por la fidelidad, cosa que no puede menos de alabarse, preséntese bajo la forma que quiera.

El brindis se llevó á cabo por todos los convidados. M. d' Hurbain propone otro en memoria del difunto marqués de Grandvilain

y Darena, por las bailarinas del teatro de la ópera.

M. Gerondif se levanta con un enorme vaso de vino, y esclama con entusiasmo:

—A los progresos del arte culinario en Francia! Los antiguos romanos tendrian tal vez en su mesa mas abundancia de platos; pero probablemente no serian tan nutritivos como los de estos tiempos.

Malvina que no queria quedarse atrás, elevó tambien su vaso diciendo:

—Yo brindo porque los bailes de los teatros sean muy largos y los vestidos muy cortos, lo que está en los intereses de las bailarinas que puedan hacer con mas libertad sus pasos.

Ninguna de las otras quiere ser menos y cada una brinda por su lado, una por su gato, otra por su primo que está en los cazadores de Africa; solo M. Poterne no brinda; pero continuamente se está volviendo de espaldas á la mesa y sorbe sin descanso las botellas de champagne.

De repente quedan interrumpidos los brindis por un espantoso ruido. Esta vez ha sido una fila de platos que acaba de dejar caer Jazmin, de modo que el suelo se halla todo sembrado de pedazos de porcelanas.

Hé aquí una comida que debe costar bien

caral necesario es ser muy rico para tener en casa un criado como ese viejo Jazmin!

Los brindis van produciendo su efecto; Malvina que no quiere ya permanecer sentada se levanta y se pone á bailar la cachucha, Celi-na y Rosina ensayan la cracoviana, Fedora baila con Darena y M. Gerondif que ve moverse hasta las paredes, aunque no deja su asiento, pide á gritos que se repita la danza mozambica.

M. d' Hurbain que conserva toda su serenidad cree que ya es hora de llevarse á Querubin y haciendo una seña á Monfreville y otra al profesor, que no sin gran sentimiento abandonan la mesa, procura abrirse paso al través de los restos de la vajilla y suben al coche que les dirige á casa del joven marqués sin haber notado que Jazmin que les ha seguido, habia á duras penas logrado con la ayuda de un mozo, subir á la trasera del coche.

—Pero no volvemos á Gagny? preguntó Querubin.

—Por esta tarde ya es imposible, mi querido amigo, porque ya está muy avanzada la hora. Mañana... ó dentro de algunos dias, pero ya que estais en París debeis al menos verle.

Querubin no dice nada, bien quisiera volver á Gagny, y sin embargo aquella deliciosa co-

mida le ha hecho concebir ideas tan nuevas, le han hablado tanto de los placeres de París que despues de una ligera reflexion concluye por decir:

—En fin, ya que estoy aqui, haria mal en dejar de ver todas esas maravillas que tanto me han ponderado... y cuando vuelva al lado de Luisa la podré contar una infinidad de cosas.

El coche llega por fin á casa del marqués, y los que iban dentro bajan de él y entran en el patio de la casa donde una música singular hiere los oidos de las personas que entraban.

Oboes, clarinetes, flautas, que tocan á un mismo tiempo diferentes aires, voces de hombres y de mugeres que entonan antiguas canciones, todo esto hacia una melodía espantosa. Todos preguntaban que era aquello, cuando un nuevo ruido se deja oir y acercándose á la puerta que era donde habia sonado ven al pobre Jazmin que queriendo bajar apresuradamente del coche habia caido en tierra cuan largo era; pero el intrépido criado se volvió á levantar gritando:

—No es nada, no ha sido nada, es que me he escurrido. Señor marqués en celebridad de vuestra llegada he hecho venir á estos músicos... Viva el Marqués de Gradvilain.

Querubin dió gracias á Jazmin por sus buenas intenciones; pero le ruega mande cesar aquel espantoso estrépito. M. d' Hurbain y Monfreville se despiden del marqués recomendándole al profesor que no está en estado de poderles comprender.

Cuando se habian marchado, Jazmin dijo á su amo que si queria visitar la casa y pasar revista á los criados que tenia, pero este que ningun deseo tenia de hacer nada de esto pidió le llevasen á su cuarto.

Al ver la inmensa estancia que le servia de alcoba y la antiquísima cama rodeada de grandes colgaduras de color carmesí, Querubin hizo un gesto de disgusto exclamando:

—Oh que feo es todo esto! mas valia mi cama de Gagny; mañana me voy allá porque me parece que aqui no voy á poder dormir.

Pero á los diez y seis años y medio, y despues de un dia de cansancio, se duerme bien en cualquier parte, y asi le sucedió á Querubin.

En cuanto á Gerondif, despues de haber dirigido una sonrisa á la señora Nemesia, se llenó de gozo al entrar en la habitacion que le habian destinado; se tiende con un placer inesplicable en la cama, y coloca suavemente su cabeza sobre un monton de blandísimas

almohadas, diciendo:

—Nunca me he acostado en una cama como esta! Me hundo! me voy á fondo! Oh! esto es magnífico! Quisiera pasar toda mi vida en la cama!... y soñar en la danza mozambica!



XII.

Mañana!

Despíertase tarde Querubin y mira con asombro á su alrededor: reasume sus ideas, y se pregunta por qué ha dejado á Gagny, á su buena Nicolasa y á Luisa á quien tanto amaba: despues recuerda la magnífica comida del dia anterior, y las cuatro bailarinas tan lindas, tan esbeltas, que bailaban tan bien y que tenían un mirar tan dulce; todas estas cosas eran muy apropósito para ocupar una cabeza y un corazon tan inespertos.

En esto el ruido repentino de un mueble que se cae y se rompe hace estremecer á Que-

rubin, vuelve la cabeza y ve á Jazmin consternado y confuso delante de un agua-manil que acababa de romper.

—Qué es eso? dijo el jóven marqués, que no pudo menos de echarse á reir de la figura de su viejo ayuda de cámara.

—Señor, soy yo... que no queria meter ruido por no despertaros...

—Y qué tu llamas á eso no hacer ruido?

—Es que he tropezado... pero no ha sido nada, tranquilizaos.

—Yo bien tranquilo me estoy... Jazmin, quiero vestirme y volverme hoy mismo á Gagny.

—Quereis ya volveros señor? pero habeis ya revisado las cuentas?

—No, para qué?

Jazmin designando un arca que habia en el cuarto de Querubin le dijo:

—Todo esto está lleno de oro y es vuestro. Cuando se acabe no teneis mas que mandar á pedir otro tanto á M. d' Hurbain, y con dinero en París se tienen todos los placeres...

—Jazmin, ya sabeis que no me gusta que se me contrarie. Dónde está mi vestido? mis zapatos?

—Todo lo he arrojado por la ventana, excepto lo que M. de Monfreville os llevó ayer.

—Qué decís? con que no tengo pantalones

que ponerme? estais loco Jazmin?

—M. de Monfreville me mandó que así lo hiciera y él se ha encargado de proporcionarnos otros trajes á la moda para lo que os están esperando el sastre, el zapatero, el sombrerero...

—Pues bien, hacedlos entrar.

Entraron estos en efecto, con una porcion de géneros, y mientras que el marqués escogia lo que mas le agradaba, anunciaban al conde de Darena.

Entra este con su trage del dia anterior que como ya digimos no estaba en muy buen estado y se presenta con su gracia y su alegría acostumbrada yendo á tomar la mano del marqués y diciéndole:

—Aquí estoy yo, querido amigo, que he querido venir á saludaros temprano .. Hola! estais haciendo compras! bien, yo me encargaré de todo. Ya os hubiera yo enviado misastre, pero os marchásteis tan pronto ayer... aquellas señoras se quedaron con gran sentimiento por veros marchar.

—M. d' Hurbain me dijo que ya era hora de que nos retiráramos, porque no podíamos estar mas tiempo en una fonda, repuso Jazmin candorosamente.

—Oh! en Paris se puede estar en una fonda todo el tiempo que á uno le acomoda... y

aun pasar en ella la noche. M. d' Hurbain es un hombre digno de aprecio, pero que no es de nuestro tiempo ni se halla á la altura del siglo... Felizmente no estará siempre á vuestro lado porque eso seria insufrible. Qué tal os parece ese frac azul?

—Ya he escogido dos fraques y dos levitas...

—Entonces yo le tomaré... conozco que me estará pintado... Este es un pantalon muy lindo... me quedo con él, y con estos dos chaquitos. Hé aqui unas camisas que deben sentar á las mil maravillas... vaya, tomaré una docena... Estas botas están perfectamente hechas... vos teneis un bonito pie de la clase del mio, lo tomaré tambien, ¿son de la misma medida las que ha tomado el marqués?

—Sí señor; dijo el zapatero, inclinando la cabeza.

—Pues entonces me quedo con ellas. Ah! tengo ganas de ver si vuestra cabeza es igual á la mia: veamos el sombrero que habeis escogido.

Hacia Darena todos los esfuerzos imaginables por hacer entrar su cabeza en el sombrero del marqués que era muy pequeño para él, y no pudiendo por fin conseguirlo exclamó:

—Al cabo estoy seguro de que me vendria

perfectamente, esto da mucho de sí. Teneis uno semejante, maestro, aunque un poco mayor?

—Sí señor.

—Veamos, esto es, ~~me~~está perfectamente.

Los comerciantes empezaron á mirarse con un aire inquieto. Se leía en sus ojos alguna inquietud al ver á aquel caballerito escoger tantas prendas sin preguntar siquiera el precio, y cuyo traje no inspiraba la mayor confianza. Darena puso fin á su incertidumbre diciendo:

—Pero calla! estoy comprando y me he venido sin un real en el bolsillo!... Bah! no importa, mi amigo el marqués pagará esta vagatela y luego yo me compondré con él. No es verdad amigo?

—Con mucho gusto, respondió Querubin vistiéndose, me alegro infinito de poderos ser útil.

Y Jazmin dijo á media voz al marqués:

—Es de buen tono el prestar á los amigos. Vuestro difunto padre el marqués hacia lo mismo. Voy pues, á pagar las compras.

Darena dió las señas de su casa para que le llevasen aquel equipaje, y los comerciantes se marcharon muy satisfechos.

En tanto que Jazmin va á dar órdenes para que preparen el almuerzo, Darena dice al

marqués:

—Ya estais perfectamente equipado, pero esto no es suficiente aun. Yo quiero que mi amigo tenga todos aquellos requisitos que son indispensables á un leon de París.

—¿A un leon?

—Este es el nombre que se da á los jóvenes á la moda. Teneis reloj?

—Sí, uno que era de mi padre.

Y diciendo estas palabras Querubin presentó á Darena un reloj antiquísimo de oro de colosales dimensiones.

—Ah! ah! eso es una cebolla; si os viesen en alguna parte semejante reloj se reirian de vos...

—Pues cómo! si es de oro!

—No digo que no, es un reloj respetabilísimo, pero eso no se puede llevar. Guardadle en vuestra cómoda como una venerable antigüedad. Ya he encargado á mi apoderado de buscar un bonito reloj y todo lo demas que os falta. Esperad, ya creo que le oigo... Por aqui, Poterne, por aqui, el marqués está ya visible.

La repugnante figura de M. Poterne se presentó á la puerta del cuarto de Querubin; este le manda que pase adelante, y Poterne dice por lo bajo á Darena al pasar por delante de él:

—El comerciante no me queria confiar nada. Espera en la puerta.

—Bien, tú le pagarás, y qué tal?

—Son muy buenas alhajas.

—Cuanto quiere por ellas?

—Ochocientos francos.

—Dí que valen dos mil.

M. Poterne saca de su bolsillo una caja de carton en la que habia un bonito reloj con una cadena de oro de un trabajo esquisito, y un alfiler de brillantes del mejor gusto. Querubin dió un grito de admiracional mirar aquellas alhajas.

—Esto es, dijo Poterne, lo mas primoroso y lo mas elegante que podeis encontrar, y puso la cadena al rededor del cuello del marqués, haciendo lo posible por aparentar un aire de probidad.

—Sí, es de última moda, dijo Darena. Ahí teneis, mi querido Querubin, lo que os hacia falta, porque un jóven como vos no podria estar sin estos requisitos. Yo tengo muchas cadenas, pero da la casualidad de estar todas rotas... pero pueden componerse.

—Y cuanto vale todo eso?

—Dos mil quinientos francos todo.

Darena volvió la cabeza y se mordió los labios, y Querubin corrió á sacar el dinero.

Al mirar aquella caja toda llena de oro, M.

Poterne muda en pocos momentos mil colores; sus ojos se abren convulsivamente como queriéndosele saltar de la órbitas, su frente se ensancha y se dilatan las ventanas de su nariz. Darena que nota todo esto, se aprovecha del momento en que Querubin estaba vuelto de espaldas, para pegarle un puntapié á su amigo, diciéndole:

—Espero, bribon, que no tendreis ninguna infame intencion, de lo contrario te rompo la cabeza.

Poterne no tiene tiempo para responder, recibe el dinero que le entrega Querubin y se da prisa á despedirse, pero apenas habia pasado de la puerta del cuarto, Darena corre tras de él diciendo:

—Perdonadme señor marqués... vuelvo al momento... me se ha pasado el dar una orden interesantísima á mi mayordomo.

Corriendo detras de Poterne que parece tener miedo de que le cojan, Darena le alcanza en la escalera, le agarra del cuello de su carrik y le dice:

—Eh! no vayas tan deprisa, viejo maldito; dame en este mismo momento dos mil francos.

—Cómo dos mil francos? necesito dar ochocientos al comerciante que está ahí abajo.

—Pues no le des mas que quinientos y lo demas ya se lo pagaremos otra vez.

—Pero si yo...

—Basta de contestaciones... Vamos, Poterne, sé amable; ya sabes que cuando yo tengo dinero á tí no te falta nada.

Poterne saca al fin el oro de su bolsillo aunque pone una cara muy compungida. Darena toma el dinero y vuelve al lado de Querubin. Apenas habia entrado en su cuarto cuando llegó Jazmin, para decirles que estaba esperando el almuerzo. Sentáronse á la mesa, cuando anuncian á M. Monfreville.

Al ver Monfreville á Darena sentado á la mesa de su jóven amigo del dia anterior, hizo un movimiento de cabeza de disgusto y dijo al conde con aire burlon:

—Tan pronto aqui! Hola! parece que habeis venido muy temprano.

—Cuando yo aprecio á un amigo siempre me apresuro por verle, respondió Darena. Pero, Jazmin, qué vino es este?

—Es un bálsamo, dijo Jazmin inclinando la cabeza.

—Si, es muy bueno, pero para el almuerzo, me gusta mas el solerne, el chambertin... aqui tendreis una cueva bien provista.

—Si señor, todos son vinos viejos.

—Oh! bien lo creo, serán todavía de los

del padre del joven marqués. Ea pues, modelo del criados, id á buscar otras botellas... Cuando una cueva ha reposado durante una generacion, me parece que ya es tiempo de irla desocupando.

Jazmin marcha por las botellas y Monfreville dice á Darena:

—Pero no pedir sin consultar con el amo de la casa.

—Mi amigo me ha dado carta blanca, y yo me aprovecho de ella.

—Sí, cierto, dijo Querubin, haced cuanto gustéis.

Darena se acerca á Monfreville y le dice en voz baja:

—Esta mañana queria ya volver á Gagny, si no se le entretiene es capaz de volverse con su nodriza.

—No almorzais con nosotros? dijo Querubin á Monfreville.

—Gracias, querido amigo, ya lo he hecho. Y que tal? habeis ya comprado todo lo que necesitábais?

—Sí, he comprado una infinidad de cosas, y M. Darena tambien.

Monfreville mira al conde que hace que no entiende nada de aquello, y que parece muy ocupado en ponerse plato.

—Ademas voy á enseñaros mi reloj, mica-

dena de oro y mi alfiler... El mayordomo de Darena es el que me ha proporcionado estas alhajas. No es verdad que son muy bonitas?

—Pero cuanto os han costado? preguntó Monfreville.

—Dos mil quinientos francos, me parece que no es caro...!

Monfreville dirige una nueva mirada á Darena que sigue impávido comiendo.

—Es carísimo, muy caro! En adelante si me lo permitís yo os guiaré en vuestras compras; creo que entiendo tanto de esto como el mayordomo de Darena.

Jazmin viene cargado de botellas; al quererlas poner sobre la mesa deja caer una al suelo vertiendo encima de Darena una porcion de natillas. Jazmin se desespera al ver aquella desgracia, y el viejo criado queda inmóvil y lleno de confusion por lo que habia hecho; Darena empero es el primero que se echa á reir.

—No es nada, dijo, aun no estoy vestido... pero á pesar de todo, mi querido marqués, quiero daros un consejo, y es que dispenseis á vuestro viejo Jazmin del servicio de la mesa... porque este servicio seria ruinoso para vos y fatal para vuestros amigos. Ahora voy á vestirme y vuelvo á buscaros para que pasemos el tiempo juntos.. No es verdad, Monfreville?

—Ese es tambien mi deseo... si es que gusta de ello nuestro jóven amigo.

Querubin vacila un momento y responde al fin:

—Yo... contaba con ir hoy á Gagny... tengo ya deseo de ver á... mi nodriza.

—Mañana, mañana; hoy tenemos que hacer demasiadas cosas, dijo Darena; ea, dentro de breves instantes estoy de vuelta.

Darena se marcha. Monfreville quisiera de buena gana dar á entender á Querubin que no debia hacer mucha confianza de su nuevo amigo; pero desilusionando tan pronto al jóven diciéndole que se esté en guardia contra los falsos amigos, contra la buena fé de los comerciantes, y contra todos los peligros que amenazan á un jóven inesperto en Paris, no disgustaria á Querubin de esta ciudad donde á duras penas se le puede contener?

—En fin, dijo para sí Monfreville, Darena es alegre, tiene una chistosa conversacion, sabe inventar cada dia nuevos placeres, y aun cuando su amistad cueste á Querubin algunos billetes de banco... él es muy rico... y pagará su aprendizaje. Ademas de que yo velaré continuamente sobre nuestro estudiante, procuraré impedir que no se abuse de su inocencia.

—A propósito, mi querido amigo, repuso

Monfreville, qué se ha hecho de vuestro profesor? Porque yo creo que vivirá en vuestra casa. Está indispuerto tal vez?

—Ah! teneis razon, esclama Querubin, habian enteramente olvidado á M. Gerondif. Jazmin, anda á buscar á mi maestro y le dirás que porqué no viene á almorzar.

Jazmin marcha á el cuarto de M. Gerondif; el ex-maestro de escuela estaba enterrado en su lecho, profundamente dormido y enteramente oculto bajo la ropa y las almohadas que se redoblaban sobre su cabeza.

El viejo Jazmin adelanta su mano y encuentra las prominentes narices de M. Gerondif: las coge y tirando con fuerza le dice:

—Vamos, señor sábio, despertaos, mi amo os está llamando.

M. Gerondif abre los ojos y retira lo mas pronto posible su nariz de las manos que la tenian sujeta diciendo con mal humor:

—Que es esto? qué significa este acto de violencia? por qué me despertais por las narices?... Esta costumbre es nueva seguramente, y no era asi como la Aurora con sus aureos dedos despertaba al florido Febo.

Sin embargo, al saber que estaban ya almorzando, M. Gerondif se decide á levantarse, se apresura á arreglar su traje y baja á saludar á su discípulo.

—Las delicias de Capua han afeminado á los soldados de Anibal, dijo el profesor echando una ojeada sobre los restos del almuerzo que presentaban todavia una perspectiva muy halagüeña. Perdonadme mi querido discípulo, pues la blandura de mi lecho ha sido para mí un narcótico... en adelante madrugaré como un gallo.

Y M. Gerondif se sentó á la mesa para reparar el tiempo perdido mientras Querubin para satisfacer á la señora Nemesia ha salido del cuarto para revisar las diferentes habitaciones de la casa. Monfreville se acerca al profesor y le dice:

—Señor Gerondif teneis que desempeñar un encargo de mucha importancia y no dudo que pondreis cuantos medios estén á vuestro alcance para llevarlo á cabo.

El maestro de escuela abre una boca disforme y parece no gustarle mucho el verso obligado á contestar en lugar de comer; en fin al cabo de un rato respondió:

—En efecto, señor, en este momento tengo un hambre devoradora; pero creo que con lo que aun queda del almuerzo podré satisfacerla.

—No se trata de eso, sino de vuestro discípulo, de ese jóven que debe ser el blanco de todos vuestros cuidados en Paris, porque en

esta ciudad es necesario estar siempre alerta, y mas con el jóven marqués que es el mismo candor.

Despues de haberse tomado tiempo necesario para despachar una perdiz, respondió el profesor con un tono doctoral:

—Lo que es por ese lado no podia Querubin estar en mejores manos; podeis estar tranquilo que yo haré á mi discípulo una pintura espantosa de todas las seducciones de la vida de la corte; primero son las costumbres que todo, pues como dijo San Pablo, *Oportet sapere ad sabrietatem*.

—No señor, no es así como yo lo entiendo; no se debe asustar á ese muchacho con una austera virtud para hacer de él un Caton; dejadle que goce en paz de los placeres propios de la edad... puesto que su fortuna se lo permite; lo que únicamente se debe procurar es que no abuse de ellos y cuidar que no sea victima de intrigantes y estafadores que tanto abundan en París.

—Eso es precisamente lo mismo que yo digo; velaré continuamente y estaré siempre en acecho, de modo que no será por mi culpa si el marqués cae en la tentacion: ademas de que yo he adoptado un sistema de educacion enteramente nuevo; teniendo siempre á la vista las costumbres..... Pero dispensadme por.

ahora, pues voy á continuar mi almuerzo.

Monfreville se alejó de Gerondif diciendo:

—Este hombre es un necio ó un hipócrita como no sea ambas cosas á un mismo tiempo.

Querubin ha concluido la revista de la casa que halla vieja, triste y sombría; Monfreville le aconseja que pinte y amueble de nuevo la antigua habitacion de sus padres.

En esto llegó Darena elegantemente vestido, llevando una parte de las prendas compradas por la mañana á tan poca costa, además de otras mil cosas que se habia comprado con el dinero de la venta de las alhajas.

Querubin no puede menos de admirar la elegante figura de Darena y la gracia con que lleva la ropa; Monfreville hace las mismas reflexiones; condoliéndose de que un hombre dotado de tan buenas cualidades físicas, descienda algunas veces á tan baja esfera, y frecuente sociedades tan poco dignas de una persona de su clase.

—Aquí me teneis á vuestras órdenes, dijo Darena, saldremos con el marqués Querubin de... no me puedo acostumar á llamarle Grandvilain, nombre que por otro lado no conviene á un jóven de vuestra clase; y si se ha de creer, se os debe llamar solo Querubin; nombre que es un elegante...

—Qué, señor, dejará mi amo el nombre de su padre? Oh! eso no puede ser!

Sin responder al viejo criado continuó Darena:

—Es necesario que nuestro jóven amigo vea todo lo bueno que hay en Paris... para esto se necesita algun tiempo... porque hay muchisimo en que emplearle.

—Ademas, repuso Monfreville, Querubin deberá dedicar al cabo del dia algunas horas á los estudios, estudios que le son indispensables, y tomar maestros que le enseñen lo que necesita saber para vivir en el gran mundo.

M. Gerondif detiene en el aire el tenedor que iba á llevar á la boca y esclama:

—Quien se atreve á decir que la educacion de mi discípulo es incompleta?

—Tranquilizaos, docto profesor, no os enfadeis por eso, dijo Darena riendo: yo os considero un sábio en las lenguas muertas... y tambien en el modo de despachar un ave; pero enseñareis á nuestro amigo la música, el baile, la esgrima, la equitacion la...

—Qué significa todo eso?

—Son cosas que un jóven de buena casa y educado á la moda no puede ignorar so pena de ser el blanco de la burla de todo el mundo.

—Descansad en mis cuidados, dijo Mon-

freville tomando el brazo de Querubin; mi padre fué amigo del vuestro y aunque no fuera así, vuestra juventud y vuestro candor bastarian á interesarme en vuestro favor, y para hacerme desear el hacer de vos un caballero en regla.

—Y para empezar, dijo Darena, bueno sería dar un paseo á caballo, no se puede hacer cosa mejor para pasar la mañana. Sabeis montar?

—Oh! lo que es eso si; no tengo miedo ninguno; en el pueblo galopaba en todos los caballos de mis vecinos.

—Perfectamente! aqui cerca hay un alquilador de caballos que los tiene escelentes, iremos á buscarlos ya que todavia no los teneis en vuestra caballeriza, lo que os es indispensable.

Querubin salió con sus dos amigos, con los que se dirige á casa del alquilador donde manda ensillar tres caballos.

Mientras los caballeros montan á caballo, oyese una voz que grita:

—Vaya, pues qué... no hay tambien un caballo para mi?

Era Jazmin que venia en pos de su amo, estirándose los calzones y armado de un látigo y una gorra con tan formidable visera, que le cubre enteramente los ojos y la nariz.

Querubin y sus amigos no pueden menos de reirse de lafacha que Jazmin tenia en traje de jockey y Monfreville es el primero que dice:

—Por vida mia que va siendo pesada la ley que este criado os profesa.

—Ahorano te necesito, Jazmin, dice su amo, vuélvete á casa, porque no podrás seguirnos... te cansarás demasiado.

—Yo sé mi deber, señor! contesta Jazmin, mi puesto es constantemente á vuestro lado.

—Es verdad, es verdad, replica Darena: ya que se empeña en venir, síganos enhorabuena... Un caballo para este fiel servidor, un caballito de buen genio.

—Se va á dar un golpe, dice por lo bajo Querubin.

—Creo lo mismo, pero asi escarmentará. Necesita una leccion el bueno del viejo y una vez que se ha propuesto hacer añicos vuestra vajilla, poner á vuestros amigos quesos por montera, trepar tras de los coches é ir á caballo, es menester curarle de esa exuberancia de celo.

Es ensillado un caballo, y con el auxilio de dos mozos de cuadra, consigue encaramarse. Parten los ginetes: en París se camina despacio y el buen servidor puede seguir á su

amo, como lo hace con el mayor denuedo, arrellanado en su silla, y apretando los pies en los estribos; pero á la entrada de los campos Eliseos, Querubin y sus dos acompañantes echaron un galope. Viendo Jazmin desaparecer á su amo entre una nube de polvo, se empeña en seguirle y azuza al caballo con el látigo: el animal que no desea otra cosa que reunirse con sus hermanos, rompe la carrera y vuela por el camino adelante.

Pero confiaba demasiado en sus fuerzas el jinete; á los pocos instantes el caballo galopaba solo y Jazmin rodaba por el polvo.

—Calle! donde está Jazmin? dijo su amo cuando llegaron al bosque de Boloña.

—Ya sabia yo que no podria seguiros, repuso Darena.

—Con tal que no se haya hecho daño...

—No temais; á su edad se cae siempre poquito á poco, le habrán recogido y la leccion le corregirá de su celo exagerado.

Los cortesanos parten otra vez á escape, admirando el aplomo del jóven, á quien no faltan mas que algunas lecciones de gracia para ser un excelente jinete.

De vuelta á París, van á pasear por los baúartes, por los cafés, trasladándose en seguida á una de las mejores fondas de Palais Royal y luego al teatro. De esta suerte pasa

el dia Querubin y la mitad de la noche sin haber tenido en todo este tiempo un solo instante para acordarse de su pueblo.

Encuentra á Jazmin sin mas daño que alguna contusion, pero tan escarmentado que ofrece á su señor no intentar seguirle otra vez al bosque de Boloña.

No son menos aprovechados los siguientes dias: Monfreville y Darena no se apartan de Querubin: el primero le presenta profesores de las artes de recreo: el segundo le habla á cada paso de las hechiceras bailarinas con quienes comieran, preguntándole:

—A cuál prefeririais?

A lo que contesta Querubin bajando la vista:

—Todas cuatro son muy lindas.

—Ya entiendo... os gustan todas... psit! tambien puede arreglarse y cuando querais, os llevaré á su casa..... sereis recibido con los brazos abiertos....

Querubin se pone encarnado como un tomate al oir esta proposicion y balbucea:

—Sí... si... dentro de algunos dias.

En tanto que los amigos pasean, divierten y entretienen al discípulo, el dómine se refocila en su cama: se regordea en la mesa donde pasa horas enteras, enseña los dientes á Nemesis y repite todos los dias á Jazmin:

—Cuidado, digno Eumeo, recordad bien su consigna al portero: que se niegue la entrada á toda persona procedente de Gagny; sea el señorito invisible para todos ellos, porque si la ve, si vuelve á echar los ojos encima á la Luisita, es perdido todo nuestro trabajo, de fijo se vuelve allá! Y esto sería tanto mas deplorable cuanto que gracias á los consejos de sus dos amigos y á las lecciones que yo le doy debe hacerse un caballero preponderante.

Jazmin, que se humilla siempre ante la ciencia del profesor, cumple exactamente sus mandatos, reflexionando que no debe sergrosería despedir á la nodriza sin hablar con su abijado, cuando lo manda un hombre que debe estar tan al corriente de las reglas de urbanidad:

Pasan los dias y las semanas y los meses en la vida de placeres y de disipacion que Querubin lleva en París. Cada vez que indica algo de ir al pueblo, sus nuevos amigos le replican:

—Bien, mañana... hoy no habrá tiempo.

Pero cuando Darena le propone llevarle á casa de una de las bailarinas que le parecían tan lindas, responde el mancebo ruborizado:

—Sí... mañana! mañana!

XIV.

El amor de una niña.

En tanto que en París no se ocupaban sino de los placeres y de las diversiones, en Gagny se derramaban lágrimas: esto sucede muy frecuentemente en esta miserable vida. La felicidad de unos no se adquiere sino á espensas de la de los otros y si se reflexiona sobre los efectos y las causas algunas veces se arrepentiría uno de ser feliz.

Al volver de Montfermeil, á donde el lector deberá recordar que M. Gerondif envió á Luisa, esta que conoció que todo habia sido una superchería para alejarla preguntó con ansie-

dad donde estaba Querubin, y Nicolasa llorando le contó que acababa de marchar á París con unos caballeros y unas señoritas con trajes muy estraños, y que estas habian bailado unos bailes desconocidos en el pueblo.

Luisa se puso á llorar; su corazon estaba destrozado por el dolor. Habia en su sentimiento una amargura que hasta entonces no habia experimentado; á catorce años y medio una jóven dulce ya sabe amar, y los celos habian llegado á su corazon como consecuencia inevitable del cariño.

—Le habeis dejado marchar! decia Luisa sollozando; pero si él me habia prometido no abandonarme nunca!... Por fuerza se le han llevado esas gentes contra su voluntad.

—No, hija mia, Querubin ha partido voluntariamente y casi hablando con aquellas señoritas.

Luisa redoblaba sus lágrimas y sollozos exclamando:

—Para qué habeis dejado entrar á esas mujeres en vuestra casa?... Oh! si viérais como las aborrezco!

—Pero, querida, si las ha traído uno de esos caballeros! han bebido leche como culebras y han bailado y dado mas brincos que un cabrito!

—Y Querubin se ha marchado con ellas!

oh!... pero vendrá mañana, no es verdad?

—Creo que sí.

Pero se pasó el día siguiente y muchos días después de él y Querubin no volvía al pueblo; Luisa estaba tan triste que Nicolasa olvidaba su pena por consolarla.

La joven decía á cada paso.

—Puede que le haya sucedido algo... Sin duda le retienen por la fuerza en París, porque si no ya hubiera vuelto. Vamos á buscarle Nicolasa, vamos por Dios.

Nicolasa se esforzaba encalmar á Luisa diciéndola:

—Escucha, hija; hace ya mucho tiempo que M. Jazmin me estaba diciendo continuamente: es necesario que mi amo vaya á París por que no ha de pasar toda su vida en casa de su nodriza!... Si supiesen que aun está en vuestra casa me regañarian... y no sé cuantas cosas mas. Lo cierto es que generalmente se acostumbra á retirar los niños de su ama de leche cuando empiezan á hablar á menos que... que...

La buena muger se detuvo pues iba á decir:

—A menos que no haga como tu madre que aun no te ha venido á buscar.

Luisa tenia aquella penetracion que sabe eer en el fondo de los corazones; habia adi-

vinado el pensamienio de Nicolasa y apretándola con fuerza la mano, la dijo zolizando:

—No han venido á buscarme, ya lo sé... mi madre me ha abandonado y eso que entonces no podia haberla hecho daño alguno, porque era muy niña... A no ser por vos, por vuestra bondad, qué habria sido de mí? Oh! Nicolasa, Nicolasa, cómo es posible que una madre abandone á su hija? Hubiera querido tanto á mi madre, la hubiera abrazado con tanto ardor!... Debe haber muerto, porque si no estoy segura de que habria venido á recogerme, ó á lo menos á verme alguna vez.

—Sí, decia Nicolasa besando á Luisa: tienes razon, hija mia, habrá muerto tu mamá sin haber tenido tiempo para llamarte á su lado, sin haber podido decir dónde estaba su hija... Válganos Dios! se puede morir tan de repentel... Pero no hablemos de eso; ya sabes que no me gusta que hablemos de una cosa que siempre te pone triste.

—Por eso os hablo de ella tan pocas veces, aunque es en lo que mas pienso: pero á lo menos cuando estaba Querubin en nuestra compañía, me olvidaba de que no sabia quienes eran mis padres, porque me decia que me **amaba** mucho... y él tambien me ha abandonado.

Despues de esta conversacion, íbase Luisa á lo mas espeso del jardin, á fin de poder llorar á sus anchas, y en vano la decia Nicolasa: Volverá, hija mia, volverá!... El tiempo pasaba y Querubin no parecia.

Cediendo al fin á las instancias de la muchacha, una mañana se plantaron en París las dos, y por todo el camino iba diciendo Luisa:

—Le vamos á ver... le contaré lo triste que he estado lejos de él, le diré que paso la vida llorando, que nada me divierte en el pueblo, y se volverá con nosotras, madre mia, estoy segura de que se volverá!

Nicolasa meneaba la cabeza y murmuraba:

—Siquiera sabremos si está contento, si disfruta de salud, que es lo principal.

—Esta es su casa, dice Nicolasa cuando avistan el austero caseron. Bien le conozco, que ahí vine á recogerle cuando era tamañito y enteco... Gracias á Dios hemos hecho de él un guapo mozo, y despues he venido muchas veces á enseñársele á su padre.

Miraba Luisa con sorpresa la anticuada casa, cuyo aspecto severo y onnegrecidas paredes casi la inspiraban miedo. Entraron no obstante en el patio, y Nicolasa dijo al portero:

— Señor, venimos á ver á mi hijo de leche, al señorito Querubin... porque queremos darle un abrazo, y no pudiendo aguantar los deseos hemos venido á buscarle.

Fiel á su consigna, responde el portero:

—No podeis ver al marqués mi señor, porque no está aqui.

—Ha salido?... pues ya volverá. Le esperraremos, no es verdad, Luisa?

—Sí, sí, le esperraremos, porque es preciso que le veamos, que no hemos venido á otra cosa á Paris.

El portero les replica con una cachaza capaz de quitar la paciencia á un muerto:

—Esperaríais en vano: M. de Grandvilain está viajando y acaso no vuelva dentro de quince ó veinte dias.

—Viajando? esclama Luisa, Dios mio! pero por dónde? muy lejos?

—No me lo ha dicho mi amo.

—A lo menos decidnos, está bueno? está contento? se divierte en Paris?

—El señor marqués goza de la mas perfecta salud.

—Pero, Dios mio! ponerse en camino sin volver á vernos! Decidnos, viajan tambien con M. Querubin aquellas damas estrangeras que bailaban con tantos dengues?

—No lo sé.

Nicolasa y la muchacha no habian tenido mas remedio que volverse á Gagny, asaz tristes y mohinas de no haber podido abrazar á Querubin, sin embargo la nodriza decia á Luisa:

—Siquiera sabemos que disfruta de salud.

—Es verdad... y cuando vuelva, irá á vernos y si no va, vendremos nosotras á París, porque no siempre ha de estar ausente.

Pero otra vez habian pasado dias y semanas sin oir hablar del que era tan querido y tan ardientemente esperado. Vencida por las súplicas y las lágrimas de Luisa, habia consentido Nicolasa en volver á París, sin que tuviera mejor éxito este segundo viaje, porque el portero respondiera que el señor marqués habia ido á pasar una temporada en la quinta de un amigo.

—Hija mia, decia Nicolasa llorosa cuando se volvian mas tristes que la vez primera, me parece que no quiere ya recibirme mi hijo de leche... de juro nos ha olvidado cuando no asoma por el pueblo, ni nos da noticias suyas... porque en París cuando una persona no quiere recibir á otra, encarga que digan que no está en casa!

—Madre mia! pensais que Querubin no quiere vernos? que se avergüenza de nosotros?

—No digo tal, querida, pero me guardaré bien de volver á preguntar por él... porque no habrán dejado de decirle que hemos venido... y... si nos quisiera, me parece que hubiera corrido á abrazarnos.

No sabia Luisa qué responder: deseaba defender á Querubin, mas era muy débil la esperanza que alimentaba en el fondo de su corazon. Desde el segundo viage á París habia aumentado la tristeza de la muchacha, y aunque procuraba ocultar su abatimiento, su dolor, delante de la que la sirviera de madre, derramaba amargo llanto en quedándose sola, por que en los grandes pesares casi es un consuelo que no le turben á uno ni le distraigan.

Hacia Luisa lo que todos los que han perdido un objeto idolatrado, que se complacen en recorrer los sitios que se lo recuerden. En los parages donde se fué feliz, parece que debe continuarse siéndolo: nuestra memoria recuerda todas las pasadas circunstancias, y las mas ligeras, las mas fútiles se hacen preciosas cuando tienen relacion con la persona amada. A fuerzade identificarse con los recuerdos, se imagina poseer aun lo que ya desapareció... ensáchase el corazon plácidamente... mas ay! que dura poco esta ventura... Aparécese lo presente con

su horrorosa verdad... mira uno en derredor... se encuentra solo... enteramente solo. Vacío en cuanto nos rodea, vacío en el corazón, y ni un goce puro en esperanza!

Una mañana estaba Nicolasa trabajando, Joaquinillo durmiendo y Luisa en el jardín, pensando, como de costumbre, en su querido, cuando entra un sugeto en la casita esclamando:

—Oh morada... agrestis et rústica... yo te saludo; pero no te echo menos... No participo de la opinion de Virgilio, y prefiero la ciudad al campo.

Nicolasa arranca un grito de regocijo al conocer á M. de Gerondif, y llama á gritos á Luisa, diciéndola:

—Ven, hija, ven, que ha vuelto el señor maestro de escuela, y cuando él viene, no debe tardar Querubincito.

Era en efecto el dómine, desfigurado enteramente en punto al traje, porque traia un flamante sombrero, el pelo rizado y oloroso, guantes de moda y gran lazo en la corbata: esto no obstante, estaba la punta de su nariz mas colorada que nunca.

Acude Luisa que en su vida ha visto con mas gusto á M. Gerondif. Le interroga con los ojos, ansía y titubea en hablarle, pero le ofrece la mano balbuceando:

—Oh! qué dicha, vais á hablarnos de él.

M. Gerondif por su parte contempla estático á la muchacha porque habia ya ocho meses que faltaba de Gagny en cuyo espacio de tiempo se verificára en Luisa un cambio prodigioso. No era ya una niña, una adolescente, sino una jóven alta, bien formada, con todo lo necesario para agradar y á la cual hubiera echado cualquiera diez y siete años y otros tantos amantes.

—Es extraordinario! esclama el profesor; mágico, asombroso! qué mudanza!

—Ha crecido Luisa, no es verdad? dice Nicolasa.

—Seis dedos lo menos... y las formas mas desarrolladas, mas palpables...

—Pero por Dios, habladnos de Querubin! no se trata ahora de mí. Va á venir? le veremos pronto? se acuerda de nosotras? os pregunta alguna vez?

—Está sano... rollizo? está contento el pobrecito? cuando le abrazaremos? por qué no viene á Gagny?

—El señor marqués disfruta de envidiable salud, contesta Gerondif sin quitarle ojo á Luisa. Preguntais cómo no viene á veros? Se conoce, querida Mad. Frimousset, que ignorais la vida de un jóven del gran tono! Mi discípulo no tiene un momento suyo: desde

por la mañana anda á vueltas con armas, monta á caballo... canta y danza! Apenas le queda tiempo para comer y en seguida vuelta al mundo, al teatro, á los conciertos, al baile... Cómo diantres quereis que le quede un momento libre para venir á este poblachon! Imposible! Ni sé como me he compuesto yo para hacer esta escapatoria: he tenido que atragantarme para almorzar y eso que no me gusta comer de prisa...

—Con que no hemos de volverle á ver! murmura Luisa con el corazon angustiado y arrasados de lágrimas los ojos.

—No quiero decir eso, adorable pastorcilla! pero debeis tener juicio y no exigir que el señor marqués suspenda por vosotras sus importantes ocupaciones.

—Qué! sino exigimos nada! y hubiéramos vuelto á Paris á verle, pero como siempre nos dicen que está fuera...

—No vayais á París, os molestaríais en balde. cómo quereis cojer al vuelo á un jóven que tiene quinientas correrías que hacer en el dia!

—Quinientas! se vá á reventar el pobre-cito!

—Siempre va en coche ó a caballo... y á escape.

—Y no puede llegar hasta aqui! dice Luisa

exhalando un gran suspiro. Pero no dejará de ir á ver á aquellas hermosas damas que bailaban tan bien.

A las bailarinas! uf! la moral! se hizo una de aquellas bayaderas como se emplea el imán para atraer una multitud de cosas, pero después... Vade retro.

—Con tal que alguna vez se acuerde de nosotras... repone Nicolasa.

—La prueba de ello es que me ha encargado que os entregue esa friolera... porque desea que seáis feliz, que no carezcáis de nada... oh! mi discípulo es muy generoso... os envía mil francos.

M. Gerondif se los entrega en un saquito á Nicolasa, quien lo recibe exclamando:

—Mil francos! hijo de mis entrañas! qué generosidad! pero casi hubiera querido mejor abrazarle.

Joaquinillo que acaba de despertarse, mira el talego con la boca abierta.

—Mil francos! cuatro mil reales! á dos la azumbre, cuántos toneles pueden comprarse!...

—Y no os ha encargado nada para mí? salta Luisa, añadiendo en seguida con las mejillas encendidas: no hablo de dinero, pero algún recuerdo amistoso, algo que pruebe que no me ha olvidado.... Vaya, haced memoria.

—No; amiga mia, responde Gerondif, ras-
cándose la oreja: el señormarqués no me ha
encargado nada para vos en particular, pero
sí que deseaba á todos felicidades.

Palidece Luisa y vuelve los ojos. El dómi-
ne se acerca á ella, diciéndola á media voz:

—No os apesudumbreis, mia cara bella,
si el marqués os olvida... no faltará quien os
tenga presente, quien mire por vuestro por-
venir, y no os deje vejetar oscurecida en esta
aldea... Paciencia, aun sois muy niña, pero
muy linda ya! dentro de poco...

Mira Luisa al vejete sorprendida, sin po-
derle comprender, mas él se vuelve á Nico-
lasa diciendo:

—Con que he cumplido con mi encargo y
me voy.

—Tan pronto, M. Gerondif! Sin tomar na-
da, ni un trago siquiera!

—Un sorbo de lo neto! dice Joaquinillo, eso
nunca viene mal.

—Perdonad, amigo Frimousset, viene muy
mal cuando está uno acostumbrado á beber
vinos esquisitos: el vuestro me sentaria mal
de fijo.

—Pero qué prisateneis?

—Me han dicho, querida Nicolasa, que te-
nemos hoy codornices para almorzar y seria
una grosería que yo faltára á la mesa. A mas

ver, virtuosos campesinos: cuidadme bien esta perlita, Nicolasa, y vos Luisa, no os aflijais, teneis un porvenir magnífico, señores, felices dias.

Saluda á todos el dómíne, distinguiendo á Luisa cen una mirada y una sonrisa esclusivas y se aleja calándose los guantes.

— Dice que no me aflija, esclama Luisa, y Querubin no le encarga lo mas mínimo para mí.



XV.

La industria de M. Poterne.

Ingrato veleta debe parecer Querubin, porque tan pronto se olvida de la buena Nicolasa que le educó y de la Luisita, compañera de su infancia y á quien mostraba tan vivo cariño. Pero esta inconstancia, esta ingratitud son demasiado naturales en el hombre, para que nos admiremos de encontrarla en un mozalvete: rayaba Querubin en los diez y ocho años y estaba rodeado de personas que se esmeraban en aficionarle á la vida de París y que no dejaban de poner en ridiculo con sus chanzas el demasiado tiempo que pasára en ama. El

ridículo es un arma poderosa para los franceses: cuando los hombres maduros le temen y hacen lo posible por evitarle, ese extraño que sucumba un jóven de diez y ocho años?

Con todo, no era Querubin tan olvidadizo como parece: muchas veces habia manifestado deseos de volver á ver á Nicolasa y á Luisa; pero para quitarle este proyecto de la cabeza, le ocultaron misteriosamente las dos visitas de la nodriza y le dijeron que madama Frimousset habia enviado á Luisa á la Bretaña á casa de una parienta para distraerla del sentimiento de la ausencia de su amiguito, con lo cual se entibiára mucho el ardor de Querubin por volver á Gagny. A pesar de esto, encargó al dómíne como ya sabemos, que fuese á llevar una fineza á Nicolasa y preguntára por Luisa y se volviera pronto.

A la vuelta, M. Gerondif dijo, por supuesto, que Luisa seguia en Bretaña, cuyos aires la probaban perfectamente, que estaba muy querida y que se divertia mucho.

Un suspirito le costó á Querubin el pensar que su antigua compañera de juegos le habria olvidado del todo, y concibió por el pronto un sentimiento de tristeza y de dolor, asaltándole ideas de ir á Bretaña, á echar en cara á Luisa su inconstancia.

Porque así somos todos: queremos olvidar á

los demas, pero no queremos que nos olviden; somos inconstantes, infieles, y pensamos que los otros nos serán constantes, fieles; en fin, no nos remuerde la conciencia de engañar, pero nos llega al alma el ser engañados.

La llegada de Darena difundia siempre el buen humor en la casa de Grandvilain y mientras distraia á Querubin, sacaba partido de esta relacion para ejercitar los talentos de M. Poterne.

Una mañana se habia presentado el galafate con dos caballos diciéndole que aprovechase aquella ganga y le habia becho pagar tres mil francos por unos rocines que apenas valian quinientos.

Otra vez traia un tilbury de hechura particular, ó perros de casta rara ó una escopeta que nunca podia saltar; por último, Mr. Poterne hacia comercio con todo, y no se presentaba nunca sin traer algo para Querubin, hasta bastones, pañuelos, gatos y papagayos. El jóven compraba siempre y pagaba con la mejor buena fé, pero Jazmin á quien parecian atrozmente caras todas aquellas gangas, se ponía de muy mal humor al verle entrar y meditaba algun medio de impedir aquellas visitas. Desgraciadamente el pobre viejo no se habia distinguido nunca por la agudeza de su

imaginacion, y conforme iba envejeciendo, se estrechaba esta facultad en vez de desarrollarse.

Monfreville hubiera podido contrarestar los designios de Darena, y el pingüe comercio de M. Poterne, á no ser por un viage que hubo de hacer á una posesion que tenia cerca de Fontainebleau y que necesitaba reparos. Sin embargo, al despedirse encargó al jóven que no fiasse mucho en la servicialidad de M. Poterne; pero era demasiado jóven Querubin para no ser confiado y Darena se mostraba siempre asombrado de las proporciones que su mayordomo ofrecia al marquesito.

Desde que Monfreville estaba ausente, la casa se iba llenando de caballos, de perros de caza, de aves de toda especie, de vasos góticos, de objetos que se creian raros ó curiosos, que M. Poterne traia á cada paso. Ya una vez dijo Jazmin á su señor:

—A este paso, la casa va á convertirse pronto en almacén! no puede uno rebullirse entre la multitud de cosas que ese M. Poterne os hace comprar: esos vasos antiguos de qué valen? los perros arman un estrépito espantoso y muerden en las piernas al que se acerca: los papagayos chillan por otro lado: son ya cinco, señor! Ese gato, que comprásteis como una preciosidad, ha mudado ya de color y no

es mas que un bicho comunísimo... ademas, señorito, teneis diez y nueve bastones, diez y nueve, los he contado! Qué habeis de hacer con diez y nueve bastones? Vuestro padre no tenia mas de uno, ni creo que se necesite mas.

—Calla, Jazmin, responde el joven, riéndose del despecho del viejo; no soy rico acaso? no tengo medios para satisfacer mis antojos?

—Perdonad, señorito, pero si comprais todo esto es porque M. Poterne os dice que es soberbio, que son gangas y mil cosas para tentaros; nunca se os hubiera ocurrido á vos el antojo de tener diez perros, diez y nueve bastones, cinco papagayos y una tortuga... y llenar la casa de vasos viejos... de cántaros... extranjeros... que á mí me parecen horribles, lo mismo que la tortuga que me mete miedo.

—Por que no lo entiendes. M. Darena me da siempre la enhorabuena por mis compras y nada le parece caro.

—Oh! M. Darena no tiene trazas de ser muy económico! Y á propósito, os abonó el dinero que pagásteis por él al sastre, al lencero, al zapatero?

—No, pero eso no importa... se le habrá pasado... Ademas de que tú me has dicho que se daba uno tono prestando á los amigos y

que mi padre prestaba mucho.

—Es verdad; con la diferencia de que los amigos de vuestro señor padre pagaban lo que tomaban prestado.

Interrumpe esta conversacion la llegada de M. Poterne con su carriik mugriento bajo el cual oculta un objeto de bastante bulto. Hace Jazmin un gesto, pero M. Poterne se presenta con la mayor humildad, saludando rendidamente y procurando poner una cara agradable.

—Ah! por acá M. Poterne? dice Querubin riéndose del ceño que pone su criado: de vos estamos hablando por que dice Jazmin que el gato pierde el color.

—Bah! será casual! el gato fue de un grande de España.... sino que acaso alguna indisposicion momentánea... pero ya se le pasará como le cuiden.

—Pensais que aqui no se da de comer á los animales? responde Jazmin picado.

—No he querido decirtal cosa, pero los gatos son muy delicados y todos los desvelos son pocos.

—Ea, dijo Querubin, dejemos en paz al gato. Vendreis sin duda á ofrecirme alguna cosa nueva, M. Poterne, veamos lo que es.

—Señor marqués... en efecto, traigo una

friolerilla....

Pero al mismo tiempo, mira M. Poterne de reojo al vetusto criado, cuya presencia le estorba; pero Jazmin no se mueve, y como su amo no le dice que se vaya, menester es que M. Poterne se resuelva á sacar delante de él lo que guarda debajo de su carrick.

—Veamos, pues, lo que hoy me traeis, repite Querubin.

—Señor marqués, lo que os traigo... es una ganga...

—Todo son gangas, murmuró Jazmin, siempre con el mismo estribillo.

—Vengo de la almoneda que hace un embajador... que era bastante gloton... A vuestra edad, señor marqués, gustan todavía las golosinas..... los buenos bocados... sobre todo los raros. Cuando sacaron esto á subasta, pensé que podría gustaros...

Y enseña un gran tarro azul, herméticamente tapado con pergamino.

—Y qué tiene dentro, M. Poterne?

—Conserva de las Indias: una confitura preciosísima en los países cálidos, y muy rara en Francia, por la dificultad de traerla: se hace con ananas.

—Otra te pego! dice Jazmin por lo bajo: ahora se nos viene con comestibles... no nos faltaba mas...

—Un tarro de esta magnitud cuestageneralmente cien francos en casa de Chevet, cuando lo hay! Yo he sacado este por cincuenta, con la intencion de ofrecérosle.

—Gracias, M. Poterne! Debe ser deliciosa en efecto la conserva de ananas. Jazmin, dá los cincuenta francos, y lleva estas conservas á la despensa.

Jazminse encoje de hombros y toma el tarro, murmurando:

—No faltan en casa confituras: Nemesia las hace escelentes, y no merecia la pena...

Una mirada de Querubin impone silencio al criado leal que va por el dinero refunfuñando mientras que Poterne dice al jóven:

—Dentro de poco, podré proporcionaros una cosa muy curiosa, señor marqués... Un mono de los mas grandes y que es un prodigio de habilidad y de inteligencia... su amo lo vende por necesidad... Aprovecharé la ocasion y tendreis un mono digno de un rey.

—Un mono, esclama Jazmin. Pues no faltaba otra cosa. Se va á convertir esta casa en jaula de fieras!

—Silencio, Jazmin: y vos, M. Poterne, no dejeis de traerme el mono; es vicho que me gusta mucho.

Se embolsa M. Poterne los cincuenta francos

que le da el pobre criado haciendo muecas, y sale repitiendo que va á ver si adquiere el mono por un precio moderado.

Querubin, que está citado con Darena y varios otros jóvenes para almorzar en el café de París, acaba de vestirse y despide al criado que está tan afligido porque van á llevar un mono, y que se marcha mirando con enfado el tarro que cuesta cincuenta francos.

A los pocos minutos, sube Querubin á su tilbury, acompañado de un verdadero yockey, sin hacer caso de Jazmin que le grita desde la ventana de la despensa:

—Señor... otra vez nos ha metido la patata! es un almívar ordinario!



XVI.

M. Poterne sigue sus tretas.

Encuentra Querubin en el café de París á Darena y dos elegantes que habia conocido en el saloncillo de la ópera; á los diez y ocho años se arman pronto relaciones: se ofrece y se da la amistad como la cosa mas ordinaria de la vida, por mas que con el tiempo se vea luego que ni se ha dado, ni se ha recibido nada.

Pocos años mas que él tienen los nuevos amigos de Querubin: el uno que se llama Benito Mousserand, hace que no le

digán mas que De Mousserand por parecerle vulgar su nombre de pila: y el otro que se llama Oscar Chiporiar no se dá á conocer sino por el nombre, guardándose de pronunciar nunca el apellido.

El primero es un jóven de veinte y dos años alto y flaco, de mediana figura; aunque sus ojos carecen de espresion y sus cabellos que él llama rubios, tiran bastante á colorados, tiene pretensiones de ser el hombre mas favorecido en punto á conquistas y el mas elegante.

El otro raya en los veinticuatro años, es pequenuelo, quebrado de color y pareceria feo si no tuvieran sus ojos negros una viveza, un brillo que animaba su fisonomía: este podria pasar por muchacho de talento, si no incurriera en la necedad de avergonzarse de su familia y enfadarse cuando le llaman por el apellido.

Entrambos son ricos y el primero es hijo de un notario de provincia que está en París con el objeto de comprar una plaza de agente de bolsa: el otro, cuyo padre es un relojero retirado del comercio, no tiene intenciones ni remotas de dedicarse á nada.

Estos dos jóvenes se tratan mucho con Darena porque es noble y este los halaga por que son ricos. Asi es generalmente el true-

que que se hace en sociedad de protegidos interesados.

—Venid acá, marqués Querubin, dice Darena; os estábamos aguardando... el almuerzo será esquisito...

—Os habeis tardado un poco, añade Oscar.

—Habrá ido á echar un vistazo á alguna de sus queridas! replica Mousserand acariciándose la barba.

—Queridas! responde Querubin candorosamente, si no las tengo!

Darena le pisaba diciendo:

—Que no las tiene!... no le hagais caso, señores: es un seductor temible: no deja muger á vida! Y añade á Querubin por lo bajo:

—No digais nunca que no teneis queridas! se burlarán de vos! os señalarán con el dedo como una cosa curiosa! Y la verdad es que para vuestros diez y ocho años estais muy atrasado.

Pónese encarnado Querubin y muda de conversacion hasta que se sientan á la mesa. Durante el almuerzo, no cesa Mousserand de hablar de sus conquistas; de vez en cuando Oscar hace algunas reflexiones malignas sobre lo que dice su amigo y Darena bebe, come, y rie de los cuentos que se ensartan. Escucha Querubin con la mejor fé del mundo,

contentándose con arrancar alguna esclamacion de sorpresa, cuando las aventuras le parecen singulares.

—Sí, señores, dice el del pelo rojo: en la actualidad tengo cinco queridas! sin contar dos que están en ciernes!

—En ciernes de qué? pregunta Oscar con sollama.

—Toma, ya se sabe; que está la intriga en ciernes de arreglarse y que acabará esta semana la que viene á mas tardar.

—Y seran siete las queridas! las mismas ponen á un gallo.

—Parece que te ries, Oscar, pues es la pura verdad: vez ha habido de tener mas!

—Mal enemigo sois, M. Mousserand, dice Darena: os doy mi enhorabuena, si son bonitas vuestras conquistas!

—Hay cuatro encantadoras, dos bonitillas y una pasadera, pero pienso deshacerme de las tres últimas.

—Y cómo se deshace uno de las queridas! dice Querubin admirado.

—Miren el marquesito con que candideces se nos descuelga: diria cualquiera al oirle que es un novato!

—Pero acaso le creeis? salta Darena: no veis que se está burlando de vosotros? La querida que le dura tres dias es un siglo: cuando á vo-

sotros os engaña con esa traza candorosa qué les sucederá á las mugeres?

—Dejad eso ahora, dice Querubin, y que nos cuente lo que hace con sus siete queridas...

—Bah! lo que vos haceis con las vuestras!

—Como no las tengo.....

Se contiene con una mirada de Darena y prosigue:

—Yo no hago nada con las mias!...

—Pesado está el tal Mousserand con sus siete queridas! Paséalas á todas juntas y pareceras un director de colegio.

—Yo nodoy á las mugeres mas que mi corazon, dice Darena, y me quieren mucho desde que las tengo á este régimen.

—Y vos, Querubin, haceis locuras por vuestras bellas?

—Psit, responde enredando con el cuchillo, no sé, es segun.

—Está visto que sois muy discreto: no se os puede arrancar nada.

Querubin que está cortado con esta conversacion, saca el reloj pretestando una cita, y Oscar que está á su lado, pone por casualidad los ojos en el reloj.

—Es bonito... bastante chato, no es verdad? dice Querubin enseñándole el reloj.

Cógele Oscar, le examina con intencion y esclama:

—Vaya! será por apuesta... A ver la cadena? calle! la cadena tambien... Seria curioso que el alfiler... Con vuestro permiso; querido Querubin.

Y despues de examinado el reloj y la cadena, se pone á mirar de cerca el alfiler de brillantes.

—Porqué me mirais asi? dice Querubin; qué encontrais de particular?

—Alhajas, responde Oscar, que me estraña mucho qu'elleveis vos. Un jóven tan rico... no debe haberos costado caro, el reloj, ni la cadena, ni el alfiler?

—No mucho... unos 2500 francos: verdad es que fué de lance...

—2500 francos! responde Oscar dando una gran palmada: pues os han robado, amigo mio... robado escandalosamente... Las tres piezas valen á lo sumo sesenta francos: los brillantes son falsos... la cadena y el reloj de cobre dorado.

—De cobre! exclamó Querubin, mientras que Darena murmura entre dientes.

—Bribon! ya lo sospechaba yo.

—Eso no es posible: el apoderado de M. Darena ha sido quien me ha proporcionado estas alhajas...

—Pues no os quede la menor duda...

—Yo lo creo, esclama Mousserand, irónicamente, tiene motivos para saberlo porque su padre era relojero.

—Qué decís de esto? pregunta Querubin á Darena.

—Si es cierto, esclama Darena rompiendo un plato, yo le juro al muy bribonque he de hacerle añicos como á este plato.

Querubin no puede persuadirse todavía de que le hayan dicho la verdad, y así que sale de la fonda, se encamina con sus amigos á la primera tienda de joyería que se vé. Apenas examina el platero las alhajas, dice en tono cortés aunque algo burlon:

—Pero señor, como lleváis estas cosas! No daría yo quince francos por todo.

Quítase Querubin reloj, cadena y alfiler y lo tira al suelo con una rabia que no procedía de la pérdida del dinero, sino del despecho de haber sido engañado. Da en seguida al joyero las señas de su casa diciéndole:

—Llevadme mañana lo que yo creía poseer en realidad... lo mas bonito que tengais... vereis como puedo pagar alhajas finas.

El joyero hace mil besamanos, ofreciendo no faltar y salen de la tienda los amigos.

—Os aconsejo, dice Querubin á Darena, que no se me vuelva á poner delante vuestro

amigo M. Poterne!

Darena, que finje tambien estar furioso, aprieta á Querubin la mano murmurando:

—Amigo mio, involuntariamente he sido yo la causa: ese miserable me ha engañado como á vos... y estoy seguro de que á mí tambien me roba... pero le prometo...

Y sin aguardar á mas razones, se despide y se encamina á su casa.

Habitaba entonces Darena un cuartito bastante lindo en la calle de Breda. Gracias al comercio de Poterne con el marqués, comercio en que tenia una parte Darena, se hallaba este con dinero hacia algun tiempo, y su mayordomo ocupaba otra habitacion encima de la suya.

—Está en casa Poterne? pregunta Darena al portero.

—Sí que está... responde el cancerbero: le he visto subir con el muchachuelo que hace quince dias viene á verle todas las mañanas.

—Hola! viene un muchacho á verle? Y qué edad podrá tener?

Unos diez ó doce años! Parecelisto, y aunque no es guapo, lo parece así por el aire.....

—Qué diablos tendrá que ver Poterne con ese muchacho? piensa Darena al subir las escaleras: será algun hijo? pero un hombre como él no los reconoce nunca: será algun pi-

huelo que le sirva para recados y limpiar las botas.

Entra Darena en su cuarto y no hallando á Poterne sube un tramo mas y llama á la puerta.

Grande estrépito se arma en la estancia, como de tirar sillas y abrir y cerrar armarios hasta que la voz cavernosa de M. Poterne esclama:

—Quién llama?

—Yo soy: abre bribon!

—Por qué no os dais á conocer desde luego? dice Poterne abriendo la puerta... estaba muy ocupado... y me ha cojido de sorpresa!....

Darena que encuentra desordenados todos los muebles, dice á su cómplice:

—No estabas solo? aqui habia un muchacho! habla, que no traigo gana de reir.

Poterne se pone á gritar:

—Sal acá, Bruno, puedes salir, que es un amigo íntimo! no tengas miedo!

Abrese un armario y sale un muchachuelo de hasta doce años que se revuelca por el aposento riendo de un modo que se asemeja á un grito salvaje: lo que contribuye á hacer mas estraña aquella aparicion, es que está enteramente vestido de una piel verdosa peluda en muchas partes, y que esta piel que

tambien le cubre los pies y las manos, remata en unas especies de garras, teniendo ademas por bajo de los riñones un rabo muy delgado y muy largo: la cara solamente tiene descubierta.

—Qué diablos es esto? murmura Darena contemplando al muchacho que hace una multitud de cabriolas y anda perfectamente en cuatro pies.

Escápasele á M. Poterne un gruñido sordo como de risa interior y contesta:

—Es un mono que estoy adiestrando...

—Un mono? para quién?

—Para nuestro marquesito. Pensaba venderle un mono magnífico; pero no queriendo comprarle, me chocó este muchacho que tenia traza de listo, y le propuse mediante una buena gratificación si queria hacer de mono. Comprado un traje de Orangutan, me traigo á Bruno todas las mañanas para que se egercite en saltar y hacer cabriolas: progresa maravillosamente, y tiene mas gracia que un mono natural. Aquí tengo máscara, pero como Bruno es bastante feo, me parece que bastará con teñirle la cara y pegarle un poco de pelo á las cejas y á la barba...

Siéntase Darena desternillado de risa, exclamando:

—Eso es horrible... espantoso, y no puedo
como II.

menos de reirme, porque es diabólica la idea de hacer un mono! Es lástima, Poterne, que seas un canalla, porque tienes mucha chispa! Pero ten entendido que pierdes los gastos de la educacion, porque este pilluelo podrá ir á hacer de mono por las plazas: mas no á casa de nuestro marqués!

— Por qué razon?

— Por que eres un miserable, un estafador, un ladron.

Miró Poterne al conde como quiendice: Hace tiempo que sabeis eso mismo y os dais ahora por ofendido?

— No me opongo á que se vendan las cosas un poco caras á mi amigo... por que al cabo tambien los comerciantes venden lo mejor que pueden, pero no puedo permitir que se abuse de la confianza de Querubin hasta el extremo de engañarle indignamente... y esto es lo que vos habeis hecho, señor ladron!

Mira Poterne al suelo y al techo como sorprendido murmurando.

— No adivino... psit! le dije que eran ananas confitadas no siendo mas que nabos en dulce... pero esto no puede hacerle daño.... al contrario... es comida menos ardiente.....

— No se trata ahora de nabos; ignoro ese episodio que luego me explicareis! Hablo del reloj, de la cadena... del alfiler, que

todo es falso y habeis tenido la desfachatez de decirme que valia ochocientos francos... Bribon! á mí tambien me habeis robado!

—Y no fué poca dicha que las alhajas no valieran esa suma, contesta Poterne con la mayor frescura, porque de los dos mil y quinientos francos que recibino me dejásteis mas que quinientos para dar á cuenta al dueño y no he vuelto á ver el resto.

—Tenia casi un presentimiento de tu chana! vender cobre dorado es mucha infamia. Qué haremos ahora? solo un camino me queda para hacer mi negocio sirviendo á Querubin y este es el amor... cuando se enamora un jóven rico, hace mil locuras por su amada y si hay obstáculos derrama el oro á manos llenas para vencerles. Por una fatalidad que no comprendo, ese Querubin que exhala gritos de admiracion cuando ve un buen palmito, que se mostró tan apasionado por mis cuatro bailarinas, que no puede ver á una muchacha cualquiera sin turbarse, en una palabra, un hombre á quien gustan todas, no ha tenido todavia ningun devaneo, ninguna querida.

—Eso consistirá en que no haya encontrado todavia una muger que le enamore de veras... un corazoncito novicio necesita ilusiones... pasiones... Descuidad, que yo le bus-

caré lo que necesita, y mal año sino le enredo en una intriga romancesca.

—Ten en cuenta que no puedes ponerte delante de Querubin.... estaba furioso contra tí.

—Si me presento á él, lince ha de ser para que me conozca.

—Poterne, si consigues despertar un amor apasionado en el corazon de nuestro jóven, te vuelvo mi estimacion.

—Vaya, si lo conseguiré... pero necesito algun tiempo para buscar la individua, y saber si... Pero, Bruno, Bruno, dónde vas?

Durante la conversacion de los dos perdidos, el muchacho enterado de que ya no habia de representar el papel de mono, empezó por quitarse el disfraz y vestirse con sus ropas: mas asi que hubo concluido, pensando el señor Bruno que no se repararia en su maniobra, habia hecho un lio con la piel de mono y la máscara y echado á correr bonitamente.

—Mi piel! mi piel! Bruno! esclama Poterne saliendo á la escalera. Tunantuelo, no quieres dárme la?

Pero Bruno que no es lerdo aprovecha las lecciones de mono y baja la escalera con tanta presteza que está en la calle antes de que Poterne haya concluido un tramo: corre sin

embargo en pos del ladronzuelo gritando:

—Mi piel! mi piel! detened á ese mucha-
cho que me ha robado la piel!



XV.

Consejos de un amigo.

Cuando vuelve á casa llama Querubin á su criado y le dice:

—Si es osado M. Poterne á presentarse aqui otra vez, te mando que le despidas y aun no vendrá mal que el portero le acompañe con algunos garrotazos.

Un grito de alegría suelta Jazmin, diciendo:

—De veras, señor?... y sin tomar el mono

—Sí; te prohibo recibir de él la menor cosa.

Querubin cuenta entonces lo que le ha sucedido.

—Lo veis, señor, lo veis como es un bribon? cuando yo decia... pues las confituras de la India no son otra cosa que nabos en dulce... y me temo que suceda lo que con el reloj, con todo lo que habeis comprado á M. Poterne! Y el tal M. Darena, su amo!

—Darena estaba mas furioso que yo..... queria matarle. Tambien á él le ha engañado.

—Es igual, me gusta mas el otro amigo, Mr. de Monfreville. Que diferencial este no os pide prestado, ni os hace comprar nada... ni tiene mayordomo que os engañe...

A los pocos dias de esta aventura, llegó Monfreville y fué por supuesto á visitar á Querubin; al reparar en la trailla de perros, en los papagayos, la tortuga, los bastones, los vasos góticos y demas baratijas que atestaban la casa de su amiguito, esclama sorprendido:

—Pero, Querubin, qué capricho os ha dado para hacer estas adquisiciones?

—Son de lance... muy baratas, y como me las elogiaban tanto...

—Bah! todo es horrible, de mal gusto, de ningun valor... esos papagayos son maricas viejas, los perros miserables mestizos que no

—sirven de nada: hasta los bastones son unos simples palos.

—Qué decia yo? salta Jazmin. Ese Poterne es un miserable estafador... Nos la ha pegado con todo... lo mismo que con las alhajas. Contadle, señorito, contadle á este caballero la historia del reloj.

Luego que Querubin refiere á Monfreville lo que le ha ocurrido, replica este:

—Siendo M. Poterne quien os ha vendido estas cosas no me estraña ya... Y Darena sigue visitándoos?

—Con la misma frecuencia. Está indignado de la conducta de su agente, y aun me ha dicho despues que le habia hartado de palos y echado de su casa.

Monfreville se sonrie y asiendo de la mano á Querubin:

—Sois muy jóven aun, amigo mio, le dice: no podeis conocer á los hombres y en verdad que es mas triste que agradable ese conocimiento del mundo que se adquiere solamente con la esperiencia y el hábito, á no estar dotado por la naturaleza de un genio muy observador!... porque rara vez son los hombres lo que aparentan; la franqueza no se estima en la sociedad como una virtud y al contrario se tacharia de necio ó de rústico al que manifestára francamente su modo de pensar á

riesgo de herir al amor propio de unos y la susceptibilidad de otros; está bien quisto el que prodiga siempre espresiones amables, lisongeras, y nadie se cuida de si piensan lo que dicen. Cada cual obra en el mundo segun el impulso de sus intereses ó de sus pasiones y los que hacen mas ostentacion de sus virtudes, de su honor, de su buena fé, son precisamente en los que se debe fiar menos: porque á las personas verdaderamente virtuosas les parece muy natural serlo y muy inútil vociferarlo. No os he dicho esto antes, porque me duele haber de haceros perder esas ilusiones que constituyen el encanto de la juventud y con las cuales se comienza la vida, mas me intereso demasiado por vos para no tratar de ponerlos en guardia contra los lazos que pudieran tenderos.

—Segun eso, querido Monfreville, dice Querubin contristado, en el mundo no debe uno fiarse de nadie?

—No pretendo tal cosa, ni es mi intencion convertirlos en un misántropo! pero os advierto que se necesita mucha precaucion en la eleccion de amigos.

—M. Gerondif me decia que siendo sábio, nada tenia que temer, porque á un sábio nadie podia engañarle por lo mismo que sabia mas que los demas.

—Ignoro si en ciencias es muy aventajado vuestro profesor, pero de seguro conoce muy poco el corazon humano. En primer lugar se puede ser muy sábio sin tener una chispa de talento; las personas de mas talento suelen ser las que mas fácilmente se dejan engañar, lo cual es sin duda una indemnizacion establecida por la providencia en favor de los tontos. Sois jóven, rico y teneis poquísima experiencia: multitud de personas habrá que quieran esplotar esta circunstancia y por aflictivas que sean estas revelaciones... algundia conoceréis que tengo razon.

—Y pensais que me querrán engañar á mí?

—Como á todo el mundo, amigo mio... Creedme, no tengais mucha intimidad con Darena... porque aunque no me gusta hablar mal de nadie, cuanto mas observo al conde, conozco que os es perjudicial su trato.

—Es tan amable! tan divertido!...

—Cierto, y por eso es mas peligroso: por supuesto: os deberá ya dinero...

—Sí... alguna vez ha...

—No os lo pagará nunca.

—De veras?

—Positivo... os inducirá á jugar...

—Alguna vez me lo ha propuesto...

—Es la pasion mas funesta... él es jugador y se ha arruinado... Llegando á este es-

tremo suele quererse arrimar á los demas por que para hallar los medios de satisfacer tan vengonzosa pasion, no es muy delicado un jugador, y este es el estado de Darena.

—Teniendo tan mala opinion, cómo le mirais como amigo.... porque fue con vos á Gagny.

—Es exacta esa reflexion: pero en el mundo toma uno de cualquiera lo que tiene de bueno y no se cuida de lo malo. Darena tiene un nombre ilustre: sabe, cuando quiere, portarse caballerosamente y sus modales agradan y seducen: en sociedad no se pide mas; pero os repito que mas debe pedirse en un amigo.

—Y las mugeres, querido Monfreville, las mugeres! he de desconfiar de ellas tambien? Será lástima, porque es cosa bonita una muger!

—Eso ya varia! En lo general, son demasiado volubles los hombres para mirarse mucho en la eleccion de queridas y por lo mismo son poco peligrosas estas relaciones... Qué importa que os apasioneis de una coqueta, de una muger de equívoca reputacion, de una actriz que se burle de vos? A este amor sustituirá muy pronto otro que tampoco durará mucho! En esto nada padece la buena fama de un hombre y por el contrario cuantas mas

son las conquistas, mas se lisongean las damas de engatusaros, lo cual hace en verdad mas honor á su amor propio que á su corazon.

—Conque para agradar á las mugeres hay que engañarlas? esclama el inocente Querubin mirando á Monfreville con ojos incrédulos... Y les es igual, indiferente, verse abandonadas, olvidadas?

Pierde el color Monfreville y arrúgase su frente: permanece un rato con los ojos bajos y hasta que pasan algunos momentos no responde:

—Hay mugeres que no perdonan la inconstancia... pero generalmente no son estas las que mas nos aman, porque el amor verdadero es indulgente y perdona como haya sincero arrepentimiento. Tened entendido, Querubin, que el hombre mas hábil no conoce ni siquiera por encima el corazon de la muger... Se ha discutido muchísimo sobre este punto y no ha habido dos personas del mismo parecer, Tertulian sostiene que el diablo no alberga tanta malicia como la muger, y Confusio escribió que el alma de una muger era la obra maestra de la creacion. Caton asegura que la sabiduría y la razon son incompatibles con el genio de la muger y Tibulo dice que su amor nos aficiona á la virtud. Va-

va uno luego á formar su opinion sobre estas bases! Pero me voy ya pareciendo en este momento á vuestro profesor que á cada paso nos aturde con su erudicion y termino diciéndoos, amiguito, que el medio mas cierto de que seais dichoso es no esclavizaros: amad á todas las mugeres y se pasará vuestra vida en el seno de los placeres, de la dicha... Pero si no amais mas que á una os costará infinitos sinsabores un poco de felicidad!

—Que ame á todas las mugeres! No deseo otra cosa. Estoy enamorado de cuantas veo... cuando son bonitas!

—Pero no habeis tenido aun ningunas relaciones... Que yo sepa... ninguna querida!...

—No... es que me parece que no me atreveré nunca á decir á una muger que la amo... Sabeis que se necesita ser muy atrevido para eso?

—Bah! bah! hé ahí el resultado de haber estado en ama diez y seis años! Es menester que perdais esa timidez que os sería mas perjudicial que ventajosa, particularmente con el bello sexo. Pasais de los diez y ocho años y ya es tiempo de salir del cascaron, de arrojaros en el mundo. No hagais el noviciado de amor con modistillas ó figurantas del teatro... Aspirad á cosas mas elevadas que en la alta

sociedad donde voy á introducir mil mugeres se disputarán vuestra conquista, mugeres que á lo menos os harán honor. Tiempo es ya además de que conozcais algo mas que los teatros, los cafés y las fondas de París: en los salones se forma un jóven y os llevaré donde aprendais todos los modales de la buena sociedad. Con vuestro nombre en cualquier parte sereis bien recibido y una vez que estamos en la temporada de las reuniones y que Mad. de Celival ha dado principio á las suyas que son brillantes y muy concurridas os presentaré en su casa.

Tiembla Querubin solo de pensarlo, teme ser torpe, encogido, no saber hablar; pero Monfreville le tranquiliza, le promete ser su Mentor, no apartarse de su lado y con esta condicion accede el marquesito á ser presentado en la suaré de Mad. de Celival.

Llega este dia demasiado pronto para Querubin, quien no habiendo asistido todavía á ninguna reunion de aquella especie, está acobardado al pensar que ha de verse en medio de una gran sociedad, espuesto á las miradas y observaciones de cada uno.

—Qué he de decir? En esto paran todas las reflexiones de Querubin y mientras llega Monfreville, va en busca de M. Gerondif para consultarle sobre lo que debe decir un jóven

que hace su primera entrada en las sociedades.

M. Gerondif estaba ocupado en aprender de memoria versos de Lafontaine para recitárselos á Nemesia como originales suyos, no porque estuviese enamorado de la rolliza ama de llaves que tenia demasiado volumen para él: sino porque entre sus atribuciones cuenta Nemesia el departamento de confitura, licores y pastelería y M. Gerondif es sumamente aficionado á todas estas golosinas.

La entrada de su discípulo en su habitación le deja cortado, porque es la primera vez que sucede desde que están en París é imaginando que trata de continuar sus estudios, le dice:

—Nobilísimo discípulo, todo está dispuesto... os tengo preparados extractos de historia, de mitología, de geología... mis trabajos todos á vos están consagrados.

—Gracias, M. Gerondif, replica Querubin, pero no se trata ahora de eso. Esta noche me va á presentar en el gran mundo M. Monfréville porque dice que es necesario que vaya y tome el tono y aire de la buena sociedad: me parece que tiene razon y le he prometido complacerle. Pero qué es lo que se dice en una de esas reuniones? Cómo se maneja uno? se va á hablar con personas que nos son enteramente

desconocidas. Vos que sabeis tantas cosas, no ignorareis esta, porque yo todavía no he concurrido mas que á los teatros, á los conciertos, y os confieso que temo mucho hacer mal papel en una reunion.

—Mal papell! esclama Gerondif, imposible: como sino fuérais discípulo mio... cierto que no me llegais en el conocimiento de Horacio y de Virgilio, pero sabeis algunos pasages, los decís en las conversaciones con los hombres. Con las damas se lleva otro rumbo: emplead en el language aquellas figuras, aquellas metáforas que embellecen el discurso; comparadlas con Venus, con Diana, con Juno y vereis que efecto tan prodigioso producís. Si ademas juzgais oportuno que yo os acompañe, me colocaré detrás, y os apuntaré.

No juzga oportuno Querubin que le acompañe el dómíne, porque confía en que Monfreville no le abandonará. A la hora indicada llega este en busca de su amigo.

Del mejor gusto es el traje que viste Monfreville, ciñe su talle un elegante frac y por su gallarda apostura, relucientes cabellos y fisonomía aun seductora, apenas echarian treinta años á aquel hombre que frisa ya en los cuarenta.

Querubin está tambien de última moda y

aunque se le conoce algo de ese amazacotamiento propio del pueblo, como es buen mozo é interesante de cara, parece su embarcamento la candorosa coquetería de un estudiante.

Suben al coche y Monfreville dice á su amigo:

—Os conduzco al gran mundo, pero para desechár una timidez que pudiera perjudicaros, decíos á vos mismo que sois de tan buena casa como cuantos vais á ver: pensad además que por vuestra posición de nadie necesitáis. Cuando uno puede hacer estas reflexiones, querido Querubin, adquiere mucho aplomo para presentarse en el mundo: personas hay que tienen ya demasiado. A falta de las cualidades que poseéis y que no puede reunir todo el mundo, diría un filósofo: Por qué he de dejarme intimidar por el título de este? ¿por la riqueza de aquel?

Al cabo no son hombres como yo? Figúremonos á todos esos señorones tan vanos y tan orgullosos en el traje de nuestros primeros padres en el jardín de Eden: despojémoslos de esas condecoraciones, de esos diamantes, de esos ricos atavíos que constituyen á veces todo su mérito! Y me impondrán temor entonces? No por cierto: mas probable es que me hagan reír. Unas cuantas reflexiones por

este estilo, amigo mio, sirven para adquirir seguridad en una reunion la mas brillante.

—Me tranquilizais. dice Querubin: con los hombres podré hablar en latin y á las damas les citaré á Venus, á Diana, á... me lo ha aconsejado M. Gerondif!

—Si quereis que se burlen de vos, no podeis hacer cosa mejor... ya sospechaba yo que era un necio el dómíne y con eso acabo de persuadirme.

—Pues entonces válgame Dios! quehe de decir si me hablan?

—Responder á lo que os digan.

—Y si no sé qué responder? si no se me ocurre nada que decir?

—Guardais silencio. El que sabe eallar no hace nunca mal papel, y hay muchos que deben á su silencio su reputacion de hombres de talento.

—Pero con las damas... si las veo bonitas... que me gusten...

—Les decis eso mismo con los ojos, y os entenderán perfectamente.

—Y si quiero trabar conversacion, hacer la cóрте?

—Decid lo que se os ponga en la cabeza, pero no procureis demasiados floreos, porque fastidiaríais.

—Y si no se me pone nada en la cabeza?

—Teneis siempre el recurso del silencio y de las ojeadas: hay muchos que se limitan á esto...

—No sé si la señora de la casa...

—Es verdad: debo dárosla á conocer: Mad. Celival tendrá unos treinta y seis años, pero se conserva hermosa: es una morena escelente, con unos ojos llenos de espresion, un talle delicioso y elegante, toda su persona forma un conjunto seductor, voluptuoso, que encanta á los hombres. Mad. Celival es coqueta y no tiene fama de ser eseesivamente cruel con los que suspiran por ella. Pero esto se cuenta muy quedito. Por lo demas, esa señora es libre, viuda de un general efectivo, que la dejó buen dinero y ningun hijo. Con esto ya conocereis que no le faltarán adoradores á la hermosa viuda, pero atencion, que ya hemos llegado.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

EL AMANTE TÍMIDO.

TERCERA PARTE.

XVIII.

Entrada en el gran mundo.

En una elegante casa de la calle de S. Lázaro, iluminada con profusion, hállase reunida una sociedad de buen tono divertida en grupos que platican, sino con intimidad, al menos con grancejo y ligereza. Las personas de talento tercián poco en la conversacion, pero los charlatanes intrépidos, á quienes no se ocurre nada bueno, se obstinan el apropiarse el uso de la palabra.

Mad. Celival es en efecto como la ha retratado Monfreville: bella, graciosa, coqueta,

consultando el espejo á menudo para cerciorarse del efecto de su tocado: atendiendo á todas las personas con ese talento de la muger acostumbrada á tener reuniones, pero reservando con todo algunas sonrisas mas tiernas, mas dulces, para los hombres que la hacen la corte.

Cerca del divan donde ha ido á sentarse la señora de la casa, está una linda rubita envuelta en gasas y crespones, rebujada en velos y chales que apenas dejan ver su graciosa fisonomía, todos los adornos son blancos y color de rosa, lo cual sienta tan bien á aquella dama que se asemeja desde lejos á esos grabados en que aparece entre las nubes una cabeza de muger.

Mad. Celival dá las gracias á la hermosa rubia por haber honrado su casa, á pesar de lo que sus nervios la hacen padecer y saluda á un señor que se halla inmediato, muy feo, muy alto y muy flaco: los bigotes retorcidos por las puntas le dan bastante semejanza con un gesto A este le dan para hablarle el título de coronel.

Un jóven, peinado con mas esmero y pulcritud que una muger, y cuyas facciones regulares, aunque algo duras, recuerdan aquellas cabezas antiguas que nuestros pintores de historia suelen poner á los héroes de la

antigua Roma, está de pie, apoyado en una chimenea: no aparta los ojos de las damas que charlan en el divan, pero sin fijar mas particularmente sus miradas en la una que en la otra.

Cerca del piano, porque necesariamente ha de haber piano, en todo salon, están varias jóvenes hojeando albunes ó mirando música: no todas son bellas, pero están vestidas todas con tanto gusto y tienen un aire tan modesto, que se encuentra gracia aun en las que no son bonitas.

A mas distancia conversan las mamás: unas están ataviadas con una coquetería que revela pretensiones de eclipsar á sus hijas, otras ostentan una elegancia sencilla, de buen gusto, mas propia de su edad y que las hace mas seductoras cuando están aun en la edad de agradar.

En torno de las muchachas mariposean los jóvenes y otros se contentan con mantenerse tiesos para lucir la habilidad de su sastre ó de su peluquero: algunos han adoptado una sonrisa que permanece estereotipada en su cara toda la noche. Por último, en mitad del salon conversan los hombres de edad madura y entre estos se nota un caballero cuyos cabellos canos, bastante escasos ya, están lujosamente rizados por las sienes: su traza es

distinguida, pero en sus ojillos pardos se advierte una curiosidad, una viveza inquisitorial, que todo lo repara, que está en todo á pesar de que ya pasa de los sesenta. Este caballero habla sin cesar y se esplica con mucho fuego, teniendo la facilidad de que mientras charla en un extremo del salon, oye lo que se dice mas allá y se introduce en todas las conversaciones, sosteniendo algunas sobre diversos asuntos con la misma facilidad que César dictaba á un mismo tiempo varias cartas en idiomas diferentes.

Otro salon mas pequeño y alhajado con la misma elegancia está destinado á los aficionados á jugar que no se han reunido todavía pero que tienen las mesas convidándolos.

Cuando son anunciados M. de Monfreville y el marqués Querubin de Grandvilain, fijanse todas las miradas en la puerta del salon porque los nombres de Querubin y de Grandvilain hacen un contraste tan extraño que da curiosidad saber quien los lleva.

M. de Granvilain! dicen las muchachas. Debe ser un facha, no puede menos de ser un viejo.

—Si, pero tambien han dicho Querubin... y este nombre es bonito.

—No puede ser el mismo.

—Es sin duda padre é hijo.

Pero mientras se hacen estos cálculos, dice Mad. Celival á las personas que la rodean, en tono que pueda oír el resto de la sociedad:

—M. de Monfreville me pidió permiso para presentarme un joven que no ha concurrido todavía á reuniones, y se lo concedi con tanto mas placer cuanto que ese joven, último vástago de una noble familia, merece, segun dicen, todo el interés que por él se toma M. de Monfreville.

—Perfectamente! murmura el de los cabellos canos... Esto es una pequeña advertencia antes de la introduccion.

Preséntase en este instante Querubin con Monfreville y á pesar de cuanto su Mentor le ha dicho, no tiene confianza alguna y el carmin que cubre su semblante revela el rubor que le acobarda. Empero son sus ojos tal dulces, tan bellos, tan delicadas sus facciones, tan interesante su fisonomía, que es señalada su entrada en el salon con un murmullo lisonjero, sintiéndose cada cual prevenido en su favor. Los jóvenes que se mantenian tiesos para dejarse admirar son los únicos que al parecer no participan de la opinion general.

—Qué encojido está, dice uno.

—Qué mal se presenta! añade otro.

—Parece una muger vestida de hombre!

murmura un elegante abismado en barbas, bigotes y patillas.

M. Grichet, que es el de los cabellos canos se sonrie malignamente diciendo:

—Querubin, así se llamaba el pagecillo del conde de Almaviva... (1). No le falta á este mas que la galantería, el desembarazo de su tocayo... pero ya lo tendrá. Mil habrá que se alegren de educarle.

Mad. Celival recibe con hechicera sonrisa al jóven presentado por Monfreville: le dice de esas cosas lisonjeras que subyugan al punto á la persona á quien van dirigidas.

Quiere contestar Querubin á tan finos cumplimientos, pero se aturde y se enreda en una frase sin poder salir de ella. Por fortuna está alli Monfreville que toma en seguida la palabra para sacarle del apuro y Mad. Celival se apresura tambien á contestarle. Por fin, al cabo de algunos momentos comienza Querubin á atreverse á mirar en derredor y dice por lo bajo á su acompañante:

—Cuántas mugeres bonitas! Y se puede amar á todas, amigo mio?

—Libertad absoluta hay para quererlas á

(1) *En la graciosa comedia titulada: el casamiento de Fígaro, de Beaumarchais!*

todas, pero no os respondo de que os quieran todas.

—La señora de la casa es hermosa... tiene unos ojos que...

—Acabad...

—Que le aturden á uno... que le emborrachan... oh! perdonád, no se me ocurría otra palabra mejor.

—No es malo eso de ojos que emborrachan y sin querer habeis atinado con la expresion mas exacta: porque el vino nos hace perder la razon y los ojos de una muger producen absolutamente el mismo efecto. Ganas me dan de referir á Mad. Celival lo que acabais de decir de sus ojos: porque estoy seguro que le agradará el cumplimiento.

—No hagais tal cosa, amigo mio, me seria imposible volver á mirar á esa señora... En frente de nosotros hay otra muy linda tambien.... esa rubia vestida de gasas y crespones.

—Es la señora condesa Emma de Valdie-ri, y con efecto es preciosa: parece una sílfide, una hija del aire, y en ella todo es perfecto; pies pequeños, manos pequeñas, boca de piñon, orejas en miniatura, solamente sus ojos son grandes: es modelo de mugeres lindas. Pero tiene la fatalidad de ser estraordinariamente nerviosa, vaporosa y sobre todo

caprichosa: hoy os recibirá con una tiernísima mirada, y mañana como si no os hubiera visto en su vida: las adulaciones la han echado á perder. La condesa Emma es francesa y su marido corso... Es aquel caballero de espesas patillas que está haciendo escalas junto al piano. Tiene en efecto una soberbia voz de bajo que se despepita por lucir, y aunque corso, se cuida muy poco de los homenajes dirigidos á su muger.

M. Trichet, que estaba bastante separado de Monfreville, percibe sin embargo lo que este acaba de decir á Querubin, y se acerca á los amigos diciendo en tono zumbon:

—Sí, sí, el cantor Valdieri no tiene nada de celoso; pero no hay que fiarse! Con estos corsos hay siempre que temer alguna vendetta... Qué tal vá de salud, M de Monfreville?

—Perfectamente: gracias.

—Ya hace tiempo que no se os veia en las reuniones.

—He tenido que pasar algun tiempo en mi hacienda de Fontainebleau.

—Muy bien... Introducís en el gran mundo á este caballero: no podia haber buscado mejor guia.

Inclinóse Querubin, y queria responder; pero despues de intentarlo, juzga mas prudente el callar. M. Trichet va á abrir la bo-

ca, pero descubre al otro extremo del salon tres caballeros hablando con mucho calor, y en seguida corre hácia ellos exclamando:

—No es así! Yo sé la historia por mejor conducto, y voy á contárosla.

Monfreville mira á Querubin sonriéndose y le dice:

—Escuso deciros que ese caballero es el ente mas curioso y charlatan que existe: no puede ver hablar á dos personas sin meterse en la conversacion. Sin embargo como M. Trichet es un solteron muy rico que da funciones escelentes, y que esceptuada su curiosidad, no carece de chispa, es tolerado y recibido en todas partes.

Seguia Querubin examinando á las damas con la vista, cuando la puerta se abre para anunciar á los señores de Noirmont.

Una dama de elevada estatura y continente noble y elegante, entra primeramente con una jóven de catorce ó quince años. Esta dama que viste con severa sencillez representa algo mas de treinta años y sus facciones son hermosas pero sérias: sus rasgados ojos coronados de espesas pestañas tienen una espresion vaga y meditabunda que indica que aquella persona piensa en algo mas de lo que dice. Jamás asoma á su boca una sonrisa, y las abundantes trenzas de cabellos negros ha-

cen buen juego con aquella adusta fisonomía.

La muchacha tiene toda la gracia de su edad; sino por lo bonito, agradan sus facciones por la viveza y la malicia que respiran y que las miradas severas de su madre moderan á menudo.

M. de Noirmont, que entra el último, es un hombre de cincuenta años cumplidos: muy alto y algo encorvado: conserva algunos cabellos hácia las sienes pero el centro de la cabeza está enteramente calvo: su aspecto es duro, altivo, poco agradable: no debió ser feo pero su mirada fija, voz seca y su hablar lacónico, no escitan amistad ni confianza.

Viva sensacion produce en Monfreville la llegada de estas tres personas: arrúgase su frente, se juntan sus cejas y cubre sus ojos un velo de tristeza; pero haciéndose violencia, se domina, recobra el aire amable y satisfecho que al llegar tenia y aun parece que aparenta mejor humor.

M. Trichet, que vuelve hácia Querubin, no deja de hacer sus reflexiones sobre los recién llegados.

—Es la familia de Noirmont... poco hace que han venido de su hacienda de Normandía donde á la verdad debian fastidiarse muchísimo porque gastan un humor... Ese M. Noir-

mont es seco, estirado, altanero... como ha estado en la magistratura, se imagina que está juzgando siempre... eso sí; es hombre de probidad conocida y merece su reputacion. Su muger es otra que tal, silenciosa, seria como una estatua, de virtud intachable, tan pura como la integridad de su esposo. Y debe haber tenido unos quince divinos, porque ahora ya veis que buena está y yo la echo sus treinta y tres ó treinta y cuatro. Su hija es una niña todavia... muy pispireta, muy alegre, muy mona... no parece hija de sus padres... pero como de esas cosas... Ah! coronel, yo conocí mucho á ese que decís y os explicaré como fué...

El hombre taravilla corre á ensartar otra relacion y cuando Querubin vuelve la cabeza se encuentra con que Monfreville no está ya á su lado.

Turbado se siente nuestro héroe al encontrarse solo en medio de tan numerosa concurrencia, y pierde la poca confianza que le inspiraba la proximidad de su amigo. Por no quedarse hecho un bobo al lado de la chimenea, espuesto á las miradas de todos, consigue escaparse del circulo, escurriéndose detrás de un sillón desde donde se cuelga en el hueco de un balcon de donde le impiden moverse las personas que están sentadas. Quiere re-

troceder, pero en el interin se han aproximado M. de Noirmont y su hija, sentándose delante de él y cerrado el camino por donde pasára, dejándole bloqueado en un rincon de donde no puede salir sin hacer levantar á las damas que tiene delante: como semejante osadía es muy superior á sus fuerzas, se decide á guardar quietud en aquel rinconcito, hasta que quiera la casualidad que Monfreville acuda á sacarle de su encierro.

Las damas que están sentadas delante del hueco del balcon, no sospechan ni remotamente la presencia del jóven tan cerca de ellas, y mientras todos los concurrentes van y vienen y rien y se divierten, el pobre Querubin no se atreve á rebullirse, ni sabe que postura guardar en tan incómoda colocacion. Muchas veces pasa Mad. Celival por delante de las personas que tienen bloqueado á Querubin; pero no repara en él, de lo cual se alegra él infinito; porque no hubiera sabido responder cuando le preguntasen que hacia allí. Monfreville ha vuelto al salon, pero no advierte las miradas suplicantes del pobre mozo, y lejos de acercarse, parece que evita el pasar mucho por donde está sentada Mad. de Noirmont.

Una hora pasa de esta manera, una hora mortal para Querubin obligado á estar quieto

y en pie y horriblemente fastidiado. Puede oír sin embargo lo que dice á su hija Mad. de Noirmont; pero esta señora es poco comunicativa y se contenta con responder lacónicamente á lo que le dice Ernestina:

—Mamá, dice la señorita de Noirmont, cuando una jóven concluye de cantar: no queréis que yo cante?

—No, hija mia, eres demasiado niña para ponerte en evidencia, y por mi voluntad, á no ser que tu padre disponga otra cosa, nunca cantarás en público...

—Por qué?

—Porque me agrada mas en una niña la modestia que se esconde, que la vanidad que brilla.

—Pero entonces para qué he tenido maestro de música y de canto?

—Esas habilidades son mas útiles en la soledad que en el mundo...

—No, pues me parece...

—Basta ya, hija!

Una mirada de Mad. de Noirmont impone silencio á su hija que vuelve á la carga á poco rato, diciendo:

—Aqui no se baila?

—No por cierto: te he dicho acaso que íbamos á un baile?

—No, pero en los suarés se baila algunas

veces... y á la verdad que es algo mas divertido!

—No piensas mas que en los placeres, en el baile!

—Me gusta tanto... papá, dice, que este invierno va á dar un gran baile.

—Un baile! espero, Dios mediante, que cuando llegue el caso, mudará de intencion.

—Pues por qué no quereis mamá?

—Basta, silencio.

Calla la doncella haciendo un graciosísimo mohin y entonces la ase su madre de la mano, se la estrecha entre las suyas y dice en tono mas dulce y con una espresion de íntima tristeza:

—Te estoy afligiendo, Ernestina, y no querás á tu madre...

Pero por única respuesta, la muchacha imprime un beso en la mano de la severa señora, murmurando:

—Oh! bien sabes tú que sí!

Por casualidad vuelve la cabeza la hija de M. Noirmont y descubre á Querubin que no sabe ya que hacerse. Al hallar detrás á un jóven que pone una cara tan rara, contiene apenas Ernestina su gana de reir, tanto que la dice su madre:

—Qué es eso? qué te dá? en sociedad no se rie de esa manera que parece mal.

Pero la picaruela toca con el codo á su mamá y la dice muy quedito...

—Es que detrás... tenemos encerrado á un caballerito.

Vuélvese Mad. de Noirmont y vé á Querubin que turbado y confuso, se limita á hacer un profundísimo saludo. Asombrada de ver acurrucado á un jóven en el hueco del balcon, trata Mad. de Noirmont de abrirle paso y al mismo tiempo Monfreville, que acababa de descubrir á su neófito, se acercó á ayudarle á salir de su prision.

Un estremecimiento convulsivo experimenta Mad. de Noirmont al acercarse Monfreville; empero en su semblante no se nota alteracion.

—Señora, dice Monfreville, permitidme que ponga en libertad á este jóven que de seguro habrá estado largo espacio sin atreverse á rebullirse, por temor de molestaros.

Mad. de Noirmont no contesta pero hace á su hija una seña para que se levante y Querubin se apresura á aprovechar la ocasion dando mil satisfacciones á Ernestina y escapando cuanto antes, sin reparar en la extraordinaria palidez de Mad. de Noirmont y en la forzada alegría de su amigo.

—Mas de una hora he pasado allí, dice Querubin por lo bajo á su Mentor... Y cómo he su-

frido! pisaba ascuas!

—Pero porque vais á encerraros en los rincones? os ha hablado..... Mad. de Noirmont?

—Esa dama tan adusta? no por cierto, acaba de verme cuando llegásteis. De esa sí que no me enamoraría yo con ser hermosa y todo! Diferencia va de ella á la condesa Val-dieri, á Mad. Celival, y á esa... y á aquella...

En tanto que Querubin dirige sus amorosas miradas á las damas que le agradan, se acerca á él M. de Noirmont, le hace un saludo grave y ceremonioso y le dice:

—Acabo de saber que estaba aquí el hijo del difunto marqués de Grandvilain y vengo á decirle que tengo sumo placer en conocer al hijo de una persona á quien yo estimaba por todos conceptos. Sí, señor, he conocido mucho á vuestro padre.... caballero campechano si los hay y no dudo que se le asemeje su hijo con quien tendré á mucho honor estrechar mis relaciones. Esta es mi targeta y cuento con el placer de vuestra visita.

Aturdido Querubin con este nuevo convite, saluda ensartando algunas frases de cumplido pero M. de Noirmont se lo lleva consigo, agarrándole del brazo, para presentársele á su señora.

Déjase llevar Querubin y vétemblando que

se dirige otra vez hácia el rincón donde estuvo prisionero, y que M. de Noirmont le presenta á su muger diciendo:

—Este caballero es el marqués de Grandvilain... hijo de una persona que me honró con su particular distincion.

Mad. de Noirmont conoce al jóven y conteniendo un arranque de sorpresa, saluda con frialdad á Querubin y ni se atreve á mirarle, cual si temiera hallar otra vez á su lado á Monfreville.

Ernestina se muerde los lábios para no reirse oyendo dar al jóven presentado el nombre de Grandvilain.

Pero Querubin consigue al cabo quedar libre y corre á buscar á Monfreville.

—Os ha presentado á Mad. de Noirmont? pregunta este.

—Sí, amigo mio.

—Que os ha dicho.

—Nada: me ha hecho un saludo muy frio.

—Pensais frecuentar su casa?

—No tengo muchos deseos y me parece que debe uno fastidiarse alli cruelmente; porque hiela el alma esa severa política de Mad. de Noirmont. Además de que como los amigos de mi padre me llevan algunos años, no me inspiran mucha atencion...

—Dejais una tarjeta en casa de ese caba-

llero y es bastante. Creo tambien que debeis desentenderos de esa visita. Pero hablando de otra cosa, Mad. Celival os andaba buscando, preguntando por vos... se me figura que la habeis conquistado.

—De veras? Si fuera cierto...

—Alli está. Id á decirla algo.

—Pero qué?

—Lo que os dé gana... que ella os ayudará á sostener la conversacion; y no seais timido, amigo mio, porque es un obstáculo para hacer carrera en el mundo.

Hace Querubin un esfuerzo y se decide á acercarse á Mad. Celival: esta que le vé venir, le dirige una hechicera sonrisa y se apresura á hacerle sentar á su derecha: alentado con este acogimiento, siéntase Querubin al lado de la morena balbuceando algunas palabras ininteligibles, pero que son contestadas por Mad. Celival como si las entendiera. Una muger de talento sabe inspirar confianza al mas timido, haciendo ella sola el gasto de toda la conversacion. Siéntese Querubin mas atrevido, mas contento de sí propio, y casi se encuentra desembarazado cerca de aquella dama, cuando el inevitable Trichet se planta delante de ellos exclamando:

—No sé de lo que se trata! pero apuesto á que adivino el asunto de vuestra conver-

sacion.

Mad. Celival, á quien no agrada mucho que M. Trichet se mezcle en sus pláticas con Querubin, responde al viejo:

—Siempre quereis adivinarlo todo, y os equivocais casi siempre... veamos: qué me decia este caballero?

—Que sois encantadora, adorable... porque no se os puede decir otra cosa.

Mad. Celival, menos enojada, se sonrie, mientras que Querubin, colorado como un pavo, esclama:

—No! no decia eso!

—Pero lo pensábais! responde M. Trichet, y viene á ser lo mismo.

No sabe qué decir Querubin: baja los ojos y pone una cara tan compungida, que Mad. Celival compadecida de su turbacion, dice levantándose:

—Querido Trichet, sois algo loco para vuestra edad!

Pero estas palabras son perdidas: el solteron no las oye, porque ha echado á correr hácia un caballero que estaba perorando en el otro extremo del salon y á quien corta la palabra. Madama Celival deja á Querubin diciéndole con una mirada amable y tierna:

—Me lisonjeo de que encontrareis diversion

en mi casa, y me lo probareis frecuentándola á menudo.

—Qué tal? le dice luego Monfreville, parece que prosperan vuestros asuntos?

—Amigo mio, es hechicera esa muger: á su lado... como que me sentia inspirado y animoso. Nunca he quedado tan contento de mí mismo.

—Asi sucede siempre! *La amistad de un grande hombre es un beneficio de los dioses*, dijo el otro; pero el amor de una muger amable es la dicha mayor sobre la tierra. Vámos, una vez que ni vos ni yo jugamos, podemos retirarnos.

Y Querubin y Monfreville se ausentan despues de la familia de Noirmont.



XIX.

La condesa de Globeska.

Son las nueve de la noche y se están paseando por la calle de Grenetat dos hombres como quien espera ú observa: lleva el uno un leviton ajustado y abotonado hasta arriba, guantes claros y bastoncillo de junco: no hay luz en la calle; pero su porte es elegante y distinguido: sin embargo cuando pasa por delante de una tienda bien alumbrada nótese que su levita está raída, manchada y que los guantes llevan ya no pocas posturas. Este sujeto fuma un cigarro con toda la gracia de un refinado dandy.

El otro personaje está rebujado en un carrik viejo que no nos es desconocido y se cubre la cabeza con un sombrero redondo de enormes alas muy pequeño de copa. Este apenas se menea y no pierde de vista un punto cierta puerta.

Escusamos decir que estos individuos son Darena y su digno amigo M. Poterne.

Desde que este no puede proporcionar ganancias á Querubin, anda Darena alicaído y malparado: las ganancias duran poco en su bolsillo y por el pronto su situación es un trueno completo.

No se atreve Darena á recurrir con demasiada frecuencia al bolsillo de su amigo, porque teme desacreditarse con él enteramente; á pesar de su candor conoce el mancebo por instinto lo que no está bien hecho, y no le conviene á Darena perder la amistad del marquesito.

—Ese animal de Poterne se está burlando de mí! dice parándose á sacudir la ceniza del cigarro. Tenerme de centinela en una calle tan sucia cuando debería estar en la ópera... me olvidaba de que no estoy muy curioso... Maldito cigarro! qué peste! en este barrio no hay nada bueno!

Tira Darena la punta del cigarro, y acercándose á Poterne que está apoyado en su

poste y con los ojos fijos en un portal, le empuja con el codo diciendo:

—Piensas que pasemos aquí la noche, maldecido? pues yo me canso muy pronto.

—Para salir bien en una empresa se necesita paciencia, responde Poterne sin volver los ojos.

—Pero por qué tarda tanto la individua? No sabe que estás aquí? Vamos, Poterne, responde.

—No me nombreis por Dios, dice el fullerero en voz baja: es escusado que la chica sepa mi nombre verdadero, porque podría escapársele por tontería ó por distraccion y adios todo el plan.

—Pero cuéntame siquiera lo que has imaginado... que yo vea si tiene sentido comun... porque no atendí bien esta mañana.

—Es cosa muy sencilla: se trata de enamorar al jóven Querubin para enredarle en una intriga que pueda sernos lucrativa.

—Es verdad, sin oro no es uno hombre, no es nadie.

—Para atrapar al mancebito, se necesitaba una muchacha bonita.

—Claro está.

—Y he descubierto lo que nos hacia falta... en esa casa piso tercero se oculta una rosa... una verdadera rosa.

—Una rosa en esa maldita casa?

—Dentro de poco juzgareis vos mismo... es la hora de salir de trabajar... y me estraña que no hayan salido ya.

—Pues qué hace esa rosa purpurina?

—Sombreros de pajas de Italia.

—Hola! y es honrada?

—No digamos que sea una Lucrecia, pero tiene un aire muy decente; adora á un paisanito que ha tenido que cargar con el fusil, y toda su ventura se reduce á poder ahorrar lo suficiente para casarse con su paisano cuando vuelva: por eso no hace caso de los monuelos que la rondan, porque dice que son unos pelafustanes que no pueden ponerla en disposicion de casarse pronto.

—Bravo! esa muchacha tiene escelentes principios: y cómo la has conocido? convidándola á castañas?

—Defendiéndola de un oficial de peluquero que se empeñaba en darla el brazo por fuerza.

—Estos peluqueros son muy atrevidos: la costumbre de manejar cabezas, atolondra la suya... Y qué proposiciones has hecho á ese capullo?

—En primer lugar, me he presentado como un noble polaco, adoptando el título de conde de Globeski.

—Bribon! te atreves á usurpar un título?

—Le dije á la muchacha que podia hacerla ganar una bonita suma, y ella que creyó que yo me habia enamorado, me respondió que era muy feo.

—Bueno, esa franqueza me gusta.

—Tranquilité á la muchacha diciéndola que no se trataba de mí sino de un jóven muy galan... á quien por razones de familia deseábamos enamorar. La chica no es muy lista que digamos, pero al cabo se puso al corriente de mi plan, y no opuso grandes obstáculos. Es una alsacia y se llama Chichelle Chichenman, al acentillo puede pasar por acento polaco á los oídos de Querubin que entiende tanto de polaco como de aleman. En una palabra, la he citado para esta noche, y vamos á llevarla á un café, donde acabaremos de arreglar los preliminares, y vereis como es sumamente bonita y recatada. Cuando esté vestida de condesa polaca, es imposible que no enamore ciegamente al marquesito.

—Ojalá, porque Monfreville ha empezado á llevarle al gran mndo, y nuestras marquesas y condesas pueden arrebatarnos el corazon de ese mancebo...

—Seria chasco!

—No importa, con tal que sea realmente bonita tu elegida, siempre queda lugar en el

corazon humano para otro amor, y yo á los diez y ocho años y medio hubie a amado á las cuatro partes del mundo... Pero silencio! parece que sale el ganado!

En efecto, salen del portal varias obreras modestamente ataviadas con sombreritos y delantales: algunas encuentran al punto compañía, y otras se alejan solas. Darena y Poterne, plantados en la esquina, dejan pasar á todas las muchachas y la última salta el arroyo y se dirige hácia Poterne, quien procura hacer su voz mas agradable al decirla:

—Me habíais reconocido?

—Oh! fos pareserme un carponero con irto facha!

Suelta Darena la carcajada y la modistilla añade:

—Oh! fos tener compañía, mosier Globeski?

—Sí, un amigo íntimo, el encargado de manejar el negocio que os dije... Pero vamos á hablar á cualquier parte.

—Sí, querida, dice Darena cogiendo del brazo á la muchacha; charlaremos bebiendo ponche: os gusta el ponche?

—Oh! sí; mocho! contesta la alsacia mirando á Darena.

—Bueno, bueno, conmigo os entenderéis mejor, que no soy tan feo como ese; qué café

decente habrá por aquí? Me hadicho que érais preciosa; pero aun no me he enterado... Oh! precisamente tenemos allí la luz de una botica.

Conduce Darena á la muchacha al frente de una botica, la mira y esclama:

—Bien! muy bien! monísima! Ya estoy impaciente por verla mas despacio. Entremos en el café!

Entran en efecto, elijen una mesa arrinconada, para hablar con mas desabogo y dice Darena al mozo:

—Un bol de ponche! del mejor!

Poterne hace un gesto y dice por lo bajo á Darena:

—Bastaba con cerveza y no valia la pena de...

—Qué es eso? con miserias te nos vienes? Poterne, ya sabes que eso no me gusta.

—Por Dios no me llameis Poterne!

—Pues calla y no me enfades con tus tacañerías.

Chichette se sienta á la mesa sin dársele un ardite de lo que los truanes conversan entre sí. Tendrá sobre veinte años y es bajita pero rolliza y bien formada: cara redonda, ojos pardos no muy grandes, pero animados y coronados de cejas bien arqueadas: boca pequeña, buena dentadura, megillas sonrosa-

das: el conjunto es agradable y á pesar de que carece de espresion, por que es siempre la misma calma y la misma sonrisa, no la desdenaria ninguno.

Darena examina otra vez á la muchacha y le dice al oido á Poterne:

—Es bonita... fresca como una rosa... fach decente... un poco abrutada pero eso pasará por candor... En efecto que ha sido un hallazgo, y cuando esté bien ataviada, no hay duda que enamorará á Querubincito. Aquí está el ponche, bebamos... Bebed, niña... las alsacias no tienen delicado el paladar.

—Oh que sí! dice ella tomando un vaso; yo peper mocho!

—Mucho se conoce el acento, pero no importa, pasará por polaco tambien. Mozo, bizcochos: veis que hay una dama y no traeis uncs bizcochos, unos almendrados?

—Han ido á buscarlos.

—Bien; en el ínterin podeis traer cualquier otra clase de tortas, no somos escrupulosos siendo buenas.

Suspiros ahogados se le escapan á Poterne durante este diálogo hasta que por fin trae el mozo una bandeja llena de tortitas de diversas clases y de las que sin distincion se atiforra el conde Darena y el mismo Poterne las ataca valerosamente cuando ve que no

hay otro remedio y que es forzoso pagar.

—Ya veis, conde de Globeski, dice Darena con cómica formalidad, si he hecho bien en pedir estas bagatelas. Pero, volviendo á nuestro asunto, habeis de saber, niña, que tratamos de que un jóven se enamore perdidamente de vos, lo cual no es difícil y queremos asimismo que encuentre obstáculo á su amor, por razones que serian largas de enumerar. Lo principal es que hagais exactamente lo que vamos á deciros y que retengais la leccion en la memoria sin olvidar una coma. En primer lugar, pasareis por la esposa del señor conde de de Globeski, sereis la condesa Globeska. Tal es la costumbre polaca: los hombres toman una *i*, las mugeres una *a*.

—Oh! que no! mi estar muy querida de un paisano y casar con él! se lo he prometido.

—Si es chanza, es un casamiento provisional.

—Ah! pien! pien! si ser broma.

—Sois la condesa Globeska, una polaca emigrada con vuestro esposo que es celoso como un turco: no echeis esto en olvido. Se os pondrá un bonito vestido y vivireis con este caballero algunos dias... De dia nada mas: porque la noche la teneis libre!

—Pien! pien!

—Cuando el jóven esté muy enamorado, le

amareis si os parece, que si os parecerá porque es buen mozo y supongo que no os disgustarán los buenos mozos!

—Pien! pien!

—Por este trabajo ganareis trescientos francos...

—Echa! echa! dice Poterne por lo bajo; con ciento quedaria tan contenta...

—Se os darán trescientos francos, cuatrocientos, si el negocio sale bien... yo los garantizo y el señor los paga: que tal? os acomoda la oferta?

—Pien! pien.

—Ira de Dios! dice Darena: es animal si las hay. Pero el amor es ciego y porqué no hemos nosotros de hacerle tambien sordo?

—Bebamos, mozo: otro bol.

—Pero...

—Silencio, conde de Globeski! sois dueño de no beber mas, sin perder por eso el derecho de pagar.

Viene el segundo bol; los colores de la al-sacia se avivan, comienzan á chispear sus ojos y Darena esclama:

—Cáscaras! si la viera ahora Querubin, qué incendio armaba... conde de Globeski, haced que tenga mañana esos ojos, que es cosa fácil con unos cuantos vasos de ponche. Como el teatro es el lugar muy oportuno para

hacer un conocimiento, la llevareis mañana al teatro... al Circo... que es la diversion favorita de los extranjeros.

—Bien! dice Poterne, iremos al Circo: iremos al anfiteatro de los palcos segundos.

—No señor, á los asientos mas caros... á palco bajo...

—Pero.....

—No hay pero que valga..... Ademá irá esta señora lujosamente engalanada.....

—Así se hará.

—Y vos, conde, procurareis no pareceros á un canalla que se llama Poterne.....

—No hay peligro.

—Nos iremos á visitaros al palco y la condesa Globeska asesinará á ojeadas á mi inocente amigo; entendeis, niña?

—Pien! pien!

—El conde Globeski tendrá la prudencia de salirse en un entreacto y la dama contestará á las lisonjas que mi amigo la diga..... cuidando de que no se le escapen algunas picas y mostrándose tierna y apasionada.

—Pien! pien!

—Después del teatro, se llevará el conde á su muger y los seguiremos... tomará su coche y nosotros detras..... el resto corre de mi cuenta. Estamos? no hay mas ponche, eh! pues pagad, conde, y marchemos.

Darena habia tomado sus medidas. sabia que el dia siguiente Monfreville asistiría á una gran comida y que por lo tanto Querubin estaría libre, así es que habia ido á verle por la mañana y le habia dicho:

—Mañana quiero pasar con vos la noche, y espero me hareis por esta vez el sacrificio de renunciar á vuestras reuniones. Nunca salis de los salones: Monfreville no os deja un momento... pero mi amistad reclama una parte de vuestro tiempo, y como yo no me presento en el gran mundo..... al menos por ahora: tengo que aprovechar la primera ocasion..... No es verdad? Esta noche iremos al teatro.

Querubin no tuvo mas remedio que aceptar, sin embargo de sentir el abandonar sus elegantes suarés, á los que habia cobrado afición; la amable acogida que le hacian en todas partes alentaba en algun modo á su natural timidez; Mdlle. Celival le distinguia entre todos, lo que contrariaba á no pocos adoradores, y entre otros al coronel que se asemeja á un gato, y al jóven de figura romana. Mas aun: la encantadora condesa Valdieri, tan voluble, tan nerviosa y tan arrogante, que recibia generalmente los homenajes que se la tributaban como cosa de justicia, creyó que el marqués Querubin vendría á engrosar las

filas de sus adoradores; pero nuestro jóven se habia contentado con adimirarla desde lejos, y por esta vez su timidez le habia servido á las mil maravillas; la condesita se habia picado en extremo, de lo que creia indiferencia, porque no es presumible en el dia la timidez en un jóven, y Mad. de Valdieri notando con disgusto que el marquesito hablaba con mucha frecuencia con Mad. Celival, hacia todos los esfuerzos imaginables para atraer á sus redes aquella nueva conquista. En las mugeres el despecho conduce muchas veces al amor, y otro mas esperto que Querubin no hubiera echado en saco roto semejante rivalidad.

La condesita habia invitado al jóven marqués á concurrir á sus reuniones: M. de Valdieri, esposo complaciente en extremo, habia unido sus instancias á las de su muger, y Querubin iba á casa de la vaporosa Emma que se mostraba con él muy amable, olvidando á su lado hasta los ataques nerviosos.

Ademas, en una calle cerca de su casa habia una tienda de modas, y en esta tienda y entre las jóvenes ocupadas en las labores de su oficio, habia una muchachita de blondos cabellos con unos ojos picaruelos y un aire despavillado: esta encontraba siempre ocasion de estar detras de las vidrieras cuando pasaba Querubin y de sonreirse, y salia un momento á

la calle con el menor pretesto y alguna vez al pasar al lado de Querubin le dijo bajando los ojos:

—Todas las tardes salgo á las siete, esperadme al fin de la calle; me llamo Celanira.

En fin, Querubin habia encontrado muchas veces á Malvina que aunque no estaba vestida de suiza no estaba por eso menos seductora, y esta se habia parado delante del jóven diciéndole:

—No quereis irme á ver, M. Querubin, y sois un ingrato en abandonar de tal modo á vuestra buena amiga... Ya sabeis mi casa... id á almorzar conmigo..... me levanto muy tarde..... pero os permito que vayais temprano.

Querubin estaba metido en un sinnúmero de conquistas casi sin saberlo y muy distraido en sus doradas ilusiones, cuando Darena que habia hallado medio en buscarse un traje elegante, vino á buscarle y le condujo al teatro del Circo.

Por el camino el marqués fué contando á Darena todas sus galantes aventuras, y este que le escuchaba atentamente le dijo:

—Paréceme querido amigo, que sois un verdadero Foblas: todas las mugeres os adoran! y vos, qué haceis?

— Yo... tambien las adoro á ellas.

— Segun eso amais á Mme. Celival?

— Creo que sí... la encuentro encantadora.

— Y la sentimental condesa de Valieri.

— Ob! lo que es esa me gusta infinito.

— Y la modista?

— Es lindísima.

— Y Malvina, que baila tan bien?

— Tiene un aire encantador.

— Pero, bien, á qué altura os hallais con todas esas muchachas?... entre amigos nada debe ocultarse.

— Si, es cierto... pero á la verdad... no me hallo muy adelantado.

Darena soltó una gran carcajada que no gustó mucho á Querubin.

— Seguramente, mi querido amigo, todas esas mugeres han hecho muy poca impresion en vuestro corazon y bien lo creo, porque esas conquistas de salones, esas modistas... todo ello no vale nada, y á veces la casualidad nos hace encontrar lo que en vano se buscaria... hétenos ya en el teatro.

Querubin se adelanta á tomar billetes y Darena le cede generosamente este encargo; en fin, entran adentro, y dice Querubin deteniéndose en los primeros asientos que encontró:

— Aqui estamos bien.

Pero Darena que divisó en otro lado las personas que buscaba respondió:

—No, mejor estaremos en un palco; y mandó abrir el que ocupaba Poterne y Mlle. Chichette Chichenman.

Necesario era toda la penetracion de Darena para reconocer aquellas dos personas en trajes tan distintos; Poterne sobre todo, estaba desconocidísimo.

El amigo íntimo de Darena había hecho el sacrificio de sus erizados cabellos, se los había cortado y peinado, y su cara parecía la de un perro de aguas recién salido del río; llevaba sobre sus narices unos disformes anteojos verdes rodeados por los lados de tafetan del mismo color; en fin, habíase introducido entre los carrillos y las muelas dos objetos que hacían abultar sus cóncavas mejillas. Vestía una larguísima levita abrochada hasta debajo de la barba y que servíale fácilmente de corbata. Tal era el conde de Globeski.

En cuanto á Mlle. Chichette llevaba un vestido de color de rosa seca, una gran pelegrina de mal gusto, y una especie de toquilla de terciopelo verde adornada de bellotas y cordoncillos del mismo color que colgaban sobre su oreja izquierda. A pesar de todo estaba lindísima, y bajo la toquilla de terciopelo resaltan aun mas su cara y sus atractivos ojos.

Darena á quien una rápida ojeada habia sido suficiente para observar cuanto llevamos dicho, dijo para sí:

—Ese misero de Poterne no ha querido escederse en los gastos. Afortunadamente la chica es demasiado linda, y si mi jóven Cupido no se enamora perdidamente de ella, pudiera creer que se hallase en él algñ defecto de organizacion.

Poterne dió con la rodilla en la de su vecina Chichette, indicándola con una mirada significativa el jóven que se acababa de sentar detras de ella: la supuesta polonesa se vuelve, y despues de haber examinado á Querubin con una rápida ojeada, dijo en voz baja:

—Oh! isto ser pueno!

Por su parte Querubin miró á la dama que estaba delante, y dijo por lo bajo á Darena:

—Reparad en esa linda muchacha.

Darena adelantó la cabeza, y fingiendo una admiracion muy agena de él, respondió Querubin:

—No reeuero haber visto un modelo mas perfecto de hermosura... tiene la frescura de una rosa... es una maravilla, y á vuestra edad hubiera hecho un viaje á la luua por poseer semejante beldad.

—Querubin no respondió; pero dejábase conocer bien á las claras que se ocupaba mas

de la jóven de la toquilla verde, que no del espectáculo. Mad. Chichette, por su parte, fiel á las instrucciones que se la habian dado, volviase á cada momento para mirar á Querubin, y á veces duraban tanto estos movimientos, que Poterne se veia obligado á decirle:

—Cuidado!... me parece que marchais demasiado aprisa.

Al cabo de poco tiempo Darena dijo á su jóven amigo:

—Me parece que no estais en mal estado y que vuestros negocios van perfectamente con la linda vecinita.

—Si... en... efecto no deja de mirarme y no sé si pudiera esperar...

—Cómo esperar!... pues qué mas quereis que haga una muchacha en una primera entrevista que dirigiros esa mirada?... decididamente la plaza es vuestra..... Oh! sois el hombre mas feliz de la tierra..... me parece que la jóven debe ser estrangera..... y ese hombre que tampoco me parece francés debe de ser su marido.

—Creeis que...

—Por lo demas tiene un continente distinguido.

—De veras?

—A cien leguas se conoce.

En un entreacto, M. Poterne sale fuera del palco; Darena sale tambien diciendo á Querubin.

—Hé aqui una escelente ocasion que no de-
beis perder... ea, ánimo.

—Pero creéis en efecto que yo puedo...

—Os aseguro que la dama lo desea tanto
como vos... ademas de que es difícil hallar
un hombre mas feo que el caballero que la
acompaña, y dejaria de ser muger si no le en-
gañase.

Querubin queda solo con la linda pareja y
se pregunta á sí mismo de qué modo podria
entablar conversacion; las continuas ojeadas
que le dirige y alguna que otra sonrisa le ha-
cen cobrar algun ánimo, y se atreve en fin á
preguntarla:

—Os gusta el teatro?

—Oh! mesié, si...

—Venís á menudo?

—No; in otro ocasion penia mocho con mi
prima.

Querubin aplica el oido y procura compren-
derla; Mlle. Chichette prosigue.

—Mi prima se alegrapa mocho de las pie-
ras

—Me permitireis preguntaros si el que os
acompaña es vuestro marido?

—Oh! sí, el conte Globe... Globe... diaplo,

yo olvidar el nombre!...

—Vuestro acento no parece francés.

—No francés, yo nací en Alsacia... no, tampoco, yo no soy de allá, tampoco olvidar, oh!.....

Gustábase infinito á Querubín las incoherencias y hasta el acento de la Alsacia y estaba cada vez mas enamorado.

—Os gusta París?

—Si gustarme, mas quieres volver á mi país.

—Según eso le echais de menos?

—Oh! pienso querer ver mi país!

En esta conversacion estaban ocupados cuando entró Poterne y poco despues Darena; este último interrogó á Querubín sobre sus adelantos.

—Ahora estábamos hablando... no os habeis equivocado, el caballero es su marido y ella es extranjera.

—Sí, abajo he sabido que eran de Polonia.

—Ella quiere mucho su país, y lo echa de menos.

—Su país... Ah! sí, la Polonia. Pero en fin, os ha dado alguna cita?

—Cita! no, sino hablamos de nada de eso!

—Pues qué diablos habia estado charlando! Una mujer que está loca por vos! y que os quiere comer con los ojos!

—Pero de veras creéis... Oh! que felicidad! es tan linda..... tiene un acento tan gracioso...

—Seguramente el acento polaco tiene mucha gracia.

—En fin estoy loco de amor por ella, mi querido Darena.

—Y teneis razon; seria un crimen no arrancar de manos de ese viejo Quasimodo una joya tan preciosa.

—Robársela! pero qué, juzgais necesario.....

—Chit, dejadme á mi obrar y yo lo arreglaré todo.

Concluyó en fin el espectáculo. Poterne coloca sobre su cabeza un enorme sombrero y toma del brazo á la bella Chichette. Esta aunque muy incomodada con su traje, encuentra sin embargo medio de dirigir hácia atrás su mano derecha.

Darena y su compañero les siguen casi pisándole los talones, y el primero obliga á Quérubin á cojer la mano de la jóven, dirigida complacientemente hácia él: el jóven marqués muda de color repentinamente al decir al oído a su amigo.

—Ah! me ha apretado la mano! y todavía me la está aprentando!..

—Qué diablo! no os lo decia yo? La sim-

patia... creo que sois hecho el uno para el otro.

Y al decir esto Darena da un enorme puntapie á Poterne en las rodillas para obligarle á que se adelantase, pues solo de este modo dejaria Chichette la mano de Querubin, que no parecia dispuesta á soltar.

Los supuestos extranjeros se meten en un coche. Querubin y Darena toman un cabrióle y dan orden al conductor de que los siga: en fin, al poco tiempo paran en una modesta casa de huéspedes de la calle antigua del Temple.

—Muy bien, dijo Darena, ya sabemos donde viven; por hoy basta con esto. Mañana escribireis un billete abrasador á la Polonesa que yo haré que llegue á sus manos sin que su marido pueda sospechar nada, y os prometo que será contestado.

Habiendo quedado asi arreglado el asunto entre los dos amigos, Querubin entró en su casa y Darena se despidió de él felicitándose del éxito feliz de su estratagema.

XX.

Luisa en Paris.

Aunque lanzado en el gran mundo, y siendo el objeto de las coqueterías de muchas mugeres, y á pesar de las ojeadas de las modistas y de las visitas de las bellas de Paris, Querubin no habia completamente olvidado al pueblo ni á la niña Luisa, compañera de sus primeros años.

Algunas veces hablaba de una visita á Gagny para volver á ver y abrazar á su buena Nicolasa; habia comisionado muchas veces á M. Gerondif para que llevase al pueblo algunos regalillos, y para que se informase de la

suerte de Luisa. El profesor hacia siempre la comision á medias: iba á Gagny, entregaba los regalos y devoraba con abrasadoras miradas á la jóven Luisa, que cada dia estaba mas bella, volviéndose despues y diciendo á su discipulo que Luisa seguia en Bretaña, donde se hallaba tan bien que no queria en modo alguno volver á casa de Nicolasa.

Sin embargo, la vispera del dia en que habia ido al Circo con Darena, Querubin habia insistido en querer ir á Gagny y habia decidido que no pasaria la semana sin abrazar á su nodriza.

El maestrillo decia entre sí:

—Si el señor marqués vá á Gagny encontrará á la jóven Luisa, y por consiguiente verá que he mentido como un bellaco. Será capaz de despedirme de su casa, porque á pesar de su bondadoso carácter, tiene momentos en que se deja arrebatar de sus pocos años; y no me gustaria el perder una plaza de 4,500 francos, sin mas ocupacion que comer, dormir y recitar versos á la rolliza Nemesis; ademas de que si mi señor vuelve á ver á Luisa, será muy probable que vuelva á renacer en él la antigua aficion, y esto me sabria malísimamente. Mis designios son honrados, quiero hacerla mi esposa y elevarla al honor de que lleve mi nombre... Pero para casarse es

necesario haber becho uno su pacotilla... y en permaneciendo un par de años mas en casa del marqués ya será otra cosa; pudiendo ahorrar todo mi sueldo; con que lo que por ahora se necesita es poner en seguridad á Luisa para que no me la birlen.

Gerondif estaba calculando todo esto durante un dia entero, y llegada la noche sin haber aun decidido nada, fue como acostumbraba al cuarto de Nemesia á tomar unas guindas en aguardiente, que la antigua criada componia á las mil maravillas, y entanto que el profesor estaba entretenido en tan deliciosa ocupacion, entró el viejo Jazmin que estaba cada dia mas enclenque, aunque de muy mal humor porque su amo habia tomado á su servicio un jokey jóven; y dirigiéndose á Nemesia dice:

—Sabeis por ventura de alguna doncella que se halle desacomodada?

—Para quién? señor Jazmin, preguntó Nemesia.

—Es que la otra noche fui á buscar á mi señor á una reunion... me lo tiene prohibido... pero felizmente se hallaba indispuerto su jokey y yo me he aprovechado de esta ocasion para conducir su cabriolé.

—Pero en resumidas cuentas quién necesita doncella?

—Voy, voy á la cuestion. Hablando en la antesala con los criados que alli habia, y por cierto que bastante hemos hablado porque estas reuniones se concluyen tan tarde!... en fin, uno de ellos me dijo: «buscamos una doncella para la señorita. Su madre se ha ido á pasar una temporada al campo y el amo no ha querido separarse de su hija... se ha visto obligado á despedir á la doncella que habia porque gastaba mucho palique con un militar, y como el señor es tan rígido en estas cosas..... en fin estamos buscando una doncella.» Yo le he propuesto una persona que conocia y que seria la única para el caso, pero cuando le he dicho que tenia sesenta años me han respondido que no me tomase el trabajo de presentarla. Es cosa rara! en el dia quieren tener por criados chiquillos de la escuela.

—Pues yo no sé de ninguna por ahora.

M. Gerondif que no habia perdido una sola palabra de la conversacion, pregunta afectando indiferencia:

—Y qué clase de personas son esas?..... Porque tal vez entre mis conocimientos en París pudiera encontrar una ocasion de servir á alguna muchacha, pero ya conoceréis que no quiero comprometerme.

—Oh! en cuanto á eso podeis estar tranquilo, señor Gerondif, respondió Jazmin, es

una casa honradísima, la casa de M. Noirmont antiguo magistrado... un hombre que jamás se le ve reír y que no es capaz de hacer daño á un pájaro... Es un amigo del difunto marqués padre de nuestro amo.

—Y qué gente hay en la casa?

—M. de Noirmont, su esposa y una hija de quince años; una cocinera, un criado y la doncella en cuestien.

—Es jóven el criado?

—Sí... con él es con quien he estado hablando... No tiene nada mas que cincuenta y seis años pero es muchacho de juicio.

M. Gerondif se sonrió.

—Reciben muchas visitas en la casa? hay bailes? entran en ella de esas gentes ociosas que pasan su vida *invarietate voluptas*?

—No, nunca ha habido bailes, ni esas voluptetas como vos decís. No gustan de sociedades y M. de Noirmont pasa su vida en la biblioteca. Asi es que nuestro jóven marqués no queria irlos á visitar aunque le han ofrecido la casa.

—Ah! le han ofrecido la casa!

—Sí; pero le oí decir un dia al vestirse: «No tengo deseo ninguno de ir á visitarlos porque en esa casa se debe uno fastidiar horrorosamente.»

—Etais bien seguro de que M. Querubin

ha dicho eso?

—Sí, y de que el marqués de Monfreville añadió: «Haceis perfectamente, es una sociedad que nada tiene de agradable para un joven.»

M. Gerondif se calla y se restriega las manos de alegría. Despues de haber tomado las señas de la casa de M. Noirmont, marcha apresuradamente á ella y se presenta al criado de parte de Jazmin ofreciendo una doncella para la señorita.

Jazmin era el Nestor de los criados, su recomendacion era de gran peso, y la de un hombre tan grave como parecia M. Gerondif no podia menos de confirmar la buena opinion que se formára de su protegida.

El jóven criado de cincuenta años (como habia dicho Jazmin) responde al profesor que estando ausente la señora, que ademas nunca se mezclaba en los asuntos domésticos, él era el encargado de la eleccion de una doncella y que aceptaba con entera confianza la que se le proponia de parte del respetable Jazmin, deseando solamente que viniese cuanto antes.

Seguro por este lado M. Gerondif, promete traerla al momento, marcha en derechura á Gagny, y entra en casa de Nicolasa.

La presencia del maestro de escuela alegraba siempre á los habitantes de aquella casa,

porque traía noticias de París y hablaban siempre con él de Querubin.

Después de haber contestado á las preguntas de Nicolasa y de Luisa, que se informaba lo primero de la salud del objeto de su cariño, M. Gerondif se vuelve hácia la jóven y la dice:

—Mi querida niña; por vos únicamente he venido hoy á Gagny, porque me ocupo de vuestro porvenir... de vuestro bienestar. Teneis ya diez y siete años, y estais formada tanto en lo físico como en lo moral, quiero decir, que teneis una razon precoz: ademas de que asistiendo á las lecciones que yo daba á mi ilustre discípulo, habeis aprendido á leer y escribir regularmente, y hablais vuestra lengua bastante bien. Fuera de esto manejaís perfectamente la aguja y sabeis todas las labores de vuestro sexo, no es verdad, madre Nicolasa?

—Ya se ve que sí! responde la buena mujer mirándole de hito en hito. Pero, á qué todo eso? Quereis tambien hacer de mi pobre Luisa una gran duquesa?

—No señora, pero os repito que quiero asegurar su porvenir... Permaneciendo en este pueblo, qué seria de Luisa? No tiene parientes ni fortuna y todas sus esperanzas se hallarian reducidas á que algun rústico de por aqui

quisiera tomarla por esposa.

—Oh! nunca, nunca, exclamó Luisa, yo no quiero casarme, no quiero.

—Pero por Dios, querida mia, ya sabes que yo no te obligaria nunca á ello y que nunca saldrás de mi casa.

—Todo eso está muy bien, continuó Gerondinf. Pero si Luisa encontrase en París una buena colocacion, en una casa honrada donde pudiera hacer algunos ahorros... y luego encontrar algun partido ventajoso... me parece que este no debiera despreciarse.

—En París!... oh! qué felicidad!... cuánto me alegraria! y vos tambien, no es verdad mi querida madre?

—Cómo! hija mia, tambien tú me quieres abandonar! dijo tristemente Nicolasa: pero Luisa la tenia abrazada exclamando:

—Pero, no sabes que él está allí... en París, y estando en la misma ciudad que él podrá verle... encontrarle alguna vez... esta es la única esperanza que me hace desear el ir a París. No es verdad M. Gerondif que allí se encuentran las gentes unas á otras, y que, ¿podré verle si voy á París?

—Verle, y á quien?

—A quién! á quién! á Querubin, al señor marqués, de quién quereis que os hable sino de él?

El profesor conoce que solo la esperanza de ver á Querubin es lo que la hace desear el ir á París, así es que se guarda muy bien de desengañarla, y la dice:

—Seguramente, cuando se habita en una misma ciudad hay mas probabilidades de verse que cuando el uno está al norte y el otro en el mediodia, ó si se quiere el uno per fas y el otro per nefas. Ahora bien, encantadora Luisa, ya he encontrado lo que buscaba para vos; una colocacion de doncella en una de las mejores casas de París y cuando digo doncella, es lo mismo que si dijera acompañanta, esto es, amiga de una señorita de quince años, tan amable como buena. Solamente que la ayudaréis á vestir y ella no os ayudará á vos; pero entre amigas eso se está viendo todos los dias; hay una que trabaja y otra que se pasea. En fin, os vestirá bien, porque la amiga que se pasea da regularmente las ropas que no quiere á la amiga que la viste; ademas de esto, ganareis dinero, lo que es muy bueno, porque con el dinero se tiene el oro, y el oro es el metal mas puro... cuando no tiene liga. Ahora bien! decidme, qué pensais de mi proposicion?

—Qué he de pensar? que me gusta infinito y si mi madre adoptiva consiente en ello...

—Yo! dijo llorando Nicolasa.... si es de su

gusto el ir á París no quiero oponerme á ello, y creo que M. Gerondif que ha sido maestro de escuela del pueblo no te propondrá nada que no sea para tu bien.

—Teneis el talento de un Esopo, madre Nicolasa y eso que no sois probada. Yo quiero hacer la felicidad de esta puebla formosa y el resultado os lo dirá!

—Y... M. Querubin, repuso Luisa que no sabia hablar de otra cosa, sabe lo que me proponeis?... quiere que yo vaya á París?

M. Gerondif se rasca la nariz y despues responde con tono resuelto:

—Si lo sabe! pues no que no! desea infinito que os acomode mi proposicion.

—Oh! pues entonces no hay mas que hacer, no es verdad mi buena madre? estoy pronta á marchar cuando dispongais.

—Ahora mismo.

—Pero qué es eso! os la vais á llevar ahora?

—Sí, es necesario; el empleo que la propongo tiene muchos golosos y si tardamos pueden dárselo á otra. En París hay que agarrar la ocasion por los cabellos y es menester que hoy mismo la presente.

—Oh! sí; dejadme marchar, yo sé que te costará mucho trabajo el separarte... tanto como á mí. Pero voy á estar en la misma ciudad

que Querubin... y él lo desea así... es necesario darle gusto. Pero yo vendré á verte y no haré lo que él. Oh! nunca olvidaré el pueblo! ni á los que me han servido de padres.

Nicolasa abrazó á Luisa vertiendo un torrente de lágrimas y la dijo:

—Sí, vete... yo no soy tu madre... yo no tengo derecho sobre tí... y aun cuando le tuviera no me opondría á tu felicidad... pero no me olvides, no dejes de venir á verme. Esto no te lo impedirá M. Gerondif, no es verdad?

—Seguramente que no... porque disfrutará de una dulce libertad... á condicion de que no abusará de ella. Ea, vamos Luisita, empaquetad vuestros efectos y despachad pronto. Luisa se apresura á disponerlo todo y se halla tan aturdida, tan fuera de sí que todo se le figura un sueño, su corazon salta de alegría á la idea de ir á Paris, pero no piensa en los placeres de aquella gran ciudad, no se acuerda de los magníficos trajes, la pobre niña no ve en este viage mas que una cosa; va á vivir en la misma ciudad que Querubin.

Mientras que Luisa hace sus preparativos, Gerondif llama á parte á la nodriza y le dice con tono grave é imponente:

—Ahora, honrada Nicolasa, voy á revelaros un secreto... Si yo me llevo á Luisa á Paris es sobre todo para sustraerla á las seducciones que se querian emplear para hacer sucumbir su virtud y coger la flor de su inocencia..... vuestro Querubin se ha hecho en Paris un seductor de profesion y nada se le resiste: se ha acordado de Luisa, la compañera de sus primeros años y ha dicho: debe de estar lindísima; quiero hacer de ella mi querida...

—Es posible, Dios mio! exclamó Nicolasa, mi Querubin un libertino...

—Lo mismo que tengo el honor de deciroslo; en Paris con una brillante fortuna se aprende muy pronto á ser lo que llaman un lyon, y lyon es lo mismo que seductor.

—Querubin un leon! Querubin que era un corderillo!

—Os repito que en Paris no se encuentran corderos. En una palabra, he pensado que vos no quereis coadyuvar á la perdicion de Luisa.

—Oh! habeis hecho bien señor profesor.

—Cuando venga Querubin á ver á Luisa le direis que hace mucho tiempo que está en Bretaña en casa de un pariente vuestro, y que ella está alli muy contenta.

—Está bien, Dios mio! Querubin un se-

ductor! por eso sin duda se ha olvidado enteramente de nosotros.

Luisa concluyó de hacer sulio de ropas y se puso un sombrerito de paja de no muy buen gusto pero bajo el que su rostro tenia sin embargo los mismos encantos. Se arroja en los brazos de Nicolasa diciéndola al oído:

—Cuando le vea le diré que es un ingrato por no veniros á ver.

Nicolasa cubria de besos la frente de su hija de leche, diciéndola:

—Si no te gusta Paris, si te fastidias en ese nuevo mundo, ya sabes que yo soy siempre tu madre, y que nuestro mayor placer será el que vuelvas aquí.

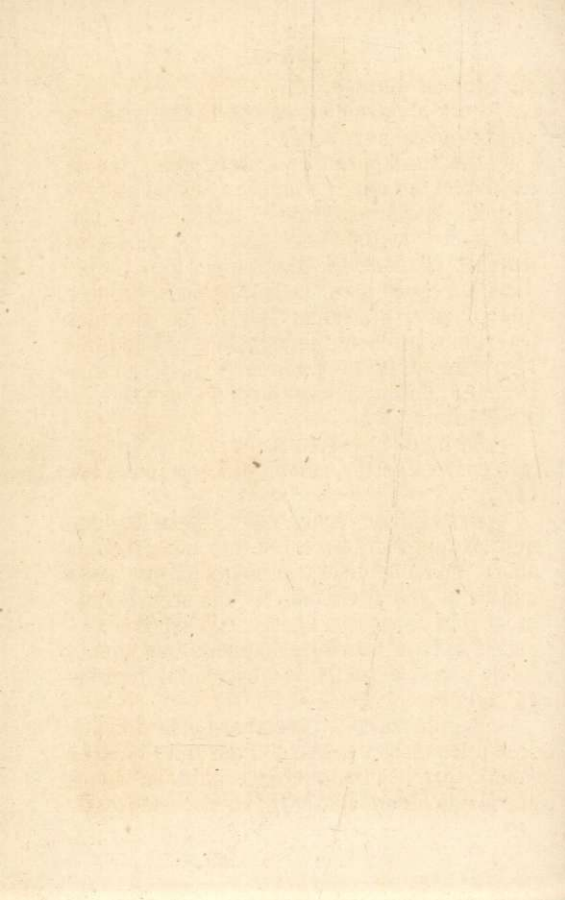
Gerondif se apresura á poner término á esta despedida tomando del brazo á la jóven. Luisa arroja aun una última mirada á su madre adoptiva y se aleja con el preceptor que habia hecho el sacrificio de alquilar un caruaje á fin de llevar mas pronto á Paris á la jóven doncella.

Durante el camino dijo á Luisa el preceptor:

—Quiero daros, amiga mia, algunas instrucciones preliminares sobre la conducta que debeis observar en la casa donde vais á entrar. En primer lugar, si os preguntan qué es lo que sabeis hacer, debereis responder



Se arroja en los brazos de Nicolasa diciéndola al oído: Cuando le vea le diré que es un ingrato por no veniros á ver.



sin titubear que todo.

—Pero cómo! señor, eso sería una mentira puesto que sé muy poco.

—Eso no importa, ya aprendereis, teneis un talento sin igual, y en poco tiempo sabreis de todo, lo que equivale á saberlo ya, con que haced lo que os digo; es necesario inspirar confianza; la modestia es muy perjudicial en estos casos. Debeis ademas conocer que no habeis de hablar del jóven marqués Querubin, ni decir que os habeis criado juntos: el mundo es muy mordáz y pudieran sospechar... en fin, es necesario no esponer la reputacion.

—Pero, qué podrian pensar?... es un crimen por ventura el amar á un hermano de leche?

—Hermano de leche, eh?... será lo que querais, pero voy á ver si me comprendeis ahora: mi noble discípulo no quiere que sepa que ha estado al cuidado de una nodriza hasta la edad de catorce años... ademas ya conoceis que un marqués no puede ser el amigo de una... doncella de labor; si tal digéreis se avergonzaria.

—Avergonzarse!... exclamó Luisa llevándose á los ojos el pañuelo. Pues qué, M. Gerondif, será posible que Querubin se averguence de mi amistad? Oh! no, no; estad tran-

quilo, no hablaré de él, nunca pronunciaré su nombre.

—Perfectamente, muy bien ó llavial no, vos no sois rubia, pero qué es eso? no faltaba otra cosa sino que os pusiérais á llorar por semejante niñería! Lo que os digo no es un obstáculo para que el marqués no tome un vivo interés en vuestra suerte... y yo lo mismo que me intereso estremadamente en ella... y algun dia tal vez... en fin dejemos por ahora esto, y solo os encargo... por vuestro bien, que seais prudente y discreta, y que no permitais á los jóvenes que se tomen con vos ciertas libertades equívocas... y que si tal hiciera le contesteis con un sendo bofetón..... porque debeis tener mucho cuidado en conservar ilesa vuestra reputacion y tan inmaculada como el cordero Pascual, hasta tanto que... pero, qué diantre! no quiero seguir mas adelante!

Y Luisa, la pobre Luisa no escuchaba ni estaba en estado de escuchar las palabras de M. Gerondif porque su imaginacion se hallaba demasiado ocupada con la idea de que su compañero de infancia se avergonzaba en el dia de conocerla. Esta idea destruia sus dorados ensueños; París habia perdido su encanto á los ojos de la pobre niña.

Empero, ya no era tiempo de volver atrás:

el carruaje penetraba en las calles de la ciudad, y ya M. Gerondif habia dado orden al cochero de llevarlos al barrio de Saint-Honoré.

Antes de llegar al sitio destinado, dijo Luisa al enamorado dómíne:

—Está cerca la casa dónde vamos de la que habita M. Querubin?

—Sí, no está muy lejos, querida mia, además de que en París no hay nada lejos y hay carruajes que en pocos momentos y por poco dinero os llevan adonde quereis, sin necesidad de que sepais el camino, lo que es muy cómodo para los estrangeros.

Llegaban aquí cuando el carruaje se detuvo en una hermosa casa cerca de la calle de la Concordia. El profesor hace apeaar á Luisa, y lleva la galanteria hasta el extremo de querer cargar con sus efectos; en seguida la dice:

—Seguidme; ya veis que es una hermosa casa... en el piso segundo: oh! son unos señores de la primera tijera! reparad en esta escalera puede cada escala servir de espejo segun el brillo que tienen! esto se hace con cera, y no sé que otra cosa; qué diferencia de este piso al de las casas del pueblo que son de tierra!

Al pronunciar estas palabras el maestro de

escuela se escurre, y se ve muy próximo á romperse las narices contra los bruñidos escalones, lo que era sin duda un castigo del Cielo por su ingratitud hácia el pueblo, pero logrando agarrarse al último escalon del tramo logra sin ningun grave accidente volverse á poner en equilibrio, aunque no sin decir con algun enfado:

—Ne quid nimis!... Demonio! bien pudieran no haber gastado tanta cera!

Luisa entre tanto sigue á M. Gerondif trémula y ruburosa al pensar que tenia que presentarse en casa de unas personas que no conocía, y que se veria sola en medio de un mundo tan nuevo para ella; la pobre huérfana suspira amargamente invocando la memoria de Querubin para tener valor en aquel lance tan sério para ella.

Comtois (que así se llamaba el criado de M. de Noirmont,) recibe á M. Gerondif que le presenta desde luego á su protegida.

La fisonomia de Luisa no podia dejar de prevenir en su favor, de modo que el ayuda de cámara al verla no pudo menos de mirar al preceptor con una sonrisa que mostraba estar satisfecho de la eleccion, diciéndole al mismo tiempo:

—Estoy seguro, M. Gerondif, de que la jóven no puede ser mas á propósito, y creo que

congeniará con la señorita. Ese aire de dulzura, esa modestia que revelan sus ojos... creo que llenarán cumplidamente los deseos de la señorita Ernestina que me tenia dicho... «Ten presente sobre todo que yo quiero una doncella jóven, y no una sesentona que me esté refunfuñando á todas horas si no hago lo que le parece. Mi señorita es muy alegre. Es cierto que es algo viva de genio y un tanto cuanto caprichosa... pero qué extraño tiene que á su edad?... pero por lo demas es la misma bondad y cuando se deja llevar de alguno de sus arrebatos nos pide perdon de su injusticia, lo que ciertamente no es muy general entre amos y criados.

—Paréceme esté criado algo charlatan, dijo para sí M. Gerondif sacando el pañuelo para sonarse.

Comtois despues de haber vuelto á mirar á Luisa siguió diciendo con un tono casi de triunfo.

—Sí, es lo que se necesita, y voy á presentaros á mi señorita... ah! cómo es vuestro nombre?

—Me llamo Luisa, respondió la jóven tímidamente.

—Luisa; perfectamente: este es vuestro nombre de pila; y el de vuestra familia cómo es? porque siempre es bueno saber...

La niña bajó los ojos avergonzada, y quedó muda, pero M. Gerondif se apresuró á decir:

—Luisa Frimousset... Frimousset es el apellido de familia.

—Frimou... Triset... es un nombre bastante raro; pero en fin esto no lo preguntaba mas que para conocer á las personas por su nombre y apellido; pues ya conoceréis que la señorita solo la llamará por su nombre de pila. Pero de qué estábamos hablando? ah! ya, ya me acuerdo, decia que iba ahora mismo á presentarla á la señorita. Si el ama estuviera aquí, naturalmente debia presentaros á ella; pero precisamente dá la casualidad de que está fuera de París hace quince dias; ha ido á ver á una tia que parece se halla gravemente enferma. Quería la señora haberse llevado á su hija, pero el amo no lo ha consentido, y ha dispuesto que se quede en París para ama de la casa, no porque no baste yo para ello, pero siempre una muger... qué sé yo? parece que una muger es diferente de nosotros... para esas cosas. Yo creo ademas que tampoco la señorita tenia muchas ganas de irse cuando no lo ha hecho... porque el amo á pesar de su severa fisonomía quiere á su hija mas que á las niñas de sus ojos, y no sabe negarla nada; tanto que algunas veces se enfada con la

señora porque dice que la trata á veces con demasiada aspereza... y que no la quiere como debiera; y acá para inter nos, hablando en justicia, y creo que mi señor se equivoca en esto, porque mi señora la quiere mucho. Verdad es que algunas veces no la habla apenas, y que corresponde con cierta segunda á sus caricias; pero hay dias y dias, y no siempre está uno del mismo humor.

M. Gerondif vuelve á sonarse estrepitosamente diciendo para sí:

—Trazas lleva este hombre de no concluir en este mes.

Despues se dirige á Comtois y le dice:

—Venerable ayuda de cámara, perdonad si os interrumpo; pero me se figura que yo no tengo precision de asistir á la presencia de nuestra jóven Luisa, puesto que me habeis ya dicho que es negocio concluido; asi es que con vuestro permiso me retiro encargándoos que cuideis de ella como si fuera hija vuestra.

—Estad tranquilo, M. Gerondif; esta señorita está en una buena casa y estoy segurísimo de que no tendrá por qué arrepentirse nunca de haber entrado en ella.

—Quedad pues con Dios Luisa. Vendré á menudo á informarme de vos... en fin, no os perderé de vista porque sereis continuamen-

te el norte de mi aguja... mi esperanza, mi fin, mi polígono!

La niña le alargó la mano á M. Gerondif que parecia querer abrazarla y le dijo á media voz:

—Le direis que ya estoy en Paris, no es verdad? decidle tambien que yo no he dudado un momento en venir sabiendo que así lo deseaba... que estoy muy triste desde que no le veo, y que mi único deseo es...

—Sí, sí, ya estoy: le diré todo lo que le debo decir, respondió el preceptor enseñando sus dientes aunque por esta vez no tuviese gana de reir; despues dando precipitadamente una media vuelta saluda á Comtois y sale con toda la ligereza que sus piernas le permitian. El criado le acompañó hasta la puerta y allí le vuelve aun á decir M. Gerondif:

—La chica es guapilla!... los jóvenes de Paris son muy libertinos... no tengo necesidad de deciros que tengais una escrupulosa vigilancia en cuidar de su inocencia, y que no la permitireis hablar con militares sobre todo.

—Caballero, respondió Comtois con un tono algo desabrido; aqui no entran sino personas honradas y no tengais cuidado de que la muchacha se pierda en esta casa: si la última doncella ha obrado mal, no es culpa mia, ade-

mas que por eso se la ha despedido.

—Vuestra respuesta disipa todas las nubes que hubieran podido oscurecer mi firmamento. Quedad con Dios, honrado Comtois y contad conmigo, y con mi aprecio.

Apenas salió M. Gerondif, Comtois volvió al lado de Luisa que quedó pensativa en la antesala; bízola señal de que le siguiese, atraviesa un salon, despues abre la puerta de otra pieza y se detiene en el dintel diciendo:

—Señorita... aquí está la doncella de que os habia hablado, que en este momento acaba de llegar.

—Oh! que entre... que entre al momento... tengo gran impaciencia de verla.

Comtois hizo entrar á Luisa que se adelantó temblando y sin atreverse á levantar los ojos; pero bien pronto se tranquilizó oyendo decir á Ernestina:

—Qué linda es! oh! me gusta infinito. Adelantaos, señorita; vamos, no tengais miedo de mí, yo no soy ninguna fiera, ni tengo una fisonomía severa como mamá, no es verdad Comtois? No creais por eso que mamá no sea buena... y papá tambien; cómo os llamais?

—Me llamo Luisa, señorita.

—Y qué edad tencis?

—Diez y siete años.

—Diez y siete años! ah! estais muy alta! yo no tengo mas que quince... y estoy muy poco crecida para mi edad... no es así?

Luisa no pudo menos de sonreirse, y levantando los ojos hácia la que iba á ser su ama, experimentó un sentimiento de alegría al ver una niña tan linda, tan pequeñita, con unos ojos azules y alegres que se habian fijado en ella con una espresion de bondad que la hizo deponer enteramente todo temor.

—No es verdad que soy muy pequeña para quince años? volvió á decir Ernestina.

—Señorita tiempo teneis aun para crecer.

—Oh! sí, y eso es lo que me consuela...
Habeis servido ya en París?

—No, ahora vengo de mi pueblo, aun no he servido en ninguna parte, por lo que estaré muy torpe al menos al principio; pero os prometo poner mucho cuidado en todo cuanto me digais, y aprenderé cuanto antes pueda para poder daros gusto.

La jóven Ernestina se puso á dar saltos por la habitacion; coge la mano de Luisa y la oprime entre las suyas exclamando:

—Oh! estoy loca de contento... conozco que os he de querer mucho, qué, ya os amo... á mí me gusta una persona desde que la veo por

primera vez, ó no me gusta nunca... Vos me amareis tambien, no es verdad?

—No debe costarme á lo que veo trabajo ninguno el amaros porque sois la misma bondad.

—Comtois, estoy contentisima... pero ha traído Luisa todos sus efectos? puede quedarse en casa desde ahora mismo?

—Sí, señorita, responde Luisa, puedo desde este mismo instante quedarme con vos si así lo quereis.

—Seguramente que sí; Comtois, tú la prepararás su cuarto, estás? la habitacion pequeña que hay al lado de la mia, y ten cuidado de que no le falte nada.

—Asi se hará, señorita.

—Ademas de que yo me enteraré por mí misma si está todo bien arreglado.

Y la jóven Ernestina tomando un aire de gravedad, prosiguió:

—Durante la ausencia de mamá debe una estar al cuidado de la casa... y reemplazarla en sus funciones... Ea Comtois, llevad los efectos de Luisa á su cuarto, y entre tanto voy yo á presentarla á mi padre..... Está en su cuarto?

—Sí señora.

—Vaya, venid Luisa..... no os asusteis..... tiene una fisonomía severa pero es tan bueno!

—Y si yo no agradase á vuestro padre? dijo Luisa temblando: si le pareciese demasiado jóven para estar en vuestro servicio.....

—No tengais cuidado, en cuanto yo diga que sois de mi gusto está todo concluido.

La jóven Ernestina atraviesa la alcoba de su madre, luego una piececita y llama quedito á una puerta diciendo:

—Soy yo papá.

Y la voz áspera de M. de Noirmont responde desde dentro:

—Y bien, qué quereis?

La niña abre la puerta del cuarto de su padre y asomando un poco la cabeza dice:

—Estás muy ocupado? vengo á presentarte una persona...

—Y qué persona es esa?

—La doncella que me han traido.

—Y para ese me incomodas? qué me importa á mí tu doncella? Cuidado Ernestina que abusais de mi paciencia!

—Eh! no te enfades papá; como mamá no está en Paris tú debes enterarte... yo no puedo llevar todo el peso de la casa.

M. de Noirmont dijo con un tono mas dulce:

—Vamos á ver, y dónde está?

Ernestina hace entrar á Luisa, cuyas rodi-

llas se doblan bajo su cuerpo de miedo porque la voz de M. de Noirmont estaba muy lejos de tener la dulzura de la de su hija.

Después de haber examinado por algunos instantes á la jóven aldeana la dijo M. de Noirmont.

—Qué edad teneis?

Antes de que Luisa respondiera dijo la jóven Ernestina:

—Tiene diez y siete años... no es verdad que está muy crecida para su edad?... pero qué bonita es!... me gusta infinito, se llama Luisa y no ha servido nunca..... pero tanto mejor, porque yo la enseñaré á mi gusto.

M. de Noirmont deja escapar una imperceptible sonrisa arrancada por las palabras de su hija y la dice:

—Me parece demasiado jóven para estar á tu lado.

—Y qué importa eso? al contrario, ya veis que es muy juiciosa... además que ya os he dicho que yo la formare... Comtois tiene tan buenos informes de esta jóven...

—En fin... si te convienes... Y dónde habeis nacido?

—En Gagny, respondió Luisa temblando.

—Gaguy! ah! sí, cerca de Paris... vuestros padres serán labradores.

Luisa responde con voz casi imperceptible:

—Sí señor.

—Y en lugar de tener al lado á su hija la envían á servir á Paris! en fin este es el uso general que tienen en los pueblos... y luego nos encomiarán las costumbres del campo! Por lo demas me parece honrada y creo que vuestra conducta no desmentirá lo que anuncia vuestro exterior; ademas de que conozco á Comtois y me fio de su prudencia... ea, andad con Dios.

M. de Noirmont hizo señal de que le dejasen solo, pero su hija corrió á abrazarle y luego salió con Luisa cerrando la puerta del cuarto:

—Veis? todo va á pedir de boca.

La jóven Ernestina conduce en seguida á Luisa á una linda habitacion que debia ocupar esta en adelante: la jóven ama examina escrupulosamente todo para ver si falta algo, y manifiesta en fin tanto interés por su doncella, que Luisa enternecida dá gracias á la Providencia de haberla traído á aquella casa.

El primer dia se pasó en darla instrucciones porque Luisa que no sabe mentir, confiesa francamente á Ernestina que está completamente ignorante de las obligaciones de su nuevo cargo, y que reclama toda su indulgencia. Ernestina repite con énfasis que ella la forma-

rà y no se inquiete por nada.

En casa de M. de Noirmont servia el criado á la mesa á menos que hubiese muchos convidados; el trabajo de la doncella se hallaba reducido á estar á las órdenes de madre é hija y ayudarlas á vestir y coser para ellas y para sí.

Luisa sabia perfectamente cuantas labores debesaber una muger, era activa y comprendia todo al momento; ademas la jóven Ernestina la enseñaba á bordar, á hacer colgaduras y otras labores que se ignoran en los pueblos pero que en París es necesario saber.

Hacia Luisa rápidos progresos, de modo que Ernestina decia á su padre.

—Oh! si vieras que contenta estoy con mi doncella!

—Segun eso sabrá perfectamente su obligacion.

—No, sinó sabia nada; pero tiene mucha disposicion, y yo ya la he enseñado á todo.

—Pero qué, no sabia hacer nada?

—Y qué importa eso? Todo lo que la enseño, al cabo de un par de dias lo hace mejor que yo misma... Oh bien segura estoy de que cuando venga mamá se quedará admirada de su habilidad.

El aire de modestia y de juicio de Luisa concluyó al fin por ganarse el afecto de M.

de Noirmont que ya le dirigia la palabra con mas amabilidad. Comtois estaba encantado por tan buena adquisicion y la cocinera no cesaba de ponderar su estremada bondad; en cuanto á Ernestina si alguna vez se impacienta y grita porque su doncella no se da buena maña á vestirla, un momento despues la estrecha en sus brazos pidiéndola perdon de su aturdimiento.

En fin, cada dia que pasa aumenta la aficion que experimenta hácia Luisa, y esta sería enteramente feliz si el recuerdo de Querubin no ocupase continuamente su imaginacion; y comienza á perder la esperanza de poderle hallar en París, porque sale muy rara vez de casa, y esto solo para hacer algunas compras para su jóven ama, en alguna tienda de los alrededores.

Tres semanas habian pasado desde que Luisa se halla al servicio de Ernestina, cuando esta la dijo una mañana:

—Mamá va á volver, y papá me ha dicho que estará aqui dentro de tres dias. Estoy muy contenta, porque ya hace mas de seis semanas que se marchó y me fastidio de no estar á su lado. Tambien mamá te amará como yo, y estoy segura de que estará muy contenta contigo.

Luisa no responde nada, pero se halla con-

movida y no puede darse cuenta á sí misma de la turbacion que experimenta al saber que va á ver muy pronto á Mad. de Noirmont.



XXI.

La primera cita.

Querubin habia seguido los consejos de Darena; escribe un billete amoroso aunque lleno de timidez á la jóven que habia visto en el Circo, y al dia siguiente, que Darena fué á ver muy temprano á su jóven amigo le encontró aun ocupado con la amorosa epístola.

—Estais escribiendo á vuestra hermosa estrangera?

—Sí, amigo mio, ahora justamente acabo de coneluir la carta que me habeis prometido hacerla entregar.

—A fuerza de oro amigo se consigue cuanto se quiere; todos los obstáculos ceden á su omnipotencia; con él se gana á los criados, se corromper la fidelidad de las damas, de los porteros, de las doncellas.... Oh! el oro, el oro!

Al decir estas palabras Darena vatentando uno por uno todos sus bolsillos, y añade:

—Pero para prodigarlo es menester tenerlo primero, y me hallo casualmente sin un maravedi.

Querubin abre una cómoda, saca un puñado de monedas de oro, y se lo da diciéndole:

—Tomad, amigo mio, tomad dinero, y cuidado con escasearlo. Recompensad generosamente á los que me ayuden al logro de mis deseos.

—Oh! en cuanto á eso queda de micargo... Ademas de que sois rico, y si vuestra fortuna no os sirve para satisfacer vuestros caprichos, tanto valia no tenerla. Y qué tal la carta, está en estilo apasionado?

—Sí, está escrita con mucho comedimiento.

—Comedimiento! Cómo es eso! quién se acuerda de tal cosa en una posicion como la vuestra con respecto á esa dama? Veamos que tal está.

Querubin coge la carta y principia á leer.

—Señora: os pido mil perdones de la libertad que me tomo en escribiros, pero.....

La carcajada de Darena interrumpió á Querubin, quien dice con algun enfado:

—Y qué motivo hay de risa en todo esto?

—Ah! ah! ah! pardiez que el principio es original, seguid.

Querubin prosiguió:

—«Pero yo me creeria el mas feliz de los mortales si pudiera tener el placer de visitaros, mi familia es conocida; soy recibido en las mas escogidas sociedades y...

—Basta, basta, exclamó Darena levantándose y ahogado por la risa.

Despues tomando la carta de manos de Querubin la rasga diciéndole:

—Eso no puede pasar, no habeis dado en el item.

—Pero qué, encontrais la carta demasiado atrevida?

—Todo lo contrario.

—Es que como es la vez primera que escribo una carta de este género...

—Tomad la pluma y escribid lo que voy á dictaros.

—Perfectamente; eso me gusta mas.

—«Muger mas que adorada, yo me abraso en vuestro amor, vuestros ojos son la llama,

vuestra sonrisa la hoguera, mi alma el incendio: habeis prendido fuego á todo mi ser..... Una palabra de esperanza, de amor, ó de lo contrario no respondo de mí, voy á suicidarme á vuestros pies, en vuestros brazos! Estérminio! Condenacion! maldicion, si no respondeis.

Querubin se detiene diciendo:

—Pero Dios mio, todo esto es espantoso!

—Precisamente eso es lo que se necesita.

—Ademas, os confieso ingénuamente que no comprendo muy bien el sentido de la carta.

—Si se comprendiese perdía toda la sublimidad.

—Pero por qué no escribir como se habla?

—Esto agrada infinito á las mugeres de cierto rango. A propósito no habéis á M. de Monfreville de esta intriga.

—Y por qué?

—Primeramente porque una intriga con personas tan distinguidas como estos polacos debe ser conducida con mucho misterio, y Monfreville es muy curioso, algo indiscreto... querria ver á la hermosa estrangera y todo lo echaria á perder.

—Etais muy equivocado si le juzgais de esa manera: no es ni curioso, ni indiscreto, todo lo contrario, es un hombre muy pruden-

te y muy razonable.

Darena se mordió los labios, viendo que en vano procuraba hacer perder á Querubin la buena opinion que tenia formada de Monfreville y respondió en tono burlon:

—Razonable! eh? prudente Monfreville! Ahora, pero no antes, y yo me acuerdo de su fama de calavera y de sus intrigas... Es verdad que de esto hace ya quince años y cuando el diablo envejece se hace ermitaño... yo por lo menos no cambio nunca, siempre soy el mismo. En fin, si condesciendo en ayudaros en vuestra empresa es con la condicion de que guardaréis secreto, por que la menor indiscrecion me comprometeria; sinó me echo fuera del negocio.

Querubin promete no decir nada á nadie de su nueva conquista, y Darena le deja prometiéndole volver cuando haya alguna novedad.

Apenas habia Darena salido de casa de su jóven amigo, cuando Jazmin se presentó delante de su amo. El viejo criado se acerca á él con un aire de importancia muy marcado y con mucho misterio, marchando con suma precaucion, como si temiese ser oido y le dice con tono dramático:

—Señor, ahí afuera una muger que quiere hablaros, quiero decir, hablar con vos...

si estais solo.

Querubin no pudo menos de echarse á reir al ver la figura de su viejo criado y de la maliciosa intencion que queria dar á su mensaje.

—Y quién es esa muger, Jazmin, la conoces tú?

—Sí señor, es una criada... Oh ella no viene por sí, sino enviada por su ama.

—Pues quién es, en resumidas cuentas?

—Pues qué, señor, no os lo he dicho ya?... es de la casa de Mad. Valdieri.

—De la linda condesa?... hálzla entrar al momento, Jazmin.

Querubin estaba impaciente por saber lo que le enviaba á decir la condesa. Jazmin salió á buscar á la embajadora que era una robusta mocetona de unos veinte años, de no mola catadura y que no se mostraba de modo alguno sobrecogida al presentarse delante de un caballero. El viejo criado despues de haberla introducido en el cuarto de su señor, y creyéndose sin duda en los tiempos de su difunto amo, quiere al marcharse hacer pasar su arrugada mano alrededor de la cintura de la muchacha; pero se las compuso de modo que escurriéndosele un pie tiene que quedar colgado de ella; felizmente la doncella de la condesa era de mejores cimientos que el viejo ayu-

da de cámara, y aquella se contentó con reirse del atrevido vejete que se marchó avergonzado y confuso.

Luego que hubo salido Jazmin, la criada sacó del bolsillo del delantal una perfumada carta que presentó al joven marqués diciéndole:

— La señora me ha mandado que os entregue este billete encargándome que no me fuese sin la respuesta.

Tomó Querubin el billete, trémulo de placer y en tanto que la discreta mensajera se retira algunos pasos, lee con ansia la misiva que estaba concebida en los términos siguientes:

«Sois muy poco amable pues hace muchos dias que no os dejais ver; si quereis hacer las paces conmigo, dedicadme algunos momentos y venid hoy por la mañana á dar vuestra opinion sobre unos versos que me han dedicado, os espero á la una.»

Querubin no sabe lo que le pasa y lee y relee el billete creyendo que todo aquello era un sueño; en fin, despues de algunos momentos dice á la doncella de la condesa:

— Decid á vuestra señora que acepto con mucho placer la invitacion que me hace y que á la una sin falta estaré en su casa.

— Pero qué señor, no respondeis por es-

erito?

Querubin duda un momento, se acerca á la escribanía conociendo que no debía desperdiciar la ocasion que le presentaba de mostrarse galante y enamorado con la bella condesa, pero se acuerda en aquel momento de que Darena le habia dicho que no entendia una palabra de billetes amorosos, y temiendo hacerse ridículo arroja la pluma diciendo:

—No tengo ahora tiempo para escribirla, ademas de que tengo demasiadas cosas que decir á vuestra ama y no sé por donde principiar, decidle solamente que no me haré esperar.

La muchacha se sonrie, hace una pequeña reverencia y parece esperar á que el jóven deslice alguna cosa en su bolsillo y tome en su rostro alguna cosa á cuenta de lo que tomaría en el de su ama, pero viendo que no hacia ni lo uno ni lo otro, se encogió de hombros y salió de la habitacion teniendo gran cuidado al pasar por la antesala de no acercarse al viejo Jazmin que aun parece perseguirla y diciendo entre dientes:

—El criado es demasiado viejo! pero el amo es demasiado jóven.

Querubin entre tanto estaba loco de contento, la carta de la condesa le hace olvidar enteramente la aventura del Circo, es muy

natural no pensar sino en la felicidad que se presenta; una realidad arroja del pensamiento la mas lisonjera esperanza.

Querubin mira el reloj y ve que aun no son mas que las once y media, pero como quiere presentarse vestido con toda la elegancia posible, llama á Jazmin que traiga sus mejores ropas, dudando qué frac se habia de poner; envia á buscar al peluquero y á cada momento se levanta y corre á mirarse al espejo, diciendo á su viejo ayuda de cámara que perfume su pañuelo, y Jazmin vierte en él tres ó cuatro pomitos de esencia de rosa diciendo con un tono malicioso:

—Qué es lo que yo decia señor?... Ya empezamos á hacer locuras!... seguramente que no me disgusta el principio.

En tanto que se viste Querubin, está pensando en la condesita con la que vá á tener por la vez primera una entrevista sin testigos; revuelve en su imaginacion las palabras que deberá decirla y no se haya muy tranquilo por este lado. Está muy satisfecho del lance, pero quisiera que viniera Monfreville y le indicase de que manera se habia de conducir con una jóven que la convida á que la lean unos versos.

Ya es demasiado tarde para ir á consultar á Monfreville y se acerca la hora de la visita.

Querubin ha concluido de vestirse sin advertir que Jazmin ha empapado todas sus ropas de olores. Su pañuelo con esencia de rosa, el frac con agua de Portugal y el chaleco con Patchouli; se mira otra vez al espejo y no muy descontento de su figura, sube en el tilbury y se dirige á casa de la condesa de Valdieri.

Por aquella vez era la doncella la encargada de recibir; esta introdujo á Querubin por unos corredores á un gabinetito alhajado con una primorosa elegancia y donde habia una claridad tan ténue, tan misteriosa que apenas se veian los objetos que en él habia. Sin embargo al cabo de algunos momentos la vista de Querubin se fue haciendo á aquella dudosa luz y vió á la hermosa condesa recostada en un magnifico confidente.

Querubin hizo entonces un profundo saludo diciendo:

—Perdonad señora.... hasta ahora no os habia visto..... como estaba tan oscura la pieza!.....

—La encontrais oscura? Oh! pues á mi no me gusta mucha claridad... me fatiga la vista. Sois muy amable M. Querubin en sacrificarme algunos instantes... vos que sois tan deseado en todas partes.

—Señora, me dais sumo placer en.....

en..... pero yo no os respondo de leer bien los versos...

La condesa se sonrió y le hizo seña de que se sentase á su lado. Querubin se sintió lleno de turbacion al sentarse en el confidente que era muy estrecho, lo que le obligaba á estar rozándose con la jóven condesa.

Entonces reinó un momento de silencio. Emma, á quien parecia halagar aquella turbacion, se decide por fin á romperla, lo que seguramente no acostumbraba á hacer.

—Qué tal os parece mi gabinete?

—Me gusta infinito... pero me parece un poco oscuro para leer versos.

—Os gusta mas el gabinete de Mad. Celival que el mio?

—Jamás he estado en él, señora, asi es que no puedo decidir.

—No lo creo, me engañais.

—Os aseguro que...

—Os he dicho que no lo creo: por lo demas no se os puede acusar de que lo negueis, porque la discrecion es la condicion primera que se debe exigir en asuntos de amor.

—La discrecion!...

—Oh! aparentais una candidez admirable... pero yo no me dejo engañar de esa aparente inocencia... Pero qué olor tan fuerte! trascendeis á esencia de rosa.

—Os incomoda este olor?

—Tengo los nervios tan irritables!... pero no creo que por ahora...

Y la hermosa condesa se recuesta negligentemente en el respaldo, y poniendo el pañuelo sobre su rostro deja escapar un profundo suspiro.

Querubin la mira sin atreverse á pestañear y vuelve á reinar un largo silencio, hasta que no sabiendo cómo romperle dice por fin:

—Y cómo está vuestro esposo?

La condesa responde con una risa forzada:

—Mi marido pasa el dia cantando: con tal de que tenga música no quiere mas.... Dios mio! qué olor tan fuerte á Patchouli! me se vá la cabeza!

Al decir estas palabras, la bella condesita reclina su rostro en el hombro de Querubin, de modo que casi se roza su cara con la del dichoso jóven que no se atreve á moverse.

Al cabo de corto intervalo dice este por fin:

—Señora, me parece que tenia que leeros unos versos....

La condesa levantó bruscamente la cabeza y la apoyó en el lado opuesto sobre un almohadon del confidente respondiendo con aire descontento:

—Oh! Dios mio! teneis una memoria... Bien, ahí teneis el Album, leed.

Cojió Querubin el Album y despues de haberlo hojeado un momento dijo á la condesa con timidez:

—Qué es lo que quereis que os lea?

—Ah! leed cualquier cosa! lo primero que encontreis.

Querubin abrió de nuevo el album y leyó.

«Los versos que me pedís, encantadora condesa....»

—Ah! esa composicion es del loco M. Dalbone, dijo con impaciencia Mad. de Valdieri, es hombre que se enamora de cuantas vé. Os sucede á vos lo mismo, M. Querubin?

—Yo, Señora! únicamente... pero supuestoque esto no os agrada, seguiré en otra parte... *Historia de una sonrisa.*

—Oh! eso es muy largo.

Y la linda condesa que no tiene gana de oír leer la historia de una sonrisa, y que cree que Querubin se está burlando de ella, toma un partido desesperado; se deja caer sobre el respaldo del confidente diciendo:

—Ay! no me puedo sostener, se me vá la vista, ese olor me ataca los nervios...

Querubin dá un grito de espanto, deja caer el Album y mira á la encantadora condesa que ha tomado una posicion la mas graciosa que pudiera inventar la mas refinada coqueteria y cuyos ojos casi cerrados no anunciaban

á la verdad ningun peligro de consideracion. Pero en lugar de reparar todo esto, Querubin se levanta, recorre la habitacion buscando algun elixis y esclamando:

—Dios mio! vais á desmayaros... y yo tengo la culpa! voy á llamar para que vengan á socorreros.

—No, no llameis á nadie, dijo la condesa suspirando y acabando de cerrar los ojos.

—No hay duda, se ha desmayado! y Querubin sin saber lo que se hacia tira con violencia del cordon de la campanilla.

La doncella sorprendida de aquel alboroto entra en la habitacion y Querubin la señala á su ama desmayada en el confidente diciéndola:

—Venid al momento! socorredla! Yo me voy porque mientras esté aqui no puede volver en sí, puesto que soy el que tengo la culpa de su desmayo por las esencias que llevo en la ropa: decid á vuestra ama cuando vuelva en sí que me perdone este mal rato.

Y tomando el sombrero Querubin salió precipitadamente dejando sorprendida á la doncella y á la condesa cuyos ojos estaban enteramente abiertos.

Volvió á su casa Querubin, maldiciendo á su criado que habia hecho una perfumería de su traje, encontró alli á Monfreville á quien

contó lo que le acababa de suceder.

Cuando concluyó de hablar el jóven marqués, Monfreville le miró con una cierta expresión burlona y le dijo:

—Querido marqués, siempre he sido franco con vos; y lo que es en esta ocasión no puedo menos de deciros que os habeis portado como un chiquillo.

—Como un chiquillo! y por qué?

—Si; como un chiquillo sin experiencia, porque cuando una bella muchacha os concede una cita, con esos antecedentes, debiera bastaros esto solo para conocer que lo que realmente os pide es que la hagais la corte y no para haceros su lector, porque los versos no eran mas que un pretesto.

—En efecto yo tambien tenia idea de que... pero no me atrevia... y con todo sino hubiera sido por el funesto accidente del desmayo...

—Precisamente ese funesto accidente era el que os ofrecia una completa victoria. Sois un niño, mi querido Querubin, y si esta aventura se llega á saber, no os hará mucho favor.

—Me haceis desesperar, Monfreville... pero como yo no sabia... Oh! yo repararé mi falta, y la primera vez que vuelva á ver á Emma en particular, no llevaré en mis vestidos n

una sola gota de esencia, ademas de que... no dejaré escapar la ocasion.

—Me alegraria infinito que pudiéseis recobrar lo perdido... pero lo dudo.

—Y por qué?

—Porque con las mugeres... y sobre todo con las que son coquetas, una ocasion perdida no se repara jamás, asi es que me atrevia á apostar cualquier cosa á que no os vuelve á dar otra cita.

—Lo creeis así? Y si yo se la pidiese?

—Os la negaria.

—No creo que hiciera semejante cosa! bien sabe que si me marché fue por su bien.

—Pobre Querubin! qué poco mundo teneis! pero sin embargo vamos esta noche á casa de Mad. Celival donde estará regularmente la condesa.

Querubin aceptó la proposicion; espera con impaciencia que llegue la noche; porque está desesperado de su necio comportamiento con la linda Emma, y sin embargo no puede creer lo que le habia pronosticado Monfreville, estando persuadido de que no será mal recibiendo de ella.

Llegó por fin la deseada hora, Monfreville viene á buscar á su jóven amigo y marchan á casa de Mad. Celival. Estaban concurridisimos los salones; pero la condesita no

estaba allí, y Querubin que la busca por todas partes y que esperaba verla entrar á cada momento tenia una inquietud que no se escapó á Mad. de Celival; la astuta viuda le hace la guerra con todas sus fuerzas y procura retenerle á su lado, basta que por fin se presenta Mad. de Valdieri acompañada de su marido.

Nunca se habia presentado la condesa engalanada con tanta gracia, con tan elegante coquetería; jamás habia llevado un traje que mas hiciese resaltar sus encantos; diriase que para tomar venganza de lo que por la mañana le habia sucedido habia jurado aquella noche ser la codicia de todos los adoradores.

Todos se deshacian en elogios de la incomparable condesita; Quérubin no hablaba una sola palabra, pero no se cansaba de mirar á Emma diciendo entre sí:

—(Y esta mañana... estaba yo sentado á su lado y los dos estábamos solos en su gabinete, y apoyaba su cabeza sobre mis hombros y... Ah! yo creo que Monfreville tiene razon; he sido un mentecato.)

Querubin espera á que la rindiesen homenaje toda la turba de adoradores, y cuando halló un momento en que estaba sola se acercó á Emma, diciéndola con todo de intimidad:

—Y que tal, señora, estais mejor que esta mañana? no ha sido de consecuencia vuestra indisposicion?

La condesa arrojó sobre Querubin una desdenosa mirada y fue á sentarse al lado de una señora con la que entabló una conversacion muy divertida, á juzgar por las frecuentes risas que escitaba.

El jóven marqués quedó como anonadado y fue á sentarse en un rincon de la sala diciendo:

—Qué espresion! qué mirada! cualquiera diria que es la primera vez que me ha visto.

Monfreville que se habia sentado en una de las mesas de juego, no podia ir á consolar á su amigo y hacia largo rato que este se hallaba en aquel estado de estupefaccion, cuando sintió una mano que se apoyaba suavemente sobre su hombro mientras que le decian casi al oido:

—Qué haceis aqui? parece que estais fastidiado... me parece que Mad. de Valdieri no os ha tratado muy bien esta noche.

—Ah! señora, sois vos?

—No es cierto que he adivinado... estais incomodado con la condesita?

—Yo! de ninguna manera...

—No quereis confesarlo, muy bien... eso prueba al menos que sois discreto, lo que os

valdrá mucho con las damas.

—Parece, pensó Querubin, que todas se han dado de ojo para decirme lo mismo.

La bella viuda se sentó un momento al lado de Querubin, y le dijo:

—Debeis haberos portado muy mal con ella para que os trate de esta manera.

—Os aseguro que no he dado motivo alguno. Esta mañana tan solamente me preguntó, si vuestro gabinete era tan bonito como el suyo. Yo la respondí que no lo sabía, y ella me dijo que era un embustero; sin embargo ya veis que decia la pura verdad.

—Ah! os ha preguntado eso? Luego lo que decís prueba que vos habeis visto el suyo, dijo comprimiendo su despecho Mad. Celival. Oh! la condesita!... pero á la verdad es demasiada curiosidad de su parte el preguntaros si habeis visto mi gabinete.. y vos habeis dicho que no?

—Me parece, señora, que no podia decir otra cosa... hubiera sido una mentira.

—Teneis M. Querubin una conciencia sumamente escrupulosa... como si en el mundo no hubiera que mentir á cada paso! bien sabeis que á veces es indispensable. Ahora bien, yo quiero que tambien conozcais mi gabinete para que podais responder afirmativamente á la condesa cuando otra vez os

lo pregunte... mañana os espero para almorzar.

—Ah! señora, tanta bondad.

—Vendreis, eh? os será permitido el venir?

—Pues qué, no soy libre en mis acciones?

—Tal vez... con que mañana á las doce os espero en mi gabinete y examinadlo bien para que podais dar á la condesa vuestra opinion en el asunto.

—Oh! apuesto sin haberlo visto que el vuestro es mil veces mejor.

Mad. Celival se sonrió y apoyando suavemente su mano sobre la de Querubin le dijo al separarse de él:

—Hasta mañana.

Querubin rebosando de placer por su nueva fortuna olvida los desprecios de Mad. de Valdieri y recobra su buen humor; se acerca á Monfreville que estaba aun jugando y le dice al oído:

—Amigo mio, ya tengo otra.

—Otra qué?

—Otra cita á solas para mañana.

—Con la misma persona?

—No, con Mad. de Celival.

—Sois el niño mimado de la fortuna, pero procurad dejar mejor sentado vuestro honor esta vez que la pasada.

—Oh! tranquilizaos... lo que es esta vez

ya cuidaré de no llevar esencias... pero vais aun á jugar mucho tiempo?

— Ahora volvemos á empezar.

— Ea, pues, quedad con Dios, voy á marcharme.

— Pues me parece que no os debia fastidiar la reunion.

— Es que Mad. de Valdieri me está mirando toda la noche con un aire burlesco, y quiero que por esta noche no se divierta mas á mi costa.

Querubin se marcha á su casa pensando sin cesar en Mad. Celival, y muy ocupado con la cita que habia dado para el dia siguiente.



XXII.

Un gabinete.

Cuando un jóven está enamorado, y mas aun, cuando por la primera vez va á verse á solas con el objeto de su amor, siempre se despierta temprano; no es cierto por esto, que experimentase Querubin por Mad. Celival un verdadero amor, asi como por ninguna de sus conquistas; pero tenia poca esperiencia para saber calificar los sentimientos que experimentaba, y se cree enamorado hasta lo sumo de Mad. Celival.

Habia apenas abierto los ojos, cuando llamó á Jazmin, que á pesar de su edad era el

primero que se levantaba para ponerse al lado de su señor; pero este por entonces no queria vestirse, y solo le dijo:

—Ayer, Jazmin, habeis hecho cosas lindísimas!

—Qué es lo que he hecho yo ayer? preguntó el viejo criado admirado del tono de mal humor con que le hablaba su amo.

—Me habeis empapado de esencias... habeis hecho de mí una perfumeria ambulante.

—Me parece que por eso no he hecho nada malo.

—Nada malo! bien conoceis que esos olores fuertes dañan á las mugeres nerviosas, habeis sido la causa de un desmayo.

Jazmin estaba desconsoladísimo, y para reparar su necesidad de la vispera, propuso á su amo el que llevase alcanfor en los bolsillos, pues le habian dicho que el alcanfor era muy bueno para los nervios: pero Querubin no quiere, y prohíbe espresamente á Jazmin que le vuelva á perfumar de ninguna manera, teniéndose que enfadar para que no lellen los bolsillos de alcanfor.

Cuando se hubo vestido para salir á la calle se aseguró Querubin de que no tenia olor alguno, y esperando que llegase la hora de la cita, entretiene el tiempo pensando en la hermosa viuda: lo que mas le inquieta es el al-

muerzo, diciéndose á sí mismo.

—Cuando uno almuerza con una jóven á quien ama, deberá comer, le será permitido satisfacer su apetito?... Dios mío! se me ha olvidado consultar á Monfreville sobre este asunto y estoy temiendo cometer una nueva necedad... pero qué es lo que siempre me echan en cara? el ser tímido... y sino como tendré el aire mas bestia del mundo; al contrario comiendo y bebiendo bien adquiriré cierto aplomo, cierto atrevimiento... oh! sí, sí, es preciso comer mucho.

Llega por fin la hora del almuerzo y Querubin se dirige á casa de Mad. Celival; su corazon late con violencia al seguir á la doncella que le conduce al temido gabinete, pero piensa entre sí:

—Oh! lo que es hoy no seré tímido... comeré mucho.

El gabinete de la hermosa viuda era un delicioso cuartito tapizado de terciopelo de color de violeta, una riquísima y blanda alfombra cubre el suelo y espesas colgaduras dejan apenas penetrar en él la luz.

—Segun veo, dijo para sí Querubin, á todas las damas las gusta la oscuridad, pero por fortuna hoy no tengo que leer versos.... y lo que es para almorzar sobrada luz hay... además de que la oscuridad debe hacerle á

uno mas atrevido, y sin duda por eso las mujeres destierran la luz de sus gabinetes.

Mad. Celival esperaba á Querubin: su traje era sencillo, pero dispuesto de una manera favorable para hacer resaltar sus bellas proporciones; sus hermosos cabellos negros descendian en prolongados rizos por los lados de su cara, y sus ojos centelleaban bajo las cintas de color de amaranto que adornaban su prendido.

La bella viuda acogió á Querubin con una amable sonrisa que hubiera sido suficiente para ahuyentar la timidez de otro que no fuera él; el jóven marqués sin embargo lucha consigo mismo para vencer su cortedad, y queda en contemplacion delante de la hermosa Mad. de Celival.

—Y bien, M. Querubin, qué os parece mi gabinete? sin duda no os agradará tanto como el de la condesa.

—Oh! nada de eso!... el vuestro es tambien lindísimo... casi me gusta mas...

La viuda se mordió los labios diciendo:

—Me lo decís solo por cumplimento.

—Sin embargo, ambos me parecen muy sombríos.

—Es que la luz daña mucho á los ojos..... yo no la puedo sufrir.

—Sin embargo, señora, no debéis vos te-

mer el que os vean... cuando una jóven es tan bella...

Y Querubin no pudo decir mas, admirándose de cómo habia dicho tanto.

—De veras! os parezco bien?..... Oh! los hombres... les cuesta tan poco á los hombres el decir lo que no sienten!

Y al decir estas palabras, Mad. Celival se recuesta negligentemente sobre el divan de terciopelo en que estaba sentada, y su hermoso seno se pone turgente, mirando á Querubin que sentado en una silla en frente de ella baja los ojos y no se atreve á hablar.

Despues de un largo silencio, Mad. de Celival viendo que Querubin no pensaba en entablar conversacion, exclamó:

—Pero ya habia yo olvidado nuestro almuerzo? teneis apetito?

—Oh! tengo una hambre devoradora.

—Y parece que el hambre os quita el uso de la palabra! pero porqué no lo deciais. Quereis tirar de esa campanilla?

—Sí, si, será lo mejor, dijo Querubin tirando un fuerte campanillazo.

Se presentó la doncella y Mad. Celival la dice:

—Que nos sirvan el almuerzo!

Y añadió volviéndose á Querubin:

—Aqui mismo podremos almorzar, porque

asi no nos interrumpirán; si vienen algunas visitas, decid que no estoy en casa... no os parece bien Querubin?

—Me parece muy bien pensado!

La doncella coloca una mesita y pone dos cubiertos, y nota Querubin que todos los platos los coloca al lado en una almohada. Mad. de Celival dice á la doncella:

—Si os necesitase yo os llamaré.

—Ahora, dijo la encantadora viuda presentando la mano al jóven marqués que estaba estasiado mirandola, tomad asiento y perdonadme el que os trate con tanta franqueza, aunque en verdad este no es un almuerzo de ceremonia.

El desayuno, sin embargo, pudiera haber hecho honor á la mesa de una princesa; y algunas botellas de Champaña y otras varias clases de vinos anunciaban que no había sido preparado para ella sola.

Querubin se coloca al lado de Mad. Celival que le pone de todos los platos, pero que come muy poco; mas en compensacion el marqués come por los dos. Desde que se sentó á la mesa, se sentia menos atado y con mas ganas de hablar; conoce que asi va perfectamente, y creyendo que el comer y beber bien, le daba cierto aplomo y cierta jovialidad hace honor á todos los platos que le presentan, y be-

be cuanto se le pone delante de los ojos.

Mad. Celival sabe entretener la conversacion con suma gracia, y está encantada de ver que su jóven huésped hace honor al almuerzo.

—Seguramente, dijo sonriendo, no me admiro ahora de que nada me habláseis! si estábais muerto de necesidad.

—Es verdad, señora, tengo un gran apetito... además de que al lado vuestro no puede uno menos de tenerlo.

—No sé si deba tomar esto por un cumplimiento. Hay un refran propio para el caso y que no me hacia mucho favor.

—Cuál?

—Ya que no lo sabeis, no quiero yo decíroslo. Apartad esta mesita y traed hacia acá esos postres... He mandado traerlo todo de una vez para no tener que andar llamando á cada paso; no os parece que cambiemos de mesa?

Estas últimas palabras fueron acompañadas de una mirada tan tierna que Querubin no pudo menos de estremecerse; para sosegarle un poco, se levantó para traer los postres y Mad. Celival que deseaba ver concluido el almuerzo se apresura á servir á su convidado de todo; Querubin mira con atencion una compota de ciruelas y dice:

—Qué es eso?

—Son ciruelas; qué no la conoceis?

—Yo, no... esta es la primera vez que las veo, porque en casa de mi nodriza nunca las he comido.

Mad. de Celival soltó una carcajada diciendo:

—Ah! en casa de vuestra nodriza! Oh! qué bueno es eso! quien os oiga creeria que hace poco habíais dejado de mamar!

Querubin se quedó cortado, porque conoció que habia dicho una necesidad, pero se quedó admirado al ver que la viuda la habia tomado como un chiste y aceptó con sumo placer las ciruelas que le presentó la linda mano de Mad. Celival.

—Ahora bien, dijo la hermosa viuda al cabo de un rato, qué tal os parece el manjar que no comíais en casa de la nodriza?

—Le encuentro delicioso!

—Quereis repetir?

—Pero vos no tomáis nada?

—Yo nó; no tengo gana.

—Y por qué?

—Por qué la pregunta es singular... esque las mugeres no se parecen á los hombres... y cuando tienen la imaginacion ocupada en otra cosa... se alimentan con sus pensamientos, y esto las basta.

Estas últimas palabras fueron dichas con un acento que indicaba que no estaba muy satisfecha de su huésped, porque Mad. Celival empezó a creer con fundamento que Querubin tenía almuerzo para mucho tiempo; sin embargo, como muger de mundo conociendo su deber, no dejó por eso de servirle de todos los platos que había.

No obstante la encantadora viuda había separado la silla de la mesa, toma una cucharada de café y deja la taza sobre la chimenea; en seguida va á sentarse sobre el divan diciéndole á Querubin con una voz que penetraba hasta el corazón:

—Qué, no venís á sentaros á mi lado?

Querubin empezó á comprender de que había llegado el momento de ocuparse de algo mas que del almuerzo; deja la mesa, da algunos paseos por el gabinete admirando los esquisitos bordados de la tapicería y se estasia delante de Psichis y el amor y delante de una Odalisca sencillamente recostada en un riquísimo lecho, porque Querubin sin ser libertino estaba destinado para los placeres; despues de esto se sienta al lado de Mad. Celival que le dice:

—Os gustan esos grabados?

—Sí, todas esas mugeres son tan bellas... sobre todo la Odalisca.

—El pintor no ha querido ocultar sus encantos... Y para hacer admirar mas su belleza la ha querido presentar en toda su estension... en pintura es permitido esto... los artistas tienen cierto privilegio, en fin todo se puede perdonar al talento y al amor.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de un suspiro. Querubin levanta los ojos hacia la linda viuda; nunca le habia parecido tan seductora porque sus ojos brillaban con un fuego á la par dulce y abrasador, y su boca entreabierta parecia pedir mas de lo que pudiera imaginarse el inesperto marqués. Este al fin se decide á cogerla una mano que fácilmente se la abandona; se extasia mirando aquella deliciosa mano tan blanca, tan torneada, y no se atreve aun á llevarla á sus labios; pero la oprime con ternura y lejos de retirarla la siente responder á sus caricias. Animado con esto Querubin va á cubrir de besos aquella preciosa mano, pero su timidez le detiene de nuevo...

—Qué teneis, Querubin? le dijo Mad. Cevalal admirada de verle tener su mano en el aire sin besarla.

—Oh! no tengo nada, señora.

Querubin sin embargo está cortado, y vuelve á dejar sobre el divan la mano de Mad. Cevalal.

—Decidme, qué teneis? volvió á decir la hermosa viuda con un tono de reconvencion y de ternura. Parece que estais distraido, preocupado... sabeis que esto no es mostrarse amable conmigo?

—Os aseguro que nada me sucede... os equivocais.

Y Mad. Celival arrastrada aun por el tierno sentimiento que le inspiraba Querubin, se acerca mas á él y quiere cogerle la mano; pero este, asustado, se retira hácia atrás y dice con una voz ahogada:

—Ah! señora, no me toqueis, por todos los santos del cielo!...

—Qué es eso, caballero, creed no que tengo deseo alguno de llegaros, respondió Mad. Celival ofendida del terror que acababa de pintarse en el rostro del jóven; y tengo derecho para quejarme del mal humor que se ha apoderado repentinamente de vos. Creia yo que manifestándoos el placer que esperaba en estar á vuestro lado no os infundiria... espanto. Ah! ah! esto es muy bueno.

—Perdonad, señora... pero habia olvidado una cita... y me es preciso el dejaros.

—Como! Caballero! dais una cita cuando sabeis que teniais que venir á almorzar conmigo... Oh! sois amable en extremo! y no podré creer que tanta prisa tengais ahora de

repente que os sea preciso para partir en este instante.

—Oh! creedme, tengo una prisa! Adios, señora, adios!

Querubin despues de dardos ó tres vueltas por el gabinete corriendo como un loco para buscar su sombrero, le coge por fin, se arroja hacia la puerta y la da tal empujon que por poco la hace astillas; en seguida echa á correr por aquella pieza como si temiese ser perseguido, dejando á Mad. Celival estupefacta.

Querubin llega por fin á su casa maldiciendo su timidez y la desgracia que cree perseguirle por todas partes

Aquella misma tarde fué Monfreville á ver á su jóven amigo con gran deseo de saber qué tal se habia portado con Mad. Celival.

Querubin miró á su amigo con una cara tan lastimosa que este no sabia que pensar. Despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta de su cuarto, cuenta á Monfreville el esceso de timidez que le paralizó en su segunda cita galante.

—Seguramente, querido amigo, no puedo menos de compadeceros por la posicion en que os habeis colocado.

—Cómo ha de ser! ya no tiene remedio; pero yo lo remediaré otra vez...

—Es que no os imagineis que Mad. de Cevallos vaya á dar otra cita: habeis perdido todo vuestro favor con ella y con la condesita y es una conquista á que debeis renunciar;

Querubin estuvo de mal humor todo el dia. Parecíale que le perseguia la fatalidad en todos sus amores y estaba creído en que siempre sucederia lo mismo; pero aquella misma tarde Darena fue á verle y á decirle el resultado de sus trabajos con respecto á la jóven polaca.

—Victoria! exclamó Darena dando un golpecito en el hombro del jóven marqués, la cosa marcha perfectamente, vuestros amores llevan una marcha prodigiosa.

—Habeis conseguido por ventura alguna cita para mí? preguntó Querubin con espanto.

—Todavía no; aun no estamos en ese caso porque la jóven condesa polaca tiene muchos guardas de vista, muchos cancerberos.

—Con que es una condesa?

—Sí, la condesa de Globeska, esposa del conde de Globeski... un aristócrata de primer orden, que tuvo que huir de su pais por un crimen de alta traicion, y que es celoso lo mismo que un tigre, y siempre hablando de dar de puñaladas á su esposa, si llegase á saber que concedia á algun hombre un solo cabello.

— Debe ser un hombre feroz!

— Lo que es eso no importa un bledo; las mugeres no temen á los puñales en casos semejantes; al contrario, gustan de arrostrar los peligros; he logrado hacer llegar á manos de la condesa vuestra amorosa epístola... La cosa no era fácil á la verdad, y me ha sido necesario esparcir oro á manos llenas, y aun tomarle prestado porque no tenia bastante... sé que me lo devolvereis, y creo que no me tachareis de ser liberal en servir vuestros amores.

— Todo lo contrario, querido amigo, y os doy por ello infinitas gracias; pero en fin, no ha dado respuesta alguna por escrito?

— No: y es porque sin duda no escribe bien el francés; las mugeres tienen mucho amor propio, y temen el ridículo; en fin, la encantadora Globeska ha respondido de viva voz y lo que ha dicho vale mas que cuanto pudiera escribir...

— Pero qué es lo que dicho?

— Dejame acabar: «estoy unida á un tirano que detesto, y si ese jóven francés encuentra medio de arrancarme de sus brazos estoy pronta á seguirle hasta el fin del mundo y me precipito en sus brazos.» Qué tal? qué me decís ahora, feliz Lovelace? á lo que veo está loca por vos.

—De veras? oh! qué felicidad! esa muchacha me gusta mas que cuantas hasta ahora he visto y se me figura que con ella estaré mas resuelto que con todas esas mugeres de gran tono que siempre me causan un respeto supersticioso.

—Oh! lo que es en cuanto á eso, yo os aseguro que es muy diferente de todas esas cortesanas... los polacos no gustan de ceremonias.

—Pero en cuanto á lo del robo, yo no sé cómo... es permitido por ventura el robar á una muger?

—Sois un niño... si se fuera á pedir permiso; pero ya veis que ella misma lo está pidiendo. Tranquilizaos, yo me encargo de todo y es negocio concluido.

—Cuanto os debo, querido Darena!

—Se trata ahora de saber solamente adonde ha de conducirse á vuestra bella condesita pues ya conoceréis que no seria acertado ni prudente el traerla aqui donde todo el mundo se enteraria...

—Es muy cierto; pero adonde llevarla?

—Muy sencillo, no hay mas que alquilar una casita... á los alrededores de Paris en un sitio poco concurrido; quereis que me encargue de hacerlo?

—Sí, ya que sois tan amable.

—Convenido; ah! y será necesario llevar algunos muebles; si me dais algun dinero...

Querubin corre á su papelera, toma unos billetes de banco y se los entrega á Darena, diciéndole:

—Tomad, ahí teneis dos mil... tres mil francos, os basta eso?

—Sí; aunque sino dadme cuatro mil; es necesario no escasear. Ahora dejadme obrar á mí, buscaré un buen local y lo dispondré todo para recibir á vuestia nueva Elena, y despues acecharé el momento favorable, me la llevo allá y no teneis mas que recoger el fruto de vuestra victoria.

—Me agrada el plan.

—Pero sobre todo cuidado de no decir una palabra de todo esto á Monfreville.

—No tengais cuidado.

—Cuando vuestra bella esté fuera de las garras de su Cancerbero cuidaré de llevar allá una buena comida.

—Oh! sí, una magnífica comida! no quiero que os andeis con mezquindeces.

El conde se separó de Querubin despues de poner á recaudo sus billetes de banco y dijo el jóven marqués:

—Hé aqui una conquista que no se me irá de entre las manos y me resarciré de todas las que he perdido.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

EL AMANTE TIMIDO.



EL AMANTE TIMIDO.

novela escrita

POR

PAUL DE KOCK,

y traducida al castellano

POR

D. A. R.

TOMO III.

SEVILLA: 1851.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

EL AMARTE Y EL MUNDO

LIBRO DE CUENTA

DE LA VENTA DE

LIBROS Y REVISTAS

DE LA BIBLIOTECA

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA CIUDAD DE

LA HABANA

EN EL AÑO DE

1900

EN LA CIUDAD DE

LA HABANA

XXIII.

El interior de una casa.

Mad. de Noirmont llegó con efecto á su casa el dia que habia anunciado Ernestina á Luisa. Su llegada fue una fiesta para su hija, que en cuanto la vió de lejos, corrió á precipitarse en sus brazos. Mad. de Noirmont respondió con ternura á las caricias de su hija, dando pruebas inequívocas del placer que experimentaba al verla.

M. de Noirmont no salió á recibirla, porque esas demostraciones de efecto eran incompatibles con su carácter, y entregándose á ellas hubiera creído comprometer su digni-

dad: sin embargo, cuando supo que su esposa estaba de vuelta, fué á su cuarto y la saludó con afabilidad, aunque sin abrazarla; diciéndola luego despues:

—Habeis tenido feliz viaje?

—Sí, y os doy gracias por el cuidado que tomáis por mí.

—Y qué tal está nuestra tia Mad. Defrenill?

—Mucho mejor: su salud se halla perfectamente restablecida; pero ya era tiempo de que yo volviese, porque hubiera caido enferma de fastidio. Estar tanto tiempo lejos de mi hija!... oh! he sentido mucho que no me la hubiérais dejado llevar.

—Con eso ahora teneis mas placer en verla, y quisiera que este placer os la hiciese amar mas aun.

Dichas estas palabras, Mr. de Noirmont saluda á su muger y se vuelve á encerrar en su despacho.

Apenas se hubo marchado, cuando la señora haciendo venir á su hija, la cogió en sus brazos y la apretaba contra su corazon, diciendo:

—Tu padre cree que yo no te amo!... Lo crees tú tambien hija mia?

—Ah! no mamá, no lo creo!... Pero ya no piensa papá eso tampoco, estoy segura de

ello. Yo sé que me amais... y porqué no me habeis de amar? No soy vuestra hija?

Un rápido movimiento contrae las facciones de Mad. de Noirmont, su frente se contrae y se desprende de los brazos de Ernestina. Pero esto no es mas que un relámpago que se disipa apenas se deja ver, y cogiendo otra vez á su hija la dice con un tono melancólico:

—Oh! sí, sí, yo te amo!

—Nunca lo he dudado, mamá; y aunque algunas veces... teneis como ahora momentos en que se diria que mis caricias os incomodan, estoy bien segura que esto proviene de vuestros ataques á la cabeza... ó de que estais pensando en alguna otra cosa... pero no por eso me quereis menos, no es verdad?

—Tienes razon, y dime, te ha parecido larga mi ausencia?

—Larguísima, y eso que afortunadamente hace tres semanas he encontrado una doncella... Ya os habrá escrito mi padre que habia despedido á la otra.

—Sí, me lo dijo.

—Oh! esta me gusta mucho mas. Si viérais qué bonita es! y tiene mucho talento, habla el francés con perfeccion y eso que hace poco que ha venido de su pueblo; nunca habia servido, pero á los pocos dias estaba ya enterada

de todo.

—Y por quién ha venido?

—Comtois es quien la ha admitido, y creo sabré que es de toda confianza.

—Y cómo se llama?

—Luisa... Luisa.. Fre... Frenet... En fin: no me acuerdo del apellido; pero lo mismo tiene y estoy segura de que os ha de gustar. Voy á llamarla para que la veais. Es muy tímida, y ese es el motivo que la ha impedido el venir á saludaros.

—Pero hija mia, por Dios, lugar tendré de ver á tu doncella, no hay tanta prisa.

—Oh! sí, sí; quiero que ahora la veais.

Ernestina habia tirado del cordon de una campanilla, y bien pronto la puerta se abrió, apareciendo en ella Luisa con aire tímido, con los ojos clavados en el suelo, y diciendo casi con imperceptible voz:

—Me llama la señora?

Mad. de Noirmont mira á la jóven, y queda admirada de su belleza, de la dignidad de sus facciones, de su modesto aspecto, y de todo el conjunto de su persona.

Ernestina acercándose á su madre, la dice al oído:

—Qué tal, le parece á V. bien?

—Me gusta muchísimo, tiene una fisonomía noble que no sienta bien con el oficio á que

se ha dedicado.

—No es cierto que habia dicho la verdad?

Y la niña acercándose á Luisa prosigue:

—Mamá dice que le gustais mucho, Luisa; ya os decia yo que no podiais menos de agradecerla.

Luisa inclinó la cabeza diciendo:

—La señora es demasiado buena, y yo haré cuanto pueda para no desmentir la ventajosa opinion que de mí tiene formada.

—Asi lo creo, dijo Mad. de Noirmont. Todo previene en favor vuestro, y estoy segura de que mi hija no ha exagerado nada de vos.

Mientras la madre de Ernestina hablaba á Luisa, esta habia por último levantado los ojos para mirarla. A la vista de aquel noble continente, de aquellos rasgados ojos negros en los que se notaba siempre una espresion de melancolía, Luisa se sintió conmovida, su corazon latia con violencia, sin poder ella descifrar si de temor ó placer, no pudiendo definir la sensacion que experimentaba y permaneciendo inmóvil en el mismo sitio; hacia ya algun tiempo que Mad. de Noirmont habia concluido de hablarla y sin embargo no se movía de allí; fue necesario en fin, que Ernestina la diera un golpecito en el hombro diciéndola:

—Luisa, podeis marcharos.

Y entonces volvió de suestupefaccion y dejó el cuarto echando disimuladamente sobre Mad. de Noirmont una última mirada.

Despues de haber dicho algunas palabras aun sobre su nueva doncella, Mad. de Noirmont no pensó mas que en volver á tomar las riendas de la casa y en velar sobre la educacion de su hija y de los estudios á que se dedica con los diferentes maestros que vienen á darla lecciones.

La vida de Mad. de Noirmont es muy uniforme; raras veces sale de casa y recibe muy pocas visitas; se ocupa de su hija, cuida con esmero de su educacion y lee mucho; esta es la única diversion y su mayor placer.

Mr. de Noirmont pasa el dia entero en su despacho; su muger y su hija apenas le ven antes de comer y entonces viene muchos dias un antiguo amigo suyo que come con ellos; pero es muy raro que haya algun dia mas personas á la mesa.

Mad. de Noirmont habla muy poco, y las únicas conversaciones de su marido se reducen á hablar de política ó economia con su amigo; Ernestina es la que se encarga de alegrar la comida, y muchas veces lo consigue; sus graciosos chistes, sus infantiles reflexiones ha-

cian á veces sonreir á su madre, y á pesar de su gravedad, el mismo Mr. de Noirmont no podia siempre conservar su severo continente.

Por la tarde las mugeres se ponen á trabajar en sus labores, y los hombres entablan su partida de Ajedrez. Cuando la familia come sola, M. de Noirmont sale generalmente para ir á alguna reunion; tal vez, aunque esto es bastante raro, le acompañan su muger y su hija. Mad. de Noirmont prefiere quedarse en casa con ella, y cuando su marido no está allí, parece que está mas cariñosa, menos pensativa, y manifiesta mas ternura á Ernestina.

Luisa se hallaba en aquella casa perfectamente: Comtois era el encargado de servir á la mesa; la jóven doncella no tenia mas que hacer que ayudar á vestir á sus amas y ocuparse en labores para ella. Por la tarde las servia el té y cuidaba de que nada faltase en el cuarto de sus amas.

Todo esto la daba poco que hacer, y muchas veces Luisa se quejó á Ernestina de que la daba poco trabajo, pero la niña le responde:

—Por qué trabajas tan de prisa! apenas te se dá á coser cualquier cosa, ya está concluido... Mamá dice que tu disposicion y ac-

tividad son extraordinarias. Oh! si todas las doncellas fueran como tú!

Luisa escuchaba siempre con indecible placer que Mad. de Noirmont está contenta de ella, y aunque esta señora tenia casi siempre para todos un semblante severo y aun orgulloso que se atraía poco el cariño de las personas que andaban en derredor suyo, Luisa se sentia inclinada á amarla y hubiera sentido en el alma tenerse que separar de ella.

Hace tres meses que está en París, y sin embargo ni una sola vez ha visto á Querubin; esto la entristece, aunque despues de la llegada de Madama de Noirmont, Luisa, ocupada esclusivamente en agradarla, sentia menos sus amorosas penas.

M. Gerondif habia venido muchas veces á informarse por Comtois de si agradaba Luisa á sus amas y Comtois dándole una respuesta satisfactoria encargaba siempre diese las gracias á Jazmin por haber encontrado tan excelente doncella. Gerondif entonces se marchaba muy contento y eso que Querubin ocupado enteramente con sus conquistas no habia vuelto á acordarse de Gagny.

Una mañana que M. Gerondif entró en casa de M. Noirmont, para preguntar á Comtois lo de costumbre, el criado le respondió:

—Siempre sigue lo mismo; es un modelo

de doncellas; pero si quereis verla está en este momento sola, las señoras han salido á hacer algunas compras. Está trabajando en su cuarto y podeis entrar á saludarla.

M. Gerondif acepta con placer la proposicion y sigue á Comtois que le conduce al cuarto de Luisa, dejándole solo con ella.

Luisa experimenta un vivo placer al ver al preceptor, porque en fin puede hablar de los objetos que le son caros. M. Gerondif, necio como la mayor parte de los pedantes, toma por moneda contante aquella alegría de la que él, solo era el pretesto.

Luisa empezó por preguntarle noticias de su madre adoptiva.

—Está buenísima, y se alegra infinito de que os halleis tan bien colocada en París, respondió el profesor que miente con un aplomo imperturbable pues no habia vuelto al pueblo desde que Luisa estaba en París.

—Y M. Querubin? volvió á preguntar la niña, está contento de que haya cumplido con su voluntad viniendo á París? Tiene deseos de verme? os habla de mí? Es él quien os envia?

El maestro de escuela se rasca la nariz, tose, escupe; se enjuga la frente con el pañuelo, cosas todas muy á propósito para gastar algun tiempo, en el cual reflexionó cómo ha-

bia de responder; en fin, tomando una resolucion dice á Luisa:

—Mi querida amiga: es muy raro que los amores de la infancia tengan buen fin... pudiera citaros á Pablo y Virginia y mil otros ejemplos ad hoc, lo que quiere decir sin preámbulos que no debeis acordaros del marqués, puesto que él no se acuerda devos ni un solo momento. Cuando aquella vez os presentásteis en su casa á verle, cuando vinisteis á París con Nicolasa...

—Qué?

—Nada, el marqués estaba en ella; pero no queria veros, dió orden de que os dijeran que se hallaba ausente.

—Qué oigo! será posible!...

—En medio de los placeres á que se entrega sin descanso, cómo quereis que se acuerde de la pobre niña del campo? Mi discípulo se ha vuelto un libertino; no es culpa mia. Tiene un batallon de queridas; todos los dias recibe un ciento de billetes amorosos... y ya hubiera yo dejado su servicio si mis intereses pecuniarios no me impidiesen ver lo que alli está pasando.

—Con que todo se ha acabado! Con que ya no me ama Querubin! Ah! quién lo hubiera creido de él!

—Muy fácil era prever todo esto, y todo

se debe esperar de un imberbe, respondió el profesor: despues acercando su silla á la de Luisa, y poniendo una mano sobre su rodilla, prosiguió:

—Acabo de abrir la herida, y ahora voy á aplicar el remedio. Bella Luisa, si el jóven Querubin no ha sido fiel, hay otros en cambio que os amarán toda su vida; me parece que voy derecho al fin! yo os amo, hermosa criatura, y no soy mudable porque gracias al cielo soy todo un hombre. No vengo á hacer proposiciones viles: retro Satanás! que quiere decir mis miras son honradas. Os ofrezco mi mano, mi corazon, mi nombre, mi rango y mis títulos... pero es necesario esperar aun un par de años; yo me esforzaré en contener mi amorosa hoguera hasta entonces, pues necesito ese tiempo para hacer economías. Aqui estan muy contentos de vos, y es de creer que para año nuevo os darán un bonito regalo, reuniremos todo esto, compraremos una casita en los alrededores de París, buscaré algunos discípulos para distraer el tiempo, y tendremos un perro, un gato, gallinas y todas las dulzuras de la vida, y se deslizarán dulcemente muchos dias entre la miel y el hipocrás.

Durante este discurso habia Luisa separado la mano que se habia colocado sobre su ro-

dilla, retiró el asiento, y despues que hubo acabado de hablar M. Gerondif, se levanta y le dice en tono político, pero firme:

—Doy á V. las gracias, caballero, por la bondad que teneis en ofrecirme el titulo de esposa vuestra, á mí, pobre aldeana, sin nombre y sin familia, pero no puedo aceptarlo; M. Querubin no me ama ya; lo conozco y era una locura mia el pensar que en París, en el seno de los placeres y viviendo en el gran mundo pudiese conservar mi recuerdo; pero yo no he llegado á ser una gran señora y la imagen del que tanto he querido no puede borrarse de mi memoria; conozco que á nadie sino á él puedo amar.

Gerondif, quedó sorprendido al escuchar aquel inesperado discurso; sin embargo, al cabo de pocos momentos se repuso, diciéndola :

—Mi encantadora niña, *Varium et mutabile semper femina...* ó si quereis:

Tan locas son las mugeres
Como el que en ellas se fia.

Estos versos son de Francisco primero, pero á mí mas me gustan los de Beranger; en fin, Tiresias dice que los hombres poseen tres onzas de amor, mientras las mugeres tienen

nueve, lo que les permite el cambiar mas fácilmente que nosotros y sin embargo para tres onzas no vamos muy mal.

—Pero qué es lo que quereis decir con todo eso?

—Esto quiere decir, amiga mia, que vos no sereis de otra madera que las demas, y que vuestro amor pasará...

—Nunca, caballero.

—La palabra nunca en amor no significa nada: ademas de que teneis lugar de pensarlo bien, pues os dejo dos años para reflexionar; de aqui allá permitidme esperar...

—Os digo que es inútil.

—Perdonad... mientras se tiene esperanza, se vive contento... dejadme con la mia. Adios, hermosa Luisa, continuad siendo como basta aqui con vuestros amos... que aumentarán los emolumentos, y yo por mi parte continuaré archivando los míos. Ea, estoy á vuestros pies.

M. Gerondif partió. Luisa pudo al fin llorar libremente; la pobre niña no se ocupa de las proposiciones del preceptor, no piensa mas que en Querubin que ya no la ama, que no se acuerda de ella, y que tiene un sin fin de queridas: hace mucho tiempo que Luisa temia que la hubiese olvidado; pero ahora ya está segura de ello y de la duda á la realidad

hay en amor una gran distancia.

La vuelta de Mad. de Noirmont y su hija obligó á Luisa á ocultar sus lágrimas. Aquel día M. de Noirmont salió despues de comer, Ernestina quedó con su madre, á la que, sin dejar de trabajar, decia cuanto se le venia á la cabeza, sobre todo cuando la veia de buen humor. Cuando Mad. de Noirmont se sonreia esta estaba tan contenta que muchas veces dejaba su labor para abrazarla.

Luisa, á quien habian llamado para servir-las el té, entró en la sala en uno de aquellos momentos en que Ernestina se arrojaba en los brazos de su madre, y la amable niña la dijo:

— Ves, Luisa, qué feliz soy? ves como tengo una madre que no puede ser mejor?

Luisa quedó inmóvil en medio del salon; se alegra de la felicidad de Ernestina y sin embargo en el tierno cuadro que se presentaba ante su vista, no comprendia porqué habia una cosa que la hacia daño; dos gruesas lágrimas se escapan de sus ojos y tiene que volver el rostro para que no la vean llorar.

Sin embargo Mad. de Noirmont habia recobrado ya su gravedad y Ernestina vuelto á coger su labor; Luisa se apresura á servir el té, y despues se retira temiendo se notase su tristeza.

A pesar de todos sus esfuerzos para contenerse Luisa estaba aun llorando cuando por la noche antes de acostarse entró Ernestina en el cuarto de su doncella.

Viéndola con el rostro bañado en lágrimas, Ernestina corrió hacia ella diciéndola con el mas vivo interés:

—Dios mio! lloras Luisa? qué te sucede?

—Señorita! perdonad: bien conozco que no debiera llorar cuando estoy entre personas que tanto me quieren pero... no he podido menos de hacerlo.

—Tienes algun motivo de tristeza? no hay duda, porque no creo que hubieras llorado sin motivo... Luisa, yo quiero saber la causa de tu llanto.

—He llorado, señorita, porque esta tarde al veros en los brazos de vuestra madre... el cuadro de felicidad que se presentaba á mis ojos, hacia aun mas vivo el dolor de mi desgraciada situacion... Ah! señorita! creedme, no es por envidia, no; bendigo al cielo que tan feliz os hace, pero no he podido menos de derramar lágrimas al pensar que nunca habia yo recibido un abrazo maternal, que jamás podria estrechar entre mis brazos á la que me ha dado el ser.

—Qué es lo que dices? mi pobre Luisa, qué no te ama tu madre?

—No es eso, señorita, pero... Escuchad, voy á confesaros mi verdadera posicion, porque yo no sé mentir y no sé ademas porqué he de hacer de ello un misterio. Vos no me querreis menos cuando sepais que soy una pobre muchacha abandonada por mis padres...

—Será posible!... con que no tienes padres?

—O al menos, no los conozco.

Luisa hizo entonces á Ernestina una detallada relacion de la historia de sus primeros años, de la manera con que Nicolasa la habia recibido, y tratado como á una hija cuando vió el abandono en que sus padres la habian dejado.

Ernestina escuchó aquella narracion con un vivo interés. Cuando Luisa concluyó de contarla la abrazó con ternura diciéndola:

—Mi pobre Luisa! ah! que bien has hecho en revelármelo todo, ahora se me figura que te quiero mas porque tus padres te han abandonado. Y la buena Nicolasa!... Mañana se lo contaré todo á mi mamá. Oh! estoy bien segura de que la interesará tanto como á mí.

—No; es inútil, señorita, Mad. de Noirmont no aprobará tal vez que os cuente mis infortunios.

—Oh! yo te aseguro que á pesar de toda

su aparente serenidad, mamá es muy buena, y tú le agradas en extremo. Ea, adios, y buenas noches, duerme bien y sobre todo no llores. Si no tienes padres tienes aqui personas que te aman y que nunca te abandonarán.

Salió Ernestina del cuarto de Luisa, y esta se tranquilizó algun tanto al ver la tierna amistad que le profesaba su jóven ama, amistad de que ella participaba con toda la sinceridad de su alma.

Al dia siguiente se reunió toda la familia para almorzar. Ernestina no habia visto á su madre desde la noche anterior, porque se habia quedado hasta muy entrada la mañana en su cuarto. Su padre que pocas veces se reunia con la familia para el almuerzo, acababa de sentarse á la mesa.

Ernestina despues de abrazar á su madre, dijo con aire de importancia.

—Tengo que deciros una cosa muy importante, y me alegro infinito de que mi papá se halle presente para oir lo que voy á contaros.

—Seguramente, dijo Mr. de Noirmont con tono de burla, se conoce por el misterio con que nos dice eso que se trata de alguna cosa de mucha importancia.

—Tanto! ahora os burlais de mí; pero cuando sepais lo que es, os enterneceis tanto

como yo me enternecí ayer viendo llorar á la pobre Luisa.

—Qué se trata de Luisa? dijo Mad. de Noirmont con interés; la ha sucedido algo? lo sentiria en el alma porque me interesa mucho esa jóven.

—Pues oidme; Luisa no quiere que os lo diga; pero yo estoy segura de que no la acriminareis porque ella no tiene la culpa.

M. de Noirmont, á quien empezaba á interesar este preámbulo, exclamó:

—Vamos, hija mia, acaba de una vez.

—Pues bien; ayer por la noche, cuando Luisa vino á servir el té me encontró en los brazos de mamá y....

—Bien, Ernestina, y qué mas?...

—Cuando iba yo á costarme, necesitando un pañuelo que no encontraba, fui al cuarto de Luisa para preguntarla donde lo habia puesto, la encontré llorando, y diciéndola, porque lloras? me respondió sollozando:

—Ah! señorita... al veros esta tarde en los brazos de vuestra madre, sentia aun mas mi desgraciada situacion por no haber tenido nunca esa facilidad con la mia, y por no ser mas que una niña abandonada.

—Abandonada! exclamó Mad. de Noirmont cuyo rostro se cubrió de una extrema palidez.

—Tengo entendido, dijo Mr. de Noirmont,

que Comtois nos habia dicho que los padres de esta muchacha habitan cerca de Paris, no sé en que pueblo.

—Es cierto, papá, á Comtois le dijeron eso al presentarle á Luisa; pero es una inocente mentira que creyeron necesaria; ella sin embargo ha preferido el decirme la verdad.

—Tiene razon, llama á tu doncella, Ernestina, quiero oir de su misma boca toda esa historia, interesa mi curiosidad, y vos señora, creo que tambien deseareis saber la situacion de esa pobre muchacha.

Mad. de Noirmont murmura algunas palabras apenas inteligibles, parecia que un pesar secreto oprimia su corazon y hacia esfuerzos por ocultarlo.

Ernestina no esperó á que su padre la repitiese su mandato de llamar á Luisa; corre á buscarla y no tardó en presentarse con ella.

M. de Noirmont mira á Luisa con interés, y Mad. de Noirmont baja los ojos palideciendo aun mas; al ver la inquietud que de ella se apodera y la ansiedad que se pinta en su rostro, se la hubiera creido un criminal que espera su sentencia.

—Venid, Luisa, acercaos, dijo M. de Noirmont haciendo una seña á la jóven; mi hija nos ha hablado de lo que la dijisteis anoche; no tengais miedo, decidnos vuestra verdade-

ra situacion, contadnos vuestras desgracias, y no os culparemos de habernos engañado hasta ahora.

—Ah, señor! yo no os he engañado.

—Ya lo sé; las personas que os presentaron en mi casa fueron las que juzgaron deber hacerlo asi. Con que no conoceis, hija mia, á vuestros padres?

—No, señor.

—Y dónde habeis sido educada?

—En Gagny.

—Gagny!... Gagny... es verdad, se me habia olvidado el nombre del pueblo; y quienes son las personas que han cuidado de vos?

—Una honrada muger, llamada Nicolasa Frimousset, que era tambien nodriza de M. Querubinde Grandvilain.

—Ah! el jóven marqués de Grandvilain?

—Sí señor, es mi hermano de leche... y... en mi infancia participaba de todos sus juegos.

—Perfectamente, pero esto no nos esplica el modo con que fuisteis llevada á Gagny.

—Mi madre sin duda, que me han dicho era una señora, fue la que me llevó á casa de la buena Nicolasa rogándole que me criase; yo tenia entonces un año; dejó algun dinero á mi futura nodriza, y marchó diciendo que

ya volveria. Al año siguiente envió algun dinero por medio de un comisionado, pero no vino a verme ni ha vuelto nunca á informarse de mí.

—Pero, cómo se llamaba, dónde vivia esa señora?

—Nicolasa no se acordó de preguntárselo por que no podia figurarse que no habia de volver. El enviado no conocia á la señora que le habia ido á buscar y no pudo dar seña alguna.

—Pero no entregaron con vos algun papel, alguna señal...

—Ninguna.

—Es muy extraño! no es verdad señora?

Al decir estas palabras M. de Noirmont se volvió hácia su muger á quien hasta entonces no habia mirado ocupado en interrogar á Luisa. Ernestina que hizo lo mismo, dió un agudo grito, esclamando:

—Dios mio! mamá se ha desmayado!

Mad. de Noirmont, en efecto habia perdido el conocimiento y la lívida palidez de su rostro daba á su fisionomía un aspecto alarmante. Se apresuraron á socorrerla; Ernestina llora, abraza á su madre y Luisa participa de su angustia, se turba, no sabe á donde acudir, y no oye lo que la dicen. M. de Noirmont que conserva su acostumbrada sangre fria, llama

à Comtois, y con su ayuda trasporta á su esposa á su lecho; al cabo de algun tiempo vuelve en sí Mad. de Noirmont, pero se lee en sus ojos cierta inquietud que indica que la causa de su mal no ha desaparecido; dirige miradas inciertas á su marido y á su hija; despues viendo á Luisa que estaba mas separada y que participa de la ansiedad general, vuelve á cerrar los ojos y deja caer la cabeza sobre la almohada.

—Mamá, querida mamá, cómo os sentís? preguntó Ernestina tomando la mano de su madre.

—Me hallo mejor, hija mia.

—Qué repentino ataque os ha acometido? señora, dice M. de Noirmont con interés, nos habeis dado un susto.

—Yo misma no sé... Sentí de repente que me se oprimia el corazon, luego me sentí inundada de un sudor frio, y perdí el sentido.

—Ya estabas tan mala esta mañana, dijo Ernestina, te dolia la cabeza.

—Sí, sí, ya me sentia yo indispuesta, y esto ha sido sin duda la causa...

—Y luego la historia de Luisa te habrá causado pena, lo que habrá aumentado tu indisposicion.

—Quereis que venga algun médico?

—No, es inútil, solo deseo reposar un poco, en durmiendo me pondré buena.

—Pues entonces os dejaremos sola.

—Yo estaré al cuidado: al menor ruido me tienes aquí, dijo Ernestina.

Mad. de Noirmont parecia desear que la dejasen sola, se retiran todos; Luisa estaba muy apesadumbrada creyendo que la narracion de sus desgracias habia sido la causa, aunque inocente, de aquel accidente. Mad. de Noirmont pasa todo el dia en su cuarto y desea siempre estar sola; al dia siguiente pasa lo mismo, y durante algunos mas no se levantó. Sin embargo, rehusa que la vea ningun médico, y asegura que su indisposicion solo necesita de reposo; desde el primer instante de su enfermedad se conocia que Mad. de Noirmont no era la misma; apenas hablaba, la presencia de su hija parecia serle importuna algunas veces, y la respondia siempre con aspereza recibiendo sus caricias con frialdad. En cuanto á Luisa, desde que la señora no salia de su cuarto habia rehusado enteramente sus servicios, pretestando que no los necesitaba: la pobre muchacha estaba triste y decia á Ernestina:

—La señora no quiere que la sirva, ni que entre en su habitacion, ah señorita! tal vez se haya incomodado conmigo; tal vez esté disgus-

tada de tener en su casa una jóven de padres desconocidos.

Ernestina procuraba consolarla diciéndola:

— Te equivocas Luisa, por qué habia mamá de estar incomodada contigo; no, es su enfermedad, son los nervios los que la hacen estar de mal humor: aun á mí me arroja de sus brazos algunas veces, esto me causa tambien mucha pena, pero estoy segura de que me ama siempre lo mismo.

Al decir estas palabras, la pobre niña deramaba lágrimas, y Luisa mezcla con ella las suyas, porque no encontraba otro consuelo que darla.

En fin, Mad. de Noirmont se decidió á salir de su cuarto: la primera vez que Luisa la volvió á ver, estaba impaciente por preguntarla por su salud, pero no se atrevia á hacerlo, porque las miradas de su ama parecian querer apartarse de las suyas, no teniendo para Luisa el mismo agrado que antes.

Ahora se incomodaba con el mas pequeño motivo, daba á Luisa muchas veces diez órdenes contrarias á un mismo tiempo, y la pobre niña se aturdió no sabiendo que hacer; Ernestina miraba á su madre con sorpresa y con pena viéndola tratar de aquella manera á su protegida. Diríase que un cambio repentino se habia obrado en Mad. de Noirmont. Despues

de haber tratado á Luisa con aspereza viendo el dolor de la pobre niña, Mad. de Noirmont cambia de semblante, sus ojos se humedecen, y sigue con la vista todos sus movimientos; despues la llama y su voz entónces era dulce y afectuosa. Luisa vuelve llena de alegría; pero su ama habia ya recobrado su severidad y la hace seña de que se marche, murmurando:

—A qué venís? yo no os he llamado.

Pasáronse de este modo algunas semanas, y una mañana en que Mad. de Noirmont parecia estar mas de mal humor que nunca, dijo á su hija cuando vino á abrazarla:

—Ernestina, es necesario despedir á vuestra doncella, es una chiquilla que no sirve de nada. Se la pagarán dos ó tres meses mas de los que se le deben. Prevenidsele asi y decidla que se vuelva á París. No procureis hacer un cambio de resolucion.

Ernestina estaba desconsoladísima. Ella amaba tiernamente á Luisa y le era insoportable la idea de no volverla á ver, pero su madre la habia hablado con un tono tan terminante, tan decidido que la pobre niña no se atrevió á replicar, se calla, baja los ojos suspirando y se aleja para cumplir la desagradable comision de que su madre la habia encargado.

Al salir del cuarto, Ernestina encuentra á Mr. de Noirmont, que notando su tristeza la dijo abrazándola.

—Qué tienes, hija mia? has llorado?

—No es nada papá.

—Ernestina, ya sabeis que no me gustan los misterios, quiero saber ahora mismo la causa de vuestra tristeza.

—Pues bien, mamá quiere despedir de casa á Luisa; á esa pobre Luisa, que yo amo tanto y que es tan buena, tan amable... pero á mamá no le gusta y dice que no es buena para nada, sin embargo Luisa trabaja lo mismo que antes, pero ya que mamá lo exige voy á decirle que....

—No vayas Ernestina, Luisa se quedará en casa.

—Pero si mamá ha dicho...

—Y qué importa? yo os digo lo contrario, yo, hija mia, y soy aquí el único que manda.

Ernestina se calla porque su padre ha hablado con un tono que no admitia réplica. Mr. de Noirmont se dirige al cuarto de su esposa y la dice con visible descontento:

—Señora, teneis un humor muy caprichoso y se deja ver en el modo con que tratais á vuestra hija, pero ese mal humor se estiende tambien á esa pobre Luisa, y yo no debo con-

sentirlo. Esa joven que ha entrado aquí para estar al lado de Ernestina es una buena muchacha, de las mejores cualidades, y creo que sería muy difícil encontrar otra como ella y ahora queréis despedirla, queréis que la eche de mi casa porque sinsaber por qué os desagrada, porque vuestro caprichoso mal humor hace imposible el que acierte con vuestra voluntad, no, señora, esto no puede ser, antes que todo quiero ser justo, y esa pobre muchacha se quedará en casa porque sería una injusticia el despedirla.

Mad. de Noirmont no responde una palabra, baja la cabeza y parece hallarse sumamente conmovida.

FIN DE LA TERCERA PARTE

EL AMANTE TÍMIDO.

CUARTA PARTE.

XXIV.

Convenio entre Darena y Poterne.

Buscada por Darena una habitación, se fué en casa de Querubin á quien manifestó haber hecho el robo de la bella condesa; que debia marchar inmediatamente con él para tranquilizarla, y donde tenia un escelente almuerzo; no deseando otra cosa Querubin, marchó con Darena á la casa, donde se quedó con ella, yéndose Darena en busca de Poterne á quien le dijo:

—Es necesario que vayas á la casa ahora, y cojiéndolos infraganti, te haces el furioso y

por perdonarle la vida le ecsijes sesenta mil francos.

Al escuchar aquellas palabras brillaron con un nuevo fuego los ojos de Poterne y la mas osada avaricia se veia pintada en ellos al decir á Darena:

—¿No quereis que le ecsija mas que sesenta mil francos?

—De ninguna manera; todo lo demás seria saquearle: me entiendes? dentro de dos horas irás allá.

—Y porqué nó antes?

—Querido Poterne, eres demasiado vivo de génio, es necesario dejar á los pobres amantes que almuercen tranquilamente, y darles tiempo para que se entregen á las delicias del amor... qué diantre! es necesario que todo el mundo se divierta; además de que dejándoles algun tiempo es como les puedes sorprender infragante delito... y esto es mucho mejor. Tú eres un marido celoso á quien han robado su muger, y que la encuentras en los brazos del raptor; te enfureces, te tiras de los cabellos y quieres matar á todo el mundo, y sobre todo á tu muger; Querubin te pide que la perdones y tú no la concedes la vida si no á costa de sesenta mil francos en letras de cambio, que ya llevarás en estado de no faltar mas que su firma.

—Oh! descuidad, me he prevenido de todo... pero, y si el marqués intentase defenderse?... si no quisiera poner su firma?

Entonces le amenazas con un proceso criminal por haberte robado tu esposa... es un inñño! además de que llevarás un puñal y harás continuamente ademanes de querer asesinar á Chichette... Querubines demasiado generoso para no salvarla.

—Así lo creo.

—Pero sobre todo, señor conde, tened bien entendido que no debeis hacer daño personal á nadie, vuestro puñal no tiene hoja, lo oís?

—No hay cuidado.

—Y ten cuidado al hablar de finjir la voz, no haga el diablo que te conozca.

—Ya procuraré evitarlo por la cuenta que me tiene.

Estando arreglado todo de esta manera, se ponen á almorzar y Darena pide unos cigarrillos y Poterne una pipa para abreviar el tiempo.

Llegada la deseada hora, Poterne coloca sobre sus narices los anteojos verdes diciendo:

—Voy á ver si termino el negocio.

—Si, ya es tiempo, dijo Darena, y ambos se levantaron dirigiéndose á la calle.

—Pero me parece que es inútil, señor Darena, el que vos me acompañeis; además de que no podeis entrar conmigo en la casa, esto seria una imprudencia, porque si Querubin llegase á veros es muy natural que os llamára en su ayuda.

—Si, ya comprendo todo eso, pero no creas, zorro viejo, que vaya á dejarte ir bajo tu palabra con una suma tan considerable en el bolsillo; no, mi querido amigo, te quiero demasiado para que pueda perderte de vista un solo momento... iré á verte entrar en la casa... sé que no tiene mas que una puerta y si acaso te se pusiese en la cabeza el querer salir de alli demasiado de prisa tengo remedios eficaces para detenerte.

—Ah, señor conde!... teneis unas sospechas... que hieren mi honor.

—Nada de eso, esto no es mas que saber vivir, y nada mas. Ea, vamos allá.

Y con efecto, se pusieron en camino hácia el sitio en que habian conducido á Querubin, diciendo Darena á su compañero cuando hubo llegado cerca:

—Ahora, adelante solo, ilustre Poterne, y cuidado como te portas, ten presente que tú eres un noble conde y que vuestros modales deben ser los de una persona de categoría.

XXV.

La sorpresa.

Poterne siguió su camino y llegó á la puerta de la casa, llamó con precaucion, y Bruno salió á abrir.

—Están arriba? preguntó en voz baja Poterne.

—Sí.

—Se les ha servido al almuerzo?

—Mas de dos horas hace.

—No han llamado para nada?

—No han sido ni vistos ni oídos... no se oye el mas lijero ruido, y parece que no hay nadie en la habitacion.

—Perfectamente.

Poterne se encasqueta su sombrero hasta los ojos y coloca bajo sus carrillos unos pelotones de estopa para ocultar las arrugas de sus mejillas, se dirige á la escalera, que sube muy quedito, y al llegar arriba se vé que la llave estaba puesta en la cerradura.

—Qué poco prevenidos son los amantes! la juventud es muy imprudente.

Y rempujando la puerta entra repentinamente en la habitacion gritando:

—Ah pérfida! esposa criminal! infame, por fin os hallo y vais á perecer á mis manos.

Poterne que esperaba oír por respuesta gritos de desesperacion, porque así habia quedado convenido, no sintió ruido ninguno y se queda estupefacto al ver á los dos amantes profundamente dormidos, y á una respetable distancia el uno del otro.

—Pardiez! y yo que esperaba cogerlos.... infraganti como decia el señor conde.... Entonces Poterne se puso á correr y dar patadas por la habitacion dando gritos y prorumpiendo en imprecaciones. Tiró á Chichette de la oreja y esta se despierta; la pellizca un brazo y la pobre chilla. Querubin entonces abre los ojos, reconoce al caballero del teatro del circo que echa mano al puñal amenazando con él á su muger. Querubin que lo compren-

de todo, se queda pálido y dice temblando:

—Ah! Dios mio! perdidos somos... caballero, es inocente, no la mateis... clavad primero en mi pecho ese puñal aunque os doy mi palabra de honor de que he respetado á vuestra esposa.

—Quiero vengarme; tengo sed de sangre! traidor, infame, robarme mi esposa! Farteiff; sacre mein herr! esposa infame! vuestra vida es poco para mi venganza.

Chichette, sin embargo, no se mostraba muy asustada, y estendia los brazos, no para detener el puñal, si no para desperezarse, Poterne se le acerca mas y la vuelve á tirar un fuerte pellizco: ella entonces dió un penetrante grito que hubiera sido muy del gusto del agresor, á no haber sido seguido de las siguientes palabras:

—Qué animalada! no gusta á mí de eso, y no era dicho esto in é trato.

Poterne se puso á dar nuevos gritos, para que no oyese Querubin lo que decia la imprudente modista. Blandia con una mano el puñal, en tanto que con la otra arreglaba las postizas mejillas que se le escapaban de la boca. Querubin estaba aturdido y sin saber lo que hacer; la presencia de aquel hombre, sus gritos, sus imprecaciones, y sobre todo aquel puñal que amenaza la vida de su amante, le

causan un terror inesplicable. El astuto Porterne conociendo que era llegado el momento de entrar en transacciones, y que el asustado marqués pasaria por todo lo que él quisiera, saca del bolsillo las letras de cambio, las pone sobre la mesa, y tomando una pluma se la presenta á Querubin diciéndole:

—Si quereis salvar la vida de esa muger culpable, goddem! no hay mas que un medio.

—Hablad, haré todo cuanto me mandeis, estoy dispuesto á todo.

—Pues bien, poned vuestra firma en esas letras de cambio: estas cuatro, cada una representa un valor de veinte y cinco mil francos.

—Cómo! cien mil francos!

—Solo á ese precio. Es demasiado poco, qué vacilais, sapermann: siendo muerta á vuestros pies esa esposa criminal, os mato á vos y á todo el mundo!

—Oh! no, no! voy al momento, he dicho que haré cuanto me mandeis.

—Vamos, hace cada una de treinta mil francos y asunto concluido.

Querubin se sentó á la mesa, toma la pluma con una mano trémula y arroja una dolorosa mirada sobre su desgraciada conquista que se volvió á recostar sobre el canapé don-

de procura volverse á dormir; pero Poterne vá á colocarse á su lado, rechina los dientes de ira y hace gestos espantosos; el inesperto marqués se pone á escribir á toda prisa, é iba ya á firmar, cuando se oyó un ruido hácia la puerta.





XXVI.

Socorro inesperado.

Monfreville aparece seguido del fiel Jazmin que al ver á su amo dió un grito de alegría.

—Ya le hemos encontrado!... gracias al cielo! llegamos aun á tiempo,

Al ver á su amigo, la fisonomía de Querubin rádia de esperanza y corre á arrojarse en sus brazos, mientras que Monfreville, notando su turbacion y el desórden y palidez de su rostro, le dijo:

—Qué es eso, mi querido amigo, qué haceis aqui... en esta casa cuya entrada nos negaba

un pícaro que estaba á la puerta?

—Querido Monfreville, respondió Querubin con una voz entrecortada, yo solo soy el culpable... he robado á esa jóven que es la esposa de ese caballero... es decir, no he sido yo quien la he robado, ha sido Darena en mi nombre; el señor es un conde polaco que me ha obligado á firmar esas letras de cambio por valor de ciento veinte mil francos... sin lo cual habia jurado la muerte de su esposa.

Mientras que hablaba Querubin, Poterne que no estaba muy contento de su posicion procuraba tomar las de villadiego, pero Jazmin se habia colocado delante de la puerta que habia tenido antes cuidado de cerrar. Monfreville examinaba alternativamente á Chichette y al supuesto marido, que parecian quererse ocultar debajo de la mesa, y dirigiéndose á este último, le quita el sombrero y los anteojos verdes al mismo tiempo que levanta sobre su cabeza el baston exclamando:

—Conque un conde polaco, éh! el bribon de Poterne convertido en conde polaco, el agente de ese mirerable Darena; era una intriga perfectamente urdida y me dan ganas de romper mi baston sobre las costillas de ese bribon.

—Será posible! con que es Poterne?

—Oh! no me cabe la menor duda, dijo Jaz-

min, este es el comerciante de los perros y de las tortugas. Ah mi querido señor! yame presumia yo algo de esto.

Poterne al ver levantado sobre su cabeza el baston de Monfreville, cayó de rodillas murmurando:

—Perdon, perdon! todo ello no ha sido mas que una chanza; un paso de comedia.

—Una chanza, éh? bribon, pues vuestras letras de cambio estaban en regla, ahora hemos conocido de lo que sois capaz vos y vuestro digno amigo Darena; que se ha degradado hasta el punto de no avergonzarse de nada! y á quien todos los medios le parecen abonados para tener dinero! No os queremos tratar como habeis merecido... Id á buscar á vuestro amigo el conde y decidle, que ahora se le conoce bien, y que si vuelve á tener la osadia de presentarse en casa del marqués de Grandvilain, sus criados se encargarán de recibirle.

—Oh! yo me encargaré, dijo Jazmin.

Poterne que no deseaba oir mas, recoge su sombrero y sus anteojos y se apresura á tomar la puerta para ponerse en salvo; pero á pesar de toda su prontitud no pudo evitar que la punta del zapato de Jazmin se vaya á estrellar contra una parte de su individuo, al mismo tiempo que decia el viejo criado:

—Toma, ladron, toma en pago de tus mercancías.

Monfreville se acercó á Chichette que se habia acurrucado en el camapé sin atreverse á mover y no pudo menos de echarse á reir al mirar su ridícula postura.

—Y vos, buena alhaja, en qué tienda trabajais?

—En la calle de Grenetat. A mí prometer mocho archanto, mais yo no estar culpable yo faser la moquer de monsir por recibir para casar.

Y Mlle. Chichette sacó el pañuelo de su bolsillo y parecia que iba á llorar, cuando Monfreville la dice para sosegarla:

—Mi cólera no es con vos... no lloreis, hija mia, idos en paz y en gracia de Dios, y os aconsejo que en adelante no querais aparentar mas de lo que sois.

Chichette haciendo mil reverencias se dirigió á la puerta sin atreverse á mirar á Querubin, y se marchó muy contenta por haberse escapado á tan poca costa.

—Ahora, dijo Monfreville á Querubin, me parece que tambien nosotros debemos abandonar esta infame casa, pues creo que nada os podrá ya detener en ella.

—Ah! no, mi querido Monfreville, me encuentro tan feliz de haber escapado tan bien

de esos tunantes... Yo os contaré toda esta infame intriga; pero decidme ahora vos, como habeis podido saber que yo me hallaba aqui, y como habeis llegado tan á tiempo?

—Muy fácilmente; veis ese coche que está á la puerta?

—Sí.

—Es el mismo que os ha conducido aqui, despues que salisteis de vuestra casa; iba yo encaminándome hácia ella cuando á la puerta me encuentro al honrado Jazmin muy inquieto; me contó que habíais marchado con Darena en un coche de alquiler: que este Darena venia, os hacia algun tiempo frecuentes y misteriosas visitas, y que esto le daba que sospechar. Pregunté á Jazmin si él habia alquilado el coche, y habiéndome dicho que si le rogué que me acompañara al sitio donde lo alquiló. Llegados allá esperamos mas de dos horas, pero al fin vimos llegar al carruaje; di veinte francos al cochero diciéndole que nos condujera á donde os habia dejado poco antes, y en efecto nos trajo á esta casa, oh! los pícaros saben mucho, pero felizmente hay un poder oculto mas perspicaz que ellos, un poder que descubre las mas bien urdidas maquinaciones. Este poder, unos lo llaman Providencia, otros casualidad, fatalidad, fortuna! y yó no sé qué nombre darle, pero me inclino ante

él y creo que si hay aquí en este misero suelo personas que procuran siempre el mal de sus semejantes, hay allá arriba un ojo cuya mirada está siempre fija en nosotros, y que vela por el bien de los buenos.

Querubin aprieta con efusion la mano de Monfreville; en seguida baja la escalera y sin encontrar á nadie, suben al coche con Jazmin despues de un gran altercado, porque el viejo criado en uso de sus facultades queria sustituir al lacayo, y repugna entrar dentro.

Llegado que fué á su casa, Querubin contó á su amigo toda la historia de sus amores con la improvisada polaca, y le dijo que Darena le habia encargado mucho el secreto, sobre todo con él.

—No es extraño que no quisiera que llegase yo á saberlo; porque ya conocia que no hubiera tan fácilmente dado crédito á sus imposturas.

—Me decia, que vos ahora aparentábais ser un hombre pacífico, un hombre rígido y virtuoso, para hacer olvidar vuestra conducta pasada, asegurándome que en otro tiempo habíais tenido unos principios menos severos que hoy dia... Perdonad... yo no hago mas que repetir sus palabras.

La frente de Monfreville se oscureció con una espresion de dolor, y guardó silencio.

por un rato: fijando en fin en el marqués una triste mirada le dijo:

—Con efecto, amigo mio, en mi juventud he hecho mil locuras, y tengo faltas grandes de que arrepentirme, pero he sido castigado tan cruelmente que me corregí muy pronto... esto no me impide sin embargo el ser indulgente con los demás, porque sé muy bien que las pasiones nos ponen una espesa venda delante de los ojos, y que yo mismo me he dejado llevar de su impulso algunas veces. Algun dia, mi querido marqués, os contaré la historia de mis primeros años, donde hay una parte que me ha dejado profunda huella en el corazon. Ya vereis como esas amorosas intrigas que se miran con tanta indiferencia en la juventud tienen á veces muy amargas consecuencias.

Querubin dió un suspiro diciendo:

—Hasta ahora no he sido muy dichoso en mis aventuras amorosas, pues no me han procurado hasta aqui, mas que disgustos.

Habiendo llegado á su casa se despidió Mr. de Monfreville, encargándolo pusiese el mayor cuidado para librarse de las asechanzas de Darena.

XXVII.

La comida.

Para el día siguiente á la anterior ocurrencia, habia dispuesto Mr. de Noirmont dar una comida á sus amigos con el objeto de distraer á su esposa, convidando casi esclusivamente á personas del género masculino; sin embargo, se veia en el número de los convidados á la esposa de un abogado, alta, delgada, con pretensiones de talento, y otra jóven, graciosa y festiva que hacia un notable contraste con la primera; que se hallaba recién casada con un jóven abogado, y cuyo dote habia servido

al marido para pagar unas deudas, porque en el día un casamiento es un negocio y no una simpatía.

Unas cuantas personas de gravedad, dos jóvenes á la moda, y Mr. Trichet, á quien ya hemos tenido lugar de conocer en casa de Mad. Celival, completaban la reunion. Mr. de Noirmont recibió á sus huéspedes con su acostumbrada seriedad; su esposa que no tuvo otro remedio que ceder á las exigencias del dueño de la casa, procuró no dejar entrever el fastidio que le causaban aquellas gentes; desempeñó como muger de mundo los honores de la sala y se esforzó por sonreirse. Sabia cuando era necesario hallar conversacion para todos porque tenia tanto mundo como talento.

Ernestina rebosaba de alegría de ver contenta á su madre. Gustaba de la sociedad y aprovechaba con avidez la ocasion que se le presentaba de distraerse.

Siendo joven y bonita, no la faltaba quien la prodigase mil elogios, que aunque no se creen, suenan siempre bien á los oidos jóvenes: todos la ballan muy alta, muy linda, y aunque no se lo dicen directamente, lo dicen á sus padres en tono bastante alto para que lo pueda oir. Mad. de Noirmont escucha con indiferencia los elogios de su hija; pero su esposo por el contrario está muy satisfecho de

ellos.

Mr. Trichet es siempre el mismo; siempre hablador y amigo de saberlo todo; mezclándose en todas las conversaciones, y siempre con el oído alerta para escuchar cuanto se dice: este era sin disputa uno de los hombres mas ocupados en sociedad.

Comtois entra á avisar que podian pasar al comedor, y todos se dirigen á una espaciosa pieza donde habia una bien dispuesta mesa. Se sientan y guardan un profundo silencio, como suele suceder al principio de todas las comidas. Estaban aun en el primer plato, cuan Mr. de Noirmont, que sin duda no habia sido servido con la prontitud que queria, miró á todos lados y dijo á Comtois:

—Adónde está la doncella?... por qué no os ayuda á servir á la mesa? No extraño que no esté bien servida; uno solo no lo puede hacer todo, y la debíais haber dicho que esto era obligacion suya tambien.

Comtois no sabia qué responder, porque cuando fué á llamar á Luisa, le dijo esta que tenia orden de su ama para no salir de su cuarto: así es que no pudo responder sino algunas palabras entre dientes.

Mr. de Noirmont dijo á su criado:

Haced venir á Luisa y que os ayude á servir á la mesa.

Comtois no se hizo repetir la orden, con tanta mas razon quanto que en su interior deseaba le ayudase la doncella.

Mad. de Noirmont bajó los ojos y se puso pálida. Ernestina vé con inquietud aquel cambio y Mr. Trichet que hacia reflexiones sobre cualquier cosa, exclamó:

—Hola! vuestra doncella no quiere servir á la mesa! haceis perfectamente en obligarla á ello, los criados de hoy dia son muy particulares, y si se fuese á hacer caso de ellos serian los mayores gandules del mundo. Tengo ya deseos de verla.

La llegada de Luisa puso fin á aquellas conversaciones: la pobre niña habíase quedado sorprendida al escuchar á Comtois, duda al principio sobre lo que ha de hacer, pero Comtois la dice:

—Es preciso que vengais, señorita, el amo lo quiere así, y cuando él manda no hay mas arbitrio que obedecer.

Luisa se decide por fin á seguir á Comtois, y al entrar en el comedor causa una gran admiracion por su estremada belleza, diciendo Mr. Trichet:

—Hubiera sido muy sensible vernos privados de la presencia de esta jóven, pues he visto pocas caras tan lindas como la suya en toda mi vida. Qué es lo que estais diciendo

entre dientes? Ah! ya os entiendo, M. Der-nange, apuesto á que admirais ese corte de cara griega, eh? griega ó no griega lo cierto es que tiene un aire muy distinguido para una muger de su esfera.

Los dos jóvenes que habia sentados á la mesa no publicaban su voto como Mr. Trichet con respecto á Luisa, pero no se cansaban de mirarla y á cada momento cambiaban de platos.

La muger del abogado de que hablamos primeramente, arroja sobre Luisa una mirada desdeñosa, murmurando:

—No sé como hay personas que encuentren bonita á esa chica!

Mientras que la otra exclamaba:

—Es una muchacha preciosa y toda su fisonomía previene en su favor.

—Ta! ta! dijo Mr. Trichet, es necesario no fiarse de la apariencia, porque se engaña uno con la mayor facilidad. Yo entiendo bien la musa! He tenido doscientas criadas y todas me han jugado perro.

Mad. de Noirmont no respondia una palabra á todas estas reflexiones originadas por la aparición de Luisa; pero se lee en su semblante la agonía que le agitaba, aunque hacia todos los esfuerzos posibles para mostrarse tranquila y aun alegre. Ernestisna está triste porque

conoce que su madre sufre: en cuanto á Mr. de Noirmont no se ocupaba mas que de sus convidados sin reparar en su muger. La conversacion toma sin embargo otro giro y Mad. de Noirmont se siente mas aliviada, Luisa sirve la mesa como puede y baja los ojos siempre que pasa al lado de su ama á quien no se atrevia á mirar; pero de repente el nombre de Querubin viene á herir los oidos de la jóven. M. Trichet hablando de una soaré de la condesa de Valdieri dijo entre otras cosas:

—No estaba alli Querubin, el jóven marqués de Grandvilain: he notado tambien que ya ni frecuenta la casa de Mad. Celival; me parece que aqui hay gato encerrado, porque todo el mundo sabe que el marquesito hacia la corte á esta señora: es aun muy novicia para poder ocultar sus sentimientos, todo se le volvia mirarla de modo que casi se hacia ridículo á los ojos de todos.

Luisa, que en aquel momento tenia un plato en la mano, lo dejó caer maquinalmente sobre la atildada esposa del abogado, porque al oir hablar de Querubin, no atendió mas que á la conversacion que se agitaba, y la pobre muger vió inundada su ropa de una lluvia de salsa.

—Sois una necia, no sabeis lo que haceis, exclamó aquella arrojando sobre Luisa una

terrible mirada; cuando no se sabe servir á la mesa se encierra una en la cocina.

Luisa se quedó inmóvil, confusa, y todos al mirarla en aquella embarazosa situación procuraban escusarla! Ernestina se levantó apresuradamente, para limpiar el manchado vestido. En cuanto á Mad. de Noirmont, al oír dar á Luisa aquellos apodosos frunce las cejas, lanzó una terrible mirada sobre la muger del abogado y se levantó de la silla como para decir algo, pero volvió á caer sobre ella como muerta. M. Trichet que estaba á su lado exclamó;

—Mad. de Noirmont se ha puesto mala seguramente: no es verdad, señora?

—No, no es nada, respondió Mad. de Noirmont levantándose de la mesa. Es un vahido.. y voy á salir un poco al aire libre.

Ernestina estaba ya al lado de su madre, y dándole el brazo salió con ella del comedor.

Este nuevo acontecimiento hizo olvidar á Luisa y á la muger del abogado, sin embargo de que esta no cesaba de deplorar su manchado vestido. Mad. de Noirmont volvió á pocos momentos y se colocó en la mesa, asegurando que se hallaba perfectamente buena. La comida se terminó tristemente, porque aquel acontecimiento desterró la alegría de la mesa.





Derepente se abrió la puerta de su cuarto, y una persona con una luz en la mano entró en él con mucha precaucion.

Pasaron en seguida al salon los convidados: los hombres hablan entre sí, la esposa le abogado no puede olvidar la desgracia de su vestido, y M. de Noirmont se esfuerza á reir escuchando las sandeces de M. Trichet; Ernestina no deja de mirar á su madre; y los jóvenes de la reunion dirigen sus miradas hácia la puerta cansados de estar tanto tiempo en aquella respetuosa inaccion. Se entabló una parte de wisth, pero afortunadamente duró poco y la sociedad se retiró antes de las doce porque Mad. de Noirmont necesitaba descansar.

Eran las dos de la noche y hacia mucho tiempo que los individuos de la casa de M. de Noirmont se habian retirado á su habitacion y debian estar entregados al sueño. Luisa, aunque afectada por los sucesos del dia, acababa de cerrar sus párpados pensando en Querubin.

De repente se abrió la puerta de su cuarto, y una persona con una luz en la mano entró en él andando con mucha precaucion. Luisa volvió á abrir los ojos y reconoce en aquella persona á Mad. de Noirmont pálida como una estatua de alabastro y que se acerca á su cama, asegurándose antes de que nadie la habia sentido y de que nadie la seguia.

—Ah! Dios mio! qué significa esto? estais peor? me necesitais para algo? Voy á levan-

tarme al momento.

—No, no os levanteis estais bien.

Al decir estas palabras Mad. de Noirmont cerró con precaucion la puerta del cuarto y fué á sentarse al lado de Luisa. Entonces la cogió una mano que estrechó entre las suyas diciéndola con una voz alterada:

—Luisa, es menester que abandoneis esta casa... si no quereis verme bajar al sepulcro, si no quereis que me mate el dolor... ah! mis sufrimientos son horribles y conozco que no tengo resistencia para sobrellevarlos.

—Pero señora! seré yo tal vez quien motive vuestro dolor! ah! si es así, me marcharé... no tengais cuidado, me iré al momento. Dios mio! si hubiera yo sabido antes todo eso, seguramente os hubiera ahorrado muchos pesares... Pero os me perdonareis, no es verdad? porque lejos de quereros causar ningun disgusto..... hubiera dado mi vida por poderlos evitar.

—Pobre Luisa! con que no me aborreceis; y eso que os he tratado tan mal!...

—Aborreceros! no, es imposible que yo os aborrezca, porque siento en mí una inclinacion que me obliga á amaros. Pero, perdonad señora, yo no soy mas que una pobre criada.

—Eso es lo que me desgarrá el corazon,

eso es lo que no puedo aguantar. Yo soy culpable á los ojos de Dios por dejaros servir, y servir en mi propia casa. Esto era para mí un suplicio insoportable. Pero... qué es lo que digo? mi razon se estravia. Luisa, pobre Luisa, habeis creido que yo os aborrecia, y por eso he procurado huir de vuestra presencia, y alejaros de mí... Ah! si hubiérais podido leer mis sentimientos en el fondo de mi corazon!...

—Será posible! con que no me destestais!

—Escuchadme, Luisa. Vos no debeis ser una criada, vos nacisteis para ser rica... feliz... pero estais espiando injustamente delitos que no habeis cometido... Va á cambiar vuestra posicion. Tomad esta carta que acabo de escribir, y entregadla á la persona que dice el sobre, á quien ireis á buscar al momento que salgais de aqui. No sé donde vive, pero ireis á preguntarlo á casa de Querubin, marqués de Grandvilain, que es amigo suyo donde os darán razon. La persona á quien os dirijo está encargada de haceros encontrar á vuestro padre.

—A mi padre! pero qué, Dios mio! podré encontrar a mi padre? le conoceis vos?

—No me hagais ninguna pregunta, Luisa... demasiado he hecho ya... porque habia jurado no volver á escribir á esa persona.

—Y mi madre? no me hablais de mi madre? la veré tambien? ah! cuánto daria por estrecharla en mis brazos!

—Vuestra madre! oh! no, eso es imposible, porque vuestro padre os ocultará su nombre y debe hacerlo asi; y si os lo llegase á revelar, tened entendido que una palabra indiscreta de vuestra parte la asesinaria. Quedad con Dios; mañana al amanecer, antes de que nadie se haya levantado, saldreis de esta casa; me lo prometeis así?

—Os lo juro.

—Ahora... Luisa... dadme un abrazo.

—Qué, me permitireis!...

Por toda respuesta Mad. de Noirmont tendió los brazos á Luisa y la abrazó teniéndola oprimida contra su corazon mucho tiempo y cubriéndola de besos. La niña sentia tan indecible felicidad, que todo aquello se le figuraba un sueño; pero un sueño de que no queria despertar. Pero Mad. de Noirmont hace un esfuerzo sobre sí misma y separándose de Luisa y dándola un último beso en la frente se alejó diciéndo:

—Tened bien en la memoria cuanto os he dicho.

Luisa quedó sumergida en una especie de éstasis. Aquellos besos la han dado á conocer una felicidad tan pura, que quisiera es-

tar toda su vida en aquel estado.

—Me ama! Ah! sí, me ama, porque me ha tenido mucho tiempo en sus brazos, y yo sentía latir con violencia su corazón.

Durante el resto de la noche Luisa no pudo dormir. En cuanto empezaba á despuntar el día se levantó, se vistió de prisa, y haciendo un paquete de sus efectos, guardó en su pecho la carta de Mad. de Noirmont; despues abriendo con precaucion la puerta de su cuarto, atravesó de puntillas las habitaciones de la casa, bajó la escalera llamando al portero para que le abriera la puerta, y salió á la calle.



XXVIII.

Una mentira descubierta.

Desde su aventura con Chichette de Chicheman, Querubin se hallaba menos propenso á dejarse llevar de sus amorosos deseos, ó por mejor decir, empezó á conocer que lo que él llamaba amor no era mas que uno de esos caprichos que hace nacer en el corazon de un jóven la vista de una linda muchacha.

El mal éxito de todas sus galantes aventuras, le habia hecho mas tímido aun, y en lugar de aprovechar las lecciones que habia recibido para saberse comportar en adelante,

el pobre Querubin se hallaba tan asustado, que la sola idea de una cita le hacia temblar de pies á cabeza. Pero como en su edad el amor es la primer felicidad de la vida, y como no sabia cómo proporcionársela, el jóven marqués se volvió taciturno, melancólico, á pesar de sus veinte años, de su pingüe fortuna, de su bella presencia, y teniendo en fin, todo lo que se puede apetecer para brillar en el gran mundo; perdió su acostumbrada alegría y sus hermosos colores... porque es necesario conocer que si el exceso de los placeres destruye nuestra salud, no la destruye menos la completa privacion de aquellos: todos los extremos son viciosos.

No frecuentaba ya Querubin la casa de Mad. de Valdieri, ni la de la linda viuda por que estas le habian recibido con tal frialdad que parecian indicarle que tenian deseo de cortar enteramente toda clase de relaciones; cuando las encontraba en alguna reunion, parecia que todas las señoras le miraban con cierto aire burlon, que hablaban por lo bajo, y todo esto le atormentaba no teniendo mas desahogo en su penas que la amistad de Monfreville á quien dijo cierto dia:

—Me parece que la condesita y Mad. de Ceval procuran siempre divertir á los demas á mi costa... y sin embargo creo que nada las

he hecho.

—Precisamente por eso os detestan! respondió sonriendo Monfreville; pero no por eso habeis de sumiros en esa apatía que no sienta bien á vuestra edad! Teneis todo lo que se necesita para el bello sexo. Formad nuevas relaciones, nuevas intrigas, engañad á un mismo tiempo á cuatro ó cinco queridas, y ya teneis formada vuestra reputacion.

—Eso es muy fácil de decirse, pero os aseguro que desde mis pasados lances, tengo tal miedo de... cometer nuevas necedades que me causa esta sola idea un terror pánico. Quiero mejor no esponerme, y eso que os aseguro que la vida que llevo me fastidia en extremo.

—Bien lo creo. Vivir sin amor y á vuestra edad! sin tener ni aun el recuerdo de pasadas locuras... esto no cabe en una cabeza bien organizada, porque en fin, si no teneis la suficiente audacia para relacionaros con una señora del gran mundo, buscad por ahora alguna modistilla, que esta clase de gente se encargará de vuestra educacion amorosa.

—Ya me habia ocurrido esa idea, y la semana pasado habiendo encontrado á Malvina... ya os acordareis de quien hablo, aquella linda bailarina....

—Sí, sí.

—Pues bien: la hablé, y quedamos conve-

nidos en que iria á almorzar con ella y quedamos citados.

—Bien, eso marcha!

—Pero es el caso que el dia de la cita ha pasado ya y no he ido.

—Y por qué?

—Porque he reflexionado que no amaba á Malvina mas que á las demas, y que por lo tanto me portaria con ella como con las otras.

—No teneis sentido comun! Las reflexiones son intempestivas cuando se trata de una bagatela como esa, de una conquista de paso!... Pero ahora recuerdo que me habíais hablado de una modista, de una tienda que está cerca de aqui.

—Sí, Celanira, que es por cierto muy bonita muchacha.

—Pues bé ahí lo que necesitais; pedidla una cita que creo que no os la negará.

—Eso es lo que he hecho ya. Antes de ayer la ví en la calle, y la seguí: así que ella lo conoció hizo como que tropezaba y se detuvo.

—Adelante.

—Entonces la hablé y me dió una cita para la tarde, aunque lejos de este barrio por que temia que la encontrase alguna persona conocida.

—Obró seguramente con mucha prudencia: oh! las modistas están en todo. Vamos á ver,

y cómo os fue con ella?

—Qué! si no asistí á la cita! Cuando llegó la hora de ir hácia allá me asaltaron las mismas reflexiones que con Malvina, y me quedé en casa.

—Eso es ya demasiado! y en otro tiempo las señoras hubieran dicho que estábais embrujado, no señor, es necesario mudar de conducta.

Las palabras de Monfreville no consolaban enteramente á Querubin que continuaba en su tristeza; pero una cierta mañana el recuerdo de Gagny se presentó á su memoria con mas fuerza que nunca, y el recuerdo de los sitios donde habia pasado su infancia, le conmueve dulcemente! En el senode los placeres habia olvidado todo. Esto sucede generalmente: esto no hace el elogio de nuestro corazon, pero por qué la naturaleza nos ha hecho asi?

Se decide en fin á ir á Gagny, y sin dar parte á nadie de su idea, sube á su cabriolé con el jockey, y en poco tiempo llegó á Villenoble; el corazon le latia con violencia al salir de aquel pueblo, porque desde él principiaban los recuerdos de su infancia; y al divisar las primeras casas de Gagny, experimentó una alegría, un placer tan nuevo, tan puro, que se admiraba de como habia estado

tanto tiempo sin visitar aquel sitio.

Entregado á estas dulces sensaciones, llega á la casa de Nicolasa que hacia tres años que habia abandonado; baja del cabriolé y atraviesa el patio donde tantas veces habia jugado con su querida Luisa, y entra en la sala baja donde se hallaba Nicolasa trabajando, y su marido recostado en un antiguo sofá donde dormia profundamente.

Nicolasa levanta los ojos y da un grito de alegría... Mira repetidas veces al elegante joven que acaba de entrar y teme equivocarse; aun no se atreve á creer que aquel joven fuese Querubin, pero este no la dejó mucho tiempo en aquella incertidumbre y se arroja en sus brazos exclamando:

—Nicolasa! mi buena Nicolasa! por fin ya estoy en vuestros brazos!

—Ah! con qué es él! con que es mi Querubin! dijo la pobre nodriza que en el exceso de su alegría no podia apenas hablar. Por fin vuelve á vernos, aun me ama mi pobre Querubin... pero qué digo! perdonad señor marqués, si en el exceso de mi alegría os he hablado...

—Llámame como antes me llamabas, crees tú por ventura que yo me enfado por eso?

—Ah! qué feliz soy! Joaquín, despierta, aqui está nuestro Querubin.



Joaquin se restregó los ojos, reconoce á Querubin, y no se atreve á cogerle la mano, pero Querubin se apresura á estrechar entre las suyas aquella mano áspera y callosa, y Joaquin en el esceso de su alegría va á buscar unos vasos de vino.

Volvió Querubin al lado de Nicolasa, tórñola á abrazar y dijo mirando á todos:

—No falta sino una persona!... si Luisa estuviese aquí, seria completa mi felicidad... Pero como está en la Gran-Bretaña....

—Sí, sí, pero mi querido Querubin, tú... nos amais aun como antes, aunque os hayais acostumbrado á ese otro mundo?

—Que si os amo! ah! yo conozco por qué me decís eso: en efecto, he sido un ingrato, pero hay en París tantas cosas que hacer!... Este mundo que era nuevo para mí, me aturdia, me... pero yo creo que tú me perdonarás, que todos me perdonareis. Además de que si vosotros hubiérais querido verme, nadie os hubiera impedido el haber ido á París, porque ya sabeis mi casa.

—Ya fuimos, y por cierto dos veces; pero una vez estabas viajando, y la segunda que habias ido una temporada á una casa de campo.

—Pues no sé como ha sido eso! porque yo no he salido de París en todo este tiempo; además de que no me han dicho nada de esa vi-

sita.

Pues no será porque tanto Luisa como yo no se lo encargamos al portero.

—Es necesario que yo aclare todo esto, y no sé porqué se me han ocultado estas cosas. Pero por qué habeis enviado á Luisa á Bretaña?

—A Bretaña? dijo Joaquin entrando en la habitacion con un jarro de vino en una mano y unos vasos en la otra; quien es el que inventa todas esas historias para engañar al señor marqués?

—Pero qué? Luisa no está en Bretaña! pues cómo es eso? M. Gerondif me lo dijo hace mas de dos años, para qué se me engañaba?

—Voy á contártelo todo, mi querido Querubin porque no me gusta mentir... Además de que te creo tan bueno como antes y no puedo figurarme que seas un libertino, un seductor... como nos ha dicho M. Gerondif.

—Yo un libertino! eso es una infame mentira. Pero cómo se ha atrevido mi profesor á decir una cosa semejante?

—Mi querido Querubin, voy á decírtelo todo, M. Gerondif que estaba cada dia mas admirado de las gracias de Luisa, vino hará unos nueve ó diez meses y propuso á la pobre muchacha una buena colocacion en Paris, dicién-

dola que tú deseabas que la aceptase.

—Eso es una impostura!

—La idea de ir á París no podia menos de agradar á Luisa pues alli estaba cerca de tí y esperaba verte algunas veces. Aceptó la proposicion y en tanto que recogia su ropa para marcharse, el maestro de escuela me dijo por lo bajo: Me llevo á Luisa para sustraerla á los desos de mi discípulo que quiere hacer de ella su querida.

—Infame!

—Y si viene aqui le direis que hace mucho tiempo que está en Bretaña en casa de unos parientes.

Querubin se levantó y se puso á pasear por la habitacion; la cólera le ahogaba que apenas podia hablar.

—Qué vileza! decir eso de mí! Pero á qué fin inventar esas imposturas?... Y dónde han llevado á Luisa?

—Está en una casa muy buena, segun nos dijo M. Gerondif.

—Pero dónde?

—Yo no le pregunté mas porque tenia confianza en el maestro de escuela y...

—Con que segun eso no sabeis donde está Luisa! ah! yo lo sabré! Adios mi buena madre, adios Joaquin.

—Pero qué te vas tan pronto?

—Ya volveré, síl volveré pero con Luisa, con la pobre Luisa. Ah M. Gerondif!... haber dicho que yo era un libertino! nos veremos! hasta ahora me han mirado todos como un niño; veremos en esta ocasion si sé mandar en mi casa!

Querubin abraza á Nicolasa, vuelve á estrechar la mano de Joaquin, y sin escuehar las palabras con que procuraban calmarle aquellas buenas gentes, sube al cabriolé y vuelve á Paris.

Así que llegó á su casa mandó Querubin llamar inmediatamente á M. Gerondif, al portero y á Jazmin. En el tono con que dió la órden, en la cara que ponia, desconocian los criados á su señor, tan tranquilo, tan blando ordinariamente. El yokey fué á avisar al preceptor, que siendo cerca de mediodia, aun estaba en el tocador y que bajó á la habitacion de su discípulo diciendo para sí:

—El señor marqués quiere sin duda que le enseñe alguna cosa... como no trate de aprender á hacer versos.... Nemesia ha propalado que los hago perfectamente... le haré empezar por los versos libres, que son los mas fáciles de todos.

Pero al entrar en el aposento del marquésito, que estaba dando paseos, con ademanes de impaciencia y cólera, cobró inquietud el

preceptor, sospechando que no le llamaban para aprender versos. Jazmin, que no sabia qué postura guardar al ver los ojos encarnizados de su señor se mantenía quieto en un rincón si atreverse á rebullirse, y el portero no menos asustado que los otros no osaba pasar de los umbrales.

A este fué al primero á quien Querubin se dirigió é intimándole que se acercase le dijo:

—Poco despues de mi llegada á esta casa, vino á verme una muger del campo... mi nodriza con una jovencita... dos veces vinieron, con el mas vivo deseo de verme, y las dijisteis que yo estaba viajando ó que estaba en el campo. Por qué echasteis esa mentira? Quién os dió permiso para despedir á las personas que yo amo y á quienes tenia sumo gusto en recibir? Responded.

El portero bajó la cabeza para responder.

—Yo, señor, no he hecho mas que obedecer los mandatos de M. Jazmin: creí que era cosa convenida con vos.

—Hola! con que Jazmin es quien os encargó mentir? Está muy bien, retiraos, pero en lo sucesivo no recibais mas órdenes que las mías.

Saludó el portero y fuese mas contento que unas pascuas por haber escapado con tanta fe-

ficidad.

Como la escarlata se habia puesto Jazmin y retorcía la boca como el niño que tiene conato de llorar. Acercósele Querubin, diciéndole con un tono que mas era de reconvencion que de enojo.

—Con que fuiste capaz, Jazmin, de despedir á mi querida Nicolasa y á Luisa? Tú has querido que los que me educaron, llegasen á suponerme orgulloso, insensible, ingrato! Ah! qué mal hecho! cuánto lo extraño en ti!

Jazmin sacó el pañuelo y rompió á llorar exclamando:

—Teneis razon, señor, es una groseria... una torpeza... pero la idea no fue mia, ni á mí se me hubiera ocurrido nunca, sino que el señor profesor dijo que convenia impedir que viéseis á Nicolasa y á Luisita, porque corriaís peligro... Y como M. Gerondif es un sábio, pensé que debia tener razon, y lo hice como lo dijo.

Mientras hablaba el vetusto mayordomo, se rascaba la nariz el preceptor con todas sus fuerzas, disponiéndose al ataque que era inevitable: en efecto volviöse á él Querubin y ya encolerizado de veras exclamó el jóven:

—Con que todo salia de vos? debí sospecharlo. Y porqué era peligroso que yo viera á las personas que me quieren como hijo?

Cuádrase Gerondif, echa el pecho hácia adelante, levanta la cabeza y responde con el mayor desenfado:

—Ilustre discípulo, tengo mis razones para creer que obré bien. Non es dicipulus super magistrum! Habeis de saber que saliendo como salíais del pueblo, contra toda vuestra voluntad, no era extraño que tratárais de volver, y se trataba de quitaros este deseo por vuestro propio interés, y si registráis los artículos de la fé de Zoroastro, que previene que todos los dias se haga un exámen rígido de conciencia, vereis que la mia...

—Ahora no se trata de Zoroastro. Y por mi interés tambien, dijisteis últimamente á Nicolasa, que me habia hecho un libertino, un seductor, que pensaba hacer á Luisa mi querida, y que era menester colocarla en París y mentirme diciendo que estaba en Bretaña...

Petrificado estaba M. Gerondif, no sabia que cita sacar á colocacion, ni como salir del pantano, entre tanto que Jazmin oyendo aquello, corrió á coger las tenazas de la chimenea y amenazó al pobre preceptor esclamando:

—Decir infamias de mi amor! calumniarme! Dejadme le sacuda el polvo porque creo que para eso recobraré mis fuerzas juveniles.

Pero Querubin le detuvo y dijo al profesor:

—Qué razones teniais para mentir de esa manera?

—No sé, mi noble discípulo, una aberración de ideas...

—Yo lo averiguaré: pero dónde está Luisa?

—La interesante joven abandonada?

—Responded sin mentir, dónde está Luisa?

—En una casa honrada; de doncella de labor en casa de Mad. de Noirmont.

—Doncella de labor mi hermana de leche! la compañera de mi infancia, qué indignidad!

—El salario es bueno, y como su fortuna es nula...

—Silencio! pobre Luisa! es esta la recompensa del cariño que me profesabas? empero ni un día mas subsistirá en ese estado. Jazmin, un coche, y vos, señor mio, seguidme...

No necesita Gerondif que le repitan la orden, y sigue á Querubin rápidamente á un fiacre, á cuyo cochero dan las señas de la casa de Mad. de Noirmont.

No pronuncia por el camino una palabra Querubin, y Gerondif ni á sonreirse se atreve. Cuando se paró el coche delante de la casa

de Mad. de Noirmont, dijo Querubin al profesor:

—Vos presentásteis á Luisa en esta casa; id á buscarla. Decid á esos señores que Luisa nos servirá ya, que ha encontrado un amigo, un protector... decid lo que querais con tal que me traigáis á mi hermana, á mi amiga... A ella no necesitáis decirla mas sino que estoy aqui, que la espero, y estoy seguro de que no vacilará en seguiros. Marchad, que aqui os espero.

Salta del fiacre M. Gerondif, y entra en la casa, diciendo para sí:

—Puesto que no hay otro recurso, vamos allá... la muchacha no me preferirá seguramente... á no ser que mas adelante... la dotará sin duda... y me figuraré que es viuda!

Contaba Querubin los minutos trascurridos desde que el profesor entró en la casa: asomado á la portezuela no se separan sus ojos del portal, porque aguarda á cada instante ver asomar á Luisa: por último, salen dos personas de la casa y se acercan á él: eran Gerondif y Comtois.

Desencajado venia el profesor, mas Querubin no le dejó tiempo para hablar, exclamando:

—Luisa! Luisa! por qué no baja? no la habeis dicho que yo estaba aquí?

—No, respetable discípulo, contestó Gerondif desesperado... no se lo he dicho... ni podía decírselo... si supiérais....

—No quiero saber nada... lo que quiero es mi Luisa. Porqué no baja? no quieren que salga? Yo subiré si es preciso...

—No señor, el caso es que se ha ido ya... Por esa razon no baja con nosotros!

—Qué decís? Luisa?...

—Cuatro dias hace que falta de casa de Monsieur de Noirmont... se ausentó una mañana, muy temprano antes de que nadie se levantára.

—Decís verdad?

—Como el sol, amado discípulo... Mas pensando que no me creeríais, he rogado á Comtois, criado de confianza de M. de Noirmont, que bajara á confirmar la noticia.. Hablad, incorruptible Comtois, decid la verdad, nada mas que la verdad, la verdad pura.

Acercóse Comtois á Querubin, y despues de saludarle con respeto, dijo:

—Desde que Luisa entró en casa, mereció siempre los mayores elogios por su conduta, por su modestia, por su dulzura que se grangeaba el cariño de todos... La señorita Ernestina la trataba mas como amiga que como criada, y únicamente la señora... no se sabe por qué... era un poco severa con la

señorita Luisa. Por fin, el viernes último, al día siguiente de una gran comida que se dió en casa, desapareció la muchacha; pero sin llevarse ni siquiera un pingajo que no fuera suyo. Mi señorita sintió mucho su partida... pero creemos que Luisa queria volverse á su pueblo, ya que no habia sabido dar gusto á la señora. Esta es, señor la verdad, y si quereis tomaros la molestia de subir, vereis á la señorita Ernestina ó á mis amos que os dirán lo mismo que yo.

No juzga Querubin oportuno tomar mas informes, porque Comtois no tenia motivo para mentir y se leia en sus ojos el sentimiento que le causaba la marcha de Luisa.

—Se habrá vuelto á Gagny indudablemente! esclama Gerondif rascándose la nariz.

—A Gagny! dice Querubin desesperado: si yo vengo de allí, no os acordais? vengo de casa de Nicolasa, y Luisa no ha parecido!

—Acaso en el camino...

—No os han dicho que hace cuatro dias que salió? Qué ha sido de ella desde entonces? Cuatro dias para cuatro leguas!

—Mucho es, pero si iba despacio...

—Ah! vos teneis la culpa de que Luisa saliese de la aldea donde estaba libre de todos los peligros... Vos la tragísteis á Paris... mas ahora es menester que yo la encuentre, que

sepa donde está y si la ha sucedido alguna desgracia, caerá sobre vos mi cólera!

Dá Querubin las señas de la casa de su amigo Monfreville, para ir á contarle sus cuitas, porque sabe que no le faltará su amistad, yendo á reclamar su auxilio.

Estaba en casa Monfreville, é hizo preguntas á su amigo al verle llegar tan trémulo y conmovido: Querubin le contó lo que le pasaba, su viaje al pueblo, lo que le habia referido Nicolasa, la conducta de Mr. Gerondif con Luisa y por último la desaparicion de esta terminando su narracion con esclamar:

—Es preciso encontrar á Luisa, amigo mio, es preciso! porque ahora conozco cuánto la amo..... Pobre Luisa! por acercarse á mí, con la esperanza de verme, vino á servir á París. Nicolasa me lo ha contado todo, Luisa no pensaba sino en mí, y yo, ingrato, estuve tres años sin consagrarla el menor recuerdo.

—Es verdad, dijo Monfreville, y hoy os desesperais por no saber donde anda! Pero segun parece esa jóven es digna de vuestra amistad, y fuera lástima que cayera en algun lazo cortesano... que fuera víctima de algun miserable... Decís que es bonita?

—Era ya preciosa á los quince años y en estos tres, dice Nicolasa, que se ha embellecido mas.

—Cáscaras! bonita y perdida en París!... En cuanto á la conducta del preceptor, se esplica perfectamente; estaria enamorado de Luisa y juzgó prudente impediros verla...

—Enamorado de Luisa! Ese impertinente!... viejo loco! Pero dónde iremos á buscar á esa pobre Luisa?

—No será fácil, pero yo os ayudaré y os guiaré en las pesquisas: con emisarios y dinero, malo ha de ser que no consigamos buen resultado.

Dió millones de gracias Querubin á su amigo porque se prestaba á ayudarle, y el mismo dia comenzaron su tarea.

Y mientras esto sucede en casa de Monfreville, Gerondif estaba inmóvil en la calle, petrificado por las amenazas y la cólera de su discípulo: hacia ya rato que Comtois se habia retirado y Gerondif seguia en el portal.

Decidióse por último á echar á andar haciendo esta reflexion:

—La Sagrada Escritura dice: Busca y hallarás. Voy á buscar á la jóven Luisa, pero es muy probable que no la encuentre.

XXIX.

El vendedor de perros.

Nos separamos de Luisa en el momento en que por obedecer los mandatos de Mad. de Noirmont, abandonó su casa antes de que nadie se levantase.

Héte, pues, á Luisa en la calle al amanecer, con un envoltorio de su ropa debajo del brazo, y en el seno guardada aquella carta tan preciosa que la va á restituir su padre.

Así que se vió sola, y bastante léjos de la casa de donde salia, su primer deseo fue saber el nombre de la persona á quien iba en-

caminada, y sacando del pecho la carta, leyó estas señas:

— «Para entregar á M. Eduardo Monfreville en propia mano.»

—M. Monfreville! dijo Luisa, nunca he oído nombrar á este caballero; pero Mad. de Noirmont ha dicho que era muy amigo de... de M. Querubin... y que de casa de este me dirigirían. Vamos á casa de M. Querubin... no á verle á él, porque ya sé que me ha olvidado... que no me quiere recibir: además de que teniendo como tiene tres ó cuatro queridas, yo tampoco quiero verle á él.

Decir esto le cuesta un hondo suspiro á la muchacha, porque ni por pienso está su corazón acorde con sus palabras; pero se pone en camino para el barrio de S. German, reflexionando:

—Olvidemos al amigo de la infancia... no pensemos sino en lo que esta noche me ha dicho Mad. Noirmont.

Llegó Luisa á la calle donde estaba la casa de los Grandvilain y al verse á tan poca distancia de la residencia de Querubin, se paró temblando y dijo:

—Querubin no quiso recibirnos cuando venia su querida nodriza, con que Dios sabe si á mí me despedirán brutalmente, porque crean que le quiero ver á él. Qué baré, Dios

mio, que haré?

Y en lugar de aproximarse á la casa, volvía Luisa la espalda, pero á poco se detuvo otra vez y reflexionó de nuevo:

—Es indispensable que yo averigüe donde vive este M. Monfreville... Como no espere á que salga alguien! Si, me parece lo mejor, en la calle me atreveré á preguntar á cualquiera. Pero aun es temprano, paseemos un rato, que no pasa mucha gente. Oh! si le viera salir... me esconderia para que no me viese, pero á lo menos podria mirarle... hace tanto tiempo que no le he visto!

Hacia ya rato que se estaba paseando Luisa sin haber visto salir á nadie, cuando se acercaron hácia la muchacha dos individuos que desembocaron de una calle inmediata.

No iban asidos del brazo estos dos sugetos, deja el uno siempre algunos pasos de delantera á su compañero, como si ciertos restos de respeto le impidieran ocupar la misma línea. Llevaba el primero un gran paletó forrado de terciopelo, muy elegante pero muy usado ya, un sombrero casi nuevo; pero que indica haber recibido muchas composturas, y un cigarro en la boca; al segundo se le distingue por su enorme sombrero paraguas, su viejísimo carrik, un pantalon con cascarrias hasta el muslo, y unas botas que, como no fueron

hechas para él, iban danzando en los pies. Por último, un ojo hinchado y la nariz magullada.

Darena y Poterne venian de pasar la noche en un garito cuya reunion se habia disuelto á garrotazos. Darena se habia empeñado en pasar por delante de casa de Querubin, lo cual no hacia gracia maldita á Poterne que murmuraba:

—Si nos encontrára el marquesito... puede que nos honrara con algun recuerdo de esos que duelen!

—Bah! bah! respondió Darena, no ves nunca mas que el lado negro de las cosas. Yo, por el contrario, me alegrara de encontrar á Querubin... me acercaria á él riendo y le diria: Entre amigos, quién se enfada por una chanza? os he proporcionado una muchacha encantadora, y aunque es cierto que era alsa-cia y no polaca, qué importaba eso? Tampoco es mia la culpa de que os hayais dormido á su lado! Apuesto á que me daba un apretón de manos y se olvidaba todo.

—Hum! no lo veo tan fácil... si supiérais cómo os trató su amigo Monfreville...

—Ta, ta, ta! palabras vanas... simplezas! yo soy superior á esas miserias.

Y proseguian su camino aquellas dos alhajias, cuando reparando Poterne en Luisa que

tenia los ojos fijos en el edificio, empujó á Darena y le dijo:

—Mirad... mirad á la derecha.

—Cáspita! qué chica tan linda! qué diablos hará contemplando la casa de Querubin? Sabes, Poterne, que es una preciosidad? Cuanto mas la miro, mas encantos la descubro.

—Sí... y la traza no es de parisiense, pero es mejor que aldeana. Lleva un envoltorio debajo del brazo; si acabará de llegar de su tierra?

—No aparta los ojos de la casa... vamos, es menester que yo sepa lo que hace ahí.

—Qué vais á hacer?

—No sé todavía; pero soy francés, galante antes que nada, y por lo tanto nunca ha de faltar mi proteccion al bello sexo. Acércate... anda á mi lado, imbécil!

Atraviesan la calle Darena y Poterne para aproximarse á Luisa, y cuando están cerca, se para Darena, diciendo en voz muy alta á su compañero:

—Mr. de Poterne, ya que pasamos por esta calle, no podíamos subir á dar los buenos dias á nuestro amigo íntimo, el marqués Querubin de Grandvilain? Ya sabes que siempre nos está rogando que vengamos á almorzar con él.

Poterne se rebuja bien en su carrik para

responder:

—Todavía es muy temprano: no se ha levantado nadie en casa del señor marques.

No fueron perdidas estas palabras para Luisa que se estremeciera al oír nombrar á Querubin, y que se acercó á Darena, diciéndole tímidamente:

—Habeis de perdonar, señor, pero una vez que sois el amigo de M. de Grandvilain, conocéis por ventura á M. de Monfreville?

Aloir este nombre, hace un gesto Poterne, pero Darena contesta á Luisa con tono receloso:

—Si, señorita, no he de conocer á Monfreville, si es también íntimo amigo mío? Qué le queríais?

—Darle una carta... pero no sé donde vive y me encaminaron á casa de M. Querubin, en la que no me atrevia á entrar.

—Hola! conocéis vos á mi amigo Querubin, señorita? en ese caso me debe haber hablado de vos, porque yo era su íntimo confidente.

—No señor, respondió Luisa con tristeza, no os habrá hablado de mí, porque me habia olvidado... no queria vernos... soy Luisa, su compañera de infancia....

—Luisita! exclamó Darena, la que estaba

en ama en Gagny?

—Sí señor.

—Ya veis que estoy bien enterado, y que no os engañé apropiándome el título de amigo del marqués.

—Sí señor, sí, ya lo veo.

Durante este diálogo, se acercó Poterne á Darena y le dijo al oído:

—Ha caído algo que hacer.

—Ya lo estoy viendo, animal! Y prosigue dirigiéndose á Luisa. Señorita, supuesto que no quereis entrar en casa de mi amigo Querubin, no me parece oportuno ni decente que os esteis en la calle, porque en París hay que guardar siempre ciertos miramientos. Tan jóven y tan bonita, os esponeis á los insultos de cualquier grosero. Dadme, pues, el brazo, porque siendo la compañera de infancia, la hermana de leche de mi amigo, yo naturalmente debo ser vuestro protector..... Asios de mi brazo.

—Ah! señor, cuántas bondades! respondió Luisa, cruzando timidamente su brazo con el de Darena. Vais á tomaros la molestia de acompañarme hasta casa de M. Monfreville?

—Os acompañaré á donde gustéis... á ver al rey si es necesario. Poterne, coged este envoltorio.

—Oh! no, señor, no me estorba.

—No me importa, no consentiré que la hermana de leche de mi amigo Querubin, lleve un lio cuando yo la doy el brazo.

Ya se lo habia quitado Poterne á Luisa de las manos, y esta, con tantos obsequios, echó á andar dando el brazo á Darena mientras que Poterne los seguia tentando lo que podria haber en el paquete.

Por el camino, contó la inocente á Darena cómo habia salido á Gagny para entrar en casa de Mad. Noirmont, su pesar por el olvido de Querubin, no omitió en fin circunstancia alguna y solamente calló la visita que Mad. de Noirmont la hiciera aquella noche.

—Y qué vais á buscar en casa de Monfreville? dijo Darena.

—Voy á llevarle una carta que me han dado para él.

—Sin duda para que os reconcilie con vuestro amigo Querubin?

—No señor, es para un negocio que él solo debe saber.

No dijo mas Luisa porque no juzgó prudente revelar el secreto de lo que la habia dicho Mad. de Noirmont.

Darena fijó poco la atencion en esta circunstancia, ocupado con pensar lo que haria de Luisa. Acordóse de repente de la casita que alquilára para la intriga polaca y que aun po-

seia por que habia tenido que pagar seis meses. Volviéndose á mirar á Poterne, le preguntó guiñándole el ojo:

Mi amigo Monfreville sigue viviendo en la casita aquella de los arrabales?

—Si, señor conde, contesta Poterne con gravedad. Pero como M. Monfreville hace frecuentes viajecillos á las cercanías, no responderé de que esté ahora en su casa.

—Pues vamos á llevarla allá á esta señorita. Si está fuera, ya veremos qué se ha de hacer con la hermana de leche de mi amigo Querubin. Allí hay un fiacre, tomémosle, porque hay bastante distancia de aquí á casa de Monfreville.

Llama Poterne á un cochero, y Luisa entra en el carruaje con las dos personas que acababa de encontrar, porque la muchacha no tiene la menor desconfianza, siendo á sus ojos un título mas que suficiente de probidad ser amigo de Querubin.

Llegan á la casa de la aventura polaca en la que desde la escena abortada no habitaba mas que Bruno, y se adelanta Poterne á quien ya habia apuntado Darena algunas palabras. Luisa se quedó con el conde que se andaba haciendo el remolon para pagar al cochero, y que por último introdujo en la casa á la jóven.

—Deseamos hablar con M. Monfreville, dijo Darena dirigiéndose á Bruno: esta jóven... la hermana de leche de mi amigo Querubin desea verle.

Mira Bruno á Luisa con descaro y responde:

—M. Monfreville está ausente... volverá mañana ó pasado mañana, y me ha dicho que podían quedarse los amigos que le quisieran esperar.

—Qué haré ahora, estando ausente ese caballero? decia Luisa contristada.

—Lo primero, subir á descansar, dijo Darena, y luego veremos, reflexionaremos. Seguidme sin temor: la casa de Monfreville es como si fuera mia.

Sube Luisa con Darena, quien para disipar toda sospecha, aparenta tratarla con el mas profundo respeto, y se mantiene siempre á bastante distancia de la muchacha. Admirase esta de que habite en tan modesta casa la persona á quien viene encaminada por Mad. de Noirmont; pero como no la han dicho que aquel caballero fuera rico, sino que la enteraria del nombre y calidad de su padre, no se para en estos pormenores.

Al cabo de un rato, dice Darena á Luisa:

—Señorita, en París no conoceis á nadie mas que á Querubin, y no quereis ir á pedir-

de asilo?

—No señor.

—Regresar á Gagy para volver aqui, seria perder tiempo y esponeros, viajando sola, á mil encuentros desagradables. Me parece que en vuestra posicion lo mejor que podeis hacer es permanecer aqui hasta el regreso de Monfreville.

—Aqui, señor, sola en esta casa! no, no, no.

—Sola! qué disparate! cómo habia yo de hacer semejante proposicion? oshará compañía la portera que es una muger respetabilísima, tia-del que vimos abajo, y un modelo de buenas costumbres.

—En ese caso... habiendo una señora respetable...

—Aguardad, voy á preguntar donde anda.

Bajó Darena y dijo á Poterne:

—Despide inmediatamente á ese tunantuelo y búscanos una traza respetable, para que cobre confianza la muchacha y se esté aqui. Es preciso despedir á Bruno no sea que haga lo que en el último lance, dejar entrar á los que lo echaron todo á perder.

—Mugeres respetables, respondió Poterne, conozco tan pocas! dónde diablos quereis que la vaya á buscar?

—Donde quieras... corre... una revende-

dora... una bruja... una asistenta... pero instrúyela bien.

Vuélvese Darena á hacer compañía á Luisa, diciéndola que la muger de confianza habia tenido que salir á una diligencia, pero que no podia tardar en volver.

En el interin, dió principio Poterne por despedir á Bruno, con grande sentimiento de este, que tuvo la osadía de alejarse haciendo gestos muy poco respetuosos; Poterne, sin hacerle caso, corre á las tabernas inmediatas, pregunta, se informa y da cien vueltas de una casa en otra. Al cabo de dos horas tropieza por fin con lo que buscaba, y se trae una muger de cuarenta años, mas alta que un granadero, con un gorrito que fue blanco, en la cabeza, y un vestido cuyo color no se distinguia ya: el rostro granugiento, los ojos pitarrosos y una nariz regada de tabaco completan el retrato.

—Os presento á Mad. Ratonille, portera de esta casa y ama de gobierno de Monfreville, dijo Poterne.

Mad. Ratonille, que venia ya bien aleccionada, hizo grandes reverencias á Darena y caricias infinitas á Luisa, poniendo la casa á su disposicion y asegurándola que su amo tendrá un placer en que le haya esperado. Charlatana por demas es Mad. Ratonille y

como la han ofrecido seis francos diarios y la comida, no cierra su pico para probar á Luisa que allí está libre de todo insulto. La muchacha, persuadida de que Mad. de Noirmont ha de haberla dirigido á personas respetables, dá muchas gracias á Mad. Ratonille y consiente en esperar á su lado el regreso de M. Monfreville.

Pasa otro rato Darena en compañía de Luisa, y en el ínterin enseña Poterne la casa á la nueva portera, la dá nuevas instrucciones y la ruega que no charle mucho, encomendándola sobre todo que no permita á Luisa hablar con nadie.

Así que se despidieron para retirarse, dijo Poterne á Darena:

—Del cielo nos ha caído esta muchacha para desquitarnos de la aventura polaca..... Es deliciosa! y no es posible que Querubin no la adore... Yo lo que veo que hablaba á menudo de su amiga de la infancia, lo cual es prueba de que no la habia olvidado; pero para entregársela es menester que la pague á peso de oro.

No respondia Darena porque iba reflexionando profundamente y Poterne no se atrevió á turbarle en sus meditaciones, presumiendo que ideaba los medios de combinar el negocio.

Al otro día, se acicaló Darenalo posible para ir con Poterne á la casita y mientras sube á visitar á Luisa, el otro se queda abajo con Mad. Ratonille, quien asegura que la muchacho no se ha fastidiado un minuto, porque todo el día ha estado echándola las cartas.

Hasta el anocheecer hace Darena compañía á Luisa y al retirarse con Poterne, guarda el mismo silencio que la vispera.

Otro tanto sucede el día siguiente, sin otra diferencia que la de acicalarse mas y mas el amigo Darena; Mad. Ratonille continua echando las cartas á Luisa, y aunque esta extrañaba que Mr. Monfreville tardase tanto, Darena la repetia todos los días:

—Un poquito de paciencia, él ha de volver y ya que habeis comenzado á esperar, no tiene gracia que os marcheis cuando puede venir de un momento á otro.

A pesar de todo, comenzaba Luisa á sentir inquietud, parecíala que aquel caballero que iba tan puntual á hacerla compañía, no la hablaba con el mismo respeto, ni se mantenía á tanta distancia: observó que la miraba á menudo y echó de ver tambien en las palabras y modales de Mad. Ratonille ciertas cosas que disminuían mucho la confianza que en aquella muger habia depositado.

El sexto día fué la visita mas larga, y Po-

terne que estaba atónito de ver las cosas en el mismo ser y estado, dijo á su compañero:

—Pero qué proyecto es el vuestro? cuándo veremos al marquesito? qué historia le pensais enjaretar acerca de esa Dulcinea?

—He mudado de idea, responde Darena dándose importancia: es demasiado linda esa muchacha para que yo se la ceda á otro... me gusta y ha hecho brotar en mi corazon un sentimiento de que ya casi no me acordaba... Luisa será mi querida... y mas adelante..... cuando no me guste, veremos...

—Soberbia idea! esclama Poterne, y de ese modo pensais ganar dinero? enamorado vos? estamos frescos. Porque el juego os haya favorecido estos dias, habeis de tener siempre oro el bolsillo? si desperdiciamos esta ocasion...

—Poterne, si no cesas de cansarme, rompo este baston en tus costillas. Me gusta la chica, es un capricho y sabes que mis caprichos son necesidades. La Luisita es una alhaja, pero no una alhaja falsa de las que vendias á Querubin. Has de encargár para mañana una excelente comida y vinos, que me harás el gusto de comprar en un buen almacén... mañana es el dia de mi triunfo y quiero celebrarle.

—Pero pensais que consentirá la mucha-

cha?...

—Por qué no? así que beba unos cuantos vasos de champaña se le calentarán los cascos y si no se aviene á razones... psit! lo mismo me dá. Seis dias hace que la estoy persiguiendo á ojeadas, y si no me ha entendido, peor para ella, porque no trato de contentarme con suspiros!

—Adelante, dijo Poterne, se le ha metido en la cabeza y es inútil cuanto yo predique!

Entre tanto, corrian por Paris Querubin y Monfreville, preguntando á todo el mundo y dando las señas exactas de la que buscaban. Todos los criados de Querubin andaban puestos en movimiento, M. Gerondif salia así que almorzaba y no volvia hasta la hora de comer, asegurando siempre que habia andado doce leguas lo menos por buscar á Luisa. Jazmin fué á Gagny, por si acaso se habia presentado Luisa, pero nada, y cuando supo Nicolasa que se ignoraba el paradero de su hija adoptiva, derramó amargas lágrimas, maldiciendo al profesor que era la causa de que su ahijada fuera á Paris, y jurando arañarle si esta no parecia.

Pasaron dos dias sin noticia alguna; pero á fines del tercero, retirábase Querubin aburrido del poco éxito de sus pesquisas, cuando al pasar por Puente Nuevo, fijó la vista por

casualidad en un muchacho que tenia un perro muy feo atado por el pescuezo, esperando un comprador.

Chocóle la fisonomía á nuestro héroe, y reconoció al punto al centinela que guardaba la casa donde Darena condujera á la supuesta condesa Globeska, y sin mas ni mas se acerca á Bruno quien lo conoce tambien, y le saluda muy contento.

—Sois vos, señor? os he conocido! dijo Bruno mirando con descaro al jóven, vos sois á quien se la querian pegar con una alemana que hacia de polaca.... Me quereis comprar este perro? es muy leal... mas leal que yo... en seis francos no es caro... me lo encontré ayer, y lo vendo hoy, porque los dos estamos en ayunas... por eso os le doy mas barato.

—Vendes perros ahora? dijo Querubin.

—Tomal algo se ha de hacer, los otros me han echado á la calle... bribones! han llevado otra damisela á la casita de allá abajo... mucho mejor que la alsacia... caramba! esta es mas guapa...

Ocuriósele á Querubin una idea súbita y llamando á Bruno aparte, le puso veinte francos en la mano y le dijo:

—Esto es para tí, y diez veces maste ofrezco si me ayudas á encontrar á la que busco.

—Veinte francos! caramba! no he tenido nunca tanto dinero junto.... vuestro es el perro...

—Respóndeme ahora. Dices que Darena y Poterne han llevado una jóven á la casa de la barrera?

—Sí, señor, en un coche.

—Cuánto tiempo hará... te acuerdas?

—Psit! yo estaba allí todavía... hará... hará... hoy hace siete dias.

—Siete dias! tres que la andamos buscando... justo! es bonita?

—Mucho, y no tiene la cara de tonta que la otra. La han hecho creer que está en casa de un M. Monfreville, y el pícaro de Poterne ha llevado una vieja para que haga de portera, dejándome á mí en la calle...

—No han nombrado á esa jóven delante de ti?

—Aguardad... ahora que me acuerdo... cuando llegaron dijo Mr. Darena: es la hermana de leche de mi amigo, el marqués Querubin.

—Ella es! miserables! yo les haré que me la entreguen... Pobre Luisa, siete dias en poder de ese infame Darena... Llegaré á tiempo...

—Llevadme con vos... si os presentais, no os abrirán la puerta...

—La derribaré...

—Oh! es sólida... pero yo aseguro que á mí me abren.

—Pues ven y doblaré la recompensa prometida, si estrecho á Luisa entre mis brazos.

—Magnífico golpe! cómo me voy á vengar... anda, Canelo, te doy la libertad, búscate la vida.

Suelta Bruno el perro, y Querubin duda si ir á participar á Monfreville su descubrimiento; pero cada minuto de dilacion le hace temer que sea Luisa víctima de algun atentado, y se siente con bastante resolucion y valor para arrancarla solo de los peligros que la amenazan. Sube con Bruno á un coche, llega en un instante á su casa á coger un par de pistolas, decidido á hacer uso de ellas si es necesario para libertad á Luisa y toma el camino de la casita del arrabal.

Ya era de noche cuando llegaron al baluarte exterior, y el rapaz que estaba en todo, dijo á Querubin:

—Que pare el coche á alguna distancia de la casa... el ruido los podría alarmar.

Convencido Querubin de la exactitud de este consejo, apéase del coche seguido de Bruno y se acerca á buen paso á la casita.

Cerrados estaban los postigos del piso ba-

jo y del principal, pero por las rendijas se descubria luz en ambos pisos.

—Hay gente, dijo Querubin cuyo corazon latia con violencia.

—Sí, ahora se necesita un poco de malicia para que abran la puerta... No chisteis y tened dispuestas las pistolas para meterlos miedo, asi que hayan abierto... vereis como los engaño.

Estaba Poterne comiendo en el piso bajo con Mad. Ratonille: Darena habia subido al piso principal adonde tambien iba á comer con Luisa. Habíala ya declarado su amor á esta, quien comenzaba á comprender que habia caido en un lazo y que solo el cielo la podia salvar.

En el piso bajo no hablaban de amor: comian mucho y bebian mas: Mad. Ratonille, estaba medio achispada y la lengua de Poterne empezaba á ponerse estrapajosa, cuando llamó Bruno á la puerta.

Tardaron un rato en contestar, y al cabo se oyó á Poterne esclamar:

—Quién llama?

—Soy yo, papá Poterne; Brunito el mono: abridme un momento.

—Qué quieres ahora galopo? ya no te necesitamos, lárgate...

—Vengo á buscar un gorro griego que me

he dejado olvidado y que yo solo sé dónde está guardado. Dejadme coger mi gorro y me marcho.

—Déjame en paz ahora... marcha volando de ahí.

—Si no me dais el gorro voy á alborotar la vecindad, hasta que venga la guardia.

Estas palabrrs deciden á Poterne, y sale á abrir la puerta murmurando:

—Busca tu gorro y escapa en seguida.

Pero en lugar del pilluelo que esperaba, precipitase Querubin en la casa, con una pistola que aplica al pecho de Poterne, diciéndole en voz baja pero con ojos que brillaban como ascuas.

—Si das un grito, te mato. Dónde está Luisa?

—Tal es el miedo de Poterne que apenas acierta á murmurar:

—Arriba con Darena.

No necesita mas Querubin: sube la escalera y de una patada abre la puerta del piso principal.

No es ya aquel jóven débil y tímido, que ni hablar ni obrar sabia, es un Hércules que se lo lleva todo por delante. Lo primero que ve al entrar en la desordenada habitacion es á Luisa forcejeando y luchando por desasirse de los brazos de Darena. Arrojáse Queru-

bin sobre el hombre que pretende ultrajar á Luisa, sujetándole por la mitad del cuerpo, le levanta y le arroja con furia al otro extremo de la habitacion, sobre la mesa donde estaba preparado el banquete.

Imposibilitado Darena de defenderse, fue á chocar su cabeza en el ángulo de la mesa, rompió con la cara un plato cuyos pedazos le hirieron y cayó murmurando el nombre de Querubin.

—Querubin! exclamó Luisa sin atreverse á dar crédito á sus ojos, y derramandolágrimas de alegría: será posible? sois vos?

—Sí, Luisa, yo soy, Querubin, tu amigo, tu hermano que ya es dichoso con haberte encontrado... Pero ven, ven, no nos detengamos un momento mas en esta casa. Y tú, miserable, si conservas un resto de valor y quieres tener la honra de morir por mi mano, ve á buscarme y te probaré que este jóven tan tímido sabe manejar una pistola y una espada.

Pero Darena no le podia contestar porque habia perdido el sentido.

Llévase Querubin á Luisa y al pasar por el piso bajo encuentran á Mad. Ratonille en la mesa todavía, á Poterne agazapado detras de una tinaja y á Bruno de centinela á la puerta. No se entretiene Querubin á dar su mereci-

do al cómplice de Darena, y prosigue su camino con Luisa, mandando á Bruno que avisara al cochero que arrimase y metiéndose en el coche inmediatamente. Antes de echar á andar, sacó Querubin un puñado de oro y se lo dió á Bruno, diciéndole:

—Toma... este oro lo has ganado haciendo una buena accion: desearé que te sea provechoso y que llegues á ser hombre de bien.

Partió el coche y Querubin estrechó entre las suyas con delirio las manos de su compañera de infancia: por un largo rato, aquellas dos personas que no se habian visto en tres años, experimentaron tanto placer, tanta ventura por hallarse juntos, era tan violenta su sensacion que no pudieron comunicarse mas que palabras sin hilacion y frases cortadas.

—Sois vos, Querubin, decia Luisa, vos el que me ha salvado! conque os acordais de mí?

—Luisa, tres dias hace que ando hecho un loco por París... buscándoos por todas partes... desde que supe que habiais desaparecido de casa de Mad. de Noirmont, no he vivido, no he disfrutado un momento de reposo!

—Será cierto!... me amais todavia, Querubin?

—Que si os amo! mas que nunca, Luisa

mia... He sido un ingrato en estar tanto tiempo sin daros noticias mías, y me habreis motejado de indiferente, de ingrato... pero nunca desistí de la idea de ir á veros, sino hubiera sido porque M. Gerondif me dijo que estábais muy divertida en Bretaña... que no queríais volver á Gagny.

—Habrá embustero! él fue tambien quien me afligió asegurándome que no os acordabais de vuestra compañera de infancia, que no queríais volverla á ver.

—Qué maldad! qué infamia!

—Y no era verdad... y amais todavía á vuestra pobre Luisa? qué dichosa soy!

Un soplo pareció á los amantes el camino desde la casita del arrabal á la mansion de Querubin; bajó del coche, hizo entrar á Luisa, y la subió á su habitacion. Siguióle esta con la mayor confianza, porque se hallaba con su amado, y en su imaginacion no cabian otras ideas. Cuando subió Jazmin á entrar luz en el aposento de su señor, exhaló un grito de alegría al descubrir á la muchacha, y Querubin le esplicó en pocas palabras cómo la habia encontrado.

—Otra vez andaba en danza ese bribon de Poterne, el de las confituras, esclama Jazmin, y su amo, otro bribon... hubiera apostado que tenian alguna parte en este fregado.

—Luisa se queda aquí... no quiero que nos volvamos á separar, dijo Querubin, porque temeria perderla otra vez. La pondremos un cuarto en esta casa y en el interin... esta noche ocupará el mio... Jazmin, disponme la alcoba de arriba.

—Bien, señor.

Quiso oponerse Luisa á estas disposiciones, temiendo molestar á Querubin: dijo que la bastaba la pieza mas pequeña, pero Querubin no la dió oídos y Jazmin se alejó para ejecutar sus órdenes.

Quedáronse solos los jóvenes y Querubin no se cansaba de mirar y remirar á Luisa, y le parece tan bella, tan graciosa, tan seductora, que esclama:

—Y yo que os posponia á todas esas mujeres que creia amar! Ah! Luisa, no hay ninguna que merezca compararse con vos.

Contóle la muchacha á su amigo cuanto la habia sucedido desde que saliera del pueblo y no le oculta ninguno de sus pensamientos, no tiene secreto alguno para él. Particípale todos los pormenores de su estancia en casa de Mad. de Noirmont y se palpa el seno por cerciorarse de que conserva la carta que ha de entregar á M. Monfreville, y que Darena queria que le diese cuando llegó Querubin tan á punto para defenderla.

—Mañana os llevaré á casa de M. Monfre-ville, dijo Querubin, porque esta noche es va demasiado tarde para llamarle. Mad. de Noirmont os ha ofrecido que él os enteraria de quien es vuestro padre... pero suceda lo que suceda, jurémonos, Luisa mia, no volver á separarnos; si no teneis padres, yo lo seré todo para vos... padre, amigo, protector y...

No sabe como acabar Querubin; pero coge la mano á Luisa y se la cubre de besos. Tan gozosa está la jóven con ser amada por el compañero de su infancia, que presta sin dificultad el juramento exigido, y ni uno ni otro se cansan de repetir que se aman y se amarán siempre, recordando los placeres de su juventud, sus primeros juegos, los dulces momentos que pasaron juntos, aquellos diastan cortos y tan deliciosos que se proponen ver resucitados.

Para dos séres que se aman con sinceridad y que han estado largo tiempo sin verse, se pasa el tiempo sin percibir su duracion. Ya hacia mucho tiempo que Jazmin entrara á avisar á su amo que estaba dispuesta la alcoba sin que Querubin pensára retirarse; pero la conversacion continuaba, y el jóven se embecia clavando sus ojos en los de su amada que respiraba amor y ternura. Prodigábanse

nuevos juramentos de amarse eternamente, y no se acordaban de separarse.

De repente sonó un reloj dando las dos de la madrugada.

—Dios mio! qué tarde! dijo Luisa, las dos ya... Quién lo hubiera creído! amigo mio, os estoy privando de descansar... separémonos... hasta mañana no mas.

—Sí, dijo Querubin, os dejaré dormir Luisa... ya que no hay otro remedio, buenas noches.

Y la miraba el jóventiernamente, y no se iba hasta que con cierto rubor se atrevió a decirle:

—Luisa... antes de separarnos, no me permitireis que os abrace, porque no me he atrevido desde que os encontré, y eso que cuando éramos niños nos abrazábamos á menudo.

No halla razon la muchacha para negar al amigo de su infancia aquel dulce favor que en otro tiempo le concedia, y por única respuesta se acerca á él. Vuela Querubin á sus brazos, la oprime contra su corazon, pero no son ya sus besos los de un niño.—Demasiado tarde conoce Luisa su imprudencia, mas ¿cómo huir de un peligro que no está previsto? Hay faltas muy dulces de cometer. Querubin la jura amarla siempre y por esta vez desaparecen sus timideces.

XXX.

Los amores de Monfreville.

La luz del alba encontró á Querubin todavía acariciando á Luisa, habiendo sido inútil la alcoba dispuesta para nuestro héroe; pero así que fué de día se subió muy quedito para que los criados no notasen nada, y á las nueve llamó á Jazmin para que bajara á ver si se habia levantado la señorita Luisa y podía recibirle.

Dióse prisa el servicial anciano á cumplir su comision, y volvió enagenado á decir á su señorito que ya estaba levantada su amiga,

fresca como una rosa, y que se conocia que habia pasado una excelente noche.

Sonrióse Querubin de la perspicacia de su criado, y no se descuidó en bajar á saludar á Luisa.

Lloraba la muchacha y ocultaba el rostro en el seno de su amado, pero Querubin la dijo con ese acento que pinta el amor, y que tanto penetra el corazón de una muger:

—Porqué te has de arrepentir de haberme hecho dichoso, cuando en lo sucesivo quiero emplear mi vida en que tú lo seas? nunca nos separaremos, serás mi fiel compañera, mi esposa querida...

—Oh! no, responde Luisa llorando, sois rico, de noble cuna... y no podeis casaros con una desdichada que no conoce á sus padres... Os amaré toda mi vida, pero no puedo ser esposa vuestra; porque llegaría un dia en que os arrepintiéseis de haberme dado ese título, y seria tan desdichada entonces!...

—Jamás!... me ofendes con esas ideas! mas ¿no vas á saber quiénes son tus padres por Mr. Monfreville? Pues bien, yo me arrojaré á sus pies y habrán de consentir en que sea tu marido.

Exhaló Luisa un suspiro y bajó los ojos para responder:

—Ahora... ¿soy acaso digna de encontrar á

mis padres? Se me figura que ya no me atreveré á entregar la carta á ese caballero, y mejor seria romperla.

» Logra disipar Querubin los recelos de Luisa y se resuelve á escribir á su amigo, y enviarle la carta que la niña no se atreve á llevarle, acompañada de esta esquila:

«Amigo mio:

» He encontrado á mi Luisa, que es el ángel que embellecerá toda mi vida... ya no puede ser de otro, porque es mia, mia sola. Oh! querido Monfreville, soy el mas dichoso de los hombres... al menos esta vez no he tenido miedo; pero consiste en que á las otras mugeres no las amaba... y á esta la adoro.

» Mad. de Noirmont habia entregado á mi Luisa una carta para vos, diciéndola que vos la enteraríais de quién era su padre; mas buscando vuestra casa se encontró con ese miserable Darena, que la llevó á una casuca engañándola con que estaba en vuestra casa. Afortunadamente llegé á tiempo, y os envio la carta, amigo mio, rogándoos que vengais á decirme lo que sepais... Pero si los padres de Luisa pretenden separarnos, no le digais quiénes son, porque en lo sucesivo no podemos existir el uno sin el otro.»

Firmó Querubin la carta, metió dentro la de Mad. Noirmont, y muy temprano lo envió todo á casa de su amigo.

Estaba solo Monfreville cuando le entregaron la epístola de Querubin, y apenas leyó el nombre de Mad. Noirmont, y supo lo que habia dicho á Luisa, se puso pálido y trémulo, fijáronse sus ojos en la carta que iba dentro de la de Querubin y exclamó:

—Sí... ella es la que me escribe... reconozco esos caracteres, aunque hace mucho tiempo que no los veo... Gran Dios! qué suceso puede haberla decidido á escribirme... despues de jurar que nunca miraria en mí mas que un extraño... que borraría todo lo pasado de su memoria... Y esa niña que me envia... oh! Dios! si fuera...

Rompió Monfreville el sello de la carta y antes de leer tuvo que pararse otra vez por que estaba tan conmovido, que apenas podian sus ojos distinguir los caractéres: por fin, hizo un esfuerzo y leyó:

«Señor, cuando menospreciando vuestros juramentos me dejábais llorar al pie de la cuna de mi hija, una falta que no veníais á reparar, juré que nunca conoceríais á vuestra hija... hice mas: envolviendo á la desdichada en el odio que ya me inspiraba mi seductor, abandoné á mi hija en poder de los aldeanos á quie-

nes la habia confiado y me propuse no volverla á ver.

»Con el tiempo, fué un deber por mi posición, pues mi padre que, gracias al cielo, ignoró siempre la falta de su hija, habia dispuesto de mi mano y estando casada, madre de familia y esposa de un hombre tan severo en materia de honor como celoso de su reputacion, hubiera hecho á la par la desgracia de mi hija, la mia y la de M. Noirmont si por un solo paso imprudente, me hubiera espuesto á que sospecháran la falta de mi juventud. Deciros que era dichosa, seria engañaros, porque no puede serlo una madre cuando ha repelido de su seno á uno de sus hijos... Me echaba en cara las caricias que prodigaba á otra hija porque en fondo del alma me acordaba de la que tenia no menos derecho á mi ternura y estaba lejos de mí... Estos remordimientos no eran bastantes sin duda, y el cielo me reservaba un castigo mas terrible. Durante un viage que hice á Italia meses há, fué recibida en mi casa una jóven en clase de doncella... su dulzura, sus encantos habian conquistado todos los corazones y yo tambien me sentí aficionada á ella, pero haceos cargo de mi situacion cuando supe que aquella jóven criada en Gagny de misericordia era la misma hija que en otro tiem-

po abandoné!... Mi hija en mi casa... en clase de criada... de criada en casa de su madre... Oh! señor, cómo soportar tan terrible situación?

»Tentada á cada paso de arrojarme en los brazos de Luisa, de estrecharla entre mi corazón y acordándome despues de mi esposo, de la otra hija, del honor de una familia entera... era menester morir ó salir de tal estado... Al fin acabo de ver á Luisa, no he podido confesarla que soy su madre... pero la he suplicado que se alejara y la pobre niña ha cedido á mis ruegos. Empero conmovida de la tierna adhesion que me ha manifestado... he querido restituirla su padre. La hija que á vuestro regreso á Francia, en vano intentásteis por conocer... es Luisa... la jóven tan bella, tan modesta que os entregará esta carta. Devolvedla su padre, señor, y en cuanto á su madre no debeis nombrársela, que harto se la hará adivinar su corazón.

AMELIA DE NOIRMONT.»

La lectura de esta carta enajena de júbilo á Monfreville: lee y relea la carta de Mad. de Noirmont temiendo ser juguete de una ilusion, gozándose con la idea de que sea su hija aquella jóven cuya belleza, cuya dulzura y honradez todos elogiaban, mas otro

recuerdo modera los arranques de su alegría; se acuerda de la carta de Querubin y la vuelve á leer, exclamando despues con un suspiro:

—No ha querido el cielo que fuera completa mi ventura, debia espiar mi falta... mas despues de haber sido culpable no me resta mas que perdonar.

Luisa y Querubin estaban juntos esperando con impaciencia la llegada de Monfreville, y con esta impaciencia se confundia un temor secreto que no sabian explicar.

Tal era su situacion cuando Jazmin anunció á M. de Monfreville.

Conmovida Luisa, bajó los ojos y Querubin salió al encuentro de su amigo, mas se detuvo al reparar en su aspecto severo y apenas pudo decir:

—Habeis recibido mi carta?

No tocó Monfreville la mano que le alargaba Querubin, y dirigió sus miradas á Luisa que estaba temblando en el otro extremo de la habitacion: involuntariamente se le arrasaron de lágrimas los ojos, mas dominando su conmocion fue á sentarse cerca de Luisa é hizo señal á Querubin de que tomara otra silla, diciéndole:

—Si, he recibido vuestra carta y la de M^{de} Mad. de Noirmont en que me dice que esta seño-

rita fue adoptada por la misma muger que os crió.

—Y es cierto, amigo mio, que conoceis al padre de Luisa... que podeis ayudarla á encontrarle? Sabeis si la hará dichosa, si se opondrá á nuestra union?

Miró otra vez Monfreville á la muchacha y murmuró:

—Conozco al padre de esta señorita.

Entonces levantó los ojos Luisa y los fijó en Monfreville llenos de esperanza y de filial ternura, esclamando:

—Conoceis á mi padre? Ah! señor, si fuera cierto que se dignára amarme y...

No concluyó, porque la voz le temblaba y espiraba en sus lábios la palabra. Al cabo de un rato repuso Monfreville.

—Antes de contestar á vuestras preguntas, voy á contaros una historia de mis verdes años. Prestadme toda vuestra atencion.

Apenas tenia veintidos años y ya era rico, independiente, dueño de mi voluntad, mas no de mis pasiones!... Amé entonces á una señorita de buena familia, que no tenia madre que la vigilára y en un viaje que hizo su padre, triunfó de su virtud mi amor. Oh! es una falta gravísima abusar del cariño que se inspira para arrastrar á la que nos ama al olvido de sus deberes, y es rara la vez que

no lo paga el culpable!

Turbóse Querubin sin atreverse á mirar á Monfreville, en tanto que Luisa, pálida y trémula, sentia inundado su rostro de lágrimas que brotaban.

—Obligado á poco por mis negocios á pasar á Inglaterra, me ausenté prometiendo á la que habia seducido volver cuanto antes á pedir su mano. Pero asi que estuve lejos me hizo olvidar mis promesas la inconstancia, que es tan natural en un jóven. Y sin embargo, recibí una carta en que me decia que iba á ser madre, que me apresurára á volver si queria salvar su honor y reparar mi falta. Pero esta carta quedó sin respuesta porque me ocupaba otro amor, y asi pasaron dos años. Volví á Francia, y acordándome entonces de la que tan vilmente abandoné, del hijo que no conocia á su padre, venia resuelto á ofrecer mi nombre y mi mano á la persona con quien habia sido tan culpable. No era ya tiempo, estaba casada, con un hombre respetable, y aunque estaba yo seguro de que habia sabido ocultar su deslíz, anhelaba saber el paradero de mi hijo. Despues de muchas tentativas inútiles conseguí una entrevista con la que tanto me habia amado, y ya no hallé mas que una muger irritada, implacable, que á mis súplicas solamente contestó: «Me aban-

donásteis cuando os suplicaba que viniérais á darme el nombre de esposa, á dar un padre á vuestra hija. ¡Ya no os conozco! Quiero perder hasta el recuerdo de una falta de que me avergüenzo; y respecto de vuestra hija, son inútiles todos vuestros ruegos, porque nunca sabreis qué ha sido de ella.»

Esta sentencia pronunciada por una muger ultrajada, se ejecutó con el mayor rigor. Pasaron diez y seis años, y en vano repetí algunas veces mis súplicas, porque todas se quedaron sin respuesta. Hé aquí Querubin, la causa de la tristeza que me solia asaltar en medio de los círculos mas frívolos, del raro humor que se observaba en mí; era que en medio de los bulliciosos placeres me acometia el recuerdo de mi hija, y de buena gana hubiera dado cuanto poseia por estrechar á mi hija, y de buena gana hubiera dado cuanto poseia por estrechar á mi hija entre mis brazos... Mas hoy se han coronado mis deseos: hoy... una amiga de la que me amó en otro tiempo se digna restituirme mi hija. Dios mio! Por qué con la dicha de encontrarla ha de mezclarse el pesar de saber que fué culpable? Por qué esa seduccíon que hizo infeliz á su madre ha de venir tambien con la hija?

No habia terminado Monfreville cuando ya habian ido Luisa y Querubin á precipitarse á

sus pies, bañado el rostro de lágrimas; entrambos le abrazan las rodillas, y Luisa estiende los brazos murmurando con voz trémula:

—Perdonadme, padre mio... perdonadnos... No conocia á mis padres, y Querubin lo era todo para mí.

Abrió Monfreville sus brazos á los dos amantes, y les dijo abrazándolos.

—Sí, debo perdonar; porque en vez de uno, podré tener dos hijos.



Conclusion.

Luisa fue reconocida públicamente por hija de M. Monfreville y á poco tiempo se casó con el marqués Querubin de Grandvilain, habiendo asistido á la boda Nicolasa que tuvo el doble placer de asistir á la de sus dos ahijados.

Para la fiesta, queria Jazmin, que estaba desconocido de puro remozado, dar una funcion de fuegos artificiales, mas se opuso Nemesia recordando los lances pasados, y Jazmin se contentó con tirar algunos cohetes que le quemaron los pocos pelos que le quedaban.

A M. Gerondif le hizo Querubin un buen regalo rogándole que buscára otros discipulos. El profesor que se vió dueño de un capitalito, quiso dar que hablar y fundó un periódico latino, hizo una tragedia y abrió un curse

¡¡¡ERA UN CHIQUILLO!!!

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

ERA UN CHIQUILLO!!

El mas profundo silencio reinaba en las calles de la capital de Francia, en el momento en que la una de la noche acababa de sonar en el reloj de la iglesia de S. Pablo: los habitantes del séptimo cuartel dormian, ó al menos estaban acostados, lo que no es igual, y solo transitaban por el populoso barrio de San Antonio alguna que otra pareja de amantes sospechosos, y tal cual vagabundo, que se detenía delante de las casas con la estóica impasibilidad de aquel que nada tiene que hacer. La luna, brillando con esplendor, les prestaba su claridad; pero tambien alumbraba al mismo tiempo otras muchas cosas, porque como no mas que una luna para las cuatro partes del mundo, preciso es que sirva de fanal á los habitantes de Europa y á los del Asia, que se refleje un tiempo en las aguas del Tiber

y en las del Nilo, y que derrame su luz en las praderas inmensas de la América, en los desiertos de la Arabia, en las cataratas del Niagara, en las risueñas orillas del Ródano, en las ruinas de Menfis y Palmira, y en los edificios de París... Convengamos en que es harto poco una luna para tanto mundo!!...

M. Francisco Durand, herbolario de la calle de S. Pablo, hombre de unos cuarenta años, que ejerce su oficio, tanto por su placer científico, como por su interés pecuniario: que se jacta de conocer los *simples* mejor que todos los farmacéuticos, y naturalistas de París, y que se enfada con toda formalidad cuando le llaman *busca yerbas*, se hallaba durmiendo desde las once, según su inveterada costumbre, que no había alterado ni aun en su primera noche de novio.

La habitación provisional de M. Durand servía de almacén, y se veían colocadas en sus paredes varias tablas cargadas de raíces y plantas, al paso que estaban otras colgadas para secarse en unas cuerdas que atravesaban el cuarto en todas direcciones. Bajo este nuevo género de colgaduras dormía nuestro buen Durand.

Hallábase acostado lejos de su esposa, por causas que sabremos pronto, roncando fuertemente, y hacia algunos momentos que su cria-

da Catalina le tiraba de una oreja, gritándole que se levantára, cuando abrió los ojos, y se incorporó de medio lado, diciendo:

—¿Qué quieres, Catalina?.... ¿qué diantre te mueve á alborotar así?

—¿No lo oye V? Estoy á V. diciendo hace diez minutos que los dolores aprietan fuertemente....

—Pero.... ¿á quién?

—¿A quién ha de ser?... A la señora... Oh!... sufre mucho.... muchísimo, y todo da á conocer que el negocio va á decidirse pronto.

Incorpórase completamente Mr. Durand, álzase el gorro de dormir, que le tapaba hasta la mitad de los ojos, y mirando á su criada la dijo:

—Cómo!... ¿De veras?.... ¿Se ha puesto mala mi muger?....

—¡Mala!.... exclamó Catalina, sacudiendo el brazo de su amo que no acababa de despertarse. ¡Mala!.... ¿No se acuerda V. que está la señora embarazada, y que debe salir del aprieto de un momento á otro?

—¡Es verdad! dijo el herbolario sentándose en la cama. Pardiez! lo habia olvidado ya! pensando en un sueño maldito... Figúrate tú que soñaba encontrarme en un prado cogiendo *malvas*, y que al tocarlas se me conver-

tian en...

—Pero, señor, por Dios!.... no estamos ahora para sueños... ¿No oye V. que su esposa está de parto? Levántese V. al instante, y vaya á avisar al comadron y á la asistente, Mad. Moka... ya sabe V. que vive en la calle de *Nonaindieres*... ¡Vamos!...—Avíese V. pronto, que yo voy á cuidar del ama!...

Salió Catalina de la habitacion, y el herbolario, con voz falseada por un bostezo prolongado, contestó:

—Bien... muy bien.... voy corriendo... Despues se quedó sentado en la cama murmurando:

—Cáscaras!.... Es muy raro que mi mujer se ponga á parir de noche, cuando, segun mis cálculos, debia parir de dia.... Pero es muy fácil engañarse en tales cosas.... esto es diferente de los *simples*... Oh!.... en materia de *simples* y sus propiedades, habia de ser muy diestro el que me cogiese en renuncio... Conozco lo menos dos mil plantas... ¿Qué digo dos mil?... conozco mas de cinco mil!... y lo mejor es que sé en latin todos sus nombres... pero en mi sueño... me parece que eran las malvas las que se convertian en... no puedo recordar en que...

Diciendo esto, inclinó su cabeza sobre la almohada, y se volvió á dormir, sin duda

para averiguar el fin del sueño de las malas.

Habíase vuelto Catalina al lado de su ama, que se quejaba de cuando en cuando, se impacientaba, y creía que el comadron no iba á llegar á tiempo. No era de estrañar esta inquietud, porque próxima á cumplir 35 años, y llevando doce de casada, no habia tenido hijos. Los primeros años de su matrimonio la consolaba Durand, asegurándola que tendrían mas de los que pudiesen mantener; pero como pasaba el tiempo, y Felicia no veía satisfechos sus deseos, el herbolario la decía:

—El comercio no prospera: los tiempos son muy malos, y es preciso aguardar á reunir capital. Mas cuando este se formaba, entrando de dia en dia el dinero con profusion en las arcas del herbolario, exclamaba Mr. Durand:

—Tú debes tener la culpa.... en mí no consiste seguramente.... Si viviéramos en la era patriarcal podria repudiarte.... ó tomar segunda esposa.... ó recibir cierto número de concubinas, porque la poligamia era lícita entre los patriarcas; y el mismo Abrahan, Isaac, el gran Salomon, y...

—Tambien si viviéramos en Lacedemonia ó en Esparta, respondia Felicia, yate hu-

bieras apresurado á traerme un jóven robusto y buen mozo, para ver si era mas feliz que tú; pues estos griegos aprobaban que la mujer se entregase á las caricias de otro hombre, cuando el suyo no la servia de nada, porque asi resultaban á la república hijos bien formados y robustos que la hacian honor.

—Pero aquí no estamos en Grecia, mi adorada esposa...

—Ni tampoco en Egipto, esposo mio..... Sin embargo, los sabios dicen que la Europa moderna ha adoptado muchas antiguas costumbres.....

Mas no abandonemos á Mad. Durand, á quien hemos dejado tan mal parada.

—Qué tenemos, Catalina?... dijo al ver á su criada.

—Que el amo dormia profundamente; pero le desperté, y á estas horas estará en la calle de Nonaindieres.

—Dios quiera que vuelva pronto!..... Ay Catalina! qué dolor!... pero qué placer voy á experimentar al abrazar á mi hijo!

—Lo creo asi, señora... despues de doce años de casada... ya era tiempo... Siempre se me ha figurado que ha de ser varon, y he apostado una onza de tabaco con Mad. Moka, que se empeña en sostener lo contrario.

—Ay! de todos modos es igual para mí.

—Quiero V. que llame á la vecina Mad. Ledoux?

—Tienes razon... sí.... vé al instante... Pero no he oido cerrar la puerta de la calle; ¿estás segura de que ha salido mi esposo?

—Vaya!... pues no ha de haber salido!.... Lo menos está en la casa del comadron.

—No obstante, ve á cerciorarte.

Volvió Catalina al almacén, y antes de acercarse á la cama oyó de nuevo los rônquidos de su amo. Era la muchacha una mocetona de veintiocho años, franca, robusta y de bastante viveza, que hacía largo tiempo servia en la casa, gozando en ella, por esta circunstancia, de bastante franqueza. Viendo que su señor se habia dormido nuevamente, no pudo contenerse, corrió al lecho y principió por quitar la sábana y las mantas, dejándole casi completamente destapado.

Ocurria esta escena en el mes de enero, y como hacia bastante frio, calculó Catalina que soplando el aire atmosférico en el desnudo cuerpo de su amo, le despertaria al instante.

No dejaba de tener este recursos sus inconvenientes, ni era el más honesto sobre todo; pero en circunstancias tan apuradas quiso prescindir Catalina de sexo y edad.

No se engañó la criada: sintiendo frio M. Durand, daba mil y mil vueltas, y se de-

sesperaba por entrar en calor; pero no pudiendo conseguirlo, abrió los ojos, y sorprendióse en extremo al verse delante de Catalina en estado tan poco decente.

—¿Qué es esto, picaruela?... dijo á la muchacha.

—¡Cómo, señor! Es posible que se haya V. vuelto á dormir, sabiendo que el ama está de parto? Ya le creíamos á V. en casa del cirujano, y...

—Ay!... es verdad!... no me acordaba... pero estaba soñando en un bautizo que...

—Qué bautizo ni qué diantre! Antes que haya bautizo, es indispensable que haya parto...

—Claro es que no te falta razon.... ¿Pero quién diablos me ha puesto de este modo... *in naturalibus*?

—Quién habia de ser? Yo... y no es eso lo peor, sino que estoy decidida á no dejar á V. hasta que le vea en la puerta de la calle... Vamos: aquí tiene V. los calzones... las calcetas.

—Está bien, supuesto que no te dá miedo mirar como se pone un hombre los calzones...

—Miedo! no seria mala tonteria... mucho mas cuando el ama se encuentra en tal apuro.....

Durand se decidió por último á dejar la cama: quitóse el gorro de dormir, y mostró una cabeza chiquita, poblada de cabellos rubios que le cubrían la frente, descendiendo en mechones erizados; unas mejillas carnosas, nariz de trompetilla, y pequeños ojos garzos todo lo cual, colocado sobre un cuerpo ni chico ni grande, ni gordo ni flaco, formaban uno de esos hombres, que en todas partes se ven, y que es imposible describir.

— Tome V. los tirantes.

— Uf!... qué frío tan endemoniado hace esta noche!

— Acabe V. pronto, señor; aquí tiene V. el chaleco.

— ¿Y las ligas, Catalina? no me has dado las ligas....

— Pero Por Dios.... salga V. luego; ¿qué importa que vaya sin ellas?.... A tales horas....

— Aguarda... aquí hay raíces de fresa.... *fraga fragorum*.... y pueden servir perfectamente....

— Seria una diablura que no estuviera el comadron en su casa... Vaya, pondré á V. la levita...

— Espera un momentito..... ¿V.... mi corbata?....

— Señor, con mil diablos!.... que no va á

tener el ama quien la asista....

—Cuando yo te digo que no puede despa-
char tan pronto.... Cuando te digo que nos
sobra tiempo.... Ya ves, yo soy casi médico,
y aunque no he tenido chiquillos, sé.... sé
bien cómo se encuentra mi mujer.... Es muy
probable que esta experimente ahora los do-
lores que llaman *precursores*.

—Vaya, ya está V. vestido.... de prisita,
de prisita por Dios.

—Y mi sombrero?.... Cáscaras! qué frío....

—Pues corra V. mucho, y con eso entrará
en calor.

—Voy á llevar puesta esa bufanda.... Ca-
talina, no te se olvide recoger ese paquete de
salvia, *salvia salvia*, que se ha caído.

Sin responder á su amo, la criada le hizo
salir del cuarto de un empuellon, bajó escalera
alumbrándole, abrió el postigo, y dió al her-
bolario con la puerta en los hocicos, al tiem-
po de recordar este que se habia olvidado del
pañuelo.

Segura ya Catalina de que su amo ha sa-
lido, sube al segundo piso, y llama á Mad.
Ledoux. Esta señora era viuda de un agua-
cil, de un ebanista, y de un fabricante de pa-
pel, de cuyos tres maridos contaba catorce
hijos, seis de los cuales se hallaban estableci-
dos. Mad. Ledoux no tenia sin embargo mas

que 49 años; era alta y garbosa; llevaba el pelo compuesto, y su papalina plegada con todo primor; por lo que no es extraño que, según ella afirmaba, hubiese rebusado más de una vez el cuarto himeneo.

Después de haber dado á luz catorce hijos, se logra tener extraordinario prestigio entre las embarazadas; así es que Mad. Ledoux, que se jactaba de entender en este ramo tanto como el perito más sobresaliente; que no se cortaba jamás en trances semejantes, y que por el contrario tenía gran placer en asistir á los alumbramientos del barrio, era llamada á inspeccionar y ser testigo de la entrada en el mundo de todos los chiquillos del cuartel.

Mad. Ledoux contestó, pues, á las primeras palabras de Catalina:

—Voy al momento.... al momento... me vestiré muy á la ligera, y bajaré al instante.

En efecto, casi al mismo tiempo de entrar la criada en el cuarto del ama, llegó Mad. Ledoux, que con una vela en la mano, su blanca camisola, y su gorro de dormir, podría pasar muy bien por un fantasma, si habitase un antiguo castillo.

—¿Qué es eso, mi querida vecina? ¿Ha llegado ya el momento?

—Ay! sí!... me parece que ahora va de

veras.

—Mejor... tanto mejor, vecina mia.... La noche es á propósito... hay durante el día demasiado ruido: también yo dí á luz de noche los tres hijos primeros, el quinto, y los cuatro últimos... Será la una ¿no es verdad? acaso este parto no será tan largo como el de Mad. Dupont, la salchichera de enfrente, al cual asistí el sábado... principió á esta hora, poco mas ó menos, y los dolores no cesaron hasta el siguiente día.

—Pero no viene el comadron ni la asistentat!... Válgame Dios!...

—Eso nada importa... ¿No estoy yo aquí, vecinita?... Cuando tuve el octavo hijo... era varon... por cierto que se me murió de calenturas biliosas... ¡qué lástima!... hermosísimo muchacho... nariz griega... creo que era del ebanista... Me encontraba yo sola, como V., vecina, lo mismito: la víspera habia despedido á la criada por ladrona... y mi esposo andaba de diligencias en busca de un paquete de cigarros. Pues bien, ¿cree V. que me turbé? Nada de eso... yo misma lo prepararé todo.

—Catalina!... todavía no ha vuelto Durand?

—No, señora...

—Ah! cuánto sufro!...

—Apoyese V. sobre mí, vecina, y apriete sin temor de hacerme daño. En estos casos es indispensable comprimir con fuerza alguna cosa, porque así se experimenta algún alivio. Cuando salió á luz mi cuarto hijo... *creo* que era del alguacil... bonita hembra... me acordando que habia tomado por casualidad un gran pedazo de azúcar candi, y le apreté con tanta fuerza que costó un trabajo inmenso despegarlo... ¿Oye, Catalina? podemos ir preparando lo necesario.

Y Mad. Ledoux, sin dejar su interminable charlatanería, iba disponiendo cuanto era preciso en aquella circunstancia, dando órdenes á Catalina, que las ejecutaba con la torpeza con que un soldado bisoño ejecuta la maniobra del fusil, pues era la vez primera que se hallaba en tales lances. Mad. Durand se desconsolaba por la tardanza del comadron y de su esposo; pero su vecina la tranquilizaba, contándole la historia de todos sus partos, y de los que habia presenciado, que seguramente no era floja ración de historia.

Habia transcurrido una hora desde que salió de casa el herbolario, y nadie parecia todavía, á pesar de que, tanto el cirujano como la asistente, no vivian á muy larga distancia. Mad. Durand y la criada seguian cada vez mas impacientes; pero la Ledoux, conservan-

de su serenidad habitual, les animaba.

—Y si saliese sola del apuro!... dijo Mad. Durand.

—Tanto mejor, vecina; eso probaria que el parto de V. habia sido muy feliz.. Es precisamente lo que me sucedió cuando tuve el décimo hijo... era... si... *era* del almacenista de papell... Guapo mozol... Toma!... si V. lo conoce: Julio, el que se casó hace pocos dias con la hija de un limonero. Pues, amiguita, yo habia estado la víspera en el teatro; todavia hago memoria: se representó *La prueba de los amantes fieles*... preciosa pantomima, con muchas decoraciones... en la cual se hablaba... o se cantaba... no me acuerdo muy bien, pero esto no hace al caso. Pues señor, volví del teatro á las 12 de la noche tan lijera como una pluma... de buena gana hubiera ido á un baile; y ¿qué les parece á VV. que sucedió? Llego, ceno, me acometen los dolores... y... zas... diez minutos despues...

—Ayl... qué dolor!...

—Valor, vecina!... cuando V. haya tenido catorce, como yo, no se lamentará tanto.

Mientras que la esposa de M. Durand ponía el grito en el cielo, corria aquel por las calles, soplándose los dedos. Despues de haber andado doscientos pasos, recuerda nues-

tro herbolario que no ha preguntado si debia ir primero á casa del cirujano, ó á la de la asistenta; detiénese, y se dispone á volver; pero reflexionando que el comadrones el que hace mas falta, echa de nuevo á correr, y se dirige á la calle de S. Antonio, diciendo:

—Cáscaras!... qué friol!... Esa maldita Catalina que ni aun me ha dado tiempo para poner las ligas!... si se me caen las calcetas me constipo sin remedio... Diantre! Caminar solo á media noche... no es muy prudente á la verdad... Mejor me hubiera sido ir á despertar á mi amigo Bellequeue... pues ya que él ha de ser el padrino, justo es que tenga su parte de trabajo... Un padrino es un segundo padre... ademas el caiquillo... Luego..... aquella muger que robaron hace ocho dias en la calle de Petit Muse!... Pero bien diestro habia de ser el que me robase á mí; eso sí, caramba; nada traigo conmigo..... Ya estoy por fin en la calle de S. Antonio... es admirable lo que varía una calle de noche... Hum!... hum!... creo que me he constipado ya... He de tomar en volviendo una infusion de violeta; y aun si echase algunas hojillas de naranjo... *malus aurea*...

Haciendo estas reflexiones, corria Mr. Durand la parte de la calle de S. Antonio que alumbraba la luna, manteniéndose siempre á

prudente distancia del lado oscuro... Pocos pasos faltaban para que el herbolario llegase á la casa del cirujano, cuando dirigiendo temerosas miradas hácia las inmediatas, columbró un hombre parado, precisamente delante de la del doctor. Detiénese de pronto, dá después cuatro pasos atrás, buscando su pañuelo en el bolsillo, sin acordarse de que no lo habia tomado, límpiase al fin el rostro con la bufanda que lleva al cuello, y fijos los ojos en el objeto que ha visto en la sombra, dice para sí:

— Allí hay alguno... un hombre.... puede que seados... ó tres... ó cuatro... en la oscuridad no se puede contar bien; pero seguramente que no están ahí sin objeto... ¿quién será ese hombre?... Si fueran plantas yo diría al momento, esto es esto; pero ahora ¡qué diablode hombre! Precisamente junto á la casa del comadron!... Y he salido sin armas.... Esta Catalina me ha dado tanta priesa... ¿Qué haré?... Me parece mejor ir primero á casa de Mad. Moka, y volver después aquí... puede ser que entonces se haya marchado ya ese maldito!... Es raro, sí, muy raro... pero desde que le he visto casi no siento frío...

Mientras que Mr. Durand raciocinaba de este modo, permaneciendo siempre en el lado claro, y aun á respetable distancia del objeio

de sus inquietudes, el hombre parado, que no era mas que un borracho, miraba al suelo haciendo los mayores esfuerzos para tenerse en pie. Antes de volverse á su casa habia querido contar lo que le quedaba de su jornal, y se le habian caído de la mano una porción de monedas: el buen beodo se esforzaba inútilmente para encontrarlas, diciendo entre dientes:

— ¡Maldita noche!... No sé por qué no han de poner faroles en la acera donde no da la luna.... lo menos he perdido treinta cuartos.... mejor me hubiera sido haberlos empleado en vino.... eso sí, caramba.... vino.... vino. Mas oscuro que boca de lobo está este maldito sitio.... De seguro mi mujer que va á pegar; pero me pondré del lado en que tengo callos.... Si pasase un amigo para ayudarme á buscar.... oh!... oh!.... estas malditas piernas no quieren sostenerme.... Ni siquiera veo una moneda... sin duda habrán caído debajo de alguna piedra...

Cansado de buscar inútilmente, abandona por fin el borracho aquel punto, y se aleja murmurando, sin ver á Durand.

Principia este á respirar viendo marchar al beodo, y decídese por último á aproximarse á la casa del comadron, diciendo:

— Nada; no se ha atrevido á acercarse.... mi presencia imponente le ha obligado á re-

nunciar sus malas intenciones.... vamos, vamos; no seré yo el que huya delante de un hombre.... Cuando se trata de tener un heredero deben cerrarse los ojos.... y.... adelante.... adelante....

Sin embargo; el herbolario procura asegurarse de que el hombre ha desaparecido, y agarrando la cuerda colocada cerca de la puerta, tira de ella con fuerza, sin dejar de volver á cada momento la cabeza hacia el lado por donde aquel se habia ido.

Ábrese una ventana del piso segundo, y le preguntan qué quiere.

—Soy yo.... Durand, el herbolario de la calle de San Pablo: vengo á buscar al señor comadron para mi mujer, que tiene ganas de...

—El señor doctor ha salido á ver un enfermo; cuando vuelva se le dirá.

—¡Cómo!.... ¿á ver un enfermo?.... esclama Durand; me parece que un negocio de parto... y mucho mas siendo yo el padre...

El herbolario no acabó la frase, porque en el mismo momento vió dirigirse hacia él la persona que tanto le asustára: el borracho se habia detenido un poco mas lejos, indeciso de si volveria ó no á buscar sus monedas, cuando llegó á sus oidos la voz de Mr. Durand. Creyendo que este le llamaba, porque habia encontrado el dinero, y queria devolvérselo,

dió vuelta con toda la prontitud que sus piernas se lo permitieron, gritando con voz agui-
dentosa:

—Hola!.... eh!.... Aquí estoy yo!.... aguar-
da un poco!.... camarada!.... Ese dinero
es mio.... mio.... y lo quiero para vino....
eh!.... pronto... pronto te atraparé, cama-
radita....

Durand, que de ningun modo quería ser
atrapado, y que creyó amenazas las palabras
que acababa de oír, echó á correr, seguido
del borracho, esforzándose mas y mas para
alejarse. Llega por fin lleno de espanto á la
calle de Nonaindieres; no sabe cuál es la casa
de Mad. Moka; se arroja á una puerta que
cree reconocer, agarra el aldabon con las
dos manos, y da siete ú ocho golpes tan fuer-
tes que parecia venirse abajo la casa. Cre-
yendo que no le responden pronto, vuelve á
llamar otra vez, y las ventanas de las casas
vecinas se abren inmediatamente, unas
tras otras, y todo el barrio se pone en mo-
vimiento.

—¿Qué quiere V.? ¿Qué hay? ¿Qué no-
vedad ocurre?.... preguntan muchos con in-
quietud.

—Yo!.... Durand.... que venga.... que
venga pronto.... responde el herbolario con
una voz abogada por el terror, y golpeando

sín cesar con el aldabon, á pesar de que le ruegan no alborote.

—¿Pero quién ha de ir?.... ¿qué ha sucedido?.... hay incendio!.... ladrones!.... ha de ir la guardia.... los bomberos.... ó quién?

—Que venga.... que venga.... para mi mujer.... á mi casa... herbolario.... calle de San Pablo....

Mr. Durand no puede decir mas, porque su mente está solo fija en el hombre que le persigue, cuyos pasos siente ya: deja al momento el aldabon, y echa á correr como un desesperado, dando infinitas vueltas; llega en fin á su casa, abre la puerta con un picaporte que Catalina le habia dado, y se arroja en el zaguan como un hombre que acaba de escapar de una muerte cierta.

Los dolores de Mad. Durand se multiplicaban por momentos, y habiendo oído cerrar la puerta con violencia, exclamó:

—Al fin llegaron!

Pero solo vieron entrar en el cuarto á Mr. Durand pálido, convulso, espantado, bañado en sudor, colgándole la bufanda, las medias caidas, y sin poder respirar.

—Cuánto has corrido!... dijo Mad. Durand, en un momento en que sus dolores no la molestaban tanto.

—Sí... sí... verdaderamente he corrido mucho, respondió Durand, mirando á su alrededor para asegurarse de que estaba en salvo.

—Sin embargo, ha tardado V. bastante, vecino, dijo Mad. Ledoux.

—¿Y qué?... cree V. que me he detenido por gusto?

—Pero ¿viene el comadron?

—Sí, señora.... sí viene..... viene todo el mundo... Uf!... no puedo mas...

—¿Pero qué tiene V.? dijo Catalina.

—Pues ahí es nada!... Me ha atacado un ladron... no, dos, tres ladrones, me han perseguido con furor; y si yo no hubiera sido tan valiente... desgraciado de mí...

—Ay Dios mío!... pobrecito!...

—Bien puedes asegurar, Felicia, que este muchacho me ha costado grandes afanes.

—Lo mismo, vecino, sucedió en mi décimo tercio parto, repuso Mad. Ledoux.

—Ay! otra vez vuelven, exclamó Mad. Durand, cuyos dolores empezaban nuevamente.

—¿Cómo?..... ¿quién..... vuelve? dijo con viveza el herbolario, mirando á todas partes.

—Qué diantre! es la señora que se queja, contestó Catalina; ¿no ve V. que va á parir?

En el mismo momento se oyó llamar con

fuerza á la puerta de la calle. La criada baja corriendo, sin detenerse á tomar la luz, abre el postigo, y vuelve á subir diciendo á los que llegan:

—Entren VV. pronto, muy pronto... Sigan-me VV. que ya era tiempo de que viniesen.

La pobre Catalina vuelve al lado de su ama, á la que los dolores arrancan violentos gritos:

—No se inquiete, V., señora, dijo; todos han llegado ya.

En efecto, se oían en la escalera los pasos de algunas personás: ábrese la puerta con violencia, y un cabo, acompañado de cuatro soldados entra en el cuarto gritandô:

—¿Dónde están los ladrones?

Resuélvese al momento la crisis.... Mad. Durand dá á luz un chiquillo, que recibe la Ledoux en sus brazos esclámândo:

—Será tan robusto como el décimo cuarto mío!

Mr. Durand cae en una silla mirando á los soldados con sorpresa, y balbuceando entre dientes:

—Señores.... és.... un chiquillo....

—Es un chiquillo!.... repite Catalina.

Entonces el cabo, dirigiéndose á los soldados, que se miraban tambien con sorpresa unos á otros, repite:

—Ah!!.... es un chiquillo!!!...

LA JERINGA.



LA JERINGA.



Qué hermosa es Mad. Marsan!.... qué amable!.... qué fina!.... qué elegante!.... pero qué caprichosa!.... qué coqueta!.... Conozco que estoy de ella perdidamente enamorado.... mas como se ve incesantemente rodeada de jóvenes galantes, rendidos y esclavos de sus gracias, es una locura fomentar la ilusion de obtener su cariño.... Sin embargo, me ha dado una gran prueba de afecto.... La principal funcion dramática que debe representarse en su teatro de Montmorency se halla encomendada por ella á personas que ciertamente no están satisfechas del repartimiento.... Ya se vé.... todos quieren ser primeros galanes!.... Pero, á despecho de tanto fátuo, Mad. Marsan

me ha confiado el papel de Lindoro en el *Barbero de Sevilla*, reservándose para ella el de Rosina. Su esposo no se cuenta en el número de los actores, y no está en el caso de impedir... bien que entre las gentes de buen tono los maridos sirven únicamente para pagar los gastos de una función... No tengo queja!.... Puede que ella me ame!.... Oh, si así fuera!.... voy á partir en este momento á su casa de campo: debo encontrarla sola, y creo que no ha de saltarme ocasión para.... hablarla de mi cariño....

Así discurría yo cuando al ir á realizar mis proyectos, se me presentó mi amigo Jorge Dupontier, con un farrago de papeles debajo del brazo. Seguramente no agradecí su visita, porque este diablo de hombre es el ángel malo que se halla siempre alerta para acibarar mis mejores planes de felicidad.

—Oh! mi buen amigo!... mi querido Dor-san!... dijo; sabe V. que me la han recibido ya... estoy lleno de orgullo... de satisfacción y de...

—Y qué diablos le han recibido á V.? contesté admirado.

—La pieza!.... amigo mío!.... me recibieron la pieza!....

—¿Y qué pieza es esa?

—Uf... qué atraso!.... Mi obra maestra!...

mi pieza mónstruo!.... La última ópera que he compuesto!....

—Acabára V. con mil diablos.

—Ya se vé!.... mi última ópera es la concepcion mas soberbia que ha producido el genio musical.

—¿Nada menos?

—Sí señor: nada menos...

—Pues yo creo, amigo Jorge, que debia V. espresarse con menos entusiasmo, aunque solo fuera por respetos á Weber.... á Rosini... á Verdi... á Bellini... á Mercadante... á...

—Cuando digo á V. que mi ópera es de lo mas escelente.... Pero qué diablo!.... ¿á qué me he de cansar en alabarla si por sí misma se recomienda? Oiga V., mi querido Dorsan.... oiga V.... y juzgue por sí mismo. «*Los cementerios y el cólera morbo*, ópera en siete actos y diez y seis cuadros, de efecto colosal y sorprendente, capaz de hacer una revolucion en el mundo filarmónico.»

—Fuego!.... qué elevacion!.... qué fortaleza de pensamiento!....

—Eh!.... ¿qué tal?.... Pero no quiero prevenir el ánimo de V. por medio de la continuacion de la lectura del título y de la exposicion de los personajes, en lo cual por otra parte emplearíamos lo menos cinco cuartos de hora.... voy á leerle un acto, y oirá V. una

cosa inimitable.

—El caso es que tengo que estudiar mi papel de Lindoro... ya sabe V. que Mad. Marsan me ha encargado....

—Sí, tambien me encargó á mí el de Bartolo.... Pero ahora que hago memoria, ¿sabe V. que esa señora no ha estado feliz al escoger para la representacion que va á dar en su casa de campo, esa comedia de mala muerte?

—Cómo!.... llama V. comedia de mala muerte á la del *Barbero de Sevilla*?

—Es decir... Mad. Marsan hubiera obrado con mas acierto, designando en su lugar... por ejemplo... mi drama histórico-fantástico *Napoleon y Epaminondas*.... oh!... haria seguramente un furor extraordinario.... A propósito.... aquí le traigo.... Voy á leer á V. un trocito del primer cuadro....

—Repito que estoy estudiando el papel de Lindoro, y....

—Qué importa! Cáspita, me ha de escuchar V. por fuerza.

«*El teatro representa una magnífica casa de campo con gallinas á la entrada; á la derecha del espectador una cocina donde se dispone la cena para dos amantes, jorobado el uno, y patituerto el otro; junto al protagonista de la funcion habrá una sarten col-*

gando: puerta en el fondo, en cuyos lados laterales estarán los carteles de desafío: á la izquierda un ventanillo por donde puedan verse desfilan los granaderos de Napoleon, confabulados con los soldados de Epaminondas, para dar el asalto á la casa... al corral.... á las gallinas.... y á la cena: el trono del emperador estará colocado en el centro, sostenido por dos alambres, y cercado de gran copia de músicos y danzantes, poetas, pintores, frailes, alguaciles y estudiantes, mezclados entre los curiosos del pais. Napoleon, vestido á la ligera con bata y gorro de dormir, se pasea con aire grave tocando la guitarra.... La escena pasa en Jerusalem á principios del siglo IX.... Empieza á rayar el alba.

No habia oido decir jamás tal multitud de desatinos, y no pudiendo sufrir tan desconcertada lectura, me apresuré á esclamar:

—Basta, basta... estoy plenamente convencido de que Mad. Marsan ha hecho una terrible bestialidad en no admitir su drama *histórico-fantástico*... confieso que esta señora tiene pésimo gusto...

—No se ha concluido todavia!.... aguarde V. un poquito que ahora entra lo mejor: la lista de los sargentos y oficiales que componian los dos ejércitos confederados: soy

partidario de la justicia, y creo muy puesto en razon trasladar los nombres á la posteridad.

—Cuando le digo á V. que estoy completamente satisfecho....

—Pero hombre.... la lista no contiene mas que unos seis mil.... y luego el primer cuadro solo tiene veinticinco escenas de ochocientos versos....

—Dé V. su drama por aprobado por todos los comités del mundo... tenga compasion de mí, y permitame estudiar mi papel de Lindoro.

—Ah! picaruelo!... ya lo entiendo.... Mad. Marsan se lo ha confiado tomando para sí el de Rosina, y quiere V. aprovecharse de tan favorable circunstancia para.... Ya se vé.... el marido no es celoso, y.... Vaya.... le dejo á V.... no quiero que por mí pierda tan bella conquista: por otra parte yo debo estudiar el mio de Bartolo, y el de Abad de Lattaignant de *Fanchon*, que es una pieza mas larga que la esperanza de un pescador de caña. Pero ya que hablamos de *Fanchon*, ¿sabe V. que Mad. Saint-Marc, persuadida de que la ha de estar muy bien el trage, cuenta con hacer el papel principal?.... ¡Rareza como ella!.... El caso es que conmigo no han sido justos en el repartimiento. .. yo soy muy buen mozo, y de-

biera dárseme el del gallardo oficial, porque el traje de abad no me sienta bien.... Figúrese V. que el bello papel del militar Saint-Luce le ha tomado un escuálido y zanquilargo prógimo!.... es mucha bestialidad!.... Pero en fin.... esa Mad. Marsan es tan exigente.... Vaya!.... adios, amigo Dorsan.... ya nos veremos en casa de esa señora.

Marchóse Jorge, y yo, contentísimo de verle partir, verifiqué mis proyectos, encaminándome sin tardanza á la casa de campo de Mad. Marsan. Faltaban aun diez dias para la representacion, y todos los actores debian estar ocho antes en Montmorency, de modo que adelantándome dos, estaba seguro de hallar una ocasion... Una ocasion!... A cuántos hizo dichosos una ocasion!... Pero aunque la pintan calva, es necesario agarrarla bien por los cabellos!.....

Soñando en placenteras ilusiones, y conducido en una carretela, llegué á la casa de Mad. Marsan, que es casi un pequeño palacio. ¡Qué situacion tan deliciosa ocupa, dominando un paisage bello y pintoresco! Sus jardines son magníficos, y están cuidados con un esmero exquisito: sus habitaciones despejadas, muy bellas y muy bien distribuidas, adornadas con una sencillez tan elegante, que causan un efecto dulcísimo y sorprendente.

—Se halla en casa la señora? pregunté á uno de los criados.

—Y Mr. de Marsan?

—Oh!... el amo no vendrá hasta la víspera de la fiesta.

Entré, pues, y Rosina me recibió con una espresion que demostraba hallarse satisfecha de que me hubiese anticipado.

—Me alegro mucho que V. haya llegado el primero, me dijo: podremos ensayar las escenas del *Barbero* pues ya sabe V. que son largos nuestros papeles, y que tengo malame-moria.

—Lejos estoy de creerlo así, señora mia: por lo demas me hallo dispuesto á obedecerla en todo.

—Quiero enseñar á V. antes el teatro: V. lo creará pequeño; pero afortunadamente se sorprenderá cuando vea que no tiene rival en su género.

Mad. de Marsan me condujo, pues, muy risueña á su teatro que se halla en medio de los jardines; y en verdad que es bonito, y tan espacioso que está distribuido en mas de trescientas localidades:

—¿Qué tal?... ¿qué le parece á V.?

—Capaz de avergonzar á no pocos de poblaciones de segundo orden.

—Pues, amigo mio, si puede ser envidia-

do, tambien nos lisonjeamos de representar mucho mejor que en las ciudades poco populosas: aquí de nada nos privamos: dramas, comedias de magia y de costumbres, óperas y sainetes... todo, si se esceptúa la tragedia, lo ponemos en escena.

—Y cuál es la causa de semejante escep-
cion?

—Muy sencilla... V. sabe que en la mas acreditada compañía de actores aficionados, por lo menos la mitad de ellos vale tan poco que hacen reir, precisamente cuando debian hacer llorar, ó vice-versa: esto no se permite en nuestro teatro: alguna vez hemos notado que los espectadores se divierten mas en las tragedias que en las comedias alegres y festivas, y como no podemos recibir como aplausos tales risotadas, hemos acordado representar únicamente obras jocosas, pues si por este medio logramos hacer reir, podemos persuadirnos de que es una señal de aprobacion... Ya ve V. que hay siempre algun medio de lisonjear el amor propio... En nuestra última funcion logramos una completa victoria! Pusimos en escena *Pourceaugnac* con todo su aparato teatral: nada, absolutamente nada faltaba... ¡Creo que habíamos reunido todas las jeringas de Montmorency!... Pero fué una cosa pasmosa que hizo un ruido

extraordinario.... Figúrese V. que se habló de ello en París, y que hasta se puso un artículo en un diario... V. conocerá que cuando la prensa periódica se ocupa de nuestro teatro, es ya punto de honra sostener su reputacion.

Gran parte de la mañana se habia pasado en este examen, y Mad. Marsan, que me prodigaba las mayores atenciones, habia encontrado maña para cautivarme mas y mas, al paso que no me dejaba fuerzas para hablarla de amor. Se retiró por fin á su gabinete á estudiar el papel de Rosina, y yo me embosqué en los jardines, pretestando ocuparme en el de Lindoro; pero no hice mas que reflexionar sobre la violenta situacion en que me encontraba junto á aquella belleza.

Estaba persuadido de que comeria solo con ella, y esperaba que los vapores del vino me diesen aliento para enamorarla; corri, pues, á la mesa; pero uno de sus vecinos de Montmorency habia ido á visitarla, y se quedó á comer. Tanto como á mí la disgustaba la presencia de aquel individuo, pero tenia que fingir amabilidad. Afortunadamente era un hablador sempiterno, y en el fuego continuo de su cháchara no se apercibia de si era ó no escuchado, lo cual nos permitia hablar con el lenguaje de los ojos... lenguaje

mudo, pero lenguaje á cuyo fuego y espresion no puede llegar el de la palabra.

En muy poco tiempo nos delineó y bosquejó el incómodo ciudadano todas sus casas y posesiones, desde el umbral á la chimenea, y desde la planta hasta el tejado.

Agotadas en esta parte definitivamente sus ideas, comenzó á enterarnos de los productos de cada una de sus fincas, de los arbustos, de los árboles y plantas, de las gallinas de sus corrales, con un cálculo infinitamente aproximado de su procreacion, basado en un quinquenio, y de los huevos que aquellas con sus hijuelos debian producir cada año, cada mes, cada semana, cada dia, y aun cada hora. Llevó en fin su prolija observacion descriptiva hasta demarcar el valor en venta de las gallinas y los huevos, descontando los que se comia diariamente.

Estaba anocheciendo cuando nuestro hombre-plomo nos dejó en paz, y se dirigió á su casa, con objeto, segun nos dijo, de contar los huevos que aquel dia habian producido sus gallinas.

Bajamos entonces al jardin, y lo pintoresco del sitio, y mi deseo ardiente de cautivar el corazon de Mad. Marsan, me inspirarou palabras verdaderamente tiernas, verdaderamente enamoradas.

— Oh! querida mia! la dije: es imposible que pueda sofocar los impulsos de mi corazon.... Amo con un frenesí, con un delirio, que es necesario mitigar.

— Bravo, me contestó, sabe V. perfectamente su papel; pero el accionado no es propio del conde de Almaviva... fuego... delirio... frenesí.... está bien, pero espresado sin ayuda de las manos.

— Cruel! bien sabe V. que no se trata de eso, y que....

— No me acuerdo que se halle tal cosa en el papel....

— Qué papel!.... si solo me he ocupado en estudiar el medio de que V. me ame....

— Ah!.... no lo ha estudiado V.... pues, amigo, si desea merecer mi afecto, cuide un poco mas de darme honra, haciendo conocer á mis convidados que no he hecho una locura en confiar á V. el desempeño de Almaviva.

Dijo, y me volvió la espalda, dejándome corrido y avergonzado. Casi estuve por volverme á París; pero reflexionando, me decidí á estudiar con ardor, tal vez por orgullo... tal vez por la esperanza de conquistar por este medio á una beldad tan esquiva.

Cuando me tomo el trabajo de repasar un libro, consigo adelantar en pocos momentos

considerable terreno; así es que aquella misma noche me puse en estado de saber de memoria el primer acto. Despues del almuerzo del siguiente dia, bajamos al salon para ensayar nuestros papeles. Mad. Marsan tomó el suyo; pero yô no tenia necesidad de coger el mio, puesto que le sabia perfectamente. Mi orgullo, mi amor propio ultrajado se vengo del anterior desaire: declamé con un fuego extraordinario, con una energia y verdad sorprendentes... en una palabra, interpreté al conde de Almaviva á satisfaccion de Mad. Marsan. Veia retratado el placer y la alegria en su rostro encantador... y sus ojos chispeaban de voluptuosidad y de ternura. La tomé la mano, y se la estreché con efusion.... estampé en ella un beso tan ardiente como mi amor, y no pudiendo contener el impulso del corazon, me dejé caer á sus pies agitado y convulso.

—Cómo! ¿se encuentra todo eso en la comedia? me dijo un poco turbada.

—Oh! sí... todo, todo... el amor... la ternura.... y el delirio.... forman el carácter de Lindoro.

La ocasion habia llegado, porque los amortiguados ojos de Rosina y su total decaimiento espresaba bien que no tenia fuerzas para resistir el impetu de mis deseos. Bien lo com-

prendi; pero al tiempo de estrecharla en mis brazos, comunicando una completa energía á mi declamacion, ábrese la puerta súbitamente, y aparece en la estancia Jorge Dupontier.

— *Maldicion!.... maldicion!.... Malvado Fígaro!.... Corsario infernal!... Este demonio no permite á uno salir de su casa ni un momento siquiera!* Buenos dias, Mad.... Amigo Dorsan, debió V. haberme esperado para venir juntos.... pero no importa!.... ya me encuentro aquí.... Veo con gusto que ensayan VV. á las mil maravillas.... en cuanto á mi, acabo de demostrar que entiendo las situaciones....

Mad. Marsandió la bien venida á Jorge, felicitándole por su buena memoria: por mi parte me escusé un poco turbado, maldiciendo interiormente al importuno que me habia impedido triunfar de una coqueta.

Jorge es hombre que presume saberlo todo, y la señora confió á su cuidado el aparato y decoracion teatral, juntamente con la direccion de la orquesta: mi amigo, que tenia ademas dos papeles á su cargo, se hallaba en sus glorias, y andaba de un lado á otro dando disposiciones, y prestando á su fisonomía un aire de fatuidad y de importancia.

La casualidad habia dispuesto que la re-

presentacion se verificase el dia del cumpleaños de Mad. Saint Marc, encargada del papel de *Fanchon*, y que esta señora rogase á Jorge que, con tan plausible motivo, introdujese en su obsequio alguna escena de efecto en la comedia que debia terminar la fiesta. Este último encargo no satisfizo á mi amigo de ningun modo, y me suplicó que le tomase á mi cuidado; pero yo no soy poeta, y le volví la espalda. Un dia entero pasó ideando el medio de hacer algunos versos, é introducirlos en *Fanchon*; pero las musas habian huido lejos del artista, y *no se le ocurrió un concepto*.

Confió, pues, á la maquinaria la salvacion de su compromiso, determinando, despues de largas meditaciones, que al finalizar la segunda comedia se hiciese descender una corona de flores sobre la cabeza de *Fanchon*, y que apareciesen dos amoreillos en la escena, presentando un ramillete á cada uno de los actores.

El dia del ensayo general se hallaban todos los actores reunidos en el teatro; mas la primera vez que *Bartolo* debia hablar en el *Barbero*, se notó la falta de Jorge. Salimos á buscarle por todas partes; pero nuestras pesquisas fueron vanas.—¿Dónde estará ese hombre? nos decíamos mutuamente; pero el

tiempo pasaba, y el hombre no parecia. Los actores se desesperaban, las señoras lloraban de corage; y los convidados, que veian disipar por este leve incidente sus esperanzas de divertirse, pateaban, murmuraban ó apostrofaban sin ningun reparo.

A punto nos hallamos de disolver la funcion por ser imposible que nadie aprendiese en un dia los dos papeles de *Bartolo* y de *Latignan*; pero Jorge apaciguó el tumulto con su llegada, haciendo cambiar en risa nuestro coraje, viéndole acompañado de dos niños de cinco ó seis años, muy robustos, pero pésimamente vestidos, y llenos de barro.

—¿Qué tal?... exclamó presentando á la sociedad sus párvulos acompañantes... Magníficos amores ¿no es verdad?... Buen trabajo me ha costado encontrarlos; mas al fin los pude conquistar á su madre, que es una lechera de Saint-Denis... Oh!... son dos amores á pedir de boca! ..

Nuestros compañeros se reian al considerar la grotesca vision que presentaba este raro triunvirato.

—Ab!..... ¿se rien VV.? eh?..... Ya verán..... ya verán..... dejen VV. que los meta la cocinera en un lebrillo de agua, y los lave con una esponja... dejen VV. que luego les

vista de lentejucla y oropel, y me dirán lo que es bueno.

Jorge era sin duda el que estaba mas atareado... Se puso en pie al rayar el alba, y fué á buscar á los aldeanitos, á quienes procuró enseñar lo que debían hacer por la noche; pero los niños le escuchaban con la boca abierta, sin entender una palabra: daban terribles cabriolas cuando su instructor les mandaba bailar; se dejaban caer al suelo cuando deseaba que se sostuviesen sobre un pie, y si era necesario sonreír lloraban desesperadamente.

Después de tan infructuosa lección, los condujo adonde se hallaba el jardinero, para que concluyese de amaestrarlos. Era este un majadero que nada sabía hacer, pero que fingía comprender al momento cuanto le advertían.

—Buen amigo, exclamó Jorge, ¿sabe V. lo que tiene que hacer esta noche?

—Sí señor.

—Primeramente la corona de flores...

—Sí señor.

—Que debe caer sobre la cabeza de Fanchon.

—De Fanchon, sí señor.

—La atará V. á una cuerda del arco... ¿sabe V. si la hay?

—Oh! sí señor... la hay.

—Pues bien; cuando esté atada la corona, hará V. una docena de ramilletes frescos y hermosos, y los dará á estos niños que estarán vestidos como el amor...

—Caracoles!... son los hijos de Magdalena...

—Escuche V. lo que le digo.

—Sí, señor.

—Luego que estén los ramilletes, los llevará V. al agujero del apuntador.

—Sí señor... al agujero...

—Y saldrán de allí cuando yo dé dos palmadas.

—Sí señor, dos palmadas.

—Cuidado con que se le olvide á V. nada de esto.

—Oh!... no señor..... descuide V..... estoy acostumbrado á ver aqui grandes comedias.

Jorge marchó en seguida al depósito de trages; pero como no halló pantalones de color de carne, echó mano de los de mahon, sobre los que los niños debian llevar unas túnicas blancas; y añadiendo á todo esto la faja, la venda, el arco y el carcax, la ilusion debia ser completa. Despues de haber encargado á un peluquero que habia hecho venir á propósito de París, que se esmerase en el peinado de los amores, pensó por vez pri-

mera en estudiar sus papeles, aunque habia confiado su desempeño mas bien á las fuerzas del apuntador que á las suyas.

El teatro estaba lleno enteramente, y la hora de empezar habia llegado. Jorge se acercó al agujero del telon, para mirar á que lado estaban las señoras, pues siendo hombre muy apasionado del bello sexo, pensaba dirigirlas sus ojeadas cariñosas.

—Que alcen el telon! repetian los que estaban ya dispuestos; pero esto era imposible, porque el pesado Jorge ni habia concluido de vestirse, ni de aprender sus papeles, y se dirigia de una á otra parte con un frasco de colorete en una mano, y las dos comedias en la otra.

—Acabe V., decian todos; el aceite se gasta, y la paciencia de los espectadores va por el mismo camino. Pero él continuaba con sus movimientos de impaciencia sin adelantar mas...

La orquesta se componia de cuatro aficionados, que habian tocado ya por tres veces la gran sinfonia de la *tia Marizápalos*, música tan á propósito en aquella ocasion como las antiparras para las narices de un ciego: á la verdad no tenian otra mejor, y en circunstancias apuradas cualquiera cosa puede servir. El público se impacientaba, dando estre-

pitosas palmadas, y furibundos porrazos en los bancos y en las lunetas, y los cuatro aficionados, para calmar esta tormenta, habian dado principio, por cuarta vez, á la introducion de la *tia Marizápalos*, sin que por eso cesase el tumulto ni la algaravía del patio, cuando Jorge, como encargado de la maquinaria, mandó alzar el telon.

Cesó el estruendo, y con él el chillido de los violines, y comenzamos á desempeñar el primer acto. Yo sabía perfectamente mi papel, y entusiasmado por el amor que me inspiraba Mad. Marsan, representé con el acierto de un consumado artista: el jóven que hacia de Figaro, tenia espresion, vivacidad y audacia, y D. Basilio originalidad y aplomo. El público estaba satisfecho, cuando al asomarse Bartolo con Rosina á la ventana, se movió un murmullo de voces y carcajadas: Jorge, queriendo alzar la persiana, habia tirado de ella con demasiada fuerza, y se desprendió cayendo con estrépito sobre las candilejas. Afortunadamente la vista de Rosina, que estaba hermosísima con el traje español, reconcentró la atencion del público, y solo tuvo fuerzas para aplaudir entusiasmado. Rosina entendió su papel, y el acto concluyó entre la ovacion mas completa.

En el segundo acto Jorge le echaba todo á

perder, pues siéndole demasiado infiel la memoria, de nada le servían nuestras advertencias ni las del apuntador; pero le salvó el acierto de las demás partes, y sus necesidades fueron aplaudidas, confundiéndolas el público entre el buen desempeño general.

Jorge debía empezar solo el acto tercero, y se adelantó imperturbable hasta el proscenio; pero como sabía mucho peor que la primera y la segunda, la última parte de su papel, dirigía sus ojeadas desde el suelo á los espectadores, interpelando al apuntador, ó desentendiéndose de sus advertencias, según la mayor ó menor confianza que tenía de sí mismo. Tan distintos movimientos produjeron una rara mezcolanza de palabras y de ideas, comenzadas sin ton ni son, y cortadas sin régimen ni concierto; pero el público, que no había visto ni oído una escena semejante, se rió de buena gana, y aplaudió al actor que de tal manera destrozaba la comedia.

—*Qué humor!... qué humor!*... decía Jorge dirigiéndose á los espectadores, y recitando su papel.—Pero apunte V., esclamaba volviéndose al agujero. *¿Qué diablos se les habrá metido en la cabeza?....*—No apunte V. *¿Por qué no ha de tomar las lecciones de D. Basilio.... y.... y....*—Apunte V., canario!.... *Bien sabe que quiero casarme con*

ella, y debo hacer todo lo posible.... todo lo posible.... lo posible....

—Qué estoy diciendo?.... Pero tampoco apunta V. como debe, y no es extraño que....

Los concurrentes se reían, y Jorge se retiró muy satisfecho de su persona, repitiendo con aire de triunfo:

—Están muy divertidos.... nunca he visto un público tan satisfecho.... sin duda porque declamo á pedir de boca.... yo daría golpe en el teatro francés si me acomodára representar en él!

La comedia dió fin, á pesar de que Jorge estaba empeñado en hacerla durar una semana con sus torpezas: la gracia de Rosina, la vivacidad de Fígaro, y, justo es decirlo, la pasión, el entusiasmo y la verdad con que interpreté al conde de Almaviva, causaron una completa ilusión: nos arrojaron coronas y palomas, nos aplaudieron con frenesí.... en una palabra, conseguimos un triunfo completo. Por mi parte estaba en el apogeo de la felicidad, porque Rosina me dirigía miradas sumamente tiernas, y este era para mí el mas bello holocausto, y el honor mas distinguido que apetecía en premio de mis artísticos esfuerzos.

Los actores se dispusieron á cambiar de trages, y comenzaron la ejecución del fin de

fiesta; pero no trabajábamos en él ni Rosina ni yo. Quise tomar el fresco, y despues de ponerme el vestido ordinario salí al jardin. Cómicos y espectadores se encontraban en el teatro, y aquellos deliciosos paseos estaban completamente solos, cautivando el ánimo del mortal con el perfume de las flores, el murmullo de las hojas, el susurro de las fuentes, y la espesura de los bosquecillos. De repente distinguí un ropage flotante, cuyo color blanco se destacaba en la sombra, como un vapor suave, como una nube incierta y blanquecina. Yo no temo ni á los aparecidos, ni á las fantasmas, y me dirigí á aquel objeto desconocido. Bien pronto dejé escapar un grito de júbilo, y una voz encantadora exclamó:

—A dónde vá el señor conde de Almaviva?

—A gozar un poco de la frescura de estos deliciosos sitios; pero me faltaba una cosa... Almaviva no puede ser dichoso sin Rosina....

—Rosina no sabe si obrará bien acompañando al conde de Almaviva.

—Despues de haberse dejado robar por Lindoro...

—Ciertamente no me estaria bien hacer ahora el papel de ingrata... Pero no tengo confianza en las palabras de V., porque elca-

lor de la representacion pudo arrancarlás de sus lábios, sin anuencia del corazon.

—Oh! diga V. mas bien que si algo han expresado esas palabras, se debe esencialmente á este corazon entusiasta por esas gracias, por esa hermosura que tanto descuella en la encantadora Rosina.

—Ah!... de veras!... me ama V... me será V. muy fiel!... Debo dar crédito á sus juramentos de comedia?...

—Sí, Rosina... tales son mis sentimientos.... amarla siempre... siempre!...

—Pero ¿adónde me lleva V.? creo que vamos muy lejos... Por qué me conduce V. hacia el bosque? Qué horror!... está sumamente oscuro... y... tengo miedo!...

—Estando conmigo... nada debe V. temer.

—Oh!... no; querido Lindoro... no estoy tranquila en un sitio tan oscuro y lejano.

—V. se ha confiado enteramente al conde de Almaviva... y él debe ya ser dueño de Rosina...

—Ah!... creo que hice mal en huir con él... Oh! qué hace V?... me besa... me abraza.... oh! no.... eso no es de la comedia!....

—Cómo.... Rosina!.... podrá V. rechazar el beso de un amante que vá á ser su esposo?

—No... pero... vamos... Almaguiva... Dor-
san..... Lindoro!..... oh!..... no..... esta es-
cena!....

—Es la que debe coronar nuestros amo-
res!....

Mad. Marsan estaba identificada con su papel, y yo tambien penetrado del mio: añadi-
mos, pues, entre las sombras al *Barbero de Sevilla*, la escena de grande efecto, que si bien pasa detrás del público, este la debe su-
poner, considerando el término á que preci-
samente ha de llegar un amor como el de Lin-
doro y Rosina.

Gran rato habíamos pasado en tan delicio-
sa situacion iluminada por la luna, cuyos
mórbidos rayos se filtraban sobre nosotros
por entre las espesas ramas del bosque, y el
fuego con que ejecutábamos nuestros pape-
les, nos hizo olvidarlo todo. Yo deseaba me-
recer en privado el aplauso que se me habia
rendido en público, y Rosina hacia tales es-
fuerzos, que no es estraño dejásemos de cal-
cular el desenlace que debia acelerar una
imprevista circunstancia.

Volvamos al teatro para preparar esta ca-
tástrofe.

La comedia *Fanchon* fué malamente ejecu-
tada por todas las partes, las cuales habian
cuidado mas bien de echar el resto en el

Barbero, que en el fin de fiesta. Sin embargo, es necesario hacer á Jorge la justicia que se merece: su representacion del papel de *Lattaignant* fué mas igual que la desus compañeros.

Cuando se llegó á la conclusion, Jorge hizo una señal á la orquesta y á los espectadores con un estrepitoso silbido: era el crítico momento, y desconcertados los músicos rompieron el silencio, destrozando una marcha de honor, mientras que Jorge soltó la cuerda que debia prender la magnífica corona de flores, al paso que á grandes voces, confundidas con el estruendo discordante de los instrumentos, espresaba que todo aquello era en honor del cumpleaños de Mad. Saint Marc, que tan dignamente habia desempeñado el papel de *Fanchon*. Una gritería universal, unas risotadas tremendas resonaron por todos los ángulos del teatro; las trescientas cabezas, erguidas sobre los bancos, se agitaban entre sí con estraña impaciencia, procurando alzarse unas sobre otras para ver mejor: de todas las bocas salian unánimes aclamaciones, todas las manos palmoteaban, todos los pies se movian, y las bocas, y las manos, y los pies, formaban un ruido tan estrepitoso, que Jorge, lleno de gozo por el estraño efecto de tan magnífica escena, esta-

ba á punto de desmayarse, aclamando y palmoteando mas que todos. Un agudo chillido le sacó de aquel éstasis de gloria y de entusiasmo, y dirigiendo su mirada orgullosa hácia el objeto de que habia partido un grito tan penetrante, bajó los ojos lleno de asombro; pero no dando crédito á lo que habia visto, los abrió de nuevo. La corona de flores se habia convertido en otra cosa que descendia perpendicularmente sobre la cabeza de Fanchon. Mad. Saint Marc, en vez de recoger la corona, tenia empuñada una formidable jeringa...!!

Encolerizanse los actores, mientras que un desmayo viene en socorro de Fanchon, y Jorge se adelanta gritando:

— Yo no tengo la culpa... el jardinero es un bestia, que no habia quitado las jeringas de *Pourceangnac*... en vez de este maldito instrumento debia haber bajado una hermosa corona de flores... Perdon... perdon... Todo se compondrá, porque aun falta una escena de efecto sorprendente...—Adelante los amores!

En vano aguardó el público la grande escena que se le habia ofrecido, y cansado ya de esperar, se iba disponiendo á despejar el teatro, mientras el pobre Jorge, entre suplicante y cólerico, procuraba detenerlo diciendo:

—Ahora mismo... ahora mismo saldrán los

amorcillos... se están poniendo las vendas, y van á salir al instante.

El público no le hacia caso, y desesperado Jorge se lanzó dentro del agujero del apuntador, en busca de los hijos de Magdalena.

Diré cuatro palabras al lector para que conozca la causa de las desgracias de Jorge.

El jardinero habia hecho la corona; pero se olvidó de colocarla entre las bambalinas: construyó los ramilletes; pero aburrido con tanto trabajo se echó á dormir despues de haberlos entregado á los amores, encargándoles que saliesen á la escena al oir dos palmadas: estos, cansados de esperar en un sitio incómodo, se escaparon del teatro, se introdujeron en el ambigú, y mientras que todos, incluso los criados, se hallaban ocupados en la representacion, condujeron entre los matorrales del jardin los frascos de almibar y las fuentes de natilla, y se hartaban de golosinas.

No encontrando Jorge á los amores salió para buscarlos por todas partes, y tropezó con M. de Marsan, que queria ver á su esposa, á quien todos echaban de menos. Unieron ambos sus esfuerzos, y registraron mucha parte de los jardines, sin lograr resultado alguno. M. de Marsan estaba dispuesto á retirarse; pero empeñado mi amigo en hallar á los amo-

res, le hizo detenerse, y acompañarle en sus pesquisas.

Aproximáronse al bosque que á la sazón era teatro de mi última escena del *Barbero con* Mad. de Marsan.

—Por allí están, dijo Jorge; alguna cosa se mueve... siempre he creído que estarían ellos jugando.

Acercáronse mas, pero nada veían.

—V. sueña, dijo el esposo de Rosina.... Aquí no hay nadie absolutamente....

—Cosa mas rara!.... me habia parecido distinguir....

Y Jorge, seguido de Mr. de Marsan, se encaminó precisamente al sitio en que nos encontrábamos.... La luna alumbraba entonces demasiado.... no habia medio de ocultarnos, y quedamos como estatuas.

—Ah!.... no son los amores, dijo mi amigo retirándose un poco: son Almaviva y Rosina, que están añadiendo algo á la comedia.

Mr. de Marsan permaneció inmóvil.

—Señora, dijo por último á su mujer: los convidados desean ver á V.: hace gran rato que se nota su falta, y es necesario combinar los placeres, con lo que la sociedad exige.

Dicho esto nos volvió la espalda, dirigién-

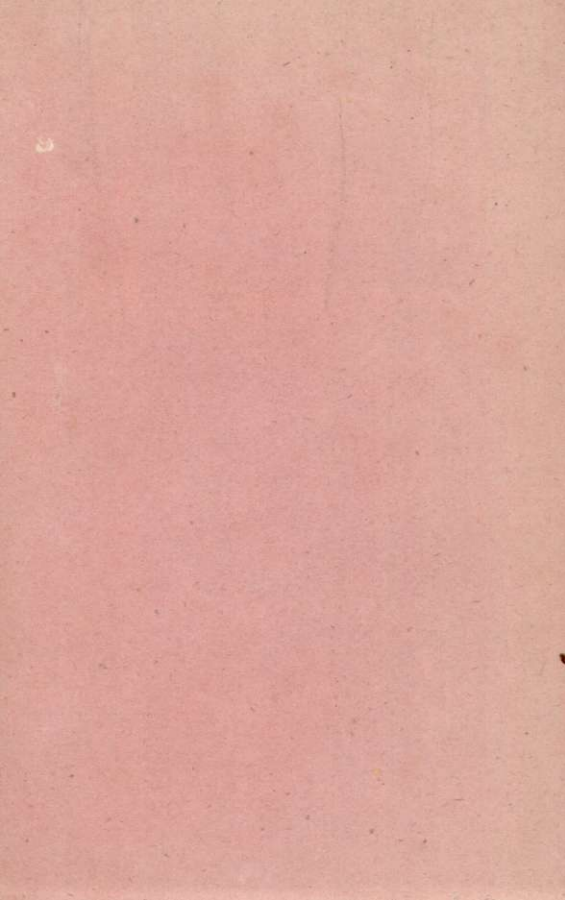
dose á su casa tranquilamente.

No pude contenerme, y dejando desmayada á la hermosa Rosina, corrí detrás de Jorge, le reté á muerte, pero se arrodilló delante de mí, implorando piedad: le di un empujón que le tendió por el suelo, y sin detenerme, saltando las tapias, me puse en marcha para París. Eran las dos de la mañana cuando entré en mi casa, y me tendí en mi cama, menos aturdido del raro suceso del bosque, que de la sangre fría con que le habia mirado Mr. de Marsan.

¡Qué amigos!.... ¡Qué esposos!.... ¡Qué mujeres....!!







4.000

3 tones to 1 vol

- AN

- CUI

- SXIX



